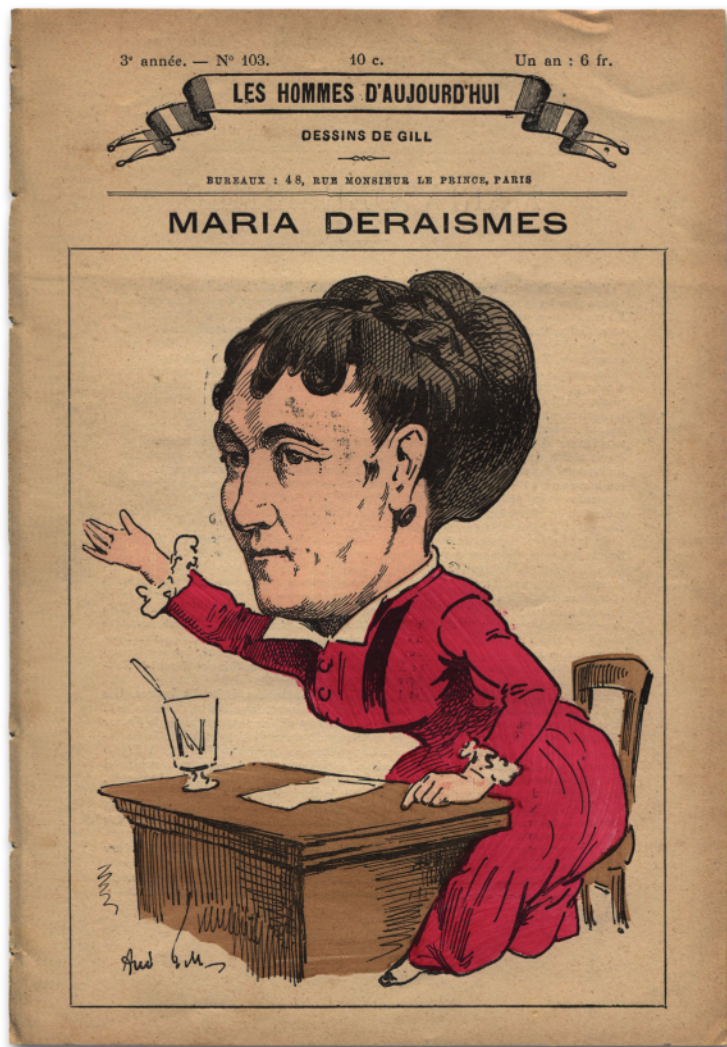


# Maria Deraismes,

la fuerza de la palabra



Discursos recopilados, traducidos y comentados por  
**María José Lacalzada**



**Maria Deraismes,  
la fuerza de la palabra**

Fundación María Derasismes - España - fmd.es  
Edición no comercial

Diseño y maquetación: Pablo Nanclares  
Dibujo de la portada: Gill del panfleto *Les hommes d'aujourd'hui*  
Traducción: María José Lacalzada

© del texto: María José Lacalzada.  
© de la edición: Fundación María Deraismes



Partes de este texto pueden ser utilizadas siempre que se notifique a los poseedores del copyright.

ISBN papel: 978-84-939370-0-3  
ISBN digital: 978-84-939370-1-0

Depósito legal:

# **Maria Deraismes,** la fuerza de la palabra

Discursos recopilados, traducidos y comentados por  
**María José Lacalzada**

**fmd**  
Fundación María Deraismes

Fundación María Derasismes - España - [fmd.es](http://fmd.es)  
Edición no comercial

# Índice

1. La fuerza de la palabra hablada es superior a la de la palabra escrita	9
1.1. El género oratorio un poderoso auxiliar de las transformaciones sociales	9
1.2. Encuentros entre lo sagrado y lo profano en los salones del Gran Oriente de Francia	16
• «La polémica», conferencia pronunciada el 20 de enero de 1867	23
• «La moral», conferencia pronunciada el 27 de enero de 1867	28
• «La vida privada», conferencia pronunciada el 3 de febrero de 1867	35
• «La educación», conferencia pronunciada el 10 de febrero de 1867	41
• «El progreso», conferencia pronunciada el 17 de febrero de 1867	47
2. Asumiendo tener enemigos por todas partes y amigos en ninguna, nada detiene el camino de análisis entre lo antiguo y lo nuevo	59
2.1. La popularidad de la que goza el positivismo es debido en buena medida a la ignorancia que de él se tiene	59
• «Las honestas gentes», primera conferencia de 1868	72
• «Positivos y Positivistas», segunda conferencia de 1868	84
• «Los moralistas independientes», tercera conferencia de 1868	93
• «Lo antiguo frente a lo nuevo», cuarta conferencia de 1868	105
3. Llegada a la época militante de su vida política apuesta por la República y la Laicidad como camino hacia el progreso	111
3.1. Jamás un pueblo ha degenerado ni perecido por el espíritu revolucionario	111
3.2. El salón se queda pequeño mientras la voz y las relaciones de Maria Deraismes, se prolongan por el césped del jardín	122
3.3. La igualdad civil y política de las mujeres estrechamente ligada al sostenimiento de la República	131

4. La admisión del elemento femenino como principio de rejuvenecimiento y de longevidad en Francmasonería	139
4.1. La puerta que habéis abierto no se cerrará detrás de mí, y toda una legión me seguirá	139
5. La emancipación del factor femenino de la especie humana y su integración activa en la ciudadanía de pleno derecho	151
5.1. Hay entre el hombre y la mujer diferencia formal e identidad esencial	151
5.2. Agitación legal y propaganda activa para la reivindicación progresiva de los derechos inherentes a toda persona humana	159
5.3. La eclosión del feminismo francés en el entorno de la creación de la Liga Francesa para el Derecho de las Mujeres	172
6. La liberación de la mujer produciría la renovación completa del individuo, de la familia, de la sociedad, dentro del perfeccionamiento indefinido de la humanidad	181
6.1. Más artículos y actividades de Maria Deraismes desde la Sociedad para la Mejora de la suerte de las Mujeres	181
6.2. El Congreso Feminista de 1889, en el centenario de la revolución que había proclamado los derechos del hombre y del ciudadano	190
6.3. La Exposición Universal en 1893: lo que no ha germinado dentro del cerebro femenino solo está en la superficie del cerebro del hombre	200
Epílogo	205
Obras de las que se han traducido las conferencias, artículos y textos que componen este libro	209
Breve bibliografía que asienta referentes en el pasado y sugiere voces de autoridad para futuras aproximaciones	211



## La fuerza de la palabra hablada es superior a la de la palabra escrita

### El género oratorio un poderoso auxiliar de las transformaciones sociales

«Hace dos años estaba yo a mil leguas de pensar que hablaría algún día en público. ¿Cómo podría haber concebido tal designio? Las mujeres están excluidas del sacerdocio, de la política, del foro, de la enseñanza universitaria: los accesos a la cátedra y a la tribuna les están, pues, absolutamente prohibidos. Como todos aquellos que tienen una ardiente convicción, yo tenía el más vivo deseo de extender y propagar la mía. Pero en esta ocasión, estaba sumida en la perplejidad más grande. ¿Bajo que forma divulgaría mis ideas, por qué medio pondría mi espíritu en comunicación con el del público?

Este embarazo es común a todos aquellos que piensan y que quieren transmitir el fruto de sus meditaciones; solamente es doble para el moralista.

El moralista tiene poca suerte para atraer la atención del público. Se le cree con gusto didáctico, pedagogo por esencia; (pero) la imaginación entrevé una serie monótona de sermones, de amonestaciones emanadas de sentencias venerables, todo lo capaz de disponer al sueño.

Es necesario, pues, que el moralista se guarde de revelar su intención por un título especial, a fin de que nadie se percate de la cuestión que va a tratar. Todas estas precauciones raramente son posibles. A pesar de todo, ¿es conveniente no indicar en el encabezado de un libro cuál es su objeto?

El escrito moral de nuestros días no tiene apenas su lugar; la moral no tiene mucha enseñanza. En las cátedras, se habla de historia, de ciencia, de literatura, de lingüística; la moral se deja de lado. Se supone, probablemente, que siendo una resultante, se forme aislada<sup>1</sup> del conjunto de los estudios, sin trabajo especial.

1 Literal: «Toute seule» / «por generación espontánea».

Sé bien que el día de las distribuciones oficiales, el alto personaje encargado de presidir la ceremonia en los colegios y en los liceos, saca de su bolsillo, para esta circunstancia solemne, frases de ordenanza en las que la moral figura un poco. Desgraciadamente, estas frases no tienen ningún eco sobre el auditorio. La juventud misma es muy burlona para estas ideas; les da el nombre poco respetuoso de *cantinelas*.

Escribir un libro de moral y hablar en el desierto es cosa idéntica; así dudaba yo. Me quedaba como recurso introducirme en un periódico. No menciono aquí las publicaciones esencialmente filosóficas, se tiran a cinco cientos-, y la mitad enmudece en un rincón.

Existen todavía hojas serias que, entre la política, el boletín financiero, la economía, la ciencia, las variedades y el folletín, conceden, antes de llegar a la *Revalessière Dubarry*, dos columnas a los amantes de la filosofía y de la moral.

No crean por eso que este enclenque cuadro les sea garantizado. En cualquier instante se les retoma; a menudo se les excluye con un descaro que raya en la descortesía; en una palabra, se incluye el artículo titulado *Varia* o *Variedad* el día que el *horror al vacío* se hace sentir; otras veces, el artículo desafortunado duerme meses acostado sobre el despacho del periódico. Sucede así, para la confusión del escritor, que el artículo publicado en tiempo inoportuno ha perdido su sabor de actualidad.

Si los redactores jefe tratan tan ligeramente los órganos de la moral, es porque saben que ninguno de ellos decide el éxito de sus periódicos.

Se puede recurrir al folleto; tiene por inconveniente no vivir más de ocho días. Si acaso, todavía nos someteríamos a este plazo; desgraciadamente está completamente pasado de moda.

No se puede disimular, los aficionados a lo serio, están en número reducido, y el interés que manifiestan por las cuestiones graves es insuficiente para establecer la notoriedad de un escritor.

Jamás se ha contado con más lectores, jamás sin embargo se ha leído menos; el ojo se posa sobre una página, pero la atención está ausente; el espíritu deja pasar con indiferencia esta procesión de anécdotas, de relatos, de hechos. Es la misma manera cómo asistimos a estas ferias en las que numerosos cuadros ruedan sucesivamente ante nuestras miradas, sin permitirnos un momento de respiro.

La supremacía de la prensa diaria sobre todas las demás producciones del espíritu ha estrechado el mecanismo intelectual. El pensamiento es de corto alcance; la reflexión queda rápidamente sofocada; no se fija nada; la idea de ayer ha caducado hoy. Estas hojitas cotidianas tienen como misión la de tocar cada hora de la vida actual; siguen las diversas peripecias y anotan con cuidado los detalles más insignificantes. Para salir airoso en este género, ahora tan apreciado, es necesario renunciar a la cultura de

las ideas, acechar las novedades, seguir la pista al público y traducir con un espíritu ligero las ondulaciones de sus caprichos.

Tras estas reflexiones yo continuaba dudando. Hasta que un día recibí la visita de los señores Labbé y Léon Richer, ambos redactores de la *Opinión Nacional*. Estos señores al punto de abrir, en provecho de los pobres, conferencias en el Gran Oriente de Francia, venían a pedirme mi participación.

Quedé muy sorprendida de aquella proposición; y a pesar de albergar una secreta simpatía, respondí de una manera evasiva. Me parecía temerario, loco, intentar de golpe, sin preparación, sin ensayo previo, el género oratorio ante un público parisino. ¿No sería eso correr imprudentemente hacia un estruendoso fracaso? ¿No se sabe, en efecto, que una renuncia es pronto olvidada, mientras que un fracaso deja tras él un largo recuerdo? Además mi cualidad de mujer le hubiera dado mayor resonancia.

Bien reflexionado todo me levanté una hermosa mañana, resuelta a dar una negativa; había recibido la víspera una carta de Léon Richer, el director de las conferencias, que me rogaba me decidiera definitivamente.

Antes de tomar la pluma para excusarme, mis ojos cayeron, por casualidad, sobre el artículo de un periódico que acababan de traerme. Este artículo estaba dirigido contra las mujeres autoras. La impertinencia, la grosería estaban vertidas allí a manos llenas. Quien había escrito aquello contestaba incluso el talento de las mujeres que han contribuido, en gran parte, a la gloria literaria de Francia.

Me irrité, indigné; y después de esta lectura, había cambiado de resolución.

Las consideraciones que hasta ese momento me retenían, las razones que yo había juzgado plausibles me parecían miserables; mi renuncia no me parecía más que una pusilanimidad. Ante tales ataques, la única actitud digna era la de no dejarse intimidar y seguir el propio camino.

Si mis ideas son sanas, si mi convicción es sólida, me dije, porqué no aceptar todos los medios de divulgación posibles. ¿El fracaso causaría alguna pena a mi familia? No, ella es independiente. ¿Pondría en peligro deberes interiores por cumplir exteriormente otros imaginarios? No; yo soy libre; sólo mi amor propio está en juego. Si fracaso, seré durante algunas horas la presa de los irónicos, de los sarcásticos, de los burlones. ¡Después! ¿Hay acaso una sólo empresa que no haga correr riesgos a quienes la intentan? ¿No es necesario de buen o mal grado arriesgar cierta imposición de fondos; no exponemos todos los días nuestro dinero, nuestro amor propio, a veces incluso nuestra vida? Si los unos y los otros cuidásemos así nuestras susceptibilidades, nuestro amor propio, nuestro dinero, nuestra persona en fin, no intentaríamos jamás nada, no comenzaríamos jamás nada, nos condenaríamos a la inmovilidad.

Sin razonar de antemano, estaba en persona en casa de Léon Richer llevándole mi adhesión; el día se tomó como acto continuo.

Esta primera prueba en público me dio resultados inesperados. La curiosidad había atraído una afluencia considerable; la sala del Gran Oriente estaba abarrotada. Apenas había hablado cinco minutos y ya me había ganado la simpatía de mi auditorio; se volvía expansivo, caluroso, entusiasta.

Este ensayo, hecho por encorajinarme, no me salió mal a pesar de todo<sup>2</sup>.

Acaso debiera mi éxito a algún hecho afortunado, a alguna disposición personal particular; en fin, a una concurrencia de circunstancias favorables. Este año he vuelto a mis comienzos; he encontrado al público numeroso, asiduo simpático que, el año precedente, me acogió con tanta benevolencia.

Hoy, la forma mediante la que debo difundir mis convicciones está ya encontrada<sup>3</sup>, no dudo más. He comprendido por la experiencia cómo la influencia de la palabra *hablada* es superior a la de la palabra escrita.

El género oratorio ha sido en todo tiempo el más poderoso auxiliar de las transformaciones sociales; el escrito no llega más que después. La imprenta ha perfeccionado sus productos, pero no atiende al mismo principio. En vano, por caracteres de una forma diferente, la tipografía advierte al lector de que una gran idea pasa ante sus ojos, muy a menudo estas indicaciones ofenden e hieren a éste último, de quien se sospecha de la sagacidad.

Pues, qué ventaja inmensa para el pensador cuando habla; entre el público y él no se encuentra ningún intermediario; se percata inmediatamente de la impresión y de la opinión de quienes le escuchan; siente espontáneamente qué valor le concede su auditorio. En esta comunicación directa, el orador, a medida que avanza en su discurso, estudia las fisonomías; saca provecho de los aplausos, de las sonrisas, de los silencios; modifica, tempera, aumenta; percute sobre el espíritu y sobre el corazón de la asamblea que, ella misma, es su guía y su regulador. He constatado con satisfacción que la moral es una tesis cuyo desarrollo, presentado de una cierta manera, no asusta demasiado al público y que pudiera conseguirse hasta que le interesara y que le atrajese más que los otros temas: es verdad decir que los comprende todos.

Continuaré pues mi obra apenas esbozada, la perseguiré con perseverancia y obstinación; descartando toda idea de intereses pecuniarios de mis trabajos, considerándolos como una misión, como un apostolado.

Me propongo cada año reunir en un volumen la serie de las conferencias que haya hecho durante la temporada. De esta manera, el público podrá fácilmente captar el conjunto de mis trabajos y el plan que me haya trazado<sup>4</sup>.



2 Literal: «Ne m'éblouit pour tant point»/«no me deslumbró sin embargo en absoluto».

3 Literal: «Est arrêtée»/«detenida».

4 Deraismes, María: *Nos principes et nos mœurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Éditeurs, 1868, «Avant-propos», firmado: octubre 1867, pp. 1-11.

Hasta aquí hemos dejado fluir la voz de Maria Deraismes. Estas confidencias intimistas con las que acabamos de abrir la ventana de acceso a sus actividades y a su época, ella las dejó explicitadas al publicar un primer libro que reunía las primeras conferencias mediante las que comenzó a ganar su fama de oradora. Las había ido pronunciando a partir del mes de enero de 1866. El lugar de encuentro había sido la Sala de Conferencias del Gran Oriente de Francia. El libro llevaba por sugestivo título: *Nuestros principios y nuestras costumbres*. Según ella misma acaba de explicarnos, había llegado a aquella tribuna motivada por un acto de responsabilidad social, de creación y comunicación con el público.

El perfil anímico que podremos descubrir en ella, a medida que vayamos leyendo algunas partes de los discursos pronunciados, a partir de entonces, irá revelando un temperamento reflexivo y una fuerte personalidad sobre una férrea actitud moral. Éste temperamento que acabamos de ver aparecer, es el mismo que con frecuencia le impulsó a la acción y al compromiso socio-político, defendiendo ciertos ideales encaminados hacia la justicia y la perfectibilidad humana. Era, según los testimonios de sus contemporáneos, una mujer que sintonizaba muy bien con su auditorio que entretenía adecuadamente la atención y, llegado el caso, era capaz de generar entusiasmo.

Pero acerquémonos un poco más a ella, entremos en algunos rasgos biográficos, antes de continuar dándole voz.

Marie-Adélaïde, llamada Maria, hija de François Deraismes y de Anne Soleil, nació en París el 15 de agosto de 1828 en una rica familia de comerciantes, republicanos y volterianos. Así comienza Yves Hivert-Messeca la «voz» referida a Maria Deraismes en una reciente Enciclopedia de la Franc-masonería<sup>5</sup>. La familia, pues, gozaba de

5 *Enciclopedia de la Franc-Masonería*, dirigida por Eric Saunier, París, La Pochothèque (1ª edición 2000), pp. 207-209. Estos retazos biográficos junto a otros francmasónicos quedaron recogidos también por la misma autora en un capítulo más amplio. Ver: Hivert-Messeca, Gisèle et Yves: *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes. Deux siècles de Franc-Maçonnerie d'adoption féminine et mixte en France 1740-1940*, París, Dervy, 1997, pp. 221-253.

una posición social alta y de buenas relaciones. Maria Deraismes estuvo siempre bien respaldada por un patrimonio familiar económico y cultural propio de aquellos prósperos comerciantes que le permitió acceder desde su infancia a una ilustrada y exquisita educación, cosa que continuó acrecentando a lo largo de toda su vida. Las ideas republicanas y volterianas profundamente anticlericales de los padres, aunque la madre parece que guardase algo más algunas fórmulas religiosas, evidentemente formaron un primer caldo de cultivo político que ella no dejó de potenciar. La familia Deraismes tenía abiertos sus salones en los años cuarenta a los elementos más radicales de la región de París. Pero se les cruzó un fuerte contratiempo. Una enfermedad del padre rompió esta secuencia y obligó a la familia a trasladarse a vivir a Niza en 1851, donde esperaban encontrar el medio natural saludable. El paréntesis duró poco pues al año siguiente murió el padre y volvieron de nuevo a París.

El salón se abrió de nuevo y las anfitrionas comenzaron a rodearse de personalidades comprometidas e influyentes en la opinión pública y en la actividad política. Faltaba el padre, pero las tres mujeres de la familia llevaron las tertulias de nuevo a su máximo esplendor: la madre, Anne Soleil que murió en 1869; Anne Feresse-Deraismes, la hermana mayor, que se quedó viuda por entonces y volvió a la casa familiar y la propia Maria. Éstas dos hermanas formaron un núcleo bien sólido y mantuvieron una actividad intelectual que, dicho sin atenuantes, entraba abiertamente en el terreno político<sup>6</sup>.

La atracción por el ambiente político, por relacionarse dentro de estos medios, por estar siempre presente en el juego posibilista para percutir en la opinión y en la transformación de las leyes, iremos descubriendo que constituye uno de los rasgos más acuciados en el comportamiento de Maria Deraismes. Es el que centra y da sentido a su presencia en la vida pública, junto al sostenimiento y

6 El verano pasado fue editada la biografía más reciente, contemplando sus proyecciones escritas y sus aportaciones de una manera integral. Está encargada por la Federación Francesa de Le Droit Humain y dirige la obra: Prat, Andrée: *Regards sur Maria Deraismes. La liberté de pensée*, París, Conform Edition, 2010.

la promoción de algunas asociaciones. Fue quedando bien explícito cómo ella a lo largo de su vida, llegó a desarrollar los recursos suficientes dentro de sí misma para que el matrimonio no fuese la única forma de supervivencia económica, afectiva, ni siquiera el único aval en los espacios públicos. Supo estar siempre bien rodeada de personas significativas e influyentes, y de otro lado tampoco éstas se apartaron de su magnetismo personal.

Maria Deraismes llegó a tener una formación sólida e integral, no cabe duda, entre la filosofía y las artes; el conocimiento y la estética, pues hizo también interesantes avances en música y pintura. Fue su hermana Ana, siete años mayor que ella, quien le enseñó a leer, y estuvo pendiente de su educación hasta los dieciocho años. Afortunadamente su trayectoria y formación ha quedado recogida y bien descrita por Jean-Bernard que en su momento aportó un semblante biográfico y naturalista para la presentación del primer volumen de las Obras Completas, publicadas a la muerte de Maria Deraismes, gracias a la fidelidad de su hermana. Este testimonio que contextualiza su vida dentro de su propio tiempo histórico y sus relaciones resultará muy interesante a lo largo del recorrido que pretendemos realizar en este espacio junto a ella. Traduciremos también algunos párrafos que servirán para dar forma a este nuevo libro, que en cierto modo es de ella y sobre ella.

Según explicase este primer biógrafo y documentado de primera mano, un fuerte apetito de conocer le impulsó a leer la Biblia, a los Padres de la Iglesia, los libros traducidos de las religiones hindúes y orientales, y las obras de controversia. El ambiente en el que se venía criando, aunque mantuviese cierta sensibilidad religiosa, era más proclive a la libertad de pensamiento que al «espíritu de secta». Y así, estos estudios, según diagnóstico de Jean-Bernard, «dejarían la creencia en Dios en el fondo del alma de la joven, creencia hecha más de esperanza que de razonamiento».

A los dieciseis años entró a fondo en las raíces contemporáneas con la lectura de Leibniz, de Hobbes y de los filósofos ingleses y alemanes del s. XVIII. Al mismo tiempo, interesada por remontar a

las fuentes antiguas, aprendió latín y griego para leer a los filósofos en los textos originales. Está claro que sus lecturas eran activas y tamizadas a partir del propio criterio que ella venía desarrollando. La lectura de Comte, que tan atractivo e influyente resultaba por entonces, fue profunda y disidente. La obligación de ahorrar los conocimientos a las verdades, empíricamente demostradas por la observación, cortaba las alas a otras dimensiones del conocimiento, por lo que ella se puso radicalmente en contra. La veremos manifestarse y argumentar en este sentido dentro de estas páginas. En palabras de Jean-Bernard, ella «se metió a combatir el positivismo con una energía más intuitiva que racional»<sup>7</sup>.

Pero, sigamos adelante para encontrarnos de nuevo con María Deraismes en pleno apogeo, una vez que había tomado su determinación de ocupar un espacio en la tribuna pública.

### **Encuentros entre lo sagrado y lo profano en los salones del Gran Oriente de Francia**

Fue Jean-Bernard quien primero recogió de una manera clara y verídica cómo María Deraismes se había introducido en la vida y en el debate público del París de los años sesenta. Él estuvo siempre muy próximo a sus actividades y al grupo de personas que la rodearon, habiendo establecido buenos lazos de amistad. El testimonio de Jean-Bernard, además franc-masón, logrará acercarnos de la manera más directa posible, sin interferencias posteriores, a la realidad vivida en aquellos años. Veamos cómo él dejó inmortalizadas algunas escenas. Se preguntaba en altavoz:

«¿Cómo llegó ella a convertirse en orador?

Fue la casualidad quien le dio la ocasión de poner a la vista los dones naturales verdaderamente remarcables.

Su hermana me ha contado, a menudo, que mientras María Deraismes estaba en el campo, hacia los doce años, se divertía subiéndose a un quiosco que

<sup>7</sup> Deraismes, María: *Oeuvres complètes: France et progrès, Conférence sur la noblesse*, París, Félix Alcan editeur, 1895, T. I., Jean-Bernard, «María Deraismes. Notice», pp. v-LV.



estaba en el jardín, e improvisaba especies de discursos de los que Mme Féresse-Deraismes era la única auditora y la víctima, pues, se comprende sin pena, que estos juegos infantiles no tenían encanto, fuera de la originalidad, más que para ésta que ahí se entregaba con una seguridad imperturbable. Estas disposiciones naturales se manifestaron de nuevo en 1866; la niña se había convertido en una joven seria y en un escritor (sic) remarcable. Las conferencias fueron entonces una innovación ardiente, casi una revolución. El Imperio no veía sin asombro estas tribunas improvisadas; aquí se prohibía la palabra a mi amigo Jules Claretie, ahí se evitaba leer –sí, ustedes entienden bien, leer Cinna–. Mientras tanto, los señores Labbé y Léon Richer, ambos redactores de l'*Opinion Nationale*, organizaron estas conferencias del Gran Oriente, enseguida célebres y de donde partirán, débiles pero ya definidas, las primeras llamadas a la libertad lanzadas dentro del gran silencio del Imperio. Los señores Labbé y Léon Richer, conociendo las ideas y los escritos de Maria Deraismes, fueron a pedirle tomar la palabra. El primer movimiento de la joven fue rehusar; pero mientras ella todavía estaba reflexionando sobre la manera de hacerlo, leyó, por casualidad, un número del *Nain Jaune* en el que Barbey d'Aureville, con este gran talento que levanta la injusticia y esta impertinencia que subrayan los estallidos de su estilo, atacaba a las mujeres escritoras, “las marisabidillas”, con la última violencia. Maria Deraismes, herida en su amor propio, puede decirse, no dudó más».

Efectivamente, ya hemos visto cómo Maria Deraismes había expresado directamente por sí misma el impacto recibido y el impulso consiguiente para hacer valer su palabra, para ocupar un espacio ante el público influyendo en la opinión. Seguiremos ahora con el relato de Jean-Bernard que a su vez complementaba la descripción, transcribiendo el testimonio del periodista señor Siebecker que había asistido a la primera conferencia y veinte años después conservando un recuerdo vivo y preciso había dejado escrito lo siguiente:

«Las conferencias estaban de moda en ese momento y yo había sido encargado de esta parte por Emile Girardin que acabada de comprar la *Liberté* al partido católico-legitimista.

El periódico había prendido como un reguero de pólvora bajo el impulso vigoroso que le había dado este hombre extraño, prodigioso, que supone el tipo ideal del periodista del siglo XIX.

La redacción era joven y ardiente. Estaba compuesta por Clément Duvernois, Vermorell, Hector Pessard, Etienne Junca, Wilfrid y Arthur de Fonvielle y vuestro servidor.

Nuestro redactor en jefe me había recomendado esta conferencia, dejándome libre en mis apreciaciones. Debía contraponerse con la que había hecho algunos días antes Théodore Pelloquet, uno de los tipos más curiosos de esta época.

Pelloquet, crítico de arte y escritor distinguido, pero uno de los bohemios más descamisados que hayan jamás existido, había querido estrenarse en la elocuencia».

Una vez que Siebecker dejase descrito el desbarajuste que se produjo en aquella sala y ocasión, este activo periodista continuaba los recuerdos desde sus propias emociones recogiendo una escena que resultará bien interesante tener en cuenta, para continuar aproximándonos a aquel ambiente. Veamos:

«He de confesar que llegué a la conferencia femenina de Maria Deraismes con disposiciones alegres. Me esperaba encontrar a una solterona preciosa, remilgada y nula.

Mi sorpresa fue grande viendo llegar una muchacha joven de veinticuatro o veinticinco años, de rostro un poco pálido, de una gran distinción de maneras y de apariencia, de una elegancia sencilla, sin ridícula timidez ni aplomo insolente.

Desde el comienzo conquistó al auditorio. La voz estaba bien timbrada, el discurso fácil, el lenguaje de una gran pureza, las críticas finas sin ser malévolas, bien orientadas.

En suma, un elevado buen sentido y una gran erudición.

El éxito fue completo.

Como todos los grandes redactores jefe, Girardin dejaba la libertad más grande a sus colaboradores.

Yo estaba seducido como todos y, gracias a la gran fama del periódico, al día siguiente el nombre de la señorita Maria Deraismes era conocido.

Pocos días después de esto, este original de Alexandre Weill me llegaba una invitación para cenar.

La señorita Maria Deraismes vivía con su madre, una mujer de las más distinguidas, y su hermana, una joven viuda, en invierno, en un apartamento en Batignolles y, durante la bella temporada, en su hermosa propiedad de los Mathurins, cerca de Pontoise.

Es ahí dónde, entre sus padres y sus libros, había pasado su juventud y completado sus estudios, teniendo el privilegio de conservar la gracia y la suavidad de su sexo y de su edad.

La boga le permaneció fiel. Su reputación engrandeció y adquirió su apoteosis con la serie de conferencias sobre *Nuestros principios y nuestras costumbres*»<sup>8</sup>.

El salón de reuniones del Gran Oriente de Francia, en definitiva, estaba acogiendo por primera vez a una señora para ocupar un puesto de reconocimiento, pronunciando una Conferencia, al comenzar 1866. Esto resultaba un gesto muy significativo sobre la implicación que esta estructura masónica aspiraba a tener en el debate público y sobre todo de la disposición que tenían algunos de sus miembros hacia el encuentro con el elemento femenino. No fue ésta una reunión aislada ni excepcional, está bien claro, ya que a lo largo de ese año se fueron sucediendo otras semejantes mediante las cuales Maria Deraismes iba sacando de sí sus propios conocimientos, se iba elevando y estableciendo las necesarias armonías del entendimiento junto a su auditorio.

No solo el periódico *la Liberté*, de Emile Girardin, se había hecho eco de aquella primera conferencia, resonando tras él la admiración del periodista que había asistido al acto; otros periódicos estuvieron atentos también a las intervenciones públicas de Maria Deraismes, que se fueron convirtiendo en habituales.

Según describía *La Libre Pensée* por entonces<sup>9</sup>:

«En su sillón de conferenciante, o de pie en la tribuna, ella está perfectamente cómoda y como en su elemento, sabiendo qué es lo que quiere, qué es lo que cree, animada por un ardiente deseo de compartir con los demás sus convicciones generosas y reflexionadas.

La voz de Maria Deraismes es magnífica, tiene tanta autoridad como flexibilidad, las entonaciones más variadas son un juego para su laringe poderosa y flexible. Hay algo de impactante, de consolador, en esta persistencia

8 Jean-Bernard, «Maria Deraismes. Notice», Deraismes, Maria: *Oeuvres complètes*, op. cit., 1895, T. I., pp. xvi-xvii. Este testimonio tan expresivo ha sido muy repetido y tomado en cuenta posteriormente por diversos autores. Lo recogió Eliane Brault: Brault, Eliane: *La Franc-maçonnerie et l'émancipation des femmes*, París, Dervi, 1953. Y de ella citándola Albistur, Maïté; Armogathe, Daniel: *Histoire du féminisme française du moyen âge à nous jours*, París, Des Femmes, 1977, p. 320-321. Ver también: Mariel, Pierre: *Les Francs-Maçons en France. Leur rôle et leur influence dans la vie politique et sociale*, París, Bibliothèque Marabout, 1969, pp. 154-156. Maria Deraismes queda incluida, sin restricción por sexo, en este libro en el apartado final: «Algunos grandes Francmasones de Francia», p. 279.

9 Reproducido por: Brault, Eliane: *La Franc-maçonnerie et l'émancipation des femmes*, op. cit., 1953, p. 72.

de afirmación que nada le desanima y que va con un piadoso tesón, buscando todas las razones para confiar».

Esta relación con Léon Richer y su círculo de amistades parece que abrió nuevos horizontes al pensamiento de María Deraismes terminando de destruir ataduras religiosas y otros atavismos propios de la clase alto-burguesa a la que ella pertenecía. Es así como Elianne Brault enfocó su análisis, cuando se dio un impulso a estos estudios a mediados de los años cincuenta del siglo xx. Esta historiadora de la francmasonería se refirió a aquel aprendizaje de María Deraismes ante el público. Lo hacía resaltando los aspectos siguientes: inicialmente volteriana terminó por ser laica; su liberalismo se afianzaba en un planteamiento social. Las primeras conferencias, decía textualmente «eran una mezcla de candor y ardor combativo» que denotaban su juventud y crianza en una buena familia. La evolución fue inmediata, tanto de estilo, simplificando la prosa, como de fondo, incidiendo en problemáticas vitales; las conferencias mismas cumplieron la función de instruir a la conferenciante y así ella se fue interesando en los problemas de las mujeres, de los obreros, de las prostitutas, y demás problemas sociales, llegando a aproximarse también a las mujeres socialistas<sup>10</sup>.

Fueron francmasones, en efecto, quienes indujeron a María Deraismes a tomar la palabra ante el público y quienes le proporcionaron el soporte adecuado para hacerlo. Léon Richer, precisamente, venía mostrando por entonces una buena disposición para compartir también con las señoras el trabajo de la logia y sobre todo hacer posible su iniciación en igualdad.

La influencia de la Masonería Bonapartista que se había manifestado, en conformidad con el Código de Napoleón, reavivando ideales dieciochescos y asentando el patriarcado, a comienzos del siglo XIX estaba ya en declive. Hemos de tener en cuenta que aquel modo de hacer trabajaba en contra de las maneras que ya habían apuntado en los años previos a la Revolución en los salones y sobre

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 68-73.

todo de las nuevas costumbres de sociabilidad que fueron tomando forma mediante otras corrientes igualitarias post-revolucionarias. Muchas referencias empíricas apuntan a que esa tardía Masonería de Adopción daba muestras de ir declinando, de irse desvaneciendo por sí misma. No podía ser menos ante las convulsiones políticas democratizadoras, reivindicando valores de igualdad, que se vivieron en Francia en torno a 1830 y 1848.

Puestos en estos escenarios, la logia *La Clémente Amitié* ya había mostrado en 1838 su intención de iniciar a las mujeres «no mediante los rituales de la masonería de adopción, sino mediante los de la masonería de los hombres», algo modificados o, para ser más exactos, buscando que fuese «más apropiado a su nuevo destino»<sup>11</sup>.

El debate dentro de algunas logias comenzó a tener en cuenta en qué medida las mujeres deberían integrarse de una manera más profunda e igualitaria que lo que permitía el Rito de Adopción. Léon Richer era el Venerable Maestro de la logia *Mars et les Arts* cuando dedicaron una reunión mensual durante ocho meses a debatir sobre la condición de la mujer en la sociedad moderna. Léon Richer preparó un resumen y dictamen en una carta fechada el 22 de septiembre de 1864 para ser difundido desde *Monde Maçonnique*. Estaba en la línea siguiente:

«Después de un examen serio y una discusión en profundidad, nos ha llevado lógicamente a proclamar, que, en principio, las mujeres pueden ser admitidas a la iniciación masónica».

Y añadía:

“La mujer, persona humana, tiene derecho como el hombre al conocimiento de las verdades morales y filosóficas que nos liberan de los prejuicios religiosos; ella tiene derecho al desarrollo de sus facultades. (...) La

<sup>11</sup> Hivert-Messeca, Gisèle et Yves: *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes. Deux siècles de Franc-Maçonnerie d'adoption féminine et mixte en France 1740-1940*, París, Dervy, 1997. Dedicar varios capítulos del libro a explicar esta evolución: ver en concreto, pp. 181-205.

iniciación masónica es, no solamente un derecho para la mujer, sino un deber para nosotros»<sup>12</sup>.

Así sensibilizaba Léon Richer con el universo femenino cuando estaba comenzando su amistad con María Deraismes. Pero, no nos metamos prematuramente en la logia, que todavía quedan años por delante para seguir las actividades de María Deraismes en los espacios públicos. Continuaremos recogiendo, a modo de voz de autoridad y referente, otras observaciones de Eliane Brault cuyo trabajo bien asentado desde la aportación de Jean-Bernard, la prensa y otros documentos masónicos de la época a su alcance, resulta un interesante hilo conductor para terminar de recrear el ambiente en el que transcurrieron los primeros años de aquellas Conferencias y poder asistir a una imaginada sesión en el salón de María Deraismes:

«Mientras que Léon Richer llevaba al mismo tiempo actividad periodística y acción en el seno de las logias, María conocía una fama personal que le hacía ir de éxito en éxito».

Y explicaba más adelante:

“El salón de María Deraismes se estaba convirtiendo en la prolongación no sólo de la logia *Mars et les Arts*, sino también de la redacción del periódico *La Liberté* que Emile Girardin acababa de comprar al barón Brisset y en el que asumió la redacción en jefe”.

Los Girardin, desde el abuelo René y sus hijos Stanislas y Alexandre eran masones. Emile, aunque bastardo, no había faltado a la tradición familiar, él no frecuentaba apenas los talleres pero conservaba por los masones una simpatía activa; Sin embargo, su espíritu práctico no le hizo jamás ceder una línea que no fuese útil al periódico. Se le conocía entre los redactores como un tirano que había colgado en los pasillos de la redacción: “La Libertad” ante todo.

(...)

Al fin de la velada, cuando los invitados principales se habían ido, se quedaba entre los íntimos, se hacían y deshacían los ministerios, cuando no

12 Publicado en *Le Monde Maçonique*, avril 1865. Recogido por Hivert-Messeca, Gisèle et Yves: *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes*, op. cit, 1997, p. 202.

se revisaban todos los acontecimientos de Europa. Era la hora en la que Girardin se volvía brillante conversador infatigable, lo que hacía decir a sus redactores: “Antes de medianoche, tiene sesenta años bien cumplidos; pero después apenas tiene cuarenta”.

Así, por su salón Maria estaba impregnada del espíritu republicano y francmasónico y ella llegaba a la opinión pública»<sup>13</sup>.

Maria Deraismes llegó a pronunciar por lo menos seis conferencias en el Salón del Gran Oriente de Francia durante el año de 1867. La primera, según el orden y fecha que ella dejó recogido en la publicación al año siguiente, llevaba por título «La polémica» y tuvo lugar el 20 de enero. El ciclo quedó abierto y continuado en las semanas siguientes. La segunda conferencia que fue titulada «La moral», la pronunció el 27 de enero de ese mismo año; «La vida privada» el 3 de febrero; «La educación» el 10 de febrero; «El progreso» el 17 de febrero y con ella pensó en finalizar el ciclo. Sin embargo todavía fue requerida para una nueva conferencia que llevó por título «La influencia de la novela» y tuvo lugar el 18 de marzo.

Llegados a este punto, acomodémonos dentro de la sala, entre el auditorio, y tratemos de percibir cómo elevaba la voz Maria Deraismes e iba enlazando el discurso a lo largo de aquella primera serie de conferencias. A partir de aquí será ella misma de nuevo la que volverá a tomar la palabra a lo largo de las páginas siguientes. Escuchémosla.

### **«La polémica», conferencia pronunciada el 20 de enero de 1867<sup>14</sup>**

«Señores, señoras mías,

Hace dos mil cuatrocientos años, una voz gritaba: sé bien que puedo entender a las plañideras, sé bien que puedo juzgar los pleitos como los otros

13 Brault, Eliane: *La Franc-maçonnerie et l'émancipation des femmes*, op. cit., 1953, pp. 76-78.

14 Deraismes, Maria: *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Éditeurs, 1868, «La polémica», pp. 13-46.

hombres; ¿pero no sería más necesario impedir que hubiera pleitos? [(1) Ta-Hio, cap.IV, vers. I].

Estas palabras son de Confucio, el ilustre filósofo chino; convienen en todos los tiempos y se adaptan particularmente al nuestro, donde todos los problemas están en litigio, donde las doctrinas, los sistemas, intentan recíprocamente juzgarse; donde se encuentra por todas partes las animosidades del templo, de la sinagoga, de la basílica y de la Escuela; donde el cristiano molesta al judío, donde el judío molesta al cristiano, o los filósofos se molestan entre ellos. La ley, sin duda, respeta la libertad de las conciencias, ella no interviene más en las creencias del individuo; ella no castiga como otras veces a los disidentes, pero existen siempre entre ellos las relaciones agrias, los desafíos y los desprecios.

Se cree generalmente que la verdad universal es la propiedad de una doctrina única y de un solo individuo; de ahí esta sed mutua de superioridad y de dominación. Cada uno quiere descubrir el principio, detenerlo, determinar, exprimirlo, bajo su más completa fórmula.

Numerosos contratiempos resultan de esta pretensión recíproca. Por todas partes se completan obras a parte, donde el individuo se aísla, se constituye jefe de una doctrina aunque el número de sus discípulos no pase de la unidad; –verdaderos buenos dioses en cámara– que son a la vez sus grandes sacerdotes y sus grandes creyentes. Estos fogones difunden una luz cuyos rayos no atraviesan el umbral de un apartamento. Ejercen entre ellos una continua intolerancia, los órganos de la prensa dan fe de ello. Los insultos personales suplen muy a menudo a las armas de la lógica y de la razón. Tal es en nuestra época, donde el gran nombre de solidaridad se escapa de todos los labios, el espectáculo de nuestro mundo intelectual.

Este orgullo doctrinal e individual exagerado, esta polémica a ultranza ha dejado fríos a la mayor parte de los auditores y de los lectores. Toman con desconfianza y con antipatía las cuestiones cuyo estudio trae sólo el desacuerdo y la disputa; se estiman sabios de mantenerse en la esfera positiva y práctica; entonces pasan al lado de los grandes problemas de la naturaleza sin tomar cuidado. La parte transcendente de la inteligencia cae en descrédito, las ideas de un orden inferior predominan. En adelante, los miembros de la sociedad no se reunirán más que en las miras estrechas del interés y del placer; ningún intercambio del pensamiento; ninguna comunión de las almas; ¿qué les importan sus convicciones y sus creencias respectivas, sus certezas o sus dudas! Aquellos que persisten en inquietarse por el origen y el fin de las cosas son tenidos lástima; se le agobia con los epítetos de soñadores y de cerebros huecos; sus trabajos son tachados de inutilidad y de esterilidad; se califica de fuertes, de capaces a los organizadores de la vida industrial, lucrativa, material, su influencia no tiene límite; se les rodea y se les consulta; se les concede



los signos de un profundo respeto, de una gran admiración y se dice al verlos pasar: he aquí verdaderamente hombres.

La moral, por supuesto, no puede sustraerse a las influencias mortíferas de la indecisión y de la confusión de los espíritus. Se la discute, se la obstaculiza, se la niega de bastante buena gana. ¿No se escucha a bastante gente exclamar tan alto como es posible y en pleno día: la moral es una palabra vacía de sentido; difiere según los climas, las costumbres y las épocas; está bajo el imperio de la educación; no tiene en modo alguno un carácter absoluto; ella es relativa?

¡Qué más alarmante! ¡Qué más concebible! La polémica no ha escatimado nada. Las ideas fundamentales, los principios, gracias a ella no son más que opiniones; es decir algo flotante, ondeante, variable. El peligro es grande, sería urgente conjurarlo, encontrar un remedio.

Y en primer lugar ¿de donde viene la polémica?

¿No es la libertad de conciencia en el ejercicio de sus derechos? Pero qué es la libertad de conciencia? La libertad de conciencia es el atributo característico de la dignidad humana, ella es inviolable. El hombre no se persuade más que por su propia razón, y si somete su espíritu al espíritu de otro, es que él ha reconocido, en su buen sentido, que este otro es superior a él. Su sumisión, pues, es un acto voluntario, libre, razonado. La libertad de conciencia tiene su base en la justicia, es necesariamente inatacable, indestructible. De dónde viene, sin embargo, que siendo un derecho inviolable, el ejercicio de este derecho no sea siempre un beneficio? Cómo se hace que del día en que los hombres tienen el poder de expresar sus impresiones, sus pensamientos, sus juicios, se produce el desconcierto, los odios, la anarquía? Rebusquemos.

Existen dos tendencias contradictorias en la humanidad; estas dos tendencias son: la unidad y la pluralidad. Dicho de otra manera, el dogma y la opinión; el Estado y el individuo. Todo ser razonable es a la vez liberal y demócrata. Liberal en lo que le reconoce a él, hombre, el derecho de examen; déspota, en lo que una vez hecha su elección, quiere imponer al universo entero. Estas dos tendencias encontrándose conjuntamente en los espíritus provocan conflictos inevitables. La historia yace por completo en el antagonismo de estas dos ideas. La idea unitaria, para justificarse, legitimarse, esgrime este argumento: la sociedad marchando hacia un mismo principio, cada miembro que la compone debe tener las mismas ideas. Las mismas intenciones, emplear los mismos medios.

Y se ha comparado la sociedad al cuerpo humano. En el cuerpo humano los órganos inferiores están subordinados al cerebro; cuando se revelan, la economía fisiológica está trastornada. Imaginemos entonces en el orden social las clases superiores ilustradas, semejando el cerebro, y las clases subalternas, humildes, jugando el papel de los órganos inferiores, no

dudan que la insurrección de estas clases ínfimas no cause el desorden y la anarquía. No hay aquí más que similitudes aparentes. La sociedad difiere por completo del cuerpo humano. En el cuerpo humano cada órgano ha sido constituido para funciones especiales: no se piensa con el estómago, no se digiere con el cerebro. La sociedad, por el contrario, está compuesta de elementos iguales, es decir de fuerzas libres –de hombres- que tienen la misma organización, los mismos derechos, los mismos deberes y el mismo fin en sí mismos.

El gran secreto está en satisfacer a la unidad reuniendo a todos los hombres por puntos en común; y dejando libre carrera sobre los otros puntos para la originalidad individual. Es justo que la sociedad no sea sacrificada al individuo, ni el individuo a la sociedad. La obra de conciliación es difícil, es necesario creerlo, puesto que se ha intentado muchas veces infructuosamente.

Las tentativas de conciliación son el sincretismo y el eclecticismo. El sincretismo es una concepción ingenua, es una yuxtaposición ridícula de todos los sistemas posibles; es manifiestamente absurdo.

Tanto valdría coser uno tras otro los lienzos de los grandes pintores para hacer un mismo cuadro, o más aún fundir todas las piezas de teatro en una sola comedia.

El eclecticismo es una combinación más refinada, más especializada; ha seducido a los espíritus muy distinguidos, sin ser por tanto más practicable que su antecesor. El eclecticismo es la reunión de todo lo que hay de bueno en todos los sistemas. Elegir, ¡la tarea no es pequeña! ¿Qué genio osará proclamarse lo bastante fuerte para elegir de una manera definitiva? ¿Cómo probará que él es poseedor de la verdad, y que su criterio es tal que puede operar el enganche sin error? En varios lugares, ¿estará seguro de no haber dejado lo mejor para tomar lo peor? ¿Cuántas ideas declaradas paradójicas en sus tiempos, han sido proclamadas verdades cien años después! Y ¿es el público bastante crédulo, bastante ingenuo, bastante desconfiado de sí mismo para aceptar sin objeción, sin verificación las objeciones de cualquiera? Todo el mundo está en derecho de revisar los juicios, de romper las interrupciones y de constituir un eclecticismo a su modo, el cual estará en completa oposición con el eclecticismo de su vecino: tantas mentes, tantos eclecticismos.

(...)

En el Éxodo, la verdad absoluta –Dios– pronuncia estas memorables palabras: “Tu jamás me verás más que indirectamente, jamás me verás de frente”.

En los Vedas, el discípulo interrogado por el maestro sobre la naturaleza de la verdad absoluta –Dios– responde: “Ni que suponga conocerlo perfectamente, ni conocerlo del todo; lo conozco siempre *parcialmente*” [(1) Kena-Oupanichad, vers. 10].

Más de tres mil años después, un célebre filósofo escribía: “No me digo conocer a Dios enteramente, ni siquiera conocer la parte más grande; sino que me digo conocer solamente ciertos atributos. *Non dico me deum omnino cognoscere, sed me quaedam ejus attributa, non autem omnia, neque maximam intelligere partem*” [(2) Spinoza].

Esta sana dirección de los espíritus pondría fin a querellas interminables; discusiones francas, sinceras, leales, animadas sin cólera, se sucederían. Cada uno de quienes ahí tomaran parte estaría tan ansioso de instruirse como de enseñar. Estamos a la vista de la verdad universal como muchas personas situadas alrededor de un sólido, un cubo por ejemplo. Cada una de estas personas no abarca ni todos los ángulos, ni todas las superficies, ni todas las aristas: no ve el objeto más que bajo un aspecto particular e incompleto. ¡Bien! Ante la verdad absoluta estamos colocados desde situaciones diversas de época, de ciencia, de temperamento, de inteligencia, de carácter. No la entrevemos más que por el lado susceptible de ponerse en relación con nuestra naturaleza, el resto se nos escapa. Entonces, la verdad nos aparece unas veces exaltada, poética; otras abstracta, metafísica; unas veces rigurosa y severa como la ciencia; otras soñadora y sentimental.

Admitamos, un instante, que todos estos géneros se desvanecen y que el sistema del positivismo absoluto domina en los espíritus, la fórmula matemática, por ejemplo. Diríamos en adelante, en literatura, en sentimiento, en arte:

$$Ax - by + c = 0$$

¿Estaríamos más completos, estaríamos más felices?

Sí, la originalidad individual arroja su impronta sobre todas las obras de la humanidad. En ciencia, en filosofía ha creado el método; en literatura, el estilo; en arte, la forma; en moral, la conducta. Y todas estas interpretaciones encuentran sus lugares bajo el sol; ellas nos representan el más bello de los espectáculos: el del florecimiento de las facultades humanas, el de la multiplicidad en el seno de la unidad.

No pueden, es verdad, ensamblar todas estas manifestaciones esparcidas, nos asustamos de sus contrastes y de sus oposiciones. No es más que un efecto, no podemos establecer la cadena de continuidad.

(...)

El trabajo de conciliación incumbe hoy a los librepensadores contemporáneos. Sólo ellos pueden empujar a los espíritus por esta vía nueva. Muchos tienen de su parte la buena fe, el ardor, el talento. Solamente, ¿son ellos consecuentes con su título de librepensadores? ¿Admiten el librepensamiento en los otros? Ellos confiesan que el tiempo de los sistemas ha pasado, y por tanto, el día en que el credo de otro no repercute el suyo,

están aquí víctimas de las preocupaciones, de las inquietudes, se vuelven desafiantes, desconfiados.

El uno pretende que X conserva trazas de cristianismo y no puede contar con su concurso; el otro reprocha a Z estar demasiado ligado a Moisés; un tercero acusa a Y de inspirarse en Platón. ¡Bien! ¿dónde está el mal? ¡Qué! Mi querido librepensador, ¡usted exige una similitud, una igualdad geométrica! Usted pretende sobreponer todas las opiniones sobre la vuestra; usted quiere coincidir con A, con B, con C! ¿Qué sueña usted? Vuestro rostro es parecido al mío, mi humor es parecido al vuestro. ¿No debería usted contentarse con convenir sobre uno o dos puntos? Qué os importa que Pedro, Pablo, Santiago vayan a la iglesia, al templo o a la sinagoga? ¿Qué sean cartesianos, kantistas? ¿No existen entre estas doctrinas y la vuestra ideas comunes? Con tal que la vida política y la vida civil no sean dependientes de cierta religión ni de cierta filosofía, que usted no esté bajo la garra de un Torquemada o de un Calvino, y que para escribir y hablar, con tal no le haga falta pedir permiso al Arzobispo ¿porqué se atormenta usted? ¿Tiene usted la pretensión de responder a todas las necesidades? ¿Vuestra vida es tan larga como para hacer la crítica imparcial de todos los sistemas? ¿Ignora usted que siempre no tiene entre las manos más que un fragmento de la verdad? ¿Ignora usted que existe una cuestión sobre la cual el genio más grande no puede concluir absolutamente: lo *desconocido*? ¿Ignora usted que cada uno da forma a su guisa a lo posible y al puede ser?

La polémica se ha convertido en una plaga endémica para sociedad; el espíritu humano ha contraído la costumbre, y si ésta le faltase, se creería al límite de recursos. Se profesa, se ejerce por necesidad de escribir y de ganar. Se acecha al paso una palabra, una frase, para atacarla y procurar un tema más de artículo, presta a su adversario las ideas que él no ha emitido, y el público, demasiado ignorante para verificar, queda engañado por la mala fe del polemista. Se investiga con cuidado lo que divide y se huye prudentemente de lo que reúne. ¿Qué quedaría por decir si el acuerdo fuese unánime?

(...)

Es tiempo de poner fin a estas guerrillas inútiles; iluminémonos unos a otros, busquemos en el otro un complemento de nosotros mismos; en medio de las diferencias esforcémonos por encontrar las similitudes susceptibles de reunirnos.

Toda la armonía humana reposa sobre esta definición citada más arriba: “Dios considerado como el soberano bien, y el hombre buscando asemejarsele indefinidamente por la perfectibilidad de sus actos”.

Gran Oriente, 20 de enero de 1867»

## «La moral», conferencia pronunciada el 27 de enero de 1867<sup>15</sup>

«Señores, señoras mías,

De todas las cuestiones que han conmovido a la humanidad, la cuestión moral es, indiscutiblemente, la que menos ha agitado, excitado y apasionado a los espíritus. La religión, la filosofía y la política, por turnos, han absorbido simultáneamente el pensamiento y la actividad de los hombres. Sin duda, la religión, la filosofía implican la moral, puesto que ésta es la resultante y el corolario. Pero cuando digo moral, entiendo rigurosamente la aplicación de los axiomas de justicia, de bello y de bien en la vida usual. Pues, se ha atendido a la parte teórica, se ha razonado con elocuencia sobre la naturaleza del bien y del mal de lo justo y de lo injusto, de lo feo y de lo bello, dando siempre la supremacía a lo justo, a lo bello y al bien sobre sus opuestos. Se ha hecho prueba de razón, de talento, de dialéctica; queda hacer prueba de virtud, entonces es (quiere decir) que se ha tenido por detrás;?. Alcibíades, Pericles, Aspasia eran los auditores;? y los admiradores de Sócrates; ninguno de ellos fue virtuoso: Alcibíades fue un vicioso, un traidor; Pericles un falsificador y Aspasia una prostituta.

Mientras tanto, ellos se impregnaban de filosofía y se consideraban libres cuando habían discutido, durante las horas de asueto, de lo justo y de lo injusto de lo bello y del bien. Alejandro el Grande, alumno de Aristóteles, tomó, seguramente bajo tal maestro, lecciones de justicia y de templanza; él vivió a pesar de todo en medio de los excesos; mató de su mano a sus dos mejores amigos, y Aristóteles mismo debió sustraerse al odio celoso de su real discípulo. Pero ante la gloria de Alejandro estas fechorías pasaban por pecadillos. Cuando Jesús vino sobre la escena del mundo, enseñó sobre todo la moral. Quienes le escuchaban quedaron cautivados, arrastrados por su palabra calurosa e impactante; se enmendaron; la mayor parte cambiaron de plan de conducta y acabaron siendo virtuosos.

Un poco después, la teoría y el razonamiento se llevaron sobre la práctica. Los príncipes y los reyes convertidos tuvieron la pretensión de estar para algo en el establecimiento de los dogmas; ellos influenciarán los concilios; se prendaron de un bello amor para las sutilezas y las minucias; se horrorizaron de los heterodoxos, los herejes, que no se ponían completamente al lado de su opinión. Estos príncipes y estos reyes, continuarán, no obstante, asesinando a sus familias si llegase el caso y cuando el interés lo exigía; todo esto podía redimirse por la edificación de monasterios y basílicas; ellos

15 Deraismes, Maria: *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Éditeurs, 1868, «La moral», pp. 47-81. Traducido pp. 55-58; pp. 77-81.

estimaban haber satisfecho el primer deber asentando y determinando una doctrina. En el siglo XVI, mientras que la reforma puso en ebullición todas las cabezas, algunos monarcas aspiraron a la metafísica y a la teología».

Cortamos aquí el discurso. Ya vamos percibiendo el sentido. María Deraismes en estas primeras conferencias ponía especial cuidado en demostrar la erudición de sus conocimientos. Así continuó exponiendo esa trayectoria histórica que había comenzado desde la Grecia clásica hasta los tiempos más recientes. Un estilo minucioso e insistente en el que se avanzaba con lentitud, pero con agrado; cosa que confirmaba las buenas dotes oratorias. La capacidad en la gesticulación y modulación de la voz, los silencios y las cadencias debieron resultar expresivos auxiliares para conseguir mantener la atención. Formaba parte de los gustos y las maneras de hacer en aquel tiempo. Ella debía dominar plenamente la escenificación, no cabe duda. No seremos demasiado exhaustivos ahora. La Conferencia completa no quedará recogida en este espacio.

Avanzaremos hacia una secuencia intermedia donde María Deraismes se manifestaba preocupada por uno de sus temas recurrentes: las actitudes morales o las maneras como son abordadas las cuestiones que repercuten en la vida pública. Prosigamos:

«En suma, si la moral es el objeto de la indiferencia es que no satisface el orgullo del hombre.

En filosofía, en religión en política, no es ahí lo mismo; el hombre encuentra de qué contentar sus pretensiones, sus ambiciones, sus vanidades. La política acaricia los intereses del individuo; le habla de su independencia, de su dignidad personal, de sus derechos; en una palabra eleva de la vida privada a la vida pública. Hasta entonces, su inteligencia no recorría más que un círculo restringido de intereses particulares, a partir de ahora explora un campo sin límite de intereses generales y universales. La política hace tornasolar a los ojos de los ambiciosos los esplendores del poder y de la dominación. En cuanto al resto de los hombres que no empujan tan lejos sus pretensiones tienen por indemnización ocuparse de la cosa pública a distancia y como amateurs. ¿No es este paso ponerse de acuerdo una patente de capacidad que de abordar cuestiones tan vastas?

Las naturalezas más parsimoniosamente dotadas sucumben a esta tentación de participación política. Cuánta gente debajo de su papel de individuo, no

sabiendo gobernar ni sus casas, ni sus niños, ni sus asuntos, no dudan en pronunciarse ardientemente sobre la cosa pública; alabando o censurando determinaciones sobre las cuales son incapaces de hacer una crítica seria. La discusión política es un pretexto para la elocuencia. Cada uno se cree aumentado en un codo cuando ha esmaltado sus discursos de las palabras sonoras de *patria*, de *libertad*, de *guerra* o de *paz*; en fin cuando ha creído tener en su mano, durante una hora, el equilibrio europeo, que ha zanjado las cuestiones más complicadas y reglamentado las actitudes de las naciones entre ellas. ¡Qué puesta en escena! ¡Qué efecto! ¡Qué satisfacción de sí mismo! La pasión doctrinal, sea religiosa, sea filosófica, no inflama menos los espíritus. Ella corresponde a esta curiosidad humana insatisfecha de saber y de conocer, a esta sed inextinguible de lo desconocido y de lo incomprendible, a este deseo ilimitado de sondear lo insondable, de ver lo invisible, de explicar aquello que es inexplicable. ¡Oh! Que un hombre se alza a sus propios ojos cuando él exclama: Yo, ser enclenque, accidental, pasajero, tengo, por la fuerza de mi pensamiento, descubierto lo infinito, lo inmutable, lo eterno; he comprendido a Dios, puedo definirle, analizarle; he penetrado su naturaleza, su voluntad sus designios, él no quiere ni debe hacer otra cosa que esto que yo he sospechado; he captado su ley, he encontrado el origen de las cosas; he adivinado las operaciones primordiales de la naturaleza; no presté asistencia ahí, es verdad, pero qué importa el testimonio de los sentidos, es engañoso! No debo fiarme más que de mi razón. Cuando el ser humano está absorbido en estas especulaciones trascendentes, está contento de sí mismo; se cree realmente grande.

En efecto, para tratar de parecidos sujetos, para proyectarse de la realidad bordeada de los fenómenos hasta las ideas metafísicas, no hace falta nada menos que genio. Así, cómo resolverse a descender de estas alturas para concentrarse sobre cuestiones de moral y de virtud, es decir, cuestiones de práctica y de hechos, todo cosas variables, móviles, accidentales. Qué, usted escudriñaba lo universal, lo infinito y ahora usted no se enfrenta más que consigo mismo. Porque sueña con eso los trabajos de su pensamiento permanecen, la imprenta los transmite, las bibliotecas los conservan; mientras que el mérito de vuestras acciones pasa con el tiempo: al arquitecto el honor de trazar el plan, a la mano de obra el de ejecutarlo.

Para ser filósofo, político, son necesarias facultades intelectuales fuera de serie, para ser un hombre moral, no hace falta más que conciencia. El genio es patrimonio de un pequeño número, hace sobresalir a un hombre de la muchedumbre, la virtud le deja en la oscuridad. A los ojos del mundo, la virtud no es ni una invención, ni una potencia, es una abstención, es una sumisión, es una subordinación a un veto superior. Para inventar, para dominar, es necesario ser fuerte, para abstenerse, obedecer, someterse, basta con ser débil. Parece que la moral sea el lote de las naturalezas

medias y mediocres, incapaces en esto en moverse en una esfera activa, falta de un impulso excesivo y apasionado. Y no lo olvidemos, el hombre, de todos los tiempos, se ha dicho la imagen de Dios. Según las creencias, unas veces, posea una partícula, otras, se confunda con él. Pues, esto que se manifiesta de Dios, es la potencia, es el acto. Es pues el poder y la obra que nos hace reconocernos como el reflejo de la divinidad. Así mismo todas las veces que, bajo pretexto de contener el vicio, se representa su imperio, se le atrae más adeptos que adversarios.

(...)

Es en el seno de las costumbres sobrias y ordenadas cómo Miguel Ángel ha hecho brotar de su cabeza las más bastas concepciones del arte. Milton, ciego, dicta a sus hijas su poema del *Paraíso perdido*; sublime, extravagancia repleta de audacias de una imaginación en delirio. Es que en verdad, es más dentro de sí mismo que fuera donde el poeta o el artista saca sus inspiraciones. Solamente el prejuicio del público no acepta esto; cree en la necesidad de una excitación exterior, de una vida desordenada y tumultuosa. Después de estas reflexiones, apercibimos claramente que la virtud está invalidada en más de un sentido. De una parte dispensamos a los fuertes, de otra, abatimos a los débiles. Reviste pues forzosamente un color de servidumbre y de dominación. Se es virtuoso, en una palabra, cuando falta fuerza para ser otra cosa. Por un lado, la sociedad, desde su formación, está regida por dos códigos de moral diametralmente opuestos, se neutralizan el uno al otro: el código de los soberbios y el código de los humildes. El primero, en razón de las cualidades brillantes, acuerda indulgencia e impunidad a las debilidades empujadas hasta el vicio. El segundo, concerniente a las naturalezas dotadas con menor riqueza y sospechosas de pobrezas cerebrales, prescribe y ordena la disciplina más severa, la obediencia a la regla, bajo pena de deshonor y de degradaciones. Desgajados de los intereses personales y de los prejuicios, deliberantes con toda la plenitud de vuestra razón, ustedes están golpeados por las contradicciones fragantes que les ofrecen estos dos códigos. No existe en el mundo nada más chocante y más absurdo. Y en primer lugar los débiles deben ser guiados, enderezados por los fuertes, mientras que aquí los fuertes hacen desviar a los débiles. Imagínense que una parte del género humano se libera de los excesos, de los desórdenes, ¿sin hacer participar de ello a la otra parte? ¿No serían cómplices? ¿Qué se hace entonces la ley de la virtud impuesta a las mujeres?

Todos los grandes legisladores convienen unánimemente en que el orden social se estremece cuando esta ley no obtiene observancia y respeto. ¿Cómo salir de esta dificultad? ¡Dios mío! Hay un medio bien simple de salir, pero sé de antemano que ustedes no lo adoptarán espontáneamente. Este medio sería considerar la moralidad como un edificio social donde cada uno aporta su piedra.



Algunos axiomas pueden producir un ser moral, pero sólo el esfuerzo común produce la moralidad, y la cooperación individual debe medirse sobre el alcance de la fuerza, de la razón y de la inteligencia. Es lo contrario que se practica en el mundo. Entonces, ¿qué sucede? Sucede que todo el mundo quiere colocarse bajo el código de los fuertes y que el código de los humildes desaparece de día en día.

Estamos en una época igualitaria, todos queremos marchar de frente y alcanzar un mismo nivel. Nadie se cree nacido fatalmente para la humildad y la obscuridad. Todos están poseídos del amor de la atención pública. Y –no lo olviden–, el amor a la atención pública ha dado a luz, las extravagancias en literatura, las monstruosidades en arte, las excentricidades en la conducta: ¡es él quien ha prendido fuego al templo de Éfeso!

¿Cómo quieren ustedes que todas estas imaginaciones, donde fermenta el deseo del relieve y del ruido, tomen en cuenta esta virtud, pálida, desdibujada, que no reporta ni reputación, ni honor, ni dinero?

Antes del 89, las clases medias eran bastante ingenuas como para figurarse que ellas no podían pasarse sin buenas costumbres. Tenían pudores, reservas, escrúpulos; dejaban a los nobles como un privilegio de sangre, las presunciones del libertinaje y los descaros ostentosos. Pero, ahora, nuevamente liberada y ávida de independencia, la muchedumbre arroja lejos de ella toda disciplina como un impuesto y una faena. Y vivan los audaces, y vivan los escándalos: ellos rescatan al burgués emancipado y le dan un aspecto de gran señor que no sienta mal. Y cuanto más se agranda la fortuna, cuanto más nos rodea el lujo, más nos creemos en medida de desafiar a la opinión pública. Tratamos las reservas, los escrúpulos, las conveniencias, como tantas mezquindades dignas de un espíritu estrecho, de una conciencia timorata y de una posición pequeña».

Efectivamente, otro de los rasgos de la personalidad de Maria Deraismes como oradora, era su capacidad para introducirse por los recovecos anímicos poniendo de relieve las debilidades, aquellas inferioridades morales, que subsistían bajo muchas actitudes de aparente triunfo y buena compostura; aquellos defectos que unos y otros evitaban darse por enterados, bajo las buenas formas y el buen gusto con que se obligaban a tratarse protocolariamente entre los miembros de la alta y la media sociedad. Ella podía hablar claro pues no era una recién llegada, su alcurnia venía de atrás, pero evidentemente manejaba bien el arte de ser incisiva, de incomodar, llegando sólo hasta el punto adecuado y continuar amable el discurso como quien no quería la cosa. Otras veces, tras su manera de

exponer, manejando cierto humor mordaz, conseguía una manera de ridiculizar mediante la cual al darse el interlocutor por aludido podía llegar a provocarle el cambio de actitud.

La conferencia fue continuando en el mismo tono y volviendo en espiral sobre las ideas sostenidas. Le devolvemos de nuevo la palabra, tras este inciso y dejamos nuevamente, de lado, sin traducir, algunos párrafos. Imaginemos entretanto que ella ha ido avanzando en su conferencia y retomamos de nuevo aquí lo que ella estaba diciendo, cuando el discurso llegaba hacia la recta final.

«Me he esforzado en demostrarles anteriormente que si la moral está olvidada, abandonada, es porque la hemos hecho poco caso y se la cree patrimonio de las naturalezas débiles y mediocres. Esta opinión es radicalmente falsa, es urgente destruirla. Uno no se detiene en un plan de conducta que molesta en los caprichos y las fantasías sin tener una convicción, un principio que le determine ahí.

Pues, para formarse una convicción, para adoptar un principio, es necesario pensar, razonar, juzgar; tres operaciones del espíritu que exigen facultades mentales. Además, se añade a estas cualidades la firmeza del carácter para ejecutar esto que se ha resuelto.

La virtud es pues la resultante de un cierto conjunto de facultades; y cuanto más completo está este conjunto, más a gusto está la virtud, el genio, la ciencia, los talentos son para ella las condiciones de desarrollo, de florecimiento y de esplendor. Se pretende que la virtud excluye la pasión; esto no es verdad. Si la virtud excluyera la pasión no deberíamos más que despreciarla.

La pasión es la fuerza impulsiva del mundo; pero como todas las fuerzas, pide ser dirigida. La virtud es la pasión contenida en la justicia; la virtud es la pasión en el deber; es, en fin, la regularización de los impulsos afectivos de la organización humana. Ella representa la autocracia del alma sobre los instintos inferiores, la resistencia generosa de los nobles sentimientos y de la alta razón, contra las solicitudes seductoras y fascinadoras de la naturaleza. Es sobre todo, convenimos en ello, bajo este aspecto especial de la virtud como el ser humano alcanza un grado de dignidad y de grandeza verdaderamente excepcionales. Sin duda, esta rectitud no tiene la rigidez del acero, tiene a veces veleidades de desviación. El organismo se enerva, se exalta, el alma se envuelve de vapores calientes que le hacen perder el sentimiento de sí misma. La razón cae en la somnolencia vecina del letargo.

La criatura humana a medias alcanzada, a medias vencida, va a sucumbir; de repente, un relámpago surca esta confusión; la razón se despierta, reúne de prisa sus elementos dispersos, se concentra, se reencuentra. La voluntad antes ablandada, aflojada, se fortalece, se endereza; toma en su mano todas sus locas ternuras; todos sus ardores insensatos, todas sus impresiones pasajeras, todas estas quimeras de la imaginación, y las separa, y las quebranta; les dice: no sois nada, os aniquilo. Desde ese momento la criatura humana no regatea más las condiciones del sacrificio; y, si debe morir en él, lo cumplirá.

Termino. Hemos restituido a la moral la plaza que le es debida. Hemos visto que la pureza de las costumbres liga todas las virtudes y las hace posibles; que nadie debe librarse de eso, cualquiera que sea su sexo y su posición. Esta opinión, no estando en gran número, solo nos hace falta extenderla y vulgarizarla. ¿Quién comenzará esta obra de propagación, si no las gentes morales y virtuosas? Que salgan pues de su apatía y de su tranquilidad; que comprendan bien, de una vez por todas, que no basta con hacer votos, formular deseos y carecer de intenciones; que prueben ante el universo que la arena de la virtud no es la vejez y que sus ministros no son minusválidos.

La virtud es una causa a sostener; tiene necesidad de abogados, de campeones y de soldados. Y vosotras mujeres bien pensantes, es sobre todo a vosotras a quienes esta tarea incumbe. Enseñad, hablad, protestad. En el hogar, en la familia, en los salones. Hablad por todas partes que haya un alma para comprenderos, dos oídos para escucharos. Combatid contra la disolución con esta convicción que hace la fuerza.

Emplead contra las armas la gracia, los talentos, el recto sentido, la fina ironía. En primer lugar se os criticará, se os calumniará, se os dirá: vosotras no sois la virtud. La virtud es muda, la virtud no es humilde, la virtud es oscura, la virtud es ignorante. ¡Pero qué os importa! Arrojad a vuestros pies estas burlas y estas chanzas; todas estas simplezas no os obstruirán el camino. Marchad, marchad siempre y tendréis el honor de contribuir a esta obra de renovación moral y social impacientemente esperada.

Gran Oriente, 27 de enero de 1867».

La libertad como posibilidad de autodeterminación humana está vinculada de una manera natural al acto moral. El principio moral cobrará un carácter de universalidad, es el punto de apoyo para la elevación humana. Acceder a los umbrales del conocimiento es el reto planteado por la Ilustración frente a la sumisión de las conciencias desde las imposiciones exteriores y el acatamiento ciego.

La libertad de pensamiento, sin embargo, no debería conducir ni al caos ni a nuevos espejismos placenteros; la conciencia anclada en lo más profundo no debe prescindir de la brújula moral. Esta preocupación será dominante ya desde ahora en María Deraismes. Recordemos: «pensar, razonar, juzgar» bien ensambladas desde «la firmeza del carácter».

La siguiente conferencia incidirá cómo el asentamiento de la moral tenía el lugar idóneo desde la educación dentro de la familia.

**«La vida privada», conferencia pronunciada el 3 de febrero de 1867<sup>16</sup>**

«Nos cansamos de pensar, nos cansamos de elegir, no nos cansamos jamás de amar.

Señores, señoras mías, la vida humana tiene dos aspectos: la vida privada, la vida pública.

Estos dos modos de existencia son necesarios para el hombre. La vida pública con sus codeamientos múltiples y variados, sus relaciones amplias y distendidas, sus ligaciones superficiales, no son suficientes para su naturaleza; le hacen falta relaciones directas, íntimas, especiales, vínculos apretados, ligazones estrechas. En esta diversidad de personas, de ideas y de cosas, se detiene ante un objeto, lo contempla, lo prefiere a todos, lo ama en fin de una manera exclusiva, y no conserva para el resto más que una atención distraída y más o menos bondadosa.

La vida pública nos comunica el total de los trabajos colectivos; nos inicia en las grandes teorías, en las ideas de síntesis, en las empresas gigantescas; nos da la ciencia, en una palabra. La vida privada, que es también la vida del corazón, vivifica con su aliento fecundo todas estas adquisiciones del pensamiento. El corazón es, en efecto, el asiento del movimiento, el motor por excelencia, el centro de la actividad. La razón por sí misma no tiene bastante intensidad para dar el impulso y regir la conducta; la fuerza de la pasión es necesaria para determinar y sostener los esfuerzos de nuestra débil inteligencia. Es este el hogar incandescente donde el genio, como un nuevo Prometeo, viene a robar el rayo que debe animar sus obras.

<sup>16</sup> Deraismes, María: *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Editeurs, 1868, «La vida privada», pp. 82-115. Traducido, pp. 82-86; pp. 104-110 y 113-115.

Quintiliano exclamó: “Pectus est quod disertum facit, es el alma quien hace la elocuencia”. Vauvernargue ha traducido este pensamiento en términos simples y conmovedores: “Los grandes pensamientos vienen del corazón”. Evidentemente, nuestras tendencias afectivas, sentimentales encuentran todas las oportunidades de eclosión y expansión en la vida privada. En la vida pública, el hombre, en contacto con sus egoísmos, se esfuerza en modificar para su ventaja los medios desfavorables; lucha sin descanso por sus intereses en contacto con la costumbre de la preocupación personal. La vida privada corrige esta preocupación exclusiva, arranca del ser humano el amor de sí mismo para sustituirlo por el amor al otro. En la vida pública, el hombre puede fácilmente dar el cambio. Siembra en sus escritos pensamientos generosos, nobles convicciones, hace alarde en sus discursos de ardor, de celo, de devoción, sin estar siempre obligado a aportar las pruebas.

En la familia, apenas está formado el sentimiento se pone en trance de probarse: la aplicación sigue de cerca a la necesidad. El afecto, las consideraciones, la participación en la misma vida obligan a los miembros de una familia a hacerse mutuas concesiones, el alma se vence y se ejercita poco a poco en las renunciaciones y en los sacrificios. La familia es pues la escuela de las grandes virtudes, porque es la escuela de las grandes afecciones.

La vida privada no es el hecho de un estado social rudimentario y primitivo, es, al contrario, el resultado de un cierto grado de cultura intelectual y moral. No encontramos en las primeras edades más que relaciones brutales, accidentales y pasajeras; ningún vínculo, ninguna constancia, ninguna consideración. Cuando la sociedad sale de los limbos, cuando se dibuja, apercibimos aquí y allá los esbozos de la vida privada. Homero nos ha hecho la pintura de un hogar doméstico en los tiempos heroicos de Grecia.

Nos muestra a Aretea cerca de su esposo Alcinous. Aretea goza de la confianza de su esposo; es honorada, respetada entre todas las mujeres; su autoridad es soberana en su casa; sus hijos la rodean, la quieren y la consultan. Penélope y Ulises nos ofrecen un tipo bien puro de fidelidad y de amor conyugal. En recuerdo de su mujer Ulises desdeña el amor de una diosa. No tengo necesidad de mencionar aquí la constancia de Penélope. Sin dudar, estos caracteres son en mayor medida los ideales morales creados por el poeta que las realidades. También en otros casos, vemos que este modelo está lejos de estar completo. Esquilo, Sófocles, Eurípides nos inducen también a constatar la ausencia de los procedimientos delicados, de las demostraciones afectuosas; las relaciones de la familia son reservadas, secas, habitualmente indiferentes. Si el diálogo entre los esposos, en *Edipo rey*, reviste un tinte tierno y apasionado, es porque el autor quiso aumentar todavía más horror que inspira el incesto de Edipo».

La conferencia transcurría amable a través de la Grecia clásica: Homero..., etc. Detengámonos de nuevo una vez llegase hasta Moliere.

“Señores, señoras mías, Moliere se equivoca burlándose de una cosa buena y bella en sí misma. ¿Por qué este título de *Mujeres sabias*? No lo comprendo. Filaminta, Belisa, Armanda son ignorantes, pedantes, y nada más. Qué imbécil Crisala, demasiado ignorante para saber en qué consiste la ciencia, las decora con el título de sabias, esto se concibe; pero que Moliere se deje prender ahí, esto no se acepta. No solamente Moliere en esta pieza insulta a las mujeres, sino que insulta todavía más a la ciencia; pues, consideren esto bien, todas las veces que la ciencia roza una frente con su ala, la transfigura y la ennoblece. La ciencia no perjudica para nada; caza pequeñas ideas, vistas estrechas, dota a las naturalezas de una benévola simplicidad.

Desgraciadamente, no le es dado a todo el mundo adquirirla. Los medios de instruirse son rechazados por el mayor número: necesidad hace ley. Diferentemente cada uno debe ir hasta el comienzo de su inteligencia, hasta el comienzo de su razón. No hay convención social, no hay ley que tenga derecho a privar a nadie de su crecimiento moral e intelectual. Lejos de saber demasiado no se sabe jamás bastante. Cuanto más instruida es una mujer más se ilumina su interior, más completa es la vida privada.

No, la mujer no tiene empleo ni estado determinado, los tiene todos. No hay cuestión, no hay asunto, no hay acontecimiento a los que no esté asociada; su medio es el hogar –convengo en ello- y es precisamente por esto por lo que ella debe mostrarse la guardiana incorruptible de los principios. Mientras que el marido y el hijo traen a menudo la cabeza perturbada por los ruidos discordantes y por las opiniones contradictorias de la vida exterior, ella conserva la lucidez de sus convicciones; puede entonces enderezar inteligentemente y volver al recto camino a estos seres queridos en un instante aturdidos y extraviados.

La influencia femenina es inevitable e indispensable; imita a cada vuelta los rasgos de la madre, de la hermana, de la esposa. La fraternidad, remarca las similitudes existentes entre los seres de una misma generación, tiene afinidades de sangre, de posición de costumbre. La fraternidad debe de ser un protectorado recíproco: el hermano protege a su hermana materialmente; la hermana protege a su hermano moralmente. En la infancia, el hermano y la hermana reciben la misma educación, obedecen a los mismos principios. Más tarde la escisión se opera bruscamente, el joven hombre se mete en el movimiento exterior. Una convención social le confiere privilegios y estos privilegios contrarían a la moral. Cada día va perdiendo sus principios: en la escuela de medicina, en la sala de pasos perdidos, en los salones de medio mundo. De vuelta a su

casa, pone en circulación opiniones y propósitos insólitos. La hermana instruida antes que los padres de las separaciones y de las locuras de su hermano; mil veces se convierte en su abogado ante ellos para excusarlo. No imagino apenas que este aturcido joven tenga en un instante dado el aplomo de erigirse en sermoneador, en director, en consejero de su hermana. Encuentro más lógico que la hermana, inteligente, iluminada, y para la que el principio no ha cambiado en nada, sea la consejera y la enderezadora de su hermano; se entiende que cuanto más sea instruida esta joven muchacha, más habrá ejercitado su pensamiento, más valor tendrán sus consejos.

Es aquí donde se presenta la dificultad. La educación de las mujeres es defectuosa, carece de profundidad: detalles, prejuicios, ausencia de vistas generales. Abogo francamente que si la educación de las jóvenes muchachas es mala, la educación de los jóvenes es mucho peor. Aquí no considero el lado universitario, no me atengo más que al lado moral. Pienso que tiene una cierta importancia en la vida.

¡Qué! ¡Este joven hombre, salido de la familia, de la vida privada, que debe un día él mismo constituir y formar la familia y la vida privada, emplea se juventud en perseguir, en acosar, en corromper a la familia y la vida privada de otro! Se invoca fogosidad de las pasiones, la impetuosidad de los sentidos. ¡Error! No se esperan los transportes irresistibles para entregarse a estos desordenes. Y lo que es más repugnante, es que la madre, ella misma, órgano de la moralidad en la familia, hace esta simple observación a su hijo: no comprometas tu salud, tu porvenir. Yo diría incluso que más de una madre sonríe con las hazañas de este joven don Juan, ¡está orgullosa! En cuanto al padre, esto le recuerda sus años jóvenes: él actuó como su hijo y estaría dispuesto a seguirle todavía. Con tal que el heredero no comprometa su fortuna, su nombre, su carrera, se le anima y halaga la inconstancia de sus gustos, de sus caprichos y de sus fantasías. Se diría verdaderamente que existe una clase neutra, un terreno neutro, donde el joven puede dar libre curso a sus locuras, a sus lubricidades, sin perjudicar al conjunto social. ¡Qué extraña aberración para una época que habla de solidaridad! Así el joven ha tomado lecciones de gramática, de geografía, de lingüística, de algebra, de derecho, de filosofía; y no ha recibido ninguna de moral. Su madre, sin duda, tiene virtud, pero esta virtud no hace alumnos: es especial para las mujeres, el hombre tiene el privilegio de dispensarse de ella.

Así, esta vida privada, que decide sobre la vida pública, está singularmente agitada, quebrantada en su base; es casi una negación en casa del proletario. Las necesidades, las exigencias de la vida dispersan en buena hora a los miembros de la familia del pobre. Se van muy jóvenes, sin apoyo, sin guía, sin protección, a través de los barrios de la ciudad, a una edad todavía

demasiado tierna para que sus costumbres estén bien formadas; no tienen ningún medio de resistencia para oponerse a las influencias, a las solitudes depravadas y corruptoras. La mayor parte del tiempo, el pobre ve su hogar confundido y mancillado; y acaso quizás más que otro tiene derecho a la inviolabilidad de la familia! Es su único bien; no tiene las indemnizaciones del orgullo, las compensaciones del confort, del lujo, las disipaciones de la vida del placer. Estaría feliz de reunir, aunque no fuera más que un día, una hora a la semana, a sus pequeños en torno a él y encontrarlos puros e intactos. ¡Qué tormentos! Qué agonías para un padre, para una madre, cuando están obligados a confiar todas sus jóvenes hijas sin apoyo, sin sustento, a una gran ciudad como París”.

(...)

“Los discípulos de la frivolidad están ajenos a las alegrías inenarrables que disfrutaban los miembros de una familia unida. Recuerden ustedes la sensación deliciosa que han experimentado, mientras que, entrando en este santuario del dolor que es la cama de un enfermo, y que, marchando sobre la punta de los pies, reteniendo vuestro aliento y tomando mil precauciones por miedo de tropezar con un mueble o de rozar la sábana, han entreabierto las cortinas de la cama, han murmurado: ¡duerme! No olviden ustedes más esta ternura indefinible en la que todo su corazón ha sido atrapado, cuando han llevado el primer potaje al convaleciente. A menudo también ante la frágil cuna de un niño, se han puesto a contemplar con amor ese gorrito blanco enfundado bajo la almohada. ¡Cuántos compromisos adquieren con ustedes mismos, cuántos afectos entrevistos! Ustedes dicen: querido pequeño ser, ¡cómo querría poder preservarte de todos los peligros! A ti consagro mi labor, mi sangre, mi vida.

¡Ah! señores, ¡ah! mis señoras, si el tiempo lo permitiese cuantas escenas impactantes podría recordar yo aquí! La familia es la fuente fecunda de las más dulces emociones; el corazón encuentra ahí todos los pretextos para vibrar y emocionarse. El afecto se multiplica por el afecto; y mientras que los sentidos se debilitan y pierden la impresionabilidad por el abuso de los placeres, el corazón puede entregarse a los excesos de la ternura y convertirse en insaciable.

Permítanme pues terminar como he comenzado: “Nos cansamos de pensar, nos cansamos de elegir, no nos cansamos jamás de amar”.

Gran Oriente, 3 de febrero de 1867».

Vemos cómo María Deraismes ha venido aludiendo veladamente a la existencia de un doble moral entre los sexos y también entre las clases sociales. El juego entre el espacio privado y el público



debería contribuir a nivelarlas. Es fundamental para ello el grado de educación alcanzado, siempre en función del derecho-obligación a desarrollar las capacidades implícitas en la naturaleza humana. La familia es el núcleo original; la ley natural de su constitución se apoya en la necesidad de supervivencia y protección. El espacio público, mientras tanto está formado conforme a las reglas del interés. La vida privada es proclive a manifestar directamente la identidad, en ella se reciben las primeras impresiones, se aprenden los afectos, la solidaridad... etc.; Las tendencias aprendidas en la vida privada son con las que inicialmente se sale al espacio público donde se realizan otros nuevos intercambios.

La siguiente conferencia desarrollará más a fondo esta primera aproximación entrando de lleno en el sentido integral de la educación: la instrucción junto a la formación de los caracteres. El espacio privado ofrece en embrión las diferentes posibilidades para orientar las tendencias y las costumbres que más tarde se irán proyectando sobre las relaciones en los espacios públicos. El equilibrio en los afectos se va sintiendo, entendiendo y desarrollando desde los primeros años de vida. La identidad desde la naturaleza irá quedando clara y evidente y al mismo tiempo, irá tomando relieve que impedir el desarrollo intelectual y moral a las mujeres, en consonancia con los hombres, acarrea perjuicios que revierten sobre el conjunto de la sociedad.

### **«La educación», conferencia pronunciada el 10 de febrero de 1867<sup>17</sup>**

«Señores, mis señoras, en mi última conferencia sobre la vida privada, he tocado la cuestión de la educación; vuelvo hoy sobre ello y me propongo convertirla en el sujeto de esta conversación<sup>18</sup>.

17 Deraismes, Maria: *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Editeurs, 1868, «La educación», pp. 116-143. Traducido: pp. 116-121; pp. 122-128; pp. 129-132; pp. 135-137 y pp. 141-143.

18 Literal «entretien», puede ser entrevista, siempre en un sentido amable de entretenimiento.

La educación es un punto tan importante que en todo tiempo ha atraído la atención de los más hermosos genios del mundo. Cada legislador le ha consagrado un largo capítulo. En efecto, es sobre la joven generación donde él fundamenta la esperanza del cumplimiento de su obra. El sabe bien que cuales quiera que sean su autoridad, su elocuencia y la confianza de que es objeto, los hombres de la misma edad que la suya tendrán reminiscencias involuntarias, de volver hacia las costumbres del pasado; mientras que el espíritu de del niño, inclinado en buena hora en un cierto sentido, tomará, a ejemplo de los miembros, un giro particular que conservará toda su vida. Así, todo fundador de sociedad, todo organizador político ha instituido las leyes para la educación favorables a su modo de gobierno. Y nosotros citaremos a Licurgo, Solón, y Platón cuando traza el plan de su República. Estas educaciones especiales ofrecen graves inconvenientes. Los gobiernos no son inamovibles; las instituciones se transforman, las leyes varían y se modifican; las metamorfosis políticas se operan a veces brutalmente y no deben sorprender a los espíritus. Es necesario pues, que el hombre sea preparado en buena hora para los cambios; que posea las ideas más abiertas, más generales; que su espíritu vaya más allá de las costumbres y del país que habita; que no esté oprimido, en una palabra, por la costumbre y la rutina –los dos enemigos más mortales del progreso–.

(...)

Cuando Rousseau dio a luz el *Emilio*, su libro hizo un gran ruido. No se conversaba más que sobre educación. Las correspondencias de entonces rodaban sobre el mismo sujeto. Esta fue una moda, un apasionamiento; se entregaron a ello con una rabia igual a la que se habían puesto a discutir diletantes<sup>19</sup> algunos años antes. Todos estos hermosos espíritus se inquietaban menos por el niño que por el preceptor. Este es, en efecto, en las obras de este género, quien absorbe toda la atención. El discípulo está tomado dentro del estándar de los niños; será esto o lo otro, según la mano que le dirige.

Veán ustedes a Rousseau, sabe todo, prevé todo. ¡Qué presencia de espíritu! ¡Qué paciencia! ¡Qué medios! Y por tanto ¡qué resultados! No sé de autor que se haya criticado, sin quererlo, de una manera más sangrante. Emilio es hombre, se casa. Parece que al instante haya venido para despedir al gobernador y de gobernarse a sí mismo. Pero punto; el actor principal no quiere abandonar así la escena. Emilio va a convertirse en padre; sabrá, sin ninguna duda, cumplir sus nuevos deberes. La superioridad de sus principios, la altura de su razón han debido hacer de él un filósofo. Nada de eso: Emilio pierde la cabeza está turbado, desquiciado; se arroja a los brazos

<sup>19</sup> Literal «Parfiler», levantar uno a uno los hilos de oro o de plata de un galón.

de su preceptor y le conjura, llorando, para levantar al nuevo Emilio. En fin, si Rousseau no vive como Matusalén lo es hecho en los Emilios del presente y del porvenir; pues Emilio padre será eternamente incapaz de educar a Emilio hijo. Esta interesante familia tiene la increíble manía de las limitaciones. En cuanto a Sofía, la contradicción no es menos prominente. Ustedes lo saben, con la ocasión de las hijas, Rosseau entra en los detalles más circunstanciales. Llega hasta prescribirles la forma de alimentación. Les aconseja el empleo de las legumbres, de los lácteos y de los dulces; considerando que esta higiene debe predisponerles a la dulzura, a la sumisión y a la modestia. ¿Qué sucede? Que Sofía, educada así según la fórmula, burla, el primer día, al crédulo y confiado Emilio, sin tener, por excusa, la menor queja contra él. Esto prueba que el régimen de las espinacas y de los bombones no conduce necesariamente a la virtud.

(...)

No existe sistema en educación; y yo no abordaré esta tesis bajo un aspecto demasiado estrecho. No se trata de encorvar al niño bajo una disciplina severa, de imponerle opiniones, de estorbar el auge de su originalidad. El primer deber está en aportarle los medios para razonar por sí mismo. ¿Cuál es la misión de los padres? La misión de los padres es transmitir a sus hijos las adquisiciones de su propia experiencia y la de los siglos pasados, para reanudar esta cadena de continuidad que liga las jóvenes generaciones a las generaciones que preceden.

El elemento esencial, fundamental de la educación es el principio.

La implantación del principio en toda alma joven debe ser objeto de todos los cuidados. La hora de emancipación está próxima, el ser humano va a conseguir pronto el derecho de gobernarse a sí mismo; también le es necesario, para dirigirse con seguridad, una antorcha, una linterna. Este joven hombre, hace poco niño, va a franquear los muros de la escuela, va a lanzarse de la casa paterna para moverse y elegir en la vida exterior; se va a convertir en ciudadano, va a tomar parte en las deliberaciones públicas: votará, elegirá; estará, en fin, para cualquier cosa en la situación política de su país. ¿Quién sabe? ¿Acaso alcanzará el poder, y dispondrá, en cierta medida de la suerte de sus semejantes? ¡Bien! No está permitido, en esta circunstancia, preguntar a un hombre que siega de vuestros intereses, de vuestra felicidad, de vuestra existencia, que decide sobre la paz y la guerra, que, de un plumazo, consagra millares de hombres a una muerte inevitable, no está permitido preguntarle, digo, en nombre de qué principio toma tan violentas determinaciones, con tanta calma, con rapidez y confianza en sí mismo?

¿Pero qué es pues este principio? ¿Es una opinión de nuestros padres, es una idea dominante, acreditada en un siglo, en una época? ¿Es una tradición que se pasa de mano en mano con veneración y ante la cual se calla el

libre examen? Es, en una palabra, *¿la fe de nuestros padres?*- palabra que jamás ha dejado de tener un gran efecto sobre nuestros teatros y en nuestros discursos.- A no dudarlo, hay cosas excelentes en la fe de nuestros padres; al mismo tiempo hay mucho que podar y sustraer. Si nos remontamos a los orígenes y ahí fuésemos reducidos a una escrupulosa imitación, todavía inmolaríamos humanos sobre las piedras druídicas, y, copiando de tiempos más recientes, quemaríamos calvinistas en plaza de Huelga, y creeríamos con toda conciencia en las brujas y en los encantadores. Es pues bueno pasar por la criba la fe de nuestros padres.

El principio, al contrario, emana de una fuente más alta, manantial inalterable, que no es otra cosa que la ley esencial, fundamental, absoluta, infinita, eterna. Sin ella el principio no es más que una sombra sin sustancia, una ilusión del espíritu. El principio es pues a nuestra mirada como los astros: cualquiera sea nuestra posición, están siempre sobre nuestras cabezas. El principio es esta regla inflexible que no se dobla; es una medida de perfección infinita sobre la que ajustamos nuestros actos, nuestra conducta, a fin de saber cuáles son el mérito y el valor; el espacio que existe entre nosotros y ese ideal de justicia que nos muestra cuanto falta para que merezcamos, a justo título, el sobrenombre de hombre de bien.

El principio se manifiesta bajo dos formas: la religión, la filosofía.

La religión tiene una acepción muy general, muy universal. Es eminentemente simpática, activa, porque es sentimental. Penetra el corazón de una manera inmediata, sin recurrir a las largas operaciones del espíritu; corresponde a estas ideas de infinito y de perfección que nos enseña la razón desde su primer sueño. Desgraciadamente, no se comprende la religión más que como una serie de dogmas. Pues, tanto la palabra religión nos hace concebir una obra de unión, de concordia y de armonía, como la palabra dogma nos ofrece en perspectiva, las disensiones, las divisiones, el cisma. Por todas partes las comuniones, las confesiones, las sectas. Y todas estas fracciones se fraccionan todavía más entre ellas; y de diferencia, en diferencia se reducen hasta el simple individuo que, el también, tiene sus interpretaciones, sus dogmas; y si no las pone a la luz del día es por prudencia y por miedo.

Cuando se habla de dogmas es indispensable distinguir los dogmas fundamentales, constitutivos, de los dogmas secundarios.

Los dogmas constitutivos son aquellos sin los que ninguna religión, ninguna filosofía puede fundarse.

La religión, por ejemplo, siendo la relación del hombre con Dios debe necesariamente basarse sobre la existencia de Dios o dejaría de ser. Por otra parte, si el alma humana no poseyera una partícula divina, ¿cómo podría concebir la idea divina y comunicar con un ser diametralmente opuesto a su naturaleza? Toda religión afirma pues que el alma encierra una

partícula divina; admitida esta opinión, es necesario deducir que el alma es inmortal. Así la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son los dogmas fundamentales, es decir los cimientos, los soportes, no solamente de la religión en general, sino todavía más de las religiones en particular. La moral deriva de la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma; es el tercer término obligatorio. Llamo dogmas secundarios a aquellos en que la ausencia o la supresión no impide a la religión instituirse y mantenerse. Estos dogmas son la expresión especial de una comunión particular; el hombre que es incrédulo a este respecto no permanece menos penetrado del amor de Dios y de sus semejantes. No ignora el entendimiento de sus deberes, ni la manera como debe cumplirlos. Su negación no entraña pues ningún perjuicio, ninguna turbación. Se comprende fácilmente que, si la mayoría de la humanidad no se adhiriese a alguno de estos dogmas de segunda clase, la religión, la moral, la sociedad, no marcharían muy mal. El dogma secundario está privado de carácter universal; puede ser una verdad, pero una verdad en nada susceptible de ser percibida por todos los individuos. Es una forma precisa y determinada del espíritu, no del espíritu general, sino del espíritu de alguien o de algunos; así levanta resistencias y no obtiene jamás un consentimiento unánime. Creo en la Trinidad, –digo yo como lo diría otro–, nada mejor; yo soy perfectamente libre, solamente que, a cualquier hora del día, puedo encontrar gentes que no comparten sobre este punto mis convicciones. ¿Tengo yo razón, están ellos equivocados? He aquí lo que es imposible decidir.

(...)

Así el dogma secundario, considerado como una verdad no pudiendo ser comprendido más que por un sentido íntimo y especial, no es más que un obstáculo para la extensión de la religión.

Debemos pues situarlo en el total de las apreciaciones individuales, sin duda respetables, pero se le puede aceptar y dejar sin daño.

Nuestra equivocación es atarnos a él demasiado pronto; estar del lado de las particularidades que cautivan las imaginaciones y los espíritus. Es, en fin, la parte discutible, perecedera, que es preconizada, propagada.

Pero la filosofía está ahí, me dirán ustedes, con sus procesos racionales, ella dilucidará estas obscuridades. ¡He aquí! La filosofía tiene también sus dogmas secundarios, además no es simpática.

La falta no debe imputarse a ella, sino más bien a los filósofos. Estos últimos creen que la filosofía está destinada a los espíritus de élite, que no debe ser ni vulgarizada, ni popular, que es ante todo aristocrática. En nuestros tiempos, donde las grandes ideas se dispersan, se expanden, donde la ciencia no desdeña visitar los rincones más humildes de la muchedumbre, la filosofía, queda sobre las cimas arduas; se momifica, retenida en las cintas de un lenguaje árido e ininteligible. Me recuerda siempre a

estas antiguas y nobles familias de provincia que prefieren vegetar, desecar en su esterilidad y aislamiento, antes que aliarse a una sangre nueva y comerciar con villanos.

La filosofía levanta, pues, muchas repugnancias; no está considerada más que como una sombra entre los vivientes.

Si la religión ha sepultado el principio bajo un montón de detalles, de accesorios y de supersticiones, si la filosofía no ha sabido abandonar las altas regiones para expandir sus luces, el hombre joven encontrará, por lo menos, principios en su instrucción. Estudiará las ciencias y se elevará de deducción en deducción hasta esa ley eterna donde transcurre el principio inmutable.

Sí, sin duda el estudio de las ciencias es susceptible de enderezar los espíritus, de iluminarlos; mientras tanto debemos reconocer que la enseñanza moderna no favorece esta tendencia de la inteligencia a vincular las diversas adquisiciones del pensamiento a un principio único y absoluto. En nuestros días el desarrollo de las ciencias es tan prodigioso que exige divisiones y secciones; estas divisiones y estas secciones piden investigaciones especiales. Estas investigaciones son tan complicadas que se consume toda una vida sin llegar siquiera a agotar la serie.

(...)

¡Oh, jóvenes hijas, de la gracia, siempre de la gracia! Descuidad vuestro espíritu, vuestro saber, vuestro corazón si es preciso, pero guardaros de descuidar vuestro atractivo; es esto lo que se exige de vosotras, es la belleza, es la seducción; vuestra misión consiste en excitar los sentidos y entumecer la razón. No os confiéis ni a vuestra inteligencia, ni a vuestra instrucción, ni a vuestra virtud; pues la primera muñeca maquillada, rizada, tendrá la ventaja sobre vosotras!

Esta opinión que acabo de emitir circula de manera sorda en la sociedad; demasiadas mujeres han hecho su provecho de ello. En cuanto a mí, no dudo de declararla falsa.

Señores, es a ustedes a quienes me dirijo especialmente. Tengo sobre ustedes un juicio más favorable. No ignoro que el carácter de los Asuero y de los Herodes no está enteramente borrado en nuestros días; hay todavía, y lo constatamos con disgusto, hombres que por la sonrisa y la desenvoltura de una mujer, se adhieren más bien a un acto culpable que meritorio, y sacrifican a la ocasión su honor y la cabeza de su vecino. Pero el más grande número siente la influencia de la belleza intelectual y moral. Sí, señores, cuando una gran idea, una noble convicción resplandece sobre un visaje, cuando un sentimiento elevado presta a las palabras un acento caluroso, ustedes quedan conmovidos, tocados, tiernos, y ustedes no discuten más la pureza de una línea, la fineza de un trazo, el arreglo de un peinado.

Como podemos juzgar, la ausencia del principio en la vida privada, en la familia, tiene consecuencias muy graves, porque conduce a la desmoralización.

En la vida pública, en la vida política, la ausencia del principio ofrece peligros muy atosigantes. En efecto, la familia ofrece todavía recursos; los lazos, los sentimientos, un aliento afectuoso puede revelar, en un instante, un ideal moral que incluso no se había sospechado. En la vida política, no hay para nada cuestión de sentimiento; no encontramos más que teorías frías, ambiciones, intereses. La política, por sí misma no ofrece principio; está reducida a tomarlo prestado de la religión, de la filosofía, de la moral. No es una ciencia, dudo incluso que sea un arte. Y todas las veces que intenta bastarse a sí misma, no es más que una cosa arbitraria, caprichosa, fantástica; ofrece las más extrañas contradicciones; es variable, inasequible; para percibirnos bien estudiémosla.  
(...)

En medio de los intereses, las desviaciones de la conciencia, tenemos necesidad de tener ante nuestros ojos, a todas las horas, una verdad viva, permanente, evidente, que nos dirija y nos mantenga en la recta vía. Es a los padres a quienes compete el honor de transmitir esta verdad al niño, puesto que entonces germinará, crecerá con él, formará parte integrante de sí mismo. En la familia esta verdad aparece bajo todos los aspectos: a cada paso sentimental, razonable, inteligente. Pero ¡cuántos padres no poseen esta verdad ellos mismos! Bien! que la busquen, la encontrarán. Esta por todas partes, sobre todo en la conciencia, si se permiten el trabajo de hacer silencio para escucharla hablar. Sí, esta verdad está por todas partes; en los Vedas, en los Zens, en el mosaísmo, en los libros sagrados de la China, en el Evangelio, en todas las grandes concepciones filosóficas. No nos equivoquemos en esto, la paternidad, la maternidad no son solamente un pasatiempo, una recreación, un juguete; no basta acariciar y adornar al niño, encuadrar sus carnes delicadas y rosas en el raso, de envolver sus miembros en la cachemira, es necesario dotarlo antes de las cualidades vigorosas del cuerpo y del espíritu.

Mé parece que en tanto que sobre este punto de ser padre o de ser madre todo un mundo de ideas debe invadir la cabeza; es el momento de escucharse, de examinarse, de hacer el inventario de su conciencia, de sus sentimientos, de sus ideas. Pues, al primer signo de la razón, el niño se volverá ante ustedes, y les interrogará. Los *porqués* los *cómo* se sucederán con una rapidez increíble. Y si ustedes no están en la medida de responder, si ustedes dudan, el niño, con insistencia increíble, les repetirá hasta la saciedad: pero di, pero di pues.

No se sorprendan pues más, si yo reclamo insistentemente la instrucción completa de las mujeres. El verdadero elemento del progreso está ahí. No es necesario más que el hogar sea solamente el medio de los pensamientos estrechos, de los cálculos mezquinos; no es necesario más en fin que las grandes ideas pasen ante el umbral de la puerta sin que se les

haga signo de entrar. El hogar es el santuario donde debe depurarse la religión, donde debe democratizarse la filosofía. El progreso y la felicidad de la sociedad dependen de estas nuevas condiciones de la familia y de la educación.

Gran Oriente, 10 de febrero de 1867».

### **«El progreso», conferencia pronunciada el 17 de febrero de 1867<sup>20</sup>**

«Señores, señoras mías,

El tema que he elegido es ciertamente demasiado extenso para el tiempo que debo dedicarle; pero me parece que después de haber considerado junto a ustedes diversos aspectos de la vida humana, es urgente arrostrar, aunque no sea más que algunos instantes, el conjunto general. El nombre progreso se ajusta admirablemente a mis intenciones; forma parte para empezar de las simpatías de nuestra época. Por todas partes se habla de avances, de perfeccionamiento, la sociedad hace esfuerzos constantes hacia lo mejor. Más aún, como el objeto de mis estudios, de mis trabajos, es una reforma moral, no es inoportuno hablar del progreso.

Es sin duda desventajoso reducir una idea en lugar de entenderla; pero ¿qué quieren ustedes? El espíritu humano está a menudo sometido a tristes condiciones. A menudo está situado en una dura disyuntiva: o bien tratar una cuestión de manera somera, incompleta o bien caer en la prolijidad pesada, y por consecuencia atosigante. Si se me hubiera ocurrido escribir dos volúmenes sobre el progreso, ustedes no los hubieran leído. Tendría el consuelo, es verdad, de poner sobre los estantes de mi biblioteca mil o por lo menos quinientos ejemplares de mis obras, francamente prefiero colocar ahí las obras firmadas por otro nombre que el mío. Me resigno pues ha hablarles del progreso, decidida a hacer sacrificios, omisiones voluntarias, esperando que, más tarde, pueda volver a reanudar el tema con ustedes.

Hoy me esforzaré en concentrarme sobre los puntos más importantes.

Dos campos se reparten la sociedad: el uno cree con ardor en el progreso, el otro lo niega formalmente. Pero no dudo en decirlo el primer campo es más numeroso que el segundo.

<sup>20</sup> Deraismes, María: *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Lévy Frères, Libraires-Editeurs, 1868, «El progreso», pp. 144-180.



Me colocaré pues preferentemente entre los progresistas; me son muy simpáticos, siendo yo misma progresista de corazón y de espíritu. A pesar de todo, el partido conservador no es serio; niega el progreso más que por convicción por odio al movimiento. Lo que desea antes que nada es su acomodo, su reposo; es tranquilo, apático, incapaz de iniciativa; opone incluso una fuerza de inercia; sin embargo, es capaz de ser arrebatado también por un impulso vigoroso.

El partido progresista, al contrario, es activo, bullicioso, emprendedor, tenaz, deseoso de cambios. Su acción es influyente, eficaz.

Lo que caracteriza al progresismo es la impaciencia. Está ansioso de ver realizado lo más rápido posible el ideal de perfección que ha concebido. Es receloso, suspicaz; se revela contra lo que se interpone como obstáculo; no soporta ni estación ni parada; para él el progreso es una marcha ascendente, una cadena en la que los eslabones deben sucederse sin solución de continuidad. Yo comparto este ardor generoso, amo esta impetuosidad, pero no estoy sin cierta inquietud. Esta prisa, esta precipitación tiene inconvenientes, yo diría aún más, peligros.

(...)

Veo en primer lugar nuestra época totalmente prendada de novedades: hombres nuevos, partidos nuevos, artes nuevas, ideas nuevas. ¡Cuántas novedades a la vez.

Hace tres mil años, un hombre a quien no faltaba ni saber ni espíritu, un hombre que por su reputación de sabio estaba situado a la cabeza de la civilización de su época decía: "Nada nuevo bajo el sol". Soy de la opinión de Salomón; no hay ideas nuevas. Entiendo aquí las ideas madres, primeras, de donde derivan todas las demás, en una palabra, verdades morales. Sobre este punto sostengo que es el olvido de los antiguos lo que hace la novedad de los modernos.

Exceptúo las combinaciones nuevas que la ciencia descubre gracias al método experimental. Estas novedades no conciernen más que al perfeccionamiento exterior calificado a justo título de material, porque su acción tiende a mejorar exclusivamente las condiciones vitales que nos rodean y en las cuales estamos situados. Este perfeccionamiento sin duda es un agente potente, pero no puede ser nunca más que un agente, un auxiliar; su papel es secundario. Existe una expresión más elevada del progreso: la moral; es decir, el perfeccionamiento humano interior cuya acción consiste en depurar los sentimientos, las ideas, la conducta.

Retomo y repito: no hay ideas nuevas. Asegurar que no hay ideas nuevas, es afirmar que no hay doctrinas nuevas.

En efecto, en materia religiosa y filosófica, el progreso no consiste en añadir ni argumentar sino más bien al contrario en suprimir y simplificar. Hoy, las doctrinas llamadas nuevas no tienen caracteres de invención;

no representan más que un trabajo de eliminación. Se trata de tomar de todas las doctrinas pasadas y presentes la parte permanente, idéntica a sí misma, en una palabra, las ideas que no han sufrido la acción del tiempo, que se han convertido en inalterables, indestructibles, y que tienen, por esto mismo, todos los aspectos de la verdad. Estas ideas fundamentales son: la idea divina y la idea moral. Las hemos visto en la historia circular a través de las religiones, las filosofías, las concepciones elevadas del espíritu humano, sin dejarse mermar por las fluctuaciones de los caprichos. Se les debe llamar sin duda, *verdades*, porque son las fuentes de la progresión humana. Llevan consigo todas las virtudes; han sido, puede decirse sin exageración, el motor principal de todos los impulsos heroicos de la sociedad. Íntimamente ligadas la una y la otra, se les ha hecho perder la fuerza cuando se ha intentado separarlas. Los sistemas que lo han ensayado no han tenido más que un éxito desmoralizador y efímero.

Desgraciadamente, se han asociado a estas ideas fundamentales proposiciones oscuras y erróneas. Estableciendo estas últimas en un pie de igualdad, han dado lugar a lamentables malentendidos, a interminables conflictos en los que las consecuencias han sido corruptivas y desastrosas. Nuestra tarea actual está en discernir, despojar, desescombrar.

(...)

El progreso está en la conformidad entre los principios y los actos.

El progreso, en efecto, no consiste en el descubrimiento de una verdad moral, sino más bien en la aplicación de esta verdad. Por el progreso vemos pasar la teoría al dominio de la práctica; la idea que no era más que una abstracción pensada o escrita pasa a ser una cosa, un hecho; la intención se convierte en acción buena y generosa; en fin, el precepto se transforma en costumbre. La migración de una idea en la esfera activa es una obra lenta, consta de bastantes etapas. Falta mucho para que una idea emitida sea una idea aceptada; y una vez aceptada sea practicada. La vemos primero pensamiento solitario, brota de la cabeza de un solo individuo; más tarde se convierte en una opinión; es decir, una idea que circula a través de los espíritus, sin autoridad necesaria para asentarse de una manera definitiva; al final después de numerosas luchas, de numerosas contestaciones esta opinión es reconocida como verdad; pasa a ser convicción, una creencia a favor de la cual el espíritu prueba una de esas vigorosas salidas que resquebrajan los imperios, cambian el semblante de las sociedades transformando sus costumbres y sus constituciones políticas.

(...)

He aquí que nos encontramos en el año de gracia de 1867, veamos un poco donde estamos. Todas las condiciones son propicias al desarrollo del progreso. La ciencia ha enriquecido la industria de múltiples recursos; todavía más, la suma aumenta todos los días. Las distancias están reducidas,

los pueblos pueden codearse, comunicarse entre ellos, ayudarse mutuamente. La imprenta propagando el pensamiento humano a millares de ejemplares, ha salvado (sustraído) las obras del genio de las catástrofes y las destrucciones accidentales. La cultura intelectual no está bajo la dependencia de la conservación en una biblioteca. En fin, la civilización está tan extendida como para no temer a una invasión de bárbaros. Además tenemos a la cabeza de nuestra sociedad los principios *de igualdad, de libertad, de solidaridad*.

Y bien, parece que en el momento de saltar en la vía del perfeccionamiento gracias a las circunstancias favorables que nos rodean, todo aquello que tenemos de pobrezas en el alma, de pequeñeces en el espíritu, de egoísmos en el corazón se ensambla, se acumula, se reúne, para oponer una última resistencia, librar un último combate.

El progreso es la obra de los siglos, acabamos de constatarlo; todas las generaciones concurren ahí, cada individuo debe participar en la medida de sus facultades. Pues, como verdaderos artistas que somos, debemos estar más preocupados por los defectos que existen en nuestra obra que admirados de las cualidades que en ella se encuentran. Veamos cual es nuestra actitud hacia la igualdad.

Sí, todos queremos la igualdad; es decir, nadie quiere ser superado, pero cada uno quiere superar a los demás. Sí, nosotros queremos el progreso; pero aquí hay una confusión, un menosprecio; comprendemos nuestro progreso, en una palabra, el engrandecimiento de nuestra fortuna, de nuestra consideración, de nuestra importancia. Asociamos demasiado íntimamente la prosperidad pública con nuestra prosperidad personal. Llegamos incluso más lejos, subordinamos el interés general a nuestro interés particular.

Entre los hombres políticos este desprecio es manifiesto, bien que sea la táctica más elemental de parecer preocuparse por los intereses del otro, cuando no está realmente preocupado más que de los suyos. Vemos una multitud de hombres y entre ellos a hombres *nuevos* –cómo se titulan a sí mismos–, desear el progreso, prometer la prosperidad del país, garantizar la felicidad de sus conciudadanos, a condición de ser situados en el primer puesto. Esto no es por ambición, lejos de ahí; no se trata más que de vigilar de cerca el movimiento y de asumir toda la responsabilidad bajo sus personas –existe mucha gente *generosa* como esto, hay hasta demasiada–.

X desea ser diputado, y si busca insistentemente su gloria, es simplemente para asegurar la gloria de su patria. Sale de la oscuridad para obedecer al deber; él amaba la vida de los campos, los olores dulces de los prados, se encontraba dichoso entre las tiernas intimidades de la familia; la situación presente le fuerza a tomar una parte activa en los destinos de la Francia, etc. Z concibe también la idea del progreso, solamente que le da una forma

particular; para él, el progreso es el portafolio. Recientemente saludaba a la izquierda, ahora saluda a la derecha, saludará al frente, atrás, en todos los sentidos, en fin; el lado del progreso es el que le hará ministro.

En resumen, para cada cual el progreso es el triunfo. Triunfar es la idea única, dominante; reina en los espíritus y en los corazones sin competencia y sin rivalidad. La creencia en los destinos futuros es débil, muy débil; nos concentramos exclusivamente en el destino presente. El tiempo es breve, la vida es corta; necesitamos éxitos rápidos, pronto, inmediatos. ¡Vivan los procedimientos apresurados y los métodos expeditivos. ¡Improviseemos fortuna, saber, reputación, sentimiento, seamos ricos antes de adquirir, sabios antes de estudiar! En cuanto la inteligencia da sus primeras señales, se la estruja, se le exprime el jugo, la savia. De ahí las obras endeble, delgaduchas, abortadas, nacidas antes de término. Nos asombramos de que las obras maestras sean raras, pero lo contrario sería sorprendente. ¿Ustedes creen que una obra maestra se improvisa? ¿Que surge de repente y espontáneamente? ¡Qué error! La obra maestra es el fruto, el resultado de lentas preparaciones, de profundas meditaciones, de un trabajo incesante. Es necesario para producir la obra maestra una naturaleza perseverante, porfiada, que no se fatigue ni se desanime ante ninguna dificultad; una naturaleza poseída únicamente del amor por aprender; estas almas no son numerosas hoy. Fantasía muestra un cuadro que expresa bastante bien el espíritu moderno a este respecto<sup>21</sup>. “¡Ah!”, exclama este estudiante que no estudia, “¡Qué enojoso es esto! ¡Para ser músico es necesario aprender; para ser pintor es necesario aprender; para hacer una tortilla necesario aprender, siempre aprender!”.

Una de las características de nuestra época es pues la impaciencia. Cuando un hombre en Francia llega a los cuarenta años y no es influyente en política, en literatura, en arte, que no es *alguien*, es decir un nombre conocido por todos, se asfixia. Si él es sanguíneo, bilioso, estalla en imprecaciones, en injurias contra no importa quien y no importa que. Si la naturaleza le ha dotado de un temperamento linfático, él cae en... el abatimiento; forma enseguida parte de esa legión inconmensurable de desalentados y desalentadores. Persigue con sus ironías melancólicas a quienes hacen esfuerzos por avanzar, les agobia con su incurable escepticismo y todo porque el público queda indiferente ante augusta mediocridad.

Pero volvamos al principio de igualdad.

El hecho seguramente más cómico de nuestro tiempo es esta reminiscencia aristocrática, este arrebatado nobiliario que nos sube a la cabeza.

*Amen ustedes a la nobleza, se ha metido por todas partes. Se siembra por todos los lados el grano de condes y de marqueses; no sé si esto proseguirá, pero*

21 «Dit un mot qui peint assez bien l'esprit moderne à ce sujet». Literalmente sería: «Dice una palabra que pinta bastante bien el espíritu moderno en este tema».

se siembra abundante. A la vez como los autores están preocupados por el progreso –es decir por su éxito–, no se privan de acariciar este gusto general. Y puesto que se trata de presentar en escena un carácter bufón, ridículo, idiota, lo ofrecen bajo las trazas de un comerciante, de un mercader, de un industrial enriquecido, de un recién llegado un *nuevo rico*, en una palabra. Se llaman *Benôiton*, *Peponnet*, *Plumet*, y el personaje es aún más estúpido que su nombre. Durante cinco actos él es burlado, ridiculizado, mofado; se le hace despachar todas las tonterías, para regocijo de los espectadores. ¡Oh sorpresa! Es un público de mercaderes, de industriales, de comerciantes enriquecidos, de nuevos ricos, que aplaude a ultranza y encuentra al autor un gran hombre. ¡Está contento este público! Hay que reconocer que se contenta con poco.

Tomemos una hoja ligera, echemos los ojos sobre una crónica, incluso sobre una bagatela. El cronista, que tiene una anécdota para narrar, una supuesta ocurrencia para pasar, elige la forma más apropiada para deslumbrar al abonado; comienza invariablemente por estas palabras: <<Ayer, cenaba en casa de la *duquesa* de R..., cuando la encantadora *marquesa* de C..., etc.>> Y debajo el cronista coloca su historieta y su ocurrencia. He aquí! En que se convertirían el cronista, la historieta, la ocurrencia sin la *duquesa* de R..., y sin la encantadora *marquesa* de C...!

Asisto a una representación íntima en un salón burgués; desde la primera escena, escucho a los dos personajes dialogar en estos términos: “¿Es usted *conde*? Sí querido *barón*, vengo de pedirnos una taza de té”.

En fin, un hombre ha hecho su fortuna en los negocios, gracias a su mérito y a su actividad; se retira, es rico, goza de una gran consideración, todas las puertas se abren ante él; es feliz..., por lo menos debería serlo. De repente se vuelve taciturno, preocupado, inquieto..., recuerda que sus antepasados no han tomado ni Antioquía ni Jerusalem –ni siquiera figuran en Fontenoy–. ¡Tiene unos antepasados de una *cobardía*!... ¿Cómo hacer?

¡Busca, se agita, se ingenia, este plebeyo millonario! Gracias al cielo, encuentra un expediente. Hace la adquisición de una tierra y une en lo sucesivo su nombre al de su propiedad. A veces mismo muestra mayor audacia, compra un título, y, bravamente, el primero de año, envía su carta a todos sus amigos... Estupefacción general. ¡Toma! ¿Cómo se hace? ¿De dónde viene ese título? ¡Ah! ¡Es bizarro! El turno está jugado.

Así el hombre se degrada, se denigra, vuelca el mismo el pedestal sobre el que estaba situado; acaba por decir a la sociedad: Es verdad, soy culpable, me avergüenzo de mí mismo; tengo la fortuna de mi trabajo, de mi inteligencia, mientras que debería tener la de mis antepasados; tengo vergüenza en fin de no haber tenido más pena que nacer.

¡Bien! señores míos, señoras mías, esto es risible, burlesco, ¿no es verdad?

Yo lo encuentro lastimoso.

¡Ha valido la pena que un largo reguero de siglos luchase enérgica e incesantemente contra los privilegios y los prejuicios de castas! ¡Ha valido la pena que nuestros padres prodigasen por esta causa su sangre y su vida! ¡Ha valido la pena que se sacrificasen hecatombes humanas, que se hicieran correr arroyos de sangre, para que nosotros retoños de esa generación vigorosa y heroica, pataleemos sobre el patrimonio de nuestros padres, les arrojemos un perpetuo desmentido y trabajemos con todas nuestras fuerzas por resucitar estas antigüedades inmundas, llenas de iniquidades e injusticias!

En cuanto a la solidaridad tenemos el nombre pero estamos lejos de tener la cosa. No nos gusta pararnos sobre las ideas que nos obligan, que nos comprometen, que nos molestan en nuestras comodidades y en nuestros placeres. Nos repugna creer que uno de los miembros de la sociedad esté golpeado, todos resienten la sacudida, la conmoción, el contragolpe.

De la idea de solidaridad deriva naturalmente la idea de responsabilidad. Es bien cierto, a pesar de la igualdad civil, política incluso, que existe siempre una jerarquía entre aquel que sabe, que posee y aquel que ignora y no posee; hay forzosamente influencia, preponderancia del primero sobre el segundo. De aquí (la necesidad de) un protectorado. Este protectorado es visible, evidente, en lo que concierne a la infancia proletaria, obrera. Es irrefutable que el niño del pueblo no se encuentra colocado bajo la vigilancia paternal, el día que deja a su familia para ir a aprender un oficio. No pertenece más, casi puede decirse, a su padre y a su madre; pasa por completo bajo la dirección, la dominación del maestro, del patrón, del jefe; sufre el yugo de esta aglomeración de hombres que pueblan los talleres; de otro lado no puede sustraerse a la influencia pública, a la influencia de la calle.

¿Saben ustedes bien qué papel juega la calle en la vida del niño del pueblo?

El está ahí abandonado así mismo, sin protección, sin apoyo. En la calle, el chico se convierte a menudo en un vagabundo, un borracho, un diablillo. En cuanto a la chica del pueblo, se convierte... –no tengo necesidad de decirles en qué–. La vía pública en efecto es para la mayor parte un terreno neutro, banal. Es el lugar de los encuentros fortuitos, de las aventuras a la suerte, de las intrigas día a día y de los amores a vuelo de pájaro. El hijo de buena casa, el hombre casado, el padre de familia mismo, no hacen escrupulo de seguir, de acechar, de abordar, a esta humilde chiquilla que lleva un cesto al brazo o un cartón a la mano. ¿Donde está el mal? No es más que una chicuela, una pequeña corredora que vagabundea; si se tratara de una hija de familia bien, ¡a buena hora!

Señores míos, señoras mías, se llama hija de familia bien a una joven persona que tiene la suerte de nacer de padres ricos; ella no deja a su madre, será un día abundantemente dotada, tiene los medios de ser púdica, virtuosa, tiene el derecho de ser honrada, de ser respetada. ¿Quién osará insultarla?

En cuanto a la pequeña chica del cesto, es otra cosa, está predestinada, es de la *pasta grisette*<sup>22</sup>. A pesar de todo, ¡qué se defienda! ¡Ah!, justo, no había pensado en ello! ¿Cómo? tiene catorce o quince años; ¡ella no resiste! ¡ella sucumbe! ¡cree que se le ama cuando se lo dicen! No tiene experiencia ni de las cosas, ni de los hombres, y tiene catorce o quince años! –esto es increíble–, ¡y verdaderamente esta pequeña no merece piedad alguna! Mientras tanto, en un instante dado, la sociedad se descompone, y marcha a toda velocidad hacia este abismo de la disolución. La ausencia de principios de perfeccionamiento exterior, esta sed de igualdad en el raso, en el terciopelo y en los equipajes, esa impaciencia por precipitar su fortuna extravía a todos los espíritus.

Leemos entonces crónicas de patio muy capaces de dar el escalofrío. No son más que cajas robadas, asesinatos, infanticidios, parricidios, ¿qué se yo? Y la sociedad se amotina, se aterra. Exclama: ¿Cómo sucede esto? ¿de donde viene? El enigma no es difícil de descifrar. Es que hemos cumplido los deberes que nos prescriben la igualdad y la solidaridad? ¿Cómo! Tenemos en nuestras manos las fuerzas vivas de la sociedad, la juventud! y la dejamos perderse y debilitarse!

La infancia es una planta, no lo ignoramos; tiene necesidad de ser cultivada, dirigida; quiere ser enseñada, vigilada, iniciada; le faltan ejemplos, ¿le hemos dado alguno? Somos culpables hacia ella, pues si no somos corruptores, no sabemos ser más que indiferentes.

Sin duda para penetrarnos de estos deberes, necesitaríamos cierta cosa que nos falta, necesitaríamos virtudes, hay ausencia de grandes caracteres. Y en todos los tiempos la indispensabilidad de los grandes caracteres se hace sentir a menudo. Un solo gran carácter puede salvar una situación mediante una palabra, una réplica, un gesto de heroísmo; él da el diapason moral y releva todas las conciencias ruinosas. Un gran carácter es de naturaleza calurosa, ardiente, apasionada, pero apasionada por el bien.

El gran carácter es incorruptible, no se deja en nada embaucar por las tentaciones de la fortuna y de la ambición; la perspectiva de una dimisión, de un descrédito, de una desgracia no le detiene en la vía del deber; al soberano que le dice: ¡Usted está loco!, sabe responderle: Señor, quisiera que hubiera otros tantos locos como yo en Francia. El gran carácter resiste a los pretextos engañosos de la política. El canciller de L'Hôpital pidiendo un día a Gilles-le-Maître, presidente de París, consejos sobre las medidas gubernamentales, recibió esta respuesta: “Señor canciller, ordéneme hacer florecer la justicia en vuestro desgraciado reino, y yo os responderé oportunamente; pero en cuanto a la política soy inhábil, y también para

22 Por «grisette» se entendía el concepto de una joven obrera coqueta predestinada a perderse.

acomodarme, conociéndola, me guardaría de meter allí los dedos; pues, se lo declaro a usted, hay siempre en esta ciencia o lodo o sangre".  
 ¿Qué extraña idea se hace del progreso? ¿Se imagina que se obtiene fuera de la conciencia humana? ¿Se figura que sea el resultado de un descubrimiento científico? ¿qué deba salir todo de una pieza de una institución, de una ley? ¿Es el *Deus ex machina*? ¿Descenderá en medio de nosotros por una polea?

Ustedes atacan un gobierno; pero este gobierno, ustedes lo han elegido, ha salido de vuestro seno; tiene vuestro nivel moral: hace en grande lo que vosotros hacéis en pequeño.

Cuando un burgués es el amante de su sirvienta, hace conserje a su marido. Cuando un gran personaje tiene una querida<sup>23</sup>, indemniza al esposo con una buena plaza y honores: cada cual procede según sus medios. ¿Qué más justo?

Entremos en nosotros mismos y convendremos que por estrecha que sea la circunscripción de nuestro poder, llega infaliblemente un día, una hora en la que somos, rey, maestro, juez soberano. ¿Podemos afirmar que en esta circunstancia de nuestra vida hemos reglado nuestros actos sobre el principio de derecho y de equidad?

Ustedes critican la desmoralización, señores; ¿qué les impide poner orden? ¿Qué hacen ustedes pues cuando ustedes quieren una reforma política? Ustedes se reúnen, discuten las medidas a tomar. El año pasado en Inglaterra doscientos mil hombres se reunieron para una reforma electoral. ¿La moral ofrece menos interés que la política? ¿Juega un papel secundario? ¿Qué significan estas hipócritas indignaciones? Ustedes todos, moralistas sinceros, aproxímense unos a otros y deliberen sobre los medios a emplear. Estimulados por vuestro ejemplo los tibios os seguirán pronto. Y yo os declaro que la corrupción no tardará en disminuir a la mitad; os queda querer.

En cuanto a mí, señores míos, señoras mías, entiendo participar de una manera activa a la obra de moralización; no me limitaré a los discursos. Trazaré un surco, aunque no sea más que con la punta de una aguja, lo intentaré. Abriré, el año que viene, un curso gratuito para jóvenes chicas pobres, a fin de que encuentren en las instrucciones sanas, morales, elevadas, los medios de combatir las influencias *malignas* del taller y de la calle.

Nuestros comienzos serán modestos, pero con perseverancia acabaremos por agrandar el grupo. Me complace en creer que las personas que aman hacer el bien y que no se contentan con desearlo me prestarán su concurso. No dejaré de hacerles una llamada.

23 En el primer caso, el del burgués, emplea la palabra «amant», en este segundo caso la palabra «maîtresse» que tiene también su acepción como amante.



Señores, mis señoras, antes de terminar la serie de mis conferencias, debo darles a ustedes las gracias de antemano por la atención que han tenido a bien concederme y la benevolencia que me han testimoniado insistentemente; estoy muy conmovida, me llevo un precioso recuerdo, y me permito decirles: Hasta el año que viene.

Gran Oriente, 17 de febrero de 1867».

Y, efectivamente, las conferencias de Maria Deraismes se reanudaron al año siguiente. Tal como ella se había despedido llena de confianza en si misma y en la fidelidad del público. Todo indicaba que la sala del Gran Oriente de Francia en rue Cadet iba a quedar desbordada. A partir de esta nueva temporada las reuniones se trasladaron a la sala de los Capuchinos. Estaba en el céntrico bulevar por donde transcurría la vida culta de los amantes de las luces y donde podía alcanzarse la mayor resonancia parisina. Era todo un desafío. El éxito y la afluencia de público llegaron a superar las previsiones más optimistas para esta segunda temporada.

Maria Deraismes había alcanzado una voz de autoridad y respeto en una tribuna –insistimos- hasta el momento reservada solo a los hombres. Era una persona integradora, generadora de síntesis. Estaba sabiendo ocupar con inteligencia, decisión, arte y belleza un lugar en la cadena de las discusiones mediante las que se estaba formando el criterio democrático. Era una persona crítica ante las relaciones en sociedad, ante las cuestiones morales y políticas dirigiéndose directamente a sus interlocutores, sin concesiones por razón de sexo. Este arrollador comienzo estaba sucediendo, por tanto, no hablando explícitamente desde la entidad femenina ni sólo de temas que directa o exclusivamente interesaran a las mujeres de entonces. Tal postura ampliaba la resonancia del mérito.

El pensar desde la entidad humana iremos descubriendo que resultará algo innato en ella, el punto de apoyo desde el que comprenderá e intentará mover el mundo. Notemos, además, que insistir sobre la moral no suele atraer multitudes y ella lo sabía. Era este un paso arriesgado y valiente, libre de complejos, que ponía a prueba la solidez y amplitud de sus conocimientos, de su capacidad escénica,

de saber manejar cierto sentido del humor, volviendo de nuevo al terreno de lo sensato o de lo dramático si era el caso.

Los diferentes autores contemporáneos y posteriormente quienes se han ocupado de María Deraismes suelen coincidir en términos que apuntan hacia el «talento», la «habilidad» y la «gracia» que ella demostraba para mantener la atención del auditorio. Ella iba desgranando sus conocimientos reflexionados y tamizados por su propio criterio. Era esa su aportación original y personal al debate en la tribuna pública, a la democracia en el más intelectual, operativo y profundo de los sentidos que latía como fuerza revolucionaria dentro del Segundo imperio. Así mismo tendremos ocasión de continuar descubriendo estos y nuevos perfiles en la segunda serie de conferencias.

Aquella fuerza de la palabra hablada en la que ella creyese, la que le empujase a adoptar su compromiso, evidentemente estaba unida al conocimiento y a un sano y recto sentido de la actitud, del comportamiento, moral.

## Capítulo 2

### **Asumiendo tener enemigos por todas partes y amigos en ninguna, nada detiene el camino de análisis entre lo antiguo y lo nuevo**

#### **La popularidad de la que goza el positivismo es debido en buena medida a la ignorancia que de él se tiene**

«No es en absoluto un pequeño asunto tratar cuestiones semejantes a las que he osado abordar este año.

Divisé el instante –mis aprensiones han sido de corta duración, ¡a Dios gracias!–, que tendría enemigos por todas partes y que no tendría amigos en ninguna».

Así de contundente introducía Maria Deraismes la publicación de las conferencias impartidas a lo largo de 1868. Este segundo libro en que las reunió quedó bien cargado de contenido. “Lo antiguo frente a lo nuevo”, era su título general. A lo largo de varias páginas preliminares ella fue dejando descrito el ambiente vivido, las presiones recibidas y cómo en medio de todas ellas se había ido afirmando su voluntad, su criterio y la fuerza de su discurso.

Las explicaciones que fue recreando en el prólogo parece formar parte de una especie de responsabilidad histórica de la que ella se sentía depositaria y en la que tomaba su cometido con toda la nobleza de su carácter. Estaba preocupada tanto en dejar bien centradas su imagen como en el alcance de sus palabras, amortiguando así las distorsiones con que hubiera podido recogerlas la prensa, las percepciones de sus oponentes o quien sabe, otros intérpretes posteriormente. Es de obligación, por tanto, reproducirlas

también aquí para cumplir con aquellos deseos de clarificación y, en definitiva, darle voz allanando el camino abierto para una mejor comprensión de su figura.

Así pues, dejemos que sea ella misma quien continúe llevando el argumento y exponiendo sus razonamientos<sup>1</sup>:

«Ya mis conferencias del año pasado, las consideraciones que había emitido sobre la necesidad de diversos puntos de vista religiosos y filosóficos y sobre la mayor o menor importancia de ciertos dogmas me valieron el mal humor de los clericales y el epíteto de *impía*; expresión, sea dicho de paso, muy inexacta, puesto que mis sentimientos son profundamente religiosos. Esta vez, apenas enteradas de mi programa, personas estimables e inteligentes, sin duda, vinieron a mi encuentro y a decirme, con toda la autoridad de la madurez y de la razón:

“Usted va por mal camino, renuncie a su plan, o usted se pondrá en contra a todo el mundo.

O usted es liberal o no lo es. Si lo es, toda agresión hecha a provecho del liberalismo debe ser bienvenida para usted. Lo esencial es unirnos contra el enemigo común y abandonar por un tiempo nuestras convicciones personales, déjelas y ya volverá después.

Las teorías realistas, positivistas, racionalistas son exageraciones necesarias, opuestas a las exageraciones teológicas, metafísicas, tradicionales y legendarias; ejercen una acción saludable destruyendo radicalmente hasta los pretextos a error. La democracia está oprimida, reprimida, aplastada, por el poder y por la influencia clerical; nosotros demócratas no argumentemos todavía la debilidad de nuestro campo por las divisiones intestinas Reunámonos, al contrario, reaccionemos contra la tiranía *violeta* y el despotismo *cesarista*.

Que hubiera un poco de Dios bajo roca, estamos con gusto dispuestos a creerlo; en todos los casos, si existe este Dios, nuestras afirmaciones no añadirán nada a su gloria y nuestras negaciones no suprimirán de ella un átomo.

Elijamos entonces el método más conforme con nuestros intereses sociales y políticos”.

Después de estos consejeros benignos, vigilantes, llegaron allí otros más impresionables, más violentos, adoptando, para la circunstancia, el rostro derribado que adopta toda alma sensible (que es) testigo de la sumersión de uno de los suyos.

“¡Ah! ¡Qué cosa tan hermosa hace usted allí, exclamaron ellos! ¡Deténgase a tiempo o está perdida! ¡Qué! ¡Usted marcha para atrás, usted va contra

1 Deraismes, María: *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869, «Avant-propos», pp. 1-34.

corriente, usted retrocede, usted endosa la ropa vieja anticuada y caduca! ¡Usted va a ponerse a la juventud a la espalda!  
 ¡Cómo! ¡Las causas son para usted seres, voluntades! ¡Le hace falta un legislador supremo, un gran arquitecto, un creador, una providencia! ¡Cómo! ¡No cree usted en la inmaculada concepción y en los milagros de la Salette!  
 Usted quiere cuidar todo, conservar todo, dejar vivir todo. No prevé usted que sus complacencias, sus reservas debilitan sus convicciones. Parece que usted se enrojecza a sí misma y tenga miedo de ofender a aquellos que usted tiene el derecho y la intención de combatir. ¡Nada de cuartel!<sup>2</sup>. El tiempo de las conciliaciones ha pasado. Las tentativas transitorias y eclécticas están invalidadas; basta de *Cousinerie* como ésta. Seamos cortantes y excesivos; nuestra época está más carente de vigor que de moderación”.

Un poco después, espíritus estrechos, timoratos, temblorosos, me tiraban dulcemente del vestido y me deslizaban este consejo en la oreja: “Hable usted de todo excepto de los principios, no se debe tocar, jamás, estas cosas. Delibere usted tanto como quiera sobre la historia, sobre la ciencia, sobre las letras, sobre las artes, pero, ¡por Dios! No roce los principios”. No pude impedir reírme.

¡Cómo! ¡Hablar de todo y dejar lo más esencial!

¡Tratar de la historia! Pero, ¿no es la exposición de los hechos y de las gestas de la humanidad, la cual actúa, bajo la influencia de las ideas, de las opiniones, de las creencias? ¿Cómo explicar los actos si omitimos a propósito las causas que los engendran? Las artes, la literatura no son también más que las servidoras del pensamiento. Uno puede darse cuenta de los diferentes órdenes de arquitectura por la sola exposición de las doctrinas de una época. Las escuelas de pintura, de escultura realizan los tipos a partir de los dogmas y de las creencias del tiempo. Las manifestaciones artísticas de toda naturaleza revelan el estado moral e intelectual de un siglo: el mejor método de apreciar la historia, las letras, las artes consiste pues en inspeccionar primero las convicciones reinantes.

En fin, para cerrar la procesión de los avisadores, los hábiles, los malignos se presentaron a su turno y se miraron en parte. Y mitad burlones mitad serios, me insinuaron lo siguiente:

“Usted comete la mayor de las torpezas, usted imagina que hay inquietud por los destinos humanos, los orígenes y los fines. ¡Oh, qué inocencia! Se ocupan de eso como de la cuadratura del círculo. Lo que cada uno desea, envidia, es la fortuna, el placer; el resto no cuenta para nada. Usted ataca las doctrinas de moda, usted prueba que son contrarias a la verdad y aún más, que son inmorales. Es justamente porque son inmorales por lo que complacen.

2 «Point de quartier!», guerra sin cuartel.

Quiere usted tener éxito, vilipendie el poder, repita a tontas y a locas, que el ministro de instrucción pública es el último de los borricos que soportamos un gobierno de piratas y que aquellos que le hacen la guerra son genios, héroes, mártires. Exprese todo esto en el estilo que usted quiera y será colocada entre los espíritus más remarcables del siglo; a condición, no obstante, de ser explotada, lanzada por un hábil diseñador; es decir a grandes golpes de efecto: Nadie se figura cómo un *espíritu malvado* que no es a menudo más que un *malvado espíritu*, puede adquirir notoriedad por la publicidad".

Al mismo tiempo que me llovían estos consejos, estas advertencias, yo recibía una invitación para personarme en el gabinete de M. Charles Robert, secretario general del ministro de instrucción pública, a fin de dar explicaciones relativas a las cuestiones que yo había tratado. Allí, los temores eran de otra naturaleza. Se temía que me hiciera la apologista de las doctrinas de moda, lo que vivamente podía contrariar al gobierno y a la Iglesia.

Apenas convaleciente de una cruel enfermedad, e incapaz en ese momento de salir de mi casa, me excusé a M. Charles Robert. El motivo que alegué pareció bastante legítimo pues no se insistió más.

Si me colocaba como adversaria del positivismo, levantaría, como se me había asegurado, la mayor parte del público contra mí. Si hablaba bien de eso, el ministro me prohibiría la palabra.

Entonces entré en mi misma y reflexioné.

Desde hace cinco años, me dije, estudio las doctrinas nuevas con conocimiento e imparcialidad. He reconocido, pruebas en mano, que introducen a los espíritus por una vía falsa, que preconizando la democracia, la perjudican. Mi más vivo deseo es demostrarlo. Mis intenciones son pues buenas; las cuestiones que debo tratar son oportunas; todo depende de la forma bajo la cual las presente.

La popularidad de la que goza el positivismo es debido en buena medida a la ignorancia que de él se tiene. Los siete octavos de la sociedad no han descifrado la primera palabra. El título de positivismo es por sí mismo el más bello descubrimiento del sistema; es la enseñanza por excelencia, se impone, obtiene la confianza antes de toda verificación.

La teoría del hecho importa hoy en ciencia, en literatura, en arte, en política; tiene un aspecto de evidencia que seduce. Parece que todo se circunscribe a observar el fenómeno.

A pesar de todo, está demostrado que uno puede equivocarse examinando un hecho, sea que se dirigen mal las observaciones, sea que la naturaleza interrogada en falso responda así mismo. Por otro lado, lo más difícil no es estudiar lo que se produce, sino relacionarlo con el conjunto de las cosas. Este último trabajo exige el empleo de la inducción y de la hipótesis, dos procedimientos inciertos del espíritu cuyo uso es indispensable en ciencia.

Existen numerosos grupos de fenómenos explicados con la ayuda de una conjetura, de una suposición. Nadie en ciencia puede substraerse al método *a priori*. Y entregándose a todo eso con reserva, la hipótesis juega un papel tan considerable en el estudio del universo, que una doctrina no puede tener el derecho de titularse positiva por completo.

Además, las hipótesis hormiguean en las nuevas teorías. En ninguna parte se afirma con igual aplomo las suposiciones más dudosas.

El señor Wirouboff, es verdad, recientemente ha expresado el deseo de desterrar mientras que sea posible el método hipotético.

Sería bastante lógico, en efecto, que quienes enseñan que toda idea no está absolutamente demostrada más que por los sentidos, nieguen las intuiciones del espíritu, las espontaneidades de la inteligencia, la adivinación del genio.

No he dudado un solo minuto, aunque a menudo haya que comenzar de nuevo la demostración, en tanto que las impresiones del auditorio son fugitivas, que de la simple exposición de las doctrinas positivas no sale de nuevo inevitablemente su inanidad.

¿Qué se proponen estas doctrinas? He aquí, en una palabra: probar que el universo se basta a sí mismo, que encierra al mismo tiempo las causas y los efectos; que la teología es un producto de la ignorancia y la metafísica una especie de término medio entre el estadio sobrenatural y el estadio positivo. Transición útil pero rechazada sin reserva, una vez que se llega al objetivo.

Esta aportación no es nueva; aparece con la Escuela física de Elea y se continúa con Holbach. Quinientos años antes de nuestra época, los doctores Eléatas enseñaban que todos los fenómenos de generación y destrucción no son más que transformaciones de la materia. Empédocles, en ella, formula el sistema como un positivista de nuestros días no podría hacerlo mejor.

“El mundo físico”, dice, “es la reunión de todas las combinaciones producidas por los elementos simples”. Empédocles entra enseguida en una serie de razonamientos para establecer que el principio del conocimiento reposa sobre la identidad del sujeto con el objeto. “El hombre, estando compuesto de los mismos elementos simples que las cosas del mundo que observa, el conocimiento implica la identidad de composición del sujeto que conoce con el sujeto conocido”.

Como no se creería al leer una página de los señores Littré, Moleschott o Buchner.

Mientras, Empédocles sospechó, sobre el universo físico, un mundo espiritual, inteligible; esto que los positivistas encuentran superfluo e *infantil*.

Dejando de lado toda parcialidad, convengamos en ello, la cuestión no ha avanzado.

El progreso de la ciencia no nos desvela las causas primeras. Es pues irracional afirmar que éstas están fuera o dentro del universo, puesto que nuestras investigaciones todavía no las han encontrado, y aún más, que nuestros conocimientos adquiridos son impotentes para sacar de la oscuridad y del misterio los incomprensibles fenómenos de la conciencia y el pensamiento. Nada es pues menos positivo que el positivismo, no solamente no explica todos los fenómenos de orden finito, si no que, aún más cae a cada paso en inextricables dificultades y en perpetuas contradicciones.

(...)

En todos los tiempos, las doctrinas dominantes y progresivas han sido aquellas en las que el espíritu y la materia tenían un lugar distinto.

El año pasado, en mis conferencias, he afirmado que en medio de esta confusión de ideas, de esta multiplicidad de doctrinas y de esta superabundancia de sistemas, existía una conformidad, un acuerdo, y que todas las criaturas se identificaban conviniendo sobre dos puntos, a saber: la creencia en un *Ser perfecto, infinito, eterno*; fundador, creador, constructor, arquitecto, espíritu universal, inteligencia del mundo. Luego la moral, es decir la aproximación indefinida de la humanidad hacia el Ser perfecto, lo que implica la *perennidad* de la vida.

Estos dos puntos caracterizan las aspiraciones más irresistibles de la humanidad. Verdades o fantasmagorías del espíritu, tienen algo bueno; y a esta hora, a pesar de la resistencia que les han hecho, ningún adversario ha podido todavía oponer contra ellas un argumento serio.

Cuando he visto al positivismo romper estas grandes líneas y borrar sin dudarlas las opiniones más profundamente enraizadas en la conciencia humana, he pensado que los positivistas, para cortar así, debían estar autorizados por descubrimientos científicos concluyentes.

He conocido su trabajo y he constatado la penuria de pruebas, un orgullo sin límite, innumerables inconsecuencias.

Si me apoyo en particular sobre las doctrinas positivistas es porque ejercen, en razón de su base científica y de la inmensidad de su plan, un prestigio del que está desprovista la moral independiente que no se encarga, ella, de definir todo y de explicar todo.

Ella (se refiere a la moral independiente) clasifica a la moral entre las leyes immanentes a la humanidad, nada más.

La tarea que me impuse consistía pues en analizar y criticar estas doctrinas que no se conocen apenas más que de nombre. ¿Iba a encontrarme frente a un apasionamiento ciego, un furor doctrinario ignorante, iba a atraerme las cóleras, los odios? Después de los consejos que me habían sido dados, me estaba permitido creerlo. De antemano, tomé el partido de estudiar el estado psicológico y moral de la sociedad actual.

Puse particularmente mi atención sobre la juventud.



En nuestros días, la constitución médica está cambiada, el temperamento sanguíneo tiende a desaparecer, y si Broussais, del que Sangrado fue el precursor, existiese todavía, sus contemporáneos no le ofrecerían ninguna ocasión de ejercer su método. Se es generalmente linfático y las afecciones reinantes son el cansancio y la anemia.

(...)

En realidad, la juventud del presente está agotada, gastada, por la violencia de las sensaciones sucesivas e incesantes de sus padres, los cuales han asistido a tres revoluciones, a las guerras de la república y del imperio, a las decadencias, a una invasión, a restauraciones y a epidemias.

En 1830, la generación de veinte años, vibrante de las últimas conmociones, dio todavía signos de pasión. No estaba de hecho *echagüe*. Tomó fuego y llama por el *saintsimonismo*, la *Carta*, la *guardia nacional*, las *barricadas*, el *romanticismo* y las *enfermedades de pecho*. Ella confundió las subidas de tono con las ideas, el énfasis con lo sublime, lo verdadero con lo falso.

El *saintsimonismo* desacreditó todo lo que encerraba de bueno por las ampliaciones y las comedias ridículas de sus discípulos.

Los más grandes pensadores degeneraron en utopistas. Las cuestiones de producción, de consumo y de repartición de los bienes, malinterpretadas por algunas doctrinas sociales, desnaturalizaron la acepción de la palabra riqueza y dieron nacimiento al deseo de las fortunas rápidas y adquiridas sin trabajo. Más tarde, la emisión de los valores industriales animó esta tendencia, el furor del agio se apoderó del número más grande. En nuestros días dura todavía. Toda generación procreada durante estas épocas de trances donde un movimiento de la bolsa lleva a la riqueza o a la ruina, es inquieta, irritable, ávida, turbulenta por enervación; la pasión, el entusiasmo no tienen allí ninguna parte. Está prendada únicamente del bienestar, del lujo, de los placeres frívolos; no tiene más que una impaciencia, la de triunfar. Las doctrinas y las revoluciones son para ella los medios más cortos de llegar a su objetivo.

El egoísmo, más que la libertad, es hoy el móvil de los movimientos sociales.

El estado psicológico y moral una vez esbozado, es indispensable señalarle los matices.

Tenemos en primer lugar a la juventud noble, retoño palidecido por una clase que, sin una aberración deplorable, no debería haber quedado rastro después del 89; juventud entre la cual se reencuentran todavía, por casualidad, algunos corajes perdidos dispuestos a dar una sangre demasiado pobre para reavivar las creencias extinguidas y las infamias tradicionales.

La mayoría de estos *ingenuos*, como les llamaban los latinos, se glorifica de su ignorancia y de su cretinismo; permanece ajena a todo lo que existe grande y bello; va sobre el turf, no habla más que de caballos, de perros, de juegos, comicastros y de prostitutas.

Los herederos de las finanzas encajan el mismo paso: similitud de necesidad, de desenfreno y de despilfarro.

Llegan los unos y los otros a arruinarse por una amante. Estas extravagancias pudieran ser el signo de la pasión, nada más lejos. Vanidad y fanfarronada, desprecio mutuo del hombre por la mujer y de la mujer por hombre, explotación recíproca, la una de belleza, de juventud y de miseria, el otro de lubricidad y de dinero; eclipse completo de estas grandes ligazones en la que la ilegalidad se rehabilita por la profundidad de un sentimiento, de una común admiración y de una devoción sin límite.

En las clases donde el despliegue pecuniario está fuertemente restringido, los jóvenes educados en la parsimonia están reducidos a compensarse con los placeres intelectuales. La tramoya, los bastidores les hacen falta, los cursos les quedan: en Bellas Artes, en la Sorbona, en el Colegio de Francia, en el boulevard de los Capuchinos. Ellos se esfuerzan, en ausencia de la frivolidad, de contentarse con lo serio, pero los ruidos de fuera les trastornan. Apenas ha terminado la lección, se dejan coger por la prensa ligera, por la crónica del mundo político y la del mundo mundano, sus escándalos, sus extravagancias, la palabra del día, el espejismo de las grandes empresas y esta avalancha de hojas *fundidas* al mismo tiempo que fundadas<sup>3</sup>, el proceso de los periodistas, su encarcelamiento y sus duelos.

Todas las impresiones, todas las ideas se suceden en un espacio tan breve que apenas dejan recuerdo.

También esta juventud es distraída, indecisa; no se empeña con ninguna idea, con ninguna doctrina, con ninguna carrera; es, por así decirlo, un tipo de “paso por todas partes” encuadrando vuelta a vuelta e indiferentemente la diversidad de los pensamientos humanos.

Tras estas rápidas apreciaciones, comprendí que la juventud aristocrática y la juventud millonaria se abstendría bien de aportar su contingente a mi auditorio. Me quedaba pues tomar contacto con la juventud de la clase media que acabo de esbozar en último lugar.

Quedé encantada, pues es más honesta, más instruida y más seria que las otras dos.

En cuanto a los hombres y las mujeres llegados a la edad de la madurez, no cabía allí temer de ese lado una resistencia obstinada y porfiada. La mayor parte comienza a experimentar el aburrimiento del vacío; llegados a la mitad de la carrera todos han tenido decepciones, sinsabores; se vuelven hacia las compensaciones interiores, a las satisfacciones espirituales, a las esperanzas de una existencia por venir.

Para terminar, constaté que la mayoría actual no es ni demócrata, ni monárquica, ni católica, ni protestante, ni atea, es esto que se llama “el público”;

3 Hace un juego de palabras: «Fondues en même temps que fondées».

ama ante todo el buen sentido y la verdad; queda tocada por una palabra sincera y si tiene reservas tiene al menos adhesiones súbitas que ninguna consideración reprime ni contiene.

Un poco después, la experiencia debía justificar mis suposiciones. Mi primera conferencia titulada las *honestas gentes*, tuvo un franco éxito. Es cierto decir que no es más que una entrada en materia, un discurso preparatorio en el cual nada he afirmado, nada he concluido.

Después de esta sesión, el ministro de instrucción pública no juzgó a propósito de reiterar su invitación.

Se esperaba con impaciencia mi conferencia del positivismo. Mi emoción era bien viva; yo no me hice ninguna ilusión: mi tema era arduo, árido.

La sala estaba repleta, la atención sostenida.

En la primera fila recuerdo que estaba colocado un grueso señor de larga cabellera, entrecano y decorado de la Legión de honor –positivista a buen seguro–. Cuando exponía con imparcialidad y lucidez la doctrina, daba signos de satisfacción y contento. Pero desde que emprendí la crítica, desde que saqué a la luz las lagunas, los puntos defectuosos, el hacía movimientos de impaciencia, su rostro enrojecía, sus ojos me lanzaban destellos, –lo que no me impedía continuar–. El resto de mi auditorio manifestó su contento; y a pesar del lado abstracto de la lección, tuve el consuelo de no oír roncar a nadie; la mayoría había quedado satisfecha.

A partir del día siguiente, recibí cartas, unas de felicitación, firmadas por profesores de la Sorbona y de la Escuela normal, que corroboraban mis opiniones; se comprende porqué no me detengo en ellas. Las otras contenían críticas, reproches.

Me permitiré citar dos en las que la forma singular me ha impactado más vivamente.

Que nadie se sorprenda si me guardo de nombrar a los autores. Estas cartas tienen un carácter privado y personal, no me incumbe divulgar el origen. Tales son los términos de la primera:

“Señorita, hace usted un mal uso de su talento. El positivismo es hoy el color del partido democrático. Usted está afectada del liberalismo, y en la velada de ayer usted ha disparado constantemente sobre sus tropas. Un soldado que actúa así merece ser fusilado, incluso que sea una mujer”.

(W..., redactor de la *Liberté*)

Otra fue concebida así:

“Señorita, rebajando el positivismo, usted ha tratado al S(eñor). Littré como a un escolar. Usted ha herido a muchas personas, grandes admiradoras de su talento”.

(Z ..., abogado de la corte imperial)

La verdad es que admiro el talento, la erudición y el estilo del S(eñor). Littré, pero esto no es una razón para creerme obligada a aceptar todos los errores que le guste propagar.

Un artículo crítico apareció al mismo tiempo, escrito por el S(eñor). Wilfrid de Fonvielle. Este remarcable sabio por un *lapsus auris*, me adjudica opiniones que yo no había emitido.

Me vi coaccionada a revelar el error en la sesión siguiente; pero ya el S(eñor). Charles Sauvestre, en la *Opinión nationale*, había puesto fin a este malentendido, citando textualmente el pasaje incriminado.

La conferencia de los positivistas una vez hecha, anunció la tercera titulada: *Los Moralistas independientes*.

Entonces fui inundada por una marea epistolar.

Algunas logias masónicas me enviaron invitaciones, rogándome asistir a las veladas de la franc-masonería blanca y de tomar parte en las discusiones indicadas sobre el programa; las otras me comprometían, antes de tratar mi tema, a verificar por mi misma los trabajos de la moral independiente.

Esta última convocatoria venía de la logia del S(eñor). Massol. Se me hacía observar que hablando contra la moral independiente, seguía el surco trazado por el padre Félix y por el padre Hyacinthe.

El día que yo debía librar la batalla el S(eñor). Henry, director de las conferencias, vino a buscarme por la mañana y me comunicó sus inquietudes. <<No olvide, me dijo, que usted habla en un medio liberal; el comité teme sus tendencias>>. No pude más, le respondí, si yo hablo en público es para propagar mis ideas y mis convicciones y no las de los otros, todas las veces que ellas no están conformes con las mías.

Pronuncié pues mi discurso sobre los moralistas independientes. Un gran número de partidarios de la doctrina asistían, S(eñor). Massol a la cabeza. Ataqué, ante todo, el sustrato de la doctrina: el respeto recíproco de la persona humana, en tanto que noción espontánea; yo consideraba este principio como la resultante de una alta razón y de un grado superior de civilización; enseguida puse de relieve las inconsecuencias del sistema. El nuevo fundador, después de haber declarado la moral un hecho primordial inmediato, espontáneo, anuncia al mismo tiempo que ella es una ciencia. Ahora bien, si la moral es una ciencia, ella reposa sobre los datos empíricos y cesa en ese momento de ser espontánea. Evidentemente espontaneidad y experiencia son dos términos que se excluyen mutuamente. Después, demostré que este principio del respeto recíproco de la persona humana, que no es más que una variante del axioma: - Haz al otro lo que tú quisieras que te fuese hecho, no define para nada la naturaleza de la moral.

Bajo el imperio de los usos, de las creencias, de los prejuicios de una época, se puede dar lugar a las interpretaciones extrañas y deplorables, aunque sinceras.

“La conciencia, es imposible negarlo, está siempre colocada bajo la jurisdicción de la razón. Una vez desviada por teorías falaces, marcha en concierto con la voluntad para aprobar los actos más arbitrarios y a menudo los más monstruosos, se desea entonces por sí mismo cosas poco conformes a la moral; mudo para un sentimiento de fraternidad, se cree hacer bien proporcionándolos a su prójimo”<sup>4</sup>.

Es preciso, pues, volver de buen o mal grado a la antigua clasificación: la moral es una verdad derivada y no una verdad primitiva. El señor Mas-sol, en el número siguiente de su periódico, me consagró la mitad de su boletín, la otra estaba reservada al señor Dupanloup. A buen seguro, no me daba la razón, ¿podía ser allí de otro modo? Para mí, tuve el placer de constatar de nuevo que la generalidad de los espíritus compartía mis opiniones.

Desgraciadamente, mi salud permanecía muy quebrantada tras mi reciente enfermedad, debí renunciar a desarrollar hasta el final el programa que había indicado y me vi en la obligación de clausurar mis conferencias a la cuarta: *lo antiguo ante a lo nuevo*. Mis grandes temores estaban reservados para esta última.

En efecto, después de haber estudiado atentamente las doctrinas nuevas y haber puesto de relieve<sup>5</sup> las inconsecuencias y la inanidad, me faltaba volver a los principios eternos: verdades que ya había dejado señaladas en mis instrucciones del año precedente. Esta vez se trataba de detenerse ahí y *de afirmar a Dios*.

Hasta ese momento, mis disertaciones habían conquistado las simpatías públicas, y este éxito por su natural me daba ánimo. Por tanto hice reservas y me dije: todavía no he hecho más que criticar, esta manera de ver las cosas nunca está enteramente desprovista de atractivo; corresponde a una de las tendencias más características de la humanidad; mientras que hoy, afirmo, dogmatizo, tarea mucho más difícil y mucho más ingrata; mis auditores se mostrarán tan solícitos como antes.

Debo reconocerlo, fui invadida por un indecible terror. Hablar de Dios, ¿qué responsabilidad!

Y ¿qué triste abogado para tan grande causa!

Tenía ante mí dos escollos que evitar: el estilo religioso y el estilo filosófico. Adoptando la primera manera caía en un sermón; adoptando la segunda, me lanzaba a una metafísica vaga, fatigante y anticuada.

Nada más fácil que hacer una compilación y servir a paleadas los argumentos filosóficos de los Descartes, de los Leibnitz, de los Malebranche y de

4 Aquí abre una llamada indicando: «Ver mi conferencia: “Los Moralistas independientes”».

5 Literal: «Fait ressortir».

los Espinosa. Solamente se corre el riesgo de dormir profundamente a su auditorio.

Tomé el partido de establecer únicamente la idea de Dios sobre la idea de Justicia *absoluta*; y, sin aportar nuevas pruebas –a lo que desafío a quienquiera que sea–, me contenté con refutar las objeciones más acreditadas por los adversarios del Deísmo.

No olvidaré jamás esta velada, tanto por las inquietudes que yo había comprobado previamente como por la alegría que sentí después. ¡Qué asentimiento inmediato! ¡Qué adhesión calurosa!

Esta concepción supuestamente muerta y enterrada, criada todo lo más a localizarse en los cerebros atrofiados por la rutina y la superstición, es de todas las concepciones, -tengo la prueba-, la más arraigada, la más viva y la más lujuriente.

A veces, estando latente en las almas, aparece de repente con un suplemento de juventud y vigor.

¿No es ella la piedra angular de toda grandeza humana?

La teoría del gran ser humanidad jamás sabrá provocar, a título de igualdad, el entusiasmo, el deseo de perfección y de heroísmo. Este gran ser humanidad tiene centros múltiples, no se conoce en todas sus partes, se ignora en las tres cuartas, se renueva sin cesar, y no juega en fin ninguna identidad. El eleva sus estatuas a los que le perjudican, y olvida y perjudica a quienes le sirven. Su reconocimiento es siempre tardío y no se manifiesta apenas más que posteriormente a las gentes que lo han merecido.

Es, pues, a esta entidad colectiva e imaginaria a la que cada hombre ha tenido que sacrificarse, bajo el pretexto de procurar a las generaciones siguientes, una felicidad de la que el mismo jamás ha gozado.

Así, después de estas teorías especiales, la felicidad de cada siglo consiste en preparar la felicidad del siglo que ha de venir.

Esta prosperidad futura que ningún ser presente alcanzará jamás ¿no está hecha para desflorar, descorazonar, impedir la obra laboriosa de la vida?

La existencia está encerrada en límites demasiado estrechos para esperar gozar por sí mismo las dichosas consecuencias de sus renunciaciones y de sus sacrificios personales. E, incluso, aunque fuera posible operar de repente, gracias a un gran descubrimiento del pensamiento, un cambio en las conciencias y en las costumbres, inmediatamente favorable a la sociedad, la generación actual no estaría todavía liberada y feliz.

La ley pesada de la herencia y de la solidaridad ha contaminado su sangre y abreviado sus posibilidades de vida. No haría falta nada menos que cuatro generaciones de seres virtuosos para restablecer *imperfectamente* el equilibrio.

Una vez más, como se ve que me consagro con alegría a una humanidad del porvenir de la que ni yo ni los míos formaremos parte; una humanidad que ni sabrá incluso si yo he existido y que no se preocupará de eso apenas.

Si ustedes pretenden igualar los espíritus y satisfacer las aspiraciones de la humanidad basando la progresión y la felicidad sobre el derecho, una observación continua nos desvela la insuficiencia de este dato.

Un plan social establecido exclusivamente sobre el derecho está incompleto.

La mayor parte de las condiciones de la vida se libran bajo la dirección de nuestra voluntad y la jurisdicción de nuestra razón.

Puede suceder pues, sin que la sociedad sea responsable, que un individuo, por encadenamiento de circunstancias, tenga, en un cierto momento, más deberes a cumplir que derechos a hacer valer.

En resumen, es en la concepción de un Dios justiciero, remunerador, donde se encuentra la resolución más satisfactoria del problema del destino humano.

Desde tiempos inmemoriales, dos grandes líneas atraviesan el cerebro humano y todas las fases de la sociedad:

La creencia en *Dios* y en *la inmortalidad*.

Sin duda, la evolución progresiva se opera con las diferencias, las variaciones, pero, a pesar de todo, ella se realiza sobre un fondo que permanece inmutable.

Desde hace dos años, el progreso social por el perfeccionamiento del individuo es el objeto de mis trabajos.

Persuadida de que para efectuar una renovación moral es necesaria, estudio esta interesante evolución en todas las fases privadas y públicas».

Cortamos aquí por el momento, a punto de terminar estas reflexiones en altavoz. Hemos de contextualizarnos. La francmasonería francesa estaba trabajando por entonces para posibilitar la implantación de la República en contra del Imperio. El positivismo estaba encontrando eco en muchas logias y el señor Massol, precisamente, era su representante más destacado. Siendo además el director de *La Morale Independiente*, se encontraba en pleno auge<sup>6</sup>. Es evidente que Maria Deraismes ya desde entonces simpatizaba en el primer aspecto pero estaba bien decidida a discrepar y combatir el segundo.

Según venimos viendo Maria Deraismes era todo un carácter. Se estaba metiendo conscientemente por laberintos bien complicados.

6 Nord, Philip: «Utopistes, radicaux et universalistes. Les Franc-maçons aux origines de la IIIème République»; Martin, Luis P.: *Les Francs-maçons dans la cité*, Rennes, PUF, 2000, pp. 59-76. En concreto, pp. 59-72 ayuda a centrar bien las páginas que nos ocupan.

No cedía ante las presiones. Ella estaba generando su propio discurso, creando su propio espacio desde el que ser escuchada, sin concesiones a otros intereses, a otras presiones. Ella tenía muy claras sus convicciones fruto de sus análisis. Exponerlas era su compromiso con la democracia. Estaba lejos de rendirse a los lugares comunes, de tomar caminos sencillos, de ser dócil a los consejos de sus interlocutores o dejarse influir por directrices políticas concretas. María Deraismes mantenía su propio centro de gravedad entre las convicciones, los valores, y las actitudes morales que ella misma adoptaba y estaba dispuesta a defender.

Nos queda entrar otra vez en la sala de conferencias, está a punto de comenzar este nuevo ciclo. Imaginemos al público ya acomodado en ella. Seguramente una buena parte de él repite, presumiblemente con gusto e interés tras el éxito del año anterior. Iremos recogiendo, a continuación, varios retazos del mundo que ella fue creando junto a su auditorio este segundo año que comenzaba.

### «Las honestas gentes», primera conferencia 1868<sup>7</sup>

“La mayor dificultad que se nos ofrece en la vida es la de conducirnos bien por ella; conducirse bien es aquí sinónimo de conducirse honestamente.

La honestidad, después de largo tiempo, ha sido completamente analizada, caracterizada, determinada, fijada, por que no intentaré añadir ninguna cosa a su definición. En resumen, la honestidad o lo honesto, como ustedes prefieran, es el principio que nos hace sacrificar nuestros intereses más queridos, antes que herir los intereses de otro y de contribuir a la lealtad y a la justicia.

La honestidad es indispensable y esta indispensabilidad goza de tal grado de evidencia que cada uno se cree y se llama honesto.

Ninguna legislación exige de un hombre el talento, la ciencia, el genio; todas le prescriben y le imponen la honestidad. Desgraciadamente por una de estas contradicciones tan frecuentes en la humanidad, la sociedad es fértil en talento, en ciencia, en espíritu, y es pobre en honestidad. De suerte que el elemento esencial, indispensable, obligatorio, es el que menos se encuentra.

7 Deraismes, María: *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869. «Las honestas gentes» primera conferencia, pp. 35-68. Traducido: pp. 35-38.



¡Qué más natural que la honestidad! se dice por todas partes. La honestidad no es el heroísmo. ¡No, por supuesto! Pero, para ser un héroe basta con un minuto; un impulso generoso, un movimiento entusiasta, una sobrecitación espontánea, y se grita: “¡El averno a mí!, ¡los enemigos!” La honestidad pide toda una vida, no da golpes de efecto, solamente, jamás descansa, es la continuidad en la rectitud, en el deber. La honestidad tiene un trote regular que fatiga a la larga. Sin duda, hay circunstancias en las que la honestidad, es el camino más corto, el más ventajoso incluso. Estas circunstancias son raras. A pesar de todo la vida no transcurre apenas sin que uno se encuentre, al menos una vez, cara a cara con uno de estos terribles cuarto de hora en que se está apremiado a cumplir la orden, es decir a hacer abnegación de sus intereses y de sus placeres bajo pena de dejar de ser un honesto hombre o una honesta mujer.

En realidad, la honestidad es una pesada carga; así se la ha dividido en pequeñas partes accesibles a las riquezas morales de cada uno.

Actuamos, en esto, como para las cargas de los agentes de cambio: se es cuarto, octavo, dieciseisavo de honesto hombre, hasta que se sea lo bastante justo para no ser colgado. Se entra entonces en la categoría de los *Bartolo* y de los maestro *Guerin*.

Hay ciertamente mucha gente honesta, sin embargo podría haber más; añadiré, incluso, que si la hubiera en abundancia no habría todavía bastante; mi opinión, pienso, no tiene nada de extravagante. Una sociedad que multiplicase el número de honestas gentes, estaría verdaderamente capacitada para estar en la cabeza del universo; pues, lo repetimos: nada reemplaza a la honestidad, ni siquiera el genio.

En nuestros días la honestidad está anticuada, se tiende a sustituirla por la *habilidad*. Entiendo por habilidad, la exterioridad del saber-hacer unida a la elasticidad de la conciencia. Esta habilidad está en boga; es el método preferido, el talento más acreditado, la manera de hacer por excelencia.

No es extraordinario ver en la cima del mundo de los negocios –de los grandes negocios entendiéndose– hombres en los que las costumbres no son *del todo* honorables. Los bobos, los tímidos se asustan sin razón, pero la gente bien avisada, y ¡Dios sabe que es numerosa!, les tranquiliza diciéndoles: tal y tal muy fuertes, muy hábiles, ellos solos son capaces de llevar una empresa a buen fin; no son muy honestos, voy de acuerdo, pero ¡qué importa! La honestidad no es aquí más que un detalle, un accesorio. En los negocios lo principal es el éxito, la habilidad salva todo. Tales son las opiniones más extendidas. Yo querría que me fuese permitido hacer el inventario de todos los trastornos, de todos los problemas, que nos suscitan estos pretendidos hábiles.

Para mi cuenta, prefiero mil veces soportar los deslices de un honesto hombre que sacar provecho de las marrullerías de un intrigante. No me hago

ilusión alguna, las débiles ventajas que sus intrigas y sus maniobras desleales me procuran las pagaré caras algún día. Y si no llegase a sufrir las consecuencias desastrosas, ¡eh bien! Es que no habré vivido suficiente tiempo: la honestidad no se viola impunemente.

## I

De cincuenta años aquí, han progresado singularmente las pequeñas cotas de la humanidad: la mecánica, la dirección técnica y el lujo material. En revancha, la inspiración y la moral han retrocedido bastantes grados. Y, si ustedes están tentados de tacharme de exageración bastará echar una rápida ojeada sobre las diferentes clases de la sociedad para ver que esto que avanzo no va más allá de los límites de la verdad.

El obrero es más grosero, más intemperante que nunca. Esta grosería, es verdad, nos resulta, acaso, menos sensible una vez que la trivialidad se ha inoculado, sin excepción en todos los rangos: ¿acaso no han disminuido nuestras susceptibilidades, nuestros escrúpulos, nuestras delicadezas? Sobre diez hogares de obreros, se pueden contar bien seis en las cuales los maridos malgastan en vicios y en excesos de toda especie el salario de la semana y maltratan, por añadido, a sus mujeres y a sus niños. En cuanto a las obreras interrogadas a todas las maestras de taller: costureras, roperas, modistas, floristas, ellas os responderán: “No podemos encontrar obreras”. Ellas entienden por eso chicas laboriosas y ordenadas. El libertinaje las toma a todas sin retorno.

De ahí, paso a las domésticas, no tendría gran pena para persuadir a mi auditorio que esta clase no está considerablemente perfeccionada. Continúo subiendo y encuentro a la burguesía. Confieso que me es difícil de reconocer en esta descendencia, reducida, apática, abotargada de pretensiones, casi licenciosa y radicalmente egoísta, los retoños de esos orgullosos burgueses a los cuales debemos, en parte, nuestras franquicias y nuestras libertades. Hago caso omiso y prosigo mi camino. Me veo aquí en la cumbre de la sociedad, no diré más que una palabra de quienes la ocupan. Todo el mal viene, pienso, de haberles imitado demasiado.

Ahora, si ustedes quieren hacerse con los signos más característicos de la decadencia moral, observen el comercio y el teatro. Los dos están en relación con el público, viven del público y reflejan necesariamente los gustos y las tendencias del público.

¿A qué ha llegado a convertirse la buena fe comercial?

Este comercio, con su grandiosa imposición, sus innumerables mercancías, sus transacciones universales, sus edificios bellos como palacios y su legión de empleados. Este comercio, cuanto más elegante, suntuoso, potente afuera, más mezquino es dentro. Sus reclamos, dignos de rivalizar

con la charlatanería de la feria, rellenan la mitad de un diario, absolutamente como los debates de la Cámara. Estos afiches tallados anuncian: *fin de arrendamiento, cese de comercio, liquidación, expropiación*, son tantas trampas tendidas a la estupidez de los compradores. Pero si el comercio se comporta así, si atrae al cliente con la perspectiva de reducciones extravagantes y de buenos precios escandalosos, no es sin razón. Sabe que tiene negocio en un buen pequeño público –*este buen pequeño público*– que está ansioso de debacles, de bancarrotas.

(...)

Si nos transportamos al teatro, no estaremos más tranquilos.

Nos preguntamos a menudo viendo una sala repleta aplaudir con frenesí, desfachateces rítmadas, parodias vergonzosas y trepidar de entusiasmo con las desenvolturas desgarbadas de un Malibran de Carrefour, nos preguntamos decía, ¿donde están pues las gentes honestas?

Debe, sin embargo, haberlas en una asamblea tan numerosa. Es necesario confesar entonces que si ellas están ahí, es en el más estricto incógnito. ¡Cómo! ¡Ni una señal de desaprobación! ¡Ni una manifestación de descontento! ¡Ni una protesta indignada!.

(...)

Se me dirá: usted es injusta; usted pone de relieve las pequeñeces, las debilidades, los vicios de su época y pasa bajo silencio los trabajos, los méritos y las virtudes que le son propias. Jamás, se añadirá, se han discutido tanto las grandes cuestiones de justicia y de libertad. No lo niego en absoluto. Solamente, que no es de ayer esta preocupación por la justicia, el derecho y la libertad. Tanto se ha hecho abuso en el discurso como se ha sido parsimonioso en los actos. Estas palabras se han convertido en pretextos para la elocuencia y no nos creemos comprometidos por ello. A menudo mismo, se colocan preferentemente sobre los libros de los déspotas y los explotadores. Richelieu se indignaba oficialmente de la servidumbre de los pueblos; Catalina II ardiendo en el deseo de apropiarse de Polonia, aseguraba al universo entero sus propósitos de justicia y de simpatía para esta nación.

(...)

En una palabra, pongamos a prueba nuestra honestidad.

Si estamos indecisos sobre el estado de nuestra conciencia, debemos suponer que el otro, la mayor parte del tiempo, está en el mismo caso que nosotros. Creemos tener buenas razones para atacar la integridad de nuestros mandatarios políticos, sea; ¿pero podemos responder de la nuestra?

La verdad es que el lugar de la mejora, del perfeccionamiento, es la conciencia. Tan solo ahí se opera la evolución progresiva. El hombre es el medio universal; todo brota de su corazón: prosperidad o calamidad, mediocridad o dirección de obra, crímenes o trazos de heroísmo; es la sangre, el nervio, el sople vivificante de las instituciones y de las leyes.

En consecuencia, lo que ustedes quieran que suceda en las cosas, depositénelo antes en la conciencia humana.

La equivocación de nuestra época está en buscar el progreso fuera del individuo; se perfecciona el entorno y no el hombre; la sociedad quiere dar los signos de virtud que no se preocupa de poseer ninguno de sus miembros. Estamos en la búsqueda de una organización social mejor, de una industria más refinada, de una constitución política que deje en juego libre a las pasiones, a las ambiciones de los individuos, sin perjudicar a la armonía general; en fin, el sueño del hombre es vivir imperfecto en medio de obras perfectas.

(...)

El pasado año, Francia ha dado una fiesta universal a la industria y a las artes; todos los pueblos de la tierra han concurrido allí. Se han acumulado sobre un punto todas las producciones de la naturaleza, y de la humanidad, desde las más toscas hasta las más refinadas, y esta profusión de objetos estaban tan bien clasificados, distribuidos, coordinados, dispuestos, que hasta un niño hubiera podido dirigirse dentro de esa inmensidad y reconocerse allí.

No ha habido potentados ni soberanos que no hayan tenido el honor de asistir a esta solemnidad.

Hemos visto desfilar ante nosotros en todas sus dimensiones a los poderosos de la tierra: duques, archiduques, grandes duques, príncipes, reyes, emperadores, aristócratas, sultán. A las magnificencias de la exposición se han añadido los esplendores de la pompa y del ceremonial. Hemos tenido testimonio de una sucesión de cortejos, de *Te Deum*, de discursos, de galas, de recepciones, de festines, de fuegos artificiales y de iluminaciones. Las curiosidades más insaciables han sido colmadas.

Y por tanto ¿qué frutos se desprenden de todo esto?

Cierto, si se hubiera podido decir a estos soberanos, a estos pueblos, que han venido a admirar nuestras maravillas: “Esto que hemos cumplido en el orden material, lo hemos obtenido en el orden moral; y si algunas dudas se elevan en vuestro espíritu, nosotros os aportaremos las pruebas. Bien que nos sea imposible exhibir las virtudes, demostraremos la extensión del bien por la reducción del mal.

Tenemos menos prostitución, menos asesinatos, menos adulterios, menos bastardos, menos abortos, menos bancarrotas, menos juicios. Ustedes no encontrarán de un extremo de Francia al otro un solo campesino que no sepa leer y contar; hemos purificado las almas, elevado las inteligencias por la educación y la cultura del espíritu; en fin, hemos moralizado a las masas ilustrándolas y liberándolas”.

Estos pueblos, estos reyes, estos emperadores hubieran vuelto a sus casas no solamente maravillados, entusiasmados, sino todavía impresionados,

emocionados. A penas de vuelta a su patria, ellos hubieran hecho todos los esfuerzos por atrapar el tiempo perdido y para cubrir la distancia que les separara de nosotros.

Es necesario convenir, la industria, el arte son potentes instrumentos de civilización pero esto no es la civilización misma. La civilización es la moralización.

Lo he dicho y lo repito, el lugar del progreso, el teatro del perfeccionamiento, es la conciencia.

Cada individuo participa en la mejora dando todo el impulso a sus facultades intelectuales y morales. La sociedad no es más que una colección y no puede ofrecer en su suma más que las cualidades que le aporte cada uno de sus miembros. Todo medio empleado no susceptible de modificar al individuo no es más que un medio indirecto, por consecuencia poco influyente en su evolución progresiva. El camino más corto es este: buscar constituir la honestidad individual y privada, antes de exigir la honestidad colectiva y pública.

Mientras el perfeccionamiento personal de cada uno de nosotros en particular no sea considerado la base de la mejora general, las naciones corren serios peligros.

Raramente contentos, los miembros de la sociedad no cesan apenas de quejarse. Todo va mal, dicen; pues la sociedad está mal gobernada, mal administrada, mal gestionado; todo está por rehacer, las instituciones y las leyes. Nadie se enfrenta a si mismo.

Los espíritus juiciosos se asustan esta perspectiva de revisión general. La idea de una transformación completa e inmediata les espanta, no sin razón. Entreven que entre la organización presente y la organización futura se pasará forzosamente por un periodo de desorganización.

En un pueblo que ha padecido durante muchas generaciones sucesivas las convulsiones políticas, se forma un temperamento revolucionario. La revolución se convierte en un hábito, una necesidad, un uso; se la erige, en fin, en método. Es común entonces encontrar gentes de actitud calmada, hablar dulce, de modales benignos, elegantes incluso, por otra parte encantadores, repetir a cada paso poniéndose sus guantes paja, revoloteando un walse o *inter pocula*: nos hace falta una revolución, vamos a hacer una revolución, no podemos salir de aquí más que por una revolución.

Si los intereses más serios no estuvieran comprometidos no sería agradable pensar en razonar, con tanta frivolidad y broma, sobre cuestiones de tan alto alcance.

Un pueblo no juega con una revolución como con un instrumento, es más bien la revolución quien juega con un pueblo.

Yo no creo que las revoluciones sean las condiciones indispensables del progreso.

El progreso se concierta en el orden; toda reforma, todo cambio para ofrecer sólidas garantías, debe operarse lenta y parcialmente, es necesario dominar y dirigir un movimiento social. Pues, durante las revoluciones, lo peor de ellas se impone a menudo sobre lo mejor, porque está en mayor número y porque la ausencia de orden le da toda libertad. Durante las revoluciones, el imprevisto, el accidente, la sorpresa pueden llevar lo peor sobre las medidas mejor tomadas y sobre las combinaciones más sabias.

Pero el inconveniente más grave de las revoluciones, es la interrupción de los negocios, el cese de toda actividad comercial e industrial; nadie puede más cumplir los deberes de su estado, de su profesión y proveer a sus necesidades y a las de su familia. ¡Cómo hacer! ¡La vida no suspende su curso! Hay exigencias naturales que es imperiosamente necesario satisfacer; y como la revolución no da rentas, es de fuerza terminar con ella; el pánico se apodera de los espíritus, queremos salir de la anarquía a todo precio; nos echamos sobre una apariencia de orden llamado provisional... ¡desgraciadamente!

Una vez hecha la revolución se recae sobre su malestar, se hace sentir la misma molestia, el crédito no es más fácil, la carestía de los víveres es la misma, nos codeamos como la víspera con las ambiciones, las intrigas, los egoísmos, las indiferencias, los vicios. En la mezcolanza no se distinguen demasiado los intereses sórdidos de los sentimientos generosos, se ha llevado al poder algunos intrigantes de la peor especie. Hoy reconocemos su error y se dice: ¿por qué hemos hecho una revolución? ¿Qué ventaja nos ha traído?

¡Y más aún! ¡Vosotros no habéis hecho más que cambiar de galeras! ¿Puede ser de otra manera? Habéis invertido, conmovido, reorganizado, os lo concedo, pero habéis introducido en vuestra nueva sociedad los mismos elementos, es decir los mismos hombres con las mismas pasiones, sus mismos vicios, no habéis tomado para nada en cuenta las conciencias, no las habéis modificado, ni transformado; no os sorprendáis entonces de restablecer efectos parecidos bajo otras formas. No habéis hecho más que una revolución inútil.

Cuando un pueblo tiene la buena fortuna de recoger los frutos de una revolución, cuando realmente ha afirmado y establecido sus derechos, está satisfecho de sus conquistas, cree que todo ha terminado: la revolución se ha consumado, ¡qué más pedir! Cada uno entra en sus asuntos personales, sus intereses y sus placeres.

No se comprende que el nuevo estado de cosas reclame una atención especial e incesante; la obra de mantenimiento y de continuación exige un redoblamiento de la vigilancia. Las ideas expulsadas no han abdicado voluntariamente; tienen representantes, mandatarios en los que la notable perseverancia trabaja para hacer revivir el régimen pasado. Es

necesario pues luchar con toda su perspicacia, todo su coraje, contra las retomas y los retornos.

Los hombres por los que la revolución se ha llevado a cabo, tienen todavía, a pesar de sus tendencias avanzadas, un pie en la antigua organización, no han entrado enteramente en el orden nuevo; les quedan costumbres. Es a sus descendientes a quienes vendrá el honor de proseguir y de activar valerosamente la obra de renovación. Solamente, estos últimos no estarán a la altura de su tarea más que si se ha cambiado a este respecto el plan de educación y si se han puesto sus conciencias al nivel de las instituciones nuevas.

Previamente, la revolución debe hacerse en la conciencia.

Tocar la conciencia, es tocar el principio, pues la conciencia no es más que el principio del hecho.

Si las ideas que son objeto de nuestra convicción, son derechas, son sanas, nuestra conciencia es derecha, es sana.

Si al contrario, estas ideas son falsas, erróneas, nuestra conciencia es falsa, errónea.

Muchas gentes, horrorizadas de los sistemas de filosofía y de las doctrinas religiosas, se refieren exclusivamente a la conciencia. Dicen: somos honestos, debemos ser honestos, porque la conciencia nos aconseja la honestidad. Este razonamiento no significa nada; la conciencia no es en absoluto innata, se forma, *llega a ser*. El principio es su creador, su formador; no se viene al mundo con una conciencia hecha; difiere a menudo según el grado de educación y de cultura. Cada cual tiene una conciencia, es cierto. Lacenaire tenía la suya, las gentes de presidio tienen una conciencia también. El nombre conciencia no equivale pues por nada del mundo a la justicia y a la rectitud.

La justicia es inmutable, la conciencia varía.

Se sigue de esto que las gentes que no tienen principios tienen una conciencia nula; se dejan arrebatar por una impresión fugitiva, un capricho de un instante, un sentimiento pasajero.

El principio, la convicción, el imperio de la idea, forma, determina, fija solo la conciencia. De todas las dominaciones ejercidas sobre el alma humana, la más poderosa es la de los principios; los hombres han sacrificado más a sus principios que a sus pasiones y a sus intereses.

Ahora, entendámonos.

Para que un hombre sacrifique a un principio eso que le es más querido, es necesario que ese principio le haga las veces de todo, le remunere de sus abnegaciones y le inspire un invencible amor; pues el hombre no se desata de una cosa más que para atarse a otra.

Así, es constatable hoy, la disminución de la moral, la merma de la honestidad, estamos reducidos a convenir que nuestros principios están oscurecidos

o son insuficientes, pues la conciencia es el reflejo de la fuerza o de la debilidad de las convicciones. Busquemos pues si hay lugar para establecer nuevos principios, o bien para liberar del error estos que poseemos desde los tiempos más remotos.

No es inútil para dilucidar la cuestión, examinar por qué escalafón de ideas ha pasado la honestidad para llegar a la interpretación presente.

## II

En primer lugar, en religión, la honestidad encuentra, proporcionalmente a sus sacrificios, compensaciones en una vida futura; la vida presente no es más que un tiempo de prueba, de etapa donde cada uno debe obtener por sus méritos el diploma de la felicidad eterna.

Más tarde, en moral trascendente, la filosofía poco satisfecha de este ideal de honestidad, recompensada por los bienes a venir, ha declarado que la honestidad se basta a sí misma; que llevaba en sí su recompensa y que el cumplimiento de un acto de virtud procuraba al hombre una satisfacción inefable.

Es necesario remarcar que todas las veces que se emplea el nombre inefable es que no se sabe bien lo que se quiere expresar. El término por sí mismo a nada compromete; es indeterminado, vago, también le falta solidez. San Pablo, en el tercer cielo, experimentó una alegría *inefable*; Santa Teresa, traspasada por una flecha seráfica, se pasma de una voluptuosidad *inefable*. Toda la escuela de Alejandría y Jean Gerson, en el siglo XIV, exhalan el delirio *inefable* del éxtasis; en el siglo XVIII, los alucinados del canónico París sienten en medio de los tormentos, *inefables* delicias.

Se ha escrito sobre la honestidad y sus ventajas admirables tratados. Las gentes ilustradas se han hecho gloria de leerlos, traducirlos, comentarlos, incluso de citar los pasajes; pero nadie ha estado muy emocionado por esto. Las gentes que eran honestas antes han permanecido, aquellos que no lo eran no han cambiado en absoluto.

Hemos terminado por reconocer que era bueno añadir a esta satisfacción, exclusivamente moral, alguna cosa menos hueca, menos fría, más viva, más palpable. Y nos hemos preguntado si no sería posible presentar a los hombres la práctica de la honestidad como ventajosa y lucrativa en la acepción real y positiva de la palabra. Se nos ha metido en la cabeza probar que el hombre honesto obtiene más fácilmente que cualquier otro la consideración, la fortuna, los honores, la felicidad, para resumir.

Franklin apoyó esta opinión, juntando el ejemplo al precepto: "Si los pícaros conocieran las ventajas de la honestidad serían honestos por picardía".

El rasgo no está dispuesto. La experiencia ha demostrado, en general, que la honestidad no es siempre el camino más corto para llegar a la fortuna: el



hombre integro y leal raramente va en carroza y que la joven chica rebo-sante de virtud cada vez se casa menos con el príncipe encantado.

(...)

Al finalizar el siglo pasado y a comienzos de este, el descubrimiento de una ley universal social fue la monomanía general. Una muchedumbre de espíritus se contemplan en la campaña para descubrir esta piedra filosofal. Esta búsqueda recuerda a los trabajos encarnizados de los alquimistas de la edad media, a propósito de la gran obra.

Todas las mañanas, cada pensador se golpeaba la frente gritando: esta ley social, la encontraré esta tarde. Algunos se levantaban de repente enloquecidos de entusiasmo, exclamando el famoso *eureka*.

Los más ilustres son Saint-Simon y Fourier. Estos renovadores tenían pretensiones exorbitantes, clamaron extensamente contra todas las ideas que habían reinado antes que ellos. Sus doctrinas no admitían precedente y no dejaban subsistir nada. El pasado no era a sus ojos más que una larga serie de errores. Hacían tabla rasa, sitio neto en las conciencias para instalar allí, sin competencia, su maravillosa ley social, universal. Religión, filosofía, política, organización civil, intentaron poner todo a la puerta con una increíble falta de formas.

No reflexionaron que un sistema sólo ofrece garantía sólida de duración, en tanto que es el relevo y la continuación perfeccionada de los trabajos anteriores; sino queda aislado, desgajado, adopta un carácter individual, accidental y se encuentra irrevocablemente condenado a desaparecer con su inventor.

Por tanto Saint-Simon y Fourier eran almas celosas, espíritus vigorosos; han dado grandes servicios y algunas de sus combinaciones aplicadas parcialmente, pueden aportar resultados ventajosos. Han quedado desgraciadamente en el conjunto de su obra como el artista del que habla Horacio: *infelix operis summa* (infeliz la suma de la obra).

En suma, jamás un sistema social surgirá de la cabeza de un hombre, por prodigiosa que sea; la naturaleza del progreso lo rechaza; el modo social se transforma todos los días siguiendo las necesidades del espíritu y las exigencias sucesivas del perfeccionamiento, nadie puede determinarlo ni fijarlo de una manera definitiva. El furor por sistematizar, es decir, ramificar todo hacia un centro único, es tan intenso, que extravía a las mejores inteligencias y a los mejores intencionados. La gran dificultad, en efecto, está en encontrar ese centro universal.

Saint-Simon y Fourier han tenido las mismas equivocaciones que todos los fabricantes de un plan social; han dado a una idea una extensión que no tiene en absoluto.

Los espíritus inclinados a la especulación caen fácilmente en este error.

Entre las ideas que se agitan, aparece una hacia la cual convergen todas

las simpatías, uno se apasiona pronto hasta el punto de no ver más que ella y de vincularle todos los hechos y todas las adquisiciones del pensamiento; se le concede un valor que no tiene. De una idea derivada, secundaria, particular, se hace una idea general, fundamental, universal.

Una concepción falta de una base amplia quiebra por todos los lados. Saint-Simon parte del trabajo, Fourier de la pasión, y ni uno ni otro pueden hacer resurgir la moral de sus doctrinas. El trabajo no produce necesariamente la virtud, y la pasión todavía menos.

### III

Aunque el mayor número se ha mantenido fuera de estas doctrinas, todos, en cierta medida, han recibido su influencia. La honestidad sin ligazón, sin principio primordial, cada vez más indecisa y flotante, está día tras día reducida. Así, a pesar de estos trabajos gigantescos, a pesar de esta búsqueda incesante de una ley social, universal, a pesar de estos planes de organización sucesivamente propuestos, a pesar de esta famosa economía fértil en promesas, en intenciones, en proyectos y en la que la menor pretensión es procurar a la humanidad la moralidad y la felicidad por la extinción del pauperismo, veo, así como en el pasado, mantenerse en pie en medio de nosotros, los dos enemigos más mortales del progreso: la *miseria* y la *inmoralidad*.

Sí, esta miseria, está aquí como un testimonio, como una confesión de nuestra propia impotencia, está aquí con su horrendo cortejo de sufrimientos, de harapos y de mendicidad. Es crónica, endémica. En vano los informes oficiales nos tranquilizan: según ellos todo está mejor, la prosperidad se extiende, la industria jamás ha impulsado más lejos sus conquistas; las artes florecen con un nuevo esplendor, nuestra gloria nacional ejerce su prestigio en el universo entero; las luces se extienden, la ciencia se divulga, las costumbres se depuran, la pobreza deja lugar a la holgura, cada uno adquiere su parte de felicidad. Tales son las frases en que se nos adiestra. Manifestación de un optimismo convencional y sistemático.

Sin duda la industria ha realizado grandes cosas, ha multiplicado sus productos, los ha dispensado a los precios más bajos. Antes de ella, el obrero no tenía parte más que en lo *tosco*; sus vestidos, sus muebles, sus utensilios eran toscos; en el presente puede aspirar y conseguir lo bonito, y satisfacer este sentimiento de estética que todo ser humano lleva en sí mismo, como un carácter de su dignidad. Desgraciadamente, las ventajas se detienen aquí; la carestía de los víveres, las tasas exorbitantes de los alquileres, ponen a las clases trabajadoras en la imposibilidad de equilibrar sus necesidades y su salario. Resultan de ello sufrimientos, sufrimientos tanto más grandes que las promesas que se le habían hecho y no han sido realizadas.

En resumen, de todas las ideas que han atravesado por el cerebro humano, una sola ha permanecido más resistente, más tenaz que todas las demás, es la idea de riqueza. Enriquecerse es el deseo más querido, la voz más ardiente de todas; solamente que el ansia de enriquecerse no aporta siempre los medios. Uno queda con una sed insaciable y con las torturas permanentes de la codicia. Se ha desviado, es verdad, la palabra riqueza del sentido que le habían dado los economistas. Riqueza significaba en su lenguaje la extensión de los objetos más indispensables para la vida.

Pero, las necesidades de la vida son limitadas; se trataba de lo necesario, no de lo superfluo. Mientras que la masa entendía por riqueza la fortuna con sus abundancias, su lujo, su refinamientos. Nadie tolera, a pesar suyo, la vida sobria y modesta, donde se sienten no solamente las privaciones sino también las humillaciones; cada uno reclama su parte de etiqueta, de brillo, de puesta en escena.

Así, todas las carreras poco susceptibles de ofrecer grandes beneficios, han sido desdeñadas, o al menos se les ha transportado un espíritu mercantil que ha rebajado el carácter. Todas las producciones, todas las obras que no se cambian por un numerario considerable son juzgadas de mínimo valor. Hoy, la reputación está en razón de la ganancia; es necesario que el talento gane otra medida para ser reconocido como talento, el artista solo es tenido en cuenta según el costo de su firma. Encuéntrenme pues fácilmente un artista, un escritor, que no ceda a este entrenamiento y que no esté dispuesto a cambiar sus procedimientos, su método, e incluso la ley de su arte para servir a estos apasionamientos pasajeros y de mal gusto de una mayoría ignorante.

La riqueza goza exclusivamente del mayor prestigio, quienes saben adquirirla obtienen la calificación de capaces, de hábiles, de ilustres.

En otro tiempo un hombre podía convertirse en célebre sin ganar más allá de lo que conviene a la subsistencia.

(...)

Si ninguna duda, no hay sociedad, sea antigua sea moderna, en la que el dinero no haya gozado de un gran favor. Ha sido la causa de numerosas faltas, de numerosos crímenes sobre todo en las épocas de decadencia. Sin embargo no había alcanzado todavía toda la omnipotencia. A veces, se elevaba ante él este antagonismo temible, implacable que se llama un principio, una idea, una convicción.

Jamás el dinero ha tenido el honor de operar un gran movimiento social; no ha sido el prestigio de las riquezas lo que ha conmovido al mundo en la persona de Sócrates, de Jesús, de Lutero: ellos eran pobres.

Desde el instante que la extensión de bienes se ha regido en doctrina, el imperio de las ideas se ha desestabilizado. Se ha vuelto incrédulo a la mirada,

no se ha querido creer más en su influencia. Y mientras encontramos de vez en cuando una naturaleza dispuesta a sacrificar su tiempo, su fortuna y tal vez su vida por una idea, una convicción, nos alarmamos ante su cuenta, se la supone golpeada por algunos desórdenes mentales; se dice a media voz indicando la frente: *hay alguna cosa ahí*.

(...)

La honestidad opera, pues, una lenta retirada.

Constatamos una disminución gradual de la lealtad y del los escrúpulos. Las honestas gentes de hoy, jactándose de la *ciencia de la vida*, se conducen, en ocasiones varias, como las honestas gentes de hace cincuenta años hubieran enrojado de hacerlo.

Una fracción de filósofos, pensadores profundos, arrojan la responsabilidad de esta disminución moral sobre la insuficiencia de creencias oficiales, las cuales son, según ellos, bajo nuestras exigencias intelectuales. Los principios, dicen, están desarraigados en las almas, están carentes de fuerzas de acción y de dirigentes; el hábito, la superstición, una cierta debilidad de carácter los mantiene aún en la superficie como a los cadáveres en las aguas. Nuevas doctrinas levantan la cabeza, poseen la virtud regeneradora y todo el mal presente viene de la oposición que se les hace.

No está permitido a nadie permanecer frío e indiferente ante tal aserción. Veamos, pesemos, y juzguemos.

El examen de las doctrinas nuevas será el objeto de las dos próximas conferencias».

### «Positivos y Positivistas», segunda conferencia de 1868<sup>8</sup>

«Nuevas doctrinas han entrado recientemente en la sociedad; se disputan el dominio de las conciencias y tales son los términos de su llamada: venid a nosotros espíritus abrevadores de dudas y ávidos de certezas, sacudíos el yugo del prejuicio, de la superstición, de la costumbre; osad mirar de frente a la verdad.

La verdad pura, intacta, está en nuestras manos, la persuasión está entre nosotros, fundamentada sobre lo tangible, lo palpable, lo evidente; lo que avanzamos lo probamos; lo que afirmamos lo demostramos.

Una vez iniciados en nuestras doctrinas, ustedes ya no dirán más: quién sabe, puede ser, es posible, es probable; ustedes dirán: es seguro, es cierto.

8 Deraismes, Maria, *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869, «Positivos y Positivistas», segunda conferencia, pp. 69-114.

Es así como se expresan las doctrinas establecidas sobre la ciencia. Tienen un aspecto imponente, dominan la atención, atraen la confianza incluso antes de ser verificadas. Nada más concebible: quien dice ciencia, dice saber y lo que se sabe es lo que es.

Doctrina de la ciencia es pues sinónimo de doctrina de la verdad.

Clasificaré, ordenaré bajo la denominación general de positivismo todas las concepciones fundamentadas sobre el conocimiento del universo, aunque solo una entre ellas ha tomado especialmente este título: la obra de Augusto Comte propagada, en este momento, por el señor Littré y sus colaboradores. Las otras se titulan: naturalismo, materialismo, realismo, y sus portavoces más célebres son los doctores Moleschott y Buchner. No obstante, la expresión de *positivismo* les conviene indistintamente porque no se puede caracterizar mejor el sentido y el espíritu de los sistemas edificados sobre los datos experimentales. Por otra parte, los nombres de positivos y de positivistas tienen hoy una acepción muy popular y muy simpática.

(...)

Entre las palabras *positivos* y *positivistas* existe un abismo.

El positivo ha roto abierta y definitivamente con la filosofía; el positivista afirma y reconoce a la filosofía.

El positivo aborrece el abstracto, el positivista toma el abstracto como base de su método.

El positivo está persuadido de que el hombre es y será lo que siempre ha sido; el positivista cree que el hombre es indefinidamente perfectible.

El positivo no estima más que las especialidades; el positivista se ocupa sobre todo de la generalización y de la síntesis.

El positivo concentra su atención sobre los intereses presentes; el positivista trabaja teniendo a la vista los intereses del porvenir.

Vemos pues, entre estos dos seres, no solamente diferencias sino más aún oposiciones, contrastes. El positivo acepta gustoso el sobrenombre de positivista; no sabe a qué le vincula; no conoce más que la primera palabra de estas doctrinas.

Los positivistas gustan de colocar en su campo a los positivos. Parten de la ilusión común a todos los representantes de una doctrina; cuentan en el número de sus adherentes, de sus adeptos, a los desertores de los sistemas rivales, aunque estos no hayan tomado todavía partido alguno y permanezcan indecisos e indiferentes.

Exceptuado el pequeño grupo de sabios y de eruditos propagadores del positivismo, todos los hombres maduros son positivos.

En cuanto a la juventud –entiendo la juventud estudiosa, no esa cuya más grande gloria consiste en pavonearse por deporte y a las primeras de la señorita Schneider–, tiene en general propensiones positivistas. ¿Ha profundizado bien en la doctrina? Esto es otra cosa.

La juventud gusta de seguir la moda en sus costumbres, en sus opiniones. En el siglo XVIII era volteriana y escéptica; en 1830 se convirtió en *romántica, melenuda y enferma de pecho*. Hoy es positivista.

Buscaré hacerles aquí una exposición de estas doctrinas de una manera completa aunque sucinta, reconociendo ante ustedes que no es en absoluto fácil resumir quince volúmenes en cinco minutos.

## I

No hay causas fuera del universo; no existen otras verdades que las que encierra el universo; estas verdades son las grandes leyes por las que se rigen las cosas y los seres.

Esto que vuelven a decir que el universo no está en absoluto gobernado por una voluntad; que no ha sido creado y conformado por un Ser supremo; que estas grandes leyes no son la obra de una inteligencia superior, sino que todo es simplemente el resultado de la combinación de fuerzas de la materia; materia y fuerza son sinónimos pues jamás se ha visto materia sin fuerza ni fuerza sin materia.

Se ha adquirido el conocimiento de estas grandes verdades por el estudio experimental. Toda concepción filosófica que no se base sobre las leyes de la naturaleza, que no sea fruto de la deducción, el desarrollo, es una quimera y una ficción; las obras artísticas y literarias no pueden, incluso tampoco, sustraerse a esta obligación fundamental.

Todas las veces que un hombre parte de su propio espíritu, sin apoyarse sobre los hechos, se extravía. Al contrario, cuando conoce las leyes de la naturaleza, se somete a ella y restablece el orden y la armonía.

El hombre no es en nada un ser aislado en el universo, forma parte de él, es un fragmento, una parcelación y está compuesto de los mismos elementos; su cerebro no crea nada, recibe todo del universo; su facultad consiste en elaborar sensaciones, transformarlas en pensamientos y concebir ideas generales.

El hombre sufre la ley de todos los seres compuestos, no sobrevive a su descomposición. Cada molécula, después de su disolución, vuelve al universo y participa de la organización de nuevos seres.

Así pues, cuando el hombre estudia la naturaleza, comienza a conocerse a sí mismo.

Conocerse a sí mismo ha sido siempre el fundamento y el objeto de toda filosofía.

El progreso, siguiendo la doctrina positivista, yace pues entero en la justa relación del hombre con el universo, esta relación implica la influencia recíproca de la naturaleza sobre el hombre y del hombre sobre la naturaleza.

Todo ser sufre, en una cierta medida, la influencia de su medio; cuanto más inteligente es, más se libera, sin esperar por ello liberarse completamente. De todos los seres, el hombre es el más inteligente; a medida que avanza en las ciencias, gana terreno, dispone y prepara sus medios para escoger por decirlo así la influencia que debe soportar; de suerte que la reacción mutua se vuelve casi ficticia, puesto que la influencia del medio sobre el hombre está cada vez más dominada, dirigida por la voluntad humana.

Según estos datos, la humanidad puede concebir y realizar un ideal de perfección que no se habían atrevido a sospechar las generaciones anteriores. Gracias a este doble conocimiento, -conocimiento profundo- de los organismos y de los medios, el espíritu adquiere la facultad de prever que será de tal ser en tal o cual circunstancia y de valorar exactamente en que proporción estas circunstancias habrán actuado sobre el individuo en cuestión; esta previsión racional puede expresarse bajo la fórmula algebraica siguiente: *Un organismo dado o modificación orgánica, (tiende a) encontrar su función.*

Armada de esta previsión racional, la humanidad eliminará poco a poco lo accidental y el imprevisto, imprimirá a la evolución social tanto en el orden físico como en el orden moral, un carácter de regularidad y de precisión: los cataclismos, las catástrofes, los desastres serán cada vez más raros: puesto que se podrá conjurarlos. Nadie estará ya más desplazado ni desclasado; los organismos se adaptarán a los medios favorables, los caracteres y las actitudes encontrarán sus posibilidades de desarrollo; la constitución psicológica será mejor; las causas mórbidas disminuirán, la salud será más perfecta; la vida humana se prolongará; quién sabe... acaso *indefinidamente*. La filosofía positiva no lo dice pero a veces lo daría a entender.

Es por medio de la ciencia que uno se inicia en las doctrinas positivistas. Estas doctrinas tienen el honor de seguir exactamente en su método las jerarquías del universo. Parten, pues, de las propiedades más generales, continúan por las propiedades menos comprensivas y llegan finalmente a los fenómenos más particulares.

Mí amigo, dice el profesor positivista a su alumno, antes de formar un juicio, de tomar resoluciones, de adoptar una regla de conducta, de abrazar una carrera, es necesario que te familiarices con tu entorno; que sepas que lugar ocupas en el universo, que papel debes jugar en él. No olvides que tú no eres más que un fragmento, una parcelación de la naturaleza. Es pues indispensable observar exteriormente antes de observar interiormente: lo subjetivo no vive más que de lo objetivo».

Dejemos aquí a Maria Deraismes frente a su auditorio y hagamos un inciso. No cabe duda que entre el arte de su oratoria y el despliegue

lógico del pensamiento debía estar manteniendo un buen nivel de interés y de atención. Estaba exponiendo las nuevas actitudes de pensamiento, las conquistas de la ciencia y de la filosofía, de una manera amable. Hijos todos ellos de la Ilustración no podían por menos que doblegarse ante el valor de la razón, la observación y la experiencia humana. Las previsiones racionales que María Deraismes hacía desprender de esa búsqueda científica de las leyes de la naturaleza y la razón resultan no menos interesantes. Trasluce, sin buscarlo, explícitamente uno de los fundamentos inamovibles en que ella creía: el progreso se identifica con el avance integral del conocimiento junto al de la moralidad. Es a partir de la dimensión abierta por la razón ética ilustrada desde donde ella siempre discurre.

María Deraismes estaba muy atenta a los nuevos descubrimientos, a las proposiciones filosóficas, confiaba en la herramienta de la razón frente al dogma, no cabe duda, pero precisamente por ello veía con cierto escepticismo y preocupación la superficialidad y ligereza con la que muchos se atrevían a expansionar ideas y dirigir las opiniones; creando tantas veces nuevos dogmas, nuevos ídolos, ante los que doblegar el entendimiento y las voluntades. Es ésta una constante en las diferentes intervenciones públicas que le venimos recogiendo. El problema concreto que ahora le preocupa, analizando las doctrinas positivistas, tiene que ver con la libertad, con los amplios registros de pensamiento y sensibilidad que el ser humano puede ser capaz de alcanzar.

Las ciencias humanas, sociales y políticas están llamadas por su natural a albergar variables e imprevistos que muy difícilmente pueden someterse a leyes pretendidamente positivas. Una sociedad en modo alguno puede condensarse en una fórmula matemática. Por lo menos así lo veía María Deraismes, que dedicó bastante tiempo a argumentar en esta línea.

Su conferencia continuó exponiendo ideas, analizando de manera lógica los puntos que creía débiles y expresando sus convicciones de fondo. Continuaremos escuchando algunos otros retazos de aquella larga exposición:



«En la vida positiva, práctica, activa, las leyes generales, ahogadas en multiplicidad de leyes secundarias, especiales, individuales, se desvanecen, por así decirlo. Los accidentes, las circunstancias fortuitas roen la malla de los encadenamientos rigurosos. En la vida real, el detalle, lo accesorio tienen un lugar enorme; y juzgar a las situaciones y a las personas sin tenerlo en cuenta, es casi siempre caer en falso. ¡Cuántos ejemplos legitiman esta aserción!

(...)

Los positivistas que no dudan de nada, nos dejan entrever la posibilidad, en un tiempo más o menos lejano, de hacernos poseedores de un medio de acción directo sobre el mecanismo intelectual, a fin de aumentar las energías y regentarlas en tiempo oportuno. Pero para modificar una cosa, la condición indispensable es penetrar dentro del modo de formación.

Ustedes dicen: el pensamiento es una manera de actuar de la sustancia gris, sin encargarse de aportarme las pruebas. Ustedes han estudiado la sensación, la toman a su comienzo, le siguen el itinerario y afirman que el aparato nervioso le sirve de hilo conductor para conducir con éxito al cerebro a la región llamada sustancia gris. Una vez llegado allí se transforma en pensamiento: una sensación no es más que una descarga, un movimiento, una vibración, y movimiento no es sinónimo de pensamiento. Este último fenómeno parece pertenecer a otro orden. Lo importante sería sorprender esta operación misteriosa de la metamorfosis y del saber, por qué medio se efectúa el paso de la imagen a la idea, de la sensación a la razón. Es esto lo que escapa a vuestra observación más sutil.

(...)

Confieso francamente que no sé demasiado por qué temeridad del espíritu, se ha osado suponer que un día penetraremos en todas sus fases la formación del pensamiento. Aunque se llegase a un conocimiento del cerebro en general, sería insuficiente, porque el objeto de las doctrinas positivas es hacer progresar a la sociedad física y moralmente por la ciencia de los medios y de los organismos. Este perfeccionamiento, es evidente, no puede obtenerse más que mediante la ciencia profundizada de los seres en particular. Todo ser humano piensa.

Lo que es necesario poder apreciar, es la cualidad del pensamiento, cualidad dependiente de su aparato nervioso, de su estructura mental, - asiento de funciones intelectuales: - unos piensan mucho, otros poco; unos piensan justo, otros piensan falso; unos paren directores de obra, otros estúpidos, en fin unos son fecundos, otros estériles; todos sin excepción por tanto, tienen una materia gris.

(...)

Que se conozca perfectamente el cráneo de Voltaire, de D'Alembert y de Diderot ¡qué me importa! Los hemos juzgado por sus obras; la confir-

mación de la ciencia fisiológica nada añadirá a nuestra estima y a nuestra admiración.

Lo útil, lo esencial para nosotros, consiste en estudiar a los seres actuales, a los organismos en actividad, a los vivos, en una palabra con el fin de perfeccionarles con ayuda de medios directos o indirectos. Yo tendría gran interés en apreciar sanamente a las personas con las que estoy en relación de negocios y de afecto.

Este banquero, a quien voy a confiar mi fortuna, esta mujer o este hombre que va a introducirse en mi familia, y sobre todo este candidato al que me propongo nominar en las próximas elecciones, para representar los intereses públicos: ¿sus convicciones son sinceras, sus actos están de acuerdo con sus palabras?

El individuo, en la humanidad, juega un papel bastante más considerable que el individuo en las especies inferiores. En sociedad, un solo hombre puede comprometer los intereses colectivos, arrojar una influencia desastrosa sobre todo un siglo y perder a una nación entera.

El hombre tiene la extraña facultad de simular cualidades y virtudes que no tiene; da los signos de los sentimientos que le faltan; sabe mentir en su actitud, en sus discursos. El día que consigue la posición que ha deseado, sus cualidades y sus virtudes prestadas dejan lugar a sus defectos y a sus vicios. Quienes le han elegido maldicen su error... ¡ es demasiado tarde! (...)

Llegados a este punto imagino que es urgente volver un poco a la exposición de las doctrinas positivas, a fin de poner de relieve sus numerosas contradicciones y dar más evidencia a los argumentos que nos sublevan contra ellos.

De una parte, los positivistas declaran que el hombre forma parte de la naturaleza, que no posee ningún elemento extraño a la naturaleza, que no es otra cosa que la combinación más refinada y más completa de la materia, que no hace la ley, que la sufre como todas las cosas y todos los seres del universo.

De otra parte, los mismos positivistas certifican experiencia en mano, que la ley *necesaria, fatal, universal*, pierde de su acción directa a medida que los fenómenos se complican: el accidente, el imprevisto, las circunstancias fortuitas, la irregularidad salen a la luz y copan la cadena de las necesidades.

Yo ahí me pierdo.

¡Cómo! Existe una ley fatal, universal, y ¡ésta ley encuentra una resistencia!

Y ¡está contrarrestada por una fuerza accidental! ¿De donde viene entonces esa fuerza? No de la ley fatal, supongo, ya que traba la acción de ésta. Ahora esta fuerza insurreccional ¿es temporal o permanente? Se nos responde aquí por un silencio.

En fin, a pesar de las repugnancias del buen sentido y de la lógica, hemos aquí forzados a admitir que la ley fatal y universal es impotente para contemplar un cierto orden de hechos; se para a medio camino, sobre el umbral de la conciencia; en este caso deja de ser fatal y universal, y estamos en el derecho de pensar que este orden de hechos que se le escapa, está regido por otra ley distinta de la ley fatal. ¿Ley de la libertad acaso?

Los positivistas intentan, por todos los medios, eludir la dificultad.

Este accidente, este imprevisto, estas circunstancias fortuitas, dicen ellos, son los signos de la ausencia de la ley; la ignorancia los incita, la ciencia los caza.

La libertad humana está entonces colocada entre las manifestaciones insólitas; está desordenada, perturbada, anormal; el objeto del positivismo es sustituirla, por el conocimiento de las leyes naturales, la precisión y el rigor matemáticos.

El progreso no es entonces más que la destrucción de la libertad humana; esta última concede la iniciativa y la dominación a la ley fatal, está de hecho en lo sucesivo sujeta, esclava.

Pero por tanto ¿esta concesión es un acto de libertad!

¡La humanidad es pues libre! Ustedes, ustedes pretenden que no lo es. Decididamente ustedes se vuelven cada vez más inconsecuentes.

El progreso, según ustedes, consiste en nuestra armonía con la naturaleza, es decir la relación justa y exacta de los organismos con los medios, idea expresada ya por Hegel. Pero, esta armonía ¿es voluntaria o involuntaria? ¿El hombre puede establecerla y puede turbarla? ¿Está investido del derecho de veto en la región moral y social? Tal es el problema. No perdamos de vista que los positivistas niegan la libertad humana.

(...)

La moral es una condición de conservación para los hombres, cada miembro de la sociedad está deseoso de conservarse, este deseo producirá, en suma, la conservación general. Esta deducción es completamente falsa. Sumen ustedes hacia el infinito el sentimiento de conservación individual y no obtendrán jamás la conservación colectiva.

¿Qué es la conservación personal? El egoísmo. Y la conservación social se alimenta de la dedicación de los individuos. Sin duda, cada miembro de la sociedad persigue un mismo fin: sus intereses, su seguridad, su felicidad; pero todo esfuerzo particular toma una dirección especial y esta multiplicidad de movimientos divergentes se entrecruzan, se contrarían, se anulan.

Apenas lanzada a la vida, la persona social tiene mil veces la ocasión de reconocer que para velar por su salvación, es sabio hacer buen mercado de la salvación del otro. Por tanto, si la especie, si la sociedad está amenazada, objeten ustedes, ¿en qué se convertirá cada uno de sus

miembros? La prosperidad personal no encuentra garantías en la prosperidad general.

Hagamos aquí una distinción. No estamos vinculados a la humanidad más que momentáneamente, el tiempo de nuestra duración, de nuestra vida. Y si no es posible aumentar nuestra felicidad sobre esta tierra, comprometiendo a la humanidad y a la sociedad por venir, ¿qué nos quedará?

Que la humanidad se perfeccione o degenera cuando hemos dejado de formar parte de ella ¿es acaso una gran inquietud para nosotros? Recuerden esta frase célebre y memorable: “Después de mí el fin del mundo”. Tal es la mayor parte del tiempo la franca expresión del egoísmo. El egoísmo no dará a luz jamás la prosperidad general; pues la civilización, comprendida en su acepción verdadera es debida al predominio creciente de de las más nobles inclinaciones de nuestra naturaleza y a la gradual amortización de nuestros instintos inferiores.

Si la sociedad no contase entre quienes la componen con almas generosas que trabajan, que velan, que ayunan, que luchan, que experimentan sus riesgos y peligros y que se consagran si es preciso para procurar a esta sociedad condiciones de bien estar y aumentar sus placeres y su gloria, hubiera ignorado indefinidamente los beneficios de la civilización.

Lo he dicho y lo afirmo de nuevo: la conservación de la humanidad no se apoya más que sobre el compromiso de los individuos».

Cortamos aquí la exposición de nuevo antes de concluir y una vez que ha quedado claro el sentido de su discurso, colocando al positivismo en su propia aporía y apostando por ciertos valores intangibles que ciertamente pueden, a su entender, emancipar al ser humano.

La conferencia siguiente, la tercera, transcurrió en la misma línea. María Deraismes insistía en sus apreciaciones sobre el positivismo. El nuevo paso que asumía en ella fue encaminado a comprender la moral, implícitamente desvinculada del sentido religioso, como una dimensión humana que la ciencia puede ayudar a entender pero no es reducible solamente a ella. Veremos latir una vez más el mismo sentido de raíz ilustrada sobre la elevación humana dentro de un talante que reconoce en el otro un igual. Admitido este umbral en el que se entreabre el respeto a la dignidad individual, se posibilita una mejor comprensión de la justicia. Esa era por lo menos su perspectiva. Discurriendo desde esta convicción irá haciendo

pensar a su auditorio entre las nuevas críticas a los positivistas y a los moralistas independientes.

Accederemos a continuación a una buena parte de aquella nueva conferencia.

### «Los moralistas independientes», tercera conferencia de 1868<sup>9</sup>

«Hemos visto al positivismo buscar la regla de la humanidad en el conocimiento del Universo y anunciar que el hombre no siendo más que una parcela del conjunto cósmico no tiene ley alguna especial; que está sometido en cuerpo y espíritu a las leyes de la naturaleza.

La moral independiente gratifica al hombre de un papel más considerable, más elevado, más noble, le hace distinto del universo, le presta un valor subjetivo y le reconoce una ley especial.

Lejos de convenir con los positivistas que el hombre obedece a las circunstancias ambientales, organismo, sentimiento, idea, y que su espíritu no refleja ni elabora más que lo que sucede objetivamente, ella (la moral independiente) busca la ley humana en la humanidad misma, sin preocuparse del entorno; ella desciende dentro de la conciencia, la registra y de ahí extrae el principio individual y social, fiel al viejo axioma: *Conócete a ti mismo*. Estas dos doctrinas encierran, pues, no sólo una diferencia metódica, sino una oposición radical, fundamental, esencial.

Ahora mismo, qué principio se proponen estos nuevos moralistas, proclamando la independencia de la moral. Hele aquí.

Considerando la moral como indispensable al desarrollo de los individuos y de las sociedades, quieren a todo precio sustraerlos de los azares de las discusiones y de las diferentes exégesis religiosas y filosóficas.

En la jerarquía de las ideas, la moral jamás ha estado clasificada entre las ideas madres, primeras, fundamentales; se la ha colocado entre las ideas derivadas, engendradas. La ética, en todas las concepciones posibles ha sido siempre apreciada como una resultante, una consecuencia de los principios afirmados anteriormente. Desgraciadamente la humanidad se escinde, se fracciona en religiones, en doctrinas, en sistemas diversos.

La moral, entonces, estando subordinada a estas numerosas concepciones está desprovista de unidad y homogeneidad. Esta anarquía de las conciencias es funesta para la evolución individual y humanitaria; neutraliza por las

<sup>9</sup> Deraismes, Maria, *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869, «Los moralistas independientes», tercera conferencia, pp. 115-144.

contradicciones, el esfuerzo colectivo de la sociedad hacia el progreso. La esperanza de fusionar esta multiplicidad de creencias y de opiniones está desprovista de todo fundamento, de toda consistencia. Hasta el presente, ninguna doctrina, cualquiera fuesen el genio, la virtud y el origen de que su fundador se dijese imbuido, ha podido arrastrar irresistiblemente a todos los espíritus; ella no ha sido más que una cierta religión, una cierta creencia, una cierta filosofía. Algunos moralistas incluso han intentado descubrir en esta cacofonía de dogmas y de opiniones el punto de convergencia, el trazo de unión, el terreno común. Han pretendido encontrarlo en la moral: noción espontánea, primitiva, anterior según ellos a toda adquisición científica, a toda teoría teológica y metafísica. Noción sobre la cual el tiempo, la educación, la distinción de los usos, de las costumbres y de los cultos nada pueden; noción en todo punto primordial, fundamental, universal.

## I

Hace dos años, una bella mañana, una hoja nueva, plena de esperanza y de aspiración al éxito, fue lanzada al público. Ella encerraba toda la ciencia llamada moral y social en el enunciado siguiente:

“El hombre es un ser libre y responsable, es decir una persona, o al menos así él se concibe. Que como tal, todo ser humano se rebela contra toda limitación, contra toda violencia, bajo cualquier forma que ésta sea. De aquí, el sentimiento de su dignidad, del respeto que se debe a sí mismo. Pero este respeto de sí, el hombre en presencia del hombre lo exige para su persona. Por esto mismo, siente fuertemente que este mismo respeto es exigible por los otros, debido a los otros. Tal es el origen del derecho y del deber, que no es más que el derecho reconocido en el otro”.

Formulado por el señor Massol, este principio es el substrato de toda doctrina titulada moral independiente.

Antes de hacer la crítica histórica de este sistema en general, estudiemos atentamente el alcance de este enunciado.

“Si la ley moral, como lo dice el primer número, reposa sobre un hecho probado, patente, innegable, sensible a todos sin excepción, al ignorante como al sabio; que todo individuo, a menos que no haya cesado de ser hombre, constata en sí mismo”, por qué el señor Massol y sus colaboradores afirman que la moral sea una ciencia?

Si la moral es una ciencia, -presten a esto buena atención,- ella no es ya una ley espontánea, primitiva, fundamental; pues la ciencia reposa sobre una

base experimental. Ella no brota del cerebro como Minerva de Júpiter; se forma lentamente.

Durante mucho tiempo, incluso la ciencia permanece como un amasijo de observaciones incoherentes, de hechos esparcidos. Más tarde, las relaciones se establecen, las ideas generales se constituyen. Pero ¡cuántas tentativas abortadas antes de obtener una sistematización sólida!

Está pues reconocido que espontaneidad y experiencia son dos términos irreconciliables. Así, los moralistas independientes están en contradicción consigo mismos, declarando que la moral puede ser comprendida tanto por el ignorante como por el sabio. Mientras que, al contrario, el hombre estudioso, meditativo, erudito, es sólo capaz de definirla y formularla. La transacción se hace imposible; es absolutamente necesario decidirse por una o por otra manera de ver cuando uno se coloca como fundador de doctrina. ¿La moral es una ciencia o es un hecho espontáneo? Yo dudo todavía en pronunciarme aunque me inclino con más gusto hacia la primera opinión.

En efecto, sin razón imaginamos que el axioma: "Haz al otro esto que tú quisieras que te fuera hecho a tí" –del que el enunciado del señor Massol no es más que una amplificación inútil–, encierra toda la moral, y que el hombre provisto de esta sentencia no tiene nada más que adquirir, y que no le queda más que practicarla.

Este axioma no define para nada del mundo la moral. Bajo el imperio de los usos, de las creencias, de los prejuicios de una época, puede dar lugar a aplicaciones ajenas y deplorables aunque sinceras.

Es así que Virgínio juzgando el deshonor, incluso involuntario, peor que la muerte, le presta sus sentimientos personales a su hija y la degüella en la plaza pública.

Lucrecia, violada por Sexto Tarquino cree que es su deber recurrir al suicidio. A buen seguro, hubiera empujado a esta funesta determinación a su amiga más querida, en caso de que ésta se encontrase víctima del mismo atentado.  
(...)

Uno decide entonces por sí mismo cosas poco conformes con la verdadera moral. Y movido por un sentimiento de fraternal simpatía, cree hacer bien procurándolas a su prójimo.

La superioridad de los actos morales se explica invariablemente por el entendimiento y la cultura de la razón.

Poco a poco, la variedad de las circunstancias, la diversidad de los acontecimientos, las diferentes consecuencias señaladas, la experiencia de las constituciones, de las leyes, de los Estados, de los sistemas debida al estudio de la historia, da el valor exacto de cada cosa y decanta un gran día sobre la cuestión moral. Se descubren relaciones ignoradas hasta entonces; se entreve la posibilidad de aplicaciones nuevas; la moral toma verdaderamente un carácter científico; se desarrolla gracias a la extensión

continua de de los conocimientos. El principio de la solidaridad comienza a despuntar por el horizonte.

Después de haber constatado el valor intrínseco del axioma: “Haz al otro lo que tú quisieras que se te hiciera”, comprendiendo en ello la fórmula del señor Massol, es ahora útil demostrar, con las piezas en las manos, que a pesar de la llamada espontaneidad de esta ley natural, ha estado constantemente transgredida bajo el punto de vista de la reciprocidad.

La mayor parte de los humanos no actuaron en absoluto hacia sus semejantes como desearían que estos se condujesen respecto a ellos. Es concebible por cierto, que un ser cegado por el orgullo, por la pasión, por el interés, por el egoísmo sea culpable de actos inicuos, injustos; pero es bastante más difícil admitir que los pensadores, los filósofos, los legisladores dotados de corazón y de genio tuvieran a sabiendas –desgajados de todo interés personal– instituido, en la sangre fría de la reflexión, leyes contrarias a la justicia. Tales como la esclavitud y las castas. Es necesario que ellos estuvieran apoyados para esto sobre razonamientos especiales: ellos tenían negada la igualdad natural, habían constatado, es imposible no haberlo hecho, la desigualdad de los individuos, en una misma especie; la distribución parcial e irregular de las fuerzas y de las facultades: la abundancia aquí, la privación allá. Ellos habían pensado que los derechos debían estar en razón de los méritos. Además, los primeros jefes de los pueblos han estado siempre elegidos entre los más fuertes y los más inteligentes. Han exigido, a cambio de los servicios que rendían a la tribu o a la nación, por su espíritu, sus trabajos, sus aptitudes especiales, sus procederes ingeniosos y su coraje, ventajas, honores, autoridad, privilegios; y se ha encontrado justo concedérselos. Desgraciadamente, no se quedó ahí! Confiando plenamente en la ley de la herencia, se decretó que los privilegios serían transmitidos a los descendientes de los hombres ilustres, es decir poseedores de las cualidades brillantes que habían distinguido a sus padres.

Se entendió entonces por *el otro* a su igual en raza, en nacimiento, en casta, en cualidad, en título, en honor. Para el bramán el kchatria no era en modo alguno su igual, solo otro bramán disfrutaba esta ventaja; el kchatria juzgaba de la misma manera al vaysia; el vaysia no difería de opinión hacia el soudra. Y todas las veces que esta observación fue violada se sabe qué suplicios fueron seguidos a las infracciones.

En la Edad Media, a pesar de la fraternidad predicada por el cristianismo, el más modesto barón estaba lejos de considerar al siervo como su igual. En el siglo XVIII, aunque la civilización alcanzase un grado superior, el más ínfimo caballero miraba con desprecio al campesino<sup>10</sup> o al villano.

<sup>10</sup> Literal, «manant», era el campesino, habitante de un pueblo en la Edad Media. El término quedaba resonando por entonces asociado a una persona grosera sin educación.



Y es así todavía que en nuestros días, contrariamente al sentido común, las antiguas familias se consideran tanto más nobles como sus representantes se alejan varios siglos de los que les dieron lustre.

El error es notorio, la herencia no opera según la ley matemática; y la gloria en las familias no se multiplica como la velocidad en la caída por gravedad, en razón inversa del cuadrado de la distancia. A buen seguro, si los hijos no tienen siempre en el reparto las cualidades de los héroes que fueron sus padres, aunque engendrados por ellos, se puede inferir que los descendientes de la tercera o cuarta generación tendrán todavía menos suerte para reproducir los principales caracteres de sus ancestros. De tal suerte que al lado de la desigualdad natural de los individuos comparados, se añade todavía una desigualdad ficticia; pues existe en el hombre el deseo, a menudo ilegítimo, de sobrepasar a sus semejantes y de fundar su grandeza sobre su avasallamiento.

Así pues, el respeto a la persona humana no es en nada un hecho espontáneo, inmediato, innegable, como lo pretende el señor Massol; y la manera más extendida de comprenderlo, es la de exigirlo para sí exclusivamente, la mayor parte de los hombres basan, -lo repetimos hasta la saciedad,- la idea de su elevación sobre el rebajamiento del otro.

Desde todo tiempo, el hombre busca humillar al hombre a su provecho y para su más grande gloria. Las señales de consideración nos conmueven en tanto que son denegadas a la multitud.

La disposición social siempre ha llevado a un desmentido formal a este principio de mutuo respeto.

Las civilizaciones se desarrollan, las vemos escalonarse en las edades y brillar en el triple destello de las letras, las ciencias, y la industria. Pero el respeto de la persona humana continúa desconocido.

En primer lugar es la esclavitud, después la servidumbre, dicho de otro modo la privación del derecho para el mayor número. Los reyes colocan su dignidad en la obediencia degradante de sus pueblos.

Las más altas inteligencias comparten los mismos hábitos a este respecto.

César tiene sin duda el respeto de la persona humana en la persona del César: él quiere ser el primero de Roma.

Napoleón I confunde la dignidad del género humano con la suya, y reclama para respeto de su persona la posesión y el imperio del universo.

Pero dejemos a estos conquistadores, a estos déspotas, descendamos a una región más humilde: la industria, el comercio, y constatemos la misma tendencia. El comerciante pone su dignidad de comerciante en arruinar a su competencia; la debilidad de su vecino no hiere en absoluto el respeto a su persona; lejos de ello sirve a sus intereses y aumenta su importancia.

Añadiendo más, no son las gentes gratificadas de privilegios quienes hayan reivindicado este principio del respeto recíproco de la persona humana,

sino más bien los que habían tenido que sufrir las exacciones, las opresiones de una falsa organización social.

El día en que se proclamó la igualdad, fue afirmado el respeto a la persona humana, ¿no es así? Esta igualdad se mantuvo, pues bien ¿qué es lo que pasa? Por todas partes donde la ley no puede llevar la mano, por todas partes donde es impotente para dar garantías, el respeto a la persona humana está violado. La ley está escrita sin duda, pero le queda formar el sentimiento en las conciencias.

La jerarquía social persiste, el respeto disminuye o se agranda según las funciones, los títulos y sobre todo la fortuna de las personas. En las relaciones de superior a inferior, la desproporción del respeto es enorme; se vuelve servil en uno, y es nulo en el otro.

Si estuviéramos imbuidos del respeto a la persona humana, no osaríamos incluso tener criados.

Mientras que gentes de una condición bastante elevada o suficientemente instruidas no encuentran sobre su camino, y esto no sucede más que demasiado a menudo, un hombre titubeante, vacilante, en proa hacia la más embrutecedora ebriedad, ellos no se creen atentados en la dignidad de sus personas. ¿Qué tiene de común este ser degradado con su inteligencia cultivada y sus costumbres elegantes? Ah! si era uno de los suyos se sentirían humillados; aquí ellos se liberan mediante estas palabras; no es en nada de nuestro mundo.

Esta sociedad, pretendidamente igualitaria, ha encontrado el medio de compartimentarse en muchas zonas y de añadir a la denominación de mundo que recibe cada una de ellas, un calificativo característico propio a inspirar el respeto o el desprecio: *gran mundo, pequeño mundo, mediano mundo...*, etc., etc. Decir con altivez: éste no es de mi mundo, deja sobrentendido que el ser así designado tiene una educación, un lenguaje, un medio, los usos, las necesidades, las susceptibilidades por debajo de las de ustedes. Así él no debe exigir de usted el mismo respeto, las mismas atenciones, los mismos cargos, la misma cortesía. Y este ser, cuanto más pertenece a un estrato bajo, más nos consideramos liberados de obligaciones recíprocas. En cambio, se valora que tenga hacia nosotros más humildad, veneración, reverencias y saludos. El desdén que provoca este pobre diablo no se detiene en él, se extiende a su familia: su mujer, su hermana, su hija. ¡Es que en esta perrera puede comprenderse el honor como entre nosotros! Se dice. Cierto, si se tuviera la sana medida de la justicia, se pensaría que este ser que nos parece inferior es simplemente la víctima de las condiciones en las que está situado; todo concurre a rebajarlo a degradarlo, a corromperlo; su ignorancia, su trabajo a menudo tosco y abyecto, sus relaciones.

El momento sería bienvenido para combatir estas desgraciadas influencias, para despertar el sentimiento de su dignidad. Se responde: los vicios de

este miserable son incurables... ¡Puede ser! ¿Pero no sería posible preservar a sus retoños? Tal no es en nada nuestro problema. ¿No obtenemos un cierto beneficio de este estado de rebajamiento? ¿Estamos nosotros interesados de protestar en contra? El mal está hecho, aprovechémonos; sirve a nuestros deseos, a nuestros apetitos, a nuestras pasiones.

En esta clase envilecida, los hombres de un medio más alumbrado arriesgan contactos pasajeros. Por un instante, entran en este fango persuadidos de que saldrán de ahí sin la menor mancha. Y es así que en una época donde se exalta la libertad, la justicia, el derecho y la dignidad de cada uno, autorizamos, legitimamos el tráfico de la persona humana; herida horrorosa, chancro devorador que se disfraza bajo todas las formas para propagarse y extenderse. No ignoro que tales infamias no deben ser suprimidas brutalmente por un decreto; Pero yo testifico que se puede trabajar en su reducción indefinida. Desgraciadamente, el respeto de la persona humana es tan irrisorio que nadie se inquieta por intentar una reforma a este respecto. Es así que, históricamente, estamos conducidos a excluir la espontaneidad del *respeto mutuo* dogmatizada por el señor Massol”.

## II

No es la primera vez que se ha tratado de establecer la moral sobre bases puramente humanas.

Se ha buscado en los diferentes modos que constituyen las determinaciones de nuestra actividad, y se ha querido explicar por nuestras tendencias, por nuestras facultades naturales, los motivos de nuestra conducta. Se ha invocado la sensibilidad, el interés bien entendido, la razón. Y cada uno de estos términos ha sido objeto de sistemas filosóficos particulares, aunque la reunión de estos tres móviles no sea demasiado para producir un acto de virtud.

Los mejores genios del mundo han desarrollado estos diferentes puntos de vista. La razón está representada en diversas épocas por Platón, por Zenón, por Clarck, por Descartes, por Leibnitz, por Malebranche, por Kant. El interés bien entendido está sostenido por Demócrito, por Epicuro, por Hobbes, por Helvecio. La sensibilidad, por Huchestson, por Adam Smith, por David Hume y ninguna de estas doctrinas ha podido responder a las aspiraciones de la humanidad.

Sensibles, razonables o calculadores, estas pulsiones, aunque distintas en su punto de partida, conducen sin excepción al egoísmo».

Maria Deraismes continuaba su discurso examinando cómo a partir de la sensibilidad y desde la razón, podían desarrollarse actitudes morales pero abocando cada una de ellas a encontrar sus propias

limitaciones. No traduciremos el texto por completo. De las tres tendencias que ella fue mencionando, nos detendremos a continuación en los argumentos referidos al «interés bien entendido».

«Examinemos al presente si la moral encuentra en el interés bien entendido las garantías más sólidas.

Imaginen ustedes entonces una sociedad constituida de tal manera.

Desgraciadamente, la experiencia prueba que el provecho ilegítimo sobrepasa en mucho la ganancia legítimamente adquirida, y que la prosperidad de los unos está a menudo basada sobre el perjuicio y la ruina de los otros.

A buen seguro, si todos los hombres, por un consentimiento unánime, entrasen simultáneamente en esta vía de rectitud y de lealtad recíprocas, resultaría de ello una ventaja individual y colectiva; pero este común acuerdo es una utopía. Una fracción siempre mínima practica el bien, y, a pesar de la excelencia de sus principios y de sus actos, está constantemente desbordada y por la mayoría egoísta e injusta. Estamos pues autorizados a no hacernos ilusión alguna sobre estas grandes peroratas declamadas a propósito de la inmensa ventaja que se obtiene de practicar la justicia; y aquellos que alaban tanto las dulzuras de la virtud se guardan, por lo general, de experimentarlas por ellos mismos.

La justicia es ciertamente necesaria para el mantenimiento de las sociedades y de las naciones, pero en el transcurso de los tiempos una legislación única entraña temprano o tarde la caída de un pueblo o de un país. Solamente, esto que es verdad para las naciones no es verdad para los individuos.

Está perfectamente probado que la injusticia puede procurar la riqueza, la consideración, la prosperidad a tal o cual individuo, sin hacerle pagar un día los perjuicios que ha ocasionado a otro. El hombre no vive bastante tiempo para recibir en su existencia la recompensa o el castigo a sus actos.

La historia nos enseña periodos brillantes abrazando a los siglos durante los cuales la prosperidad nacional y la injusticia marchan de frente.

Es necesario más de cinco mil años para que, a un instante dado, una casta expíe entre suplicios sus opresiones, sus corrupciones, sus privilegios.

Hasta entonces, generaciones sucesivas habían tenido tiempo de nacer, de disfrutar, de vivir, de morir y de transmitir con toda seguridad a sus descendientes, títulos, feudos, beneficios, licencias.

Ustedes me dirán: en nuestro tiempo de nivelación la ley interviene cualquiera que sean el nombre y la fortuna. El hombre que infringe la moral, la justicia, corre el riesgo de sufrir castigos: el suplicio, la prisión, la enmienda, según la gravedad del delito. Sí, si asesina, si se lleva una caja, si falta a una palabra dada ante testigo, es justiciable. Por el contrario si es prudente y

astuto, si toma sus medidas y comete sus exacciones en condiciones tales que la ley no tiene punto de toma sobre él; desgajado de toda responsabilidad, goza impunemente de sus fechorías.

El interés bien entendido hace valer la ventaja que le retira de una conducta honorable, ventaja denominada consideración pública.

Veamos en primer lugar si esta consideración es el resultado de una vida virtuosa o de una vida brillante.

En primer lugar, esta calificación de público que le es otorgada, expresa un gran alcance y una gran importancia. Pues, la mayoría se mueve dentro de un círculo restringido. Se puede, a justo título, aplicar este nombre de consideración pública sobre la estima de un puñado de gente oscura.

Frecuentemente, ustedes cambian de medio, de relaciones; cambian de distrito, de negocios, a veces incluso de país. Desde que ustedes se han alejado este puñado de gentes que formaban todo vuestro teatro ya no os sigue y ya no se ocupa apenas de ustedes. De ahí resulta que los actos meritorios que ustedes han cumplido serán ignorados en el nuevo medio donde ustedes se encontrarán. De la misma manera, si vuestra conducta ha sido culpable, les será posible sustraerse al examen y a la crítica de vuestro nuevo entorno.

En suma, admitiendo que uno no cambiase por las condiciones de su vida, ¿la estima más o menos sincera de algunas personas es de naturaleza tal para que ustedes abandonen los intereses y las ventajas inmediatas.

Resulta de las reflexiones precedentes que la sensibilidad y el interés bien entendido no pueden engendrar la moral. Apelaremos entonces a la razón, la más alta facultad del hombre».

A continuación, Maria Deraismes fue poniendo de relieve también los límites de la razón como generadora de la vida moral. Y así fue dirigiendo la atención hasta que su disertación entrase en la tercera parte del discurso que ella se había trazado, en la que se esperaba que pudiese llegar a establecer alguna forma de síntesis para dejarla concluida. Veamos, por tanto, cómo fue transcurriendo este final.

### III

«En suma, tomen la sensibilidad, el interés bien entendido, la razón y el respeto de la persona humana, petrifiquen el conjunto, ustedes no extraerán jamás de esta mixtura una moral segura y certera; pues cada uno de estos móviles converge en inevitablemente en la satisfacción personal, en la supremacía del egoísmo.

Ahora bien, como hemos afirmado numerosas veces, la moral impone sin cesar el olvido de *mí*.

Al presente resumimos.

Hemos señalado desde el comienzo de la *Moral independiente*, una flagrante contradicción. De una parte, afirma que la moral es un hecho espontáneo, inmediato, primitivo; de la otra, con no menos seguridad, que la moral es una ciencia. ¿Cómo es esto? Nada de ciencia sin experiencia, la experiencia es el fruto de la observación, de la comparación y de la reflexión. Erigida en ciencia, la moral es la obra del tiempo; ella pierde entonces su carácter de espontaneidad.

Desde el comienzo, está embrionaria en potencia, se perfila con el trabajo de la razón, el examen y la crítica de las ideas. La moral es el consecuente, la idea es el antecedente; y para la propagación de la moral, necesidad es buscar la causa. Flotantes entre el sí y el no, los nuevos doctrinarios, para protestar a favor de la espontaneidad y la independencia, ponen por delante que existe un cierto fondo de moral idéntica en todas las razas y en todas las épocas. Esta aserción arruina a sus propios ojos la hipótesis de la sanción religiosa y filosófica; mientras que esta identidad prueba simplemente que ciertas concepciones superiores a esta vida y relativas a los destinos futuros son inmanentes a la humanidad.

La moral se encuentra siempre en equivalencia con las ideas de un siglo. Sobre la naturaleza de estas últimas, ustedes pueden pronosticar sin verificación las costumbres que de ellas emanan. He aquí pues que estamos reenviados al estudio de las ideas. Es en vano que el señor Massol y sus discípulos sostienen que todo aquello que concierne a la ideología y a la psicología no entra en su dominio; que ellos son exclusivamente moralistas; que la moral es un hecho y que el resto no es en nada de su competencia.

Recurrir a tal expediente, para esquivar la dificultad, es poco digno de pensadores profundos. No se trata, en esta circunstancia, de estudiar la esencia de las ideas y de explicar su formación en el aparato cerebral, sino de observar la especie de las ideas, su objeto, su desarrollo progresivo, su influencia.

Hay que remarcar que la moral varía según el origen que se le atribuya: en tanto es considerada como una prescripción impuesta a los humanos por un ser todo poderoso: cada infracción a esta ordenanza es una blasfemia, una impiedad. En tanto corresponde a las nociones de bello, de bien y de perfecto que concibe el cerebro humano y que desea ansiosamente realizar; en tanto, la moral no es más que un principio egoísta generalizado, *el yo individual* reivindicando sus derechos, no olvidándose jamás, prestando servicio por servicio, beneficio por beneficio, deber por deber, rencor por rencor, explotación por explotación: el derecho del individuo tiene

por límite el derecho de su vecino. De tal suerte que la ponderación de estos derechos, su equilibrio, produce necesariamente la moral.

En la primera hipótesis, la moral no es más que el obediencia; en la segunda, que el amor a la perfección; en la tercera, que el individualismo.

Esta última opinión prevalece hoy. Se ensaya de producir la moral por la igual repartición de los derechos y de los deberes: todo hombre dice a su semejante: nosotros tenemos un derecho igual, tú respetarás el mío y yo respetaré el tuyo; ¡nada más justo! Sí, pero ¿quién me garantizará esta reciprocidad? ¿No existe gente en la que la ambición consiste en apropiarse más de lo que le es debido? ¿El egoísmo no va más allá de sus derechos? ¿No invade los del otro? ¡Cuántas explotaciones, cuántas injusticias son naturales por no estar alcanzadas por la ley!

En suma, la verdadera moral no se ocupa del retorno ni del cambio; raramente reparte el equivalente de los sacrificios que exige. Dice al hombre de practicar la justicia pero no se encarga de devolvérsela.

El acto de la virtud se lleva a cabo casi siempre en detrimento de su autor. La moral edificada únicamente sobre el intercambio y la reciprocidad es estrecha, mezquina, incompleta.

Todo miembro de la sociedad frustrado de una justa correspondencia se cree autorizado a las represalias de la indiferencia, del egoísmo y de la iniquidad. La moral está despojada en adelante de su carácter absoluto y perfecto; ella es lo que se quiere hacer de ella; para la ocasión se metamorfoseará en inmoralidad.

Desde que se ha desgajado la moral de las creencias que la favorecían: la remuneración divina, la inmortalidad del alma, aparece en toda su aridez.

El hombre basa naturalmente la moral sobre la idea de justicia absoluta. Pero, sabe muy bien que cualquiera que sea el perfeccionamiento de la sociedad, no le proporcionará siempre más que una justicia relativa. Y, aunque llegase ella a realizar esta justicia, lo que es imposible, el hombre no quedaría resguardado del golpe de la injusticia del universo.

Sin duda, el hombre por sus estudios, sus trabajos, combate, en parte, las fuerzas de la naturaleza; a pesar de todo ellas tienen represalias, retornos, dominaciones desastrosas, aunque pasajeras.

Esta ventaja que el universo tiene sobre el hombre, dice Pascal, el universo no lo sabe para nada y el hombre lo sabe. ¡Bella consolación! ¡El por eso no es menos la víctima!

La sociedad está en un estado constante de experimentaciones, de tentativas, de ensayos. Cada conquista registrada por la ciencia es al precio de grandes sacrificios; y como la ciencia va hacia el infinito, siempre habrá experimentaciones y sacrificios hacia el infinito.

El hombre cree pues en una justicia absoluta y reparadora de la justicia decepcionante del universo; y yo no encuentro nada admirable, nada grande

como esta fe en una justicia inmutable y eterna. Por tanto, el hombre no la ve en nada pero reconoce la existencia necesaria; él la siente en su corazón y la ve con su razón, es un presentimiento, una adivinación, una revelación interior si ustedes quieren, pero esta convicción ha germinado en lo más íntimo de su ser; afirma que existe una justicia infinita y que no hace ninguna omisión, ninguna excepción. Ningún siglo, ninguna generación, ningún individuo por enclenque que sea será desheredado de su parte de derecho y de justicia. La justicia absoluta no es en nada una concepción del hombre, una invención de su cerebro, existe por ella misma, la ha precedido y la sucederá.

En cuanto el hombre tiene en su espíritu y en su corazón este pensamiento gigantesco, se convierte en una roca inquebrantable. Abatido por las vicisitudes, sufriendo en su detrimento la ley inexorable de la herencia y de la solidaridad en su sangre, en su consideración, en su fortuna, no se deja conmover; continua practicando la justicia, convencido de que ella no le puede faltar y que la justicia le será rendida un día».

Asimismo, dejando abierta la imaginación hacia un futuro esperanzador, María Deraismes puso fin a la tercera conferencia. La concepción del bien por el bien mismo, sin la búsqueda de premio o temor a castigo inmediato, estaba muy afincada en su recto sentido de la moral. Si buscarle un fundamento científico parece esquivo, existe un más allá más intuitivo que racional que se va manifestando a partir de ciertas ideas de armonía natural y en el sentimiento de la justicia.

Una cuarta conferencia: «Lo antiguo ante lo nuevo», cerró este año el ciclo. María Deraismes había sufrido nueva crisis de salud, después de la tercera conferencia, lo que dilató el espacio de tiempo entre una y otra. La directriz esencial sobre la que ella quería moverse estaba bien clara. Estamos ante una moralista convencida y militante. Evitemos las connotaciones intelectualmente viciadas que suscita esta palabra, cuando el concepto no se tiene filosóficamente claro. La moral, la guía del comportamiento desde el interior de la conciencia, se manifiesta en el acto humano. Ella tenía por evidente que son los seres humanos quienes conforman los sistemas, desde el nivel intelectual, emocional y de la sensibilidad, junto al desarrollo de la voluntad alcanzado, y no al revés.



Este punto de mira desde dentro de las personas y sus relaciones en sociedad es paradigmático. Las revoluciones, pues, se hacen desde las conciencias, las estructuras son la consecuencia y no al revés.

Maria Deraismes, apenas restablecida, volvió una vez más a encontrarse con su querido público. Puesto que ya la temporada debía finalizar hizo un esfuerzo por contextualizar otra vez lo que había venido exponiendo, dispuesta, responsablemente, a centrar de nuevo a su auditorio y conseguir la máxima eficacia en la expansión de sus ideas. Volverá de manera obsesiva a incidir sobre sus postulados más significativos. Será, por tanto, interesante dejar recogido aquí de qué manera lo hizo. Gracias a este esfuerzo veremos ratificar los postulados en los que ella se afirmaba. Resultará muy indicativo sobre el sentido del legado intelectual que venimos tratando de descubrir.

Veamos su propia síntesis y cómo ella continuó avanzando en su exposición. Su palabra cobrará forma nuevamente.

#### **«Lo antiguo frente a lo nuevo», cuarta conferencia de 1868<sup>11</sup>**

«El intervalo que he debido poner entre mis conferencias a causa de mi salud me obliga hoy a recapitular, en pocas palabras, las cuestiones que he tratado y el plan que he seguido.

Hemos partido de la idea de las honestas gentes, hemos constatado juntos un debilitamiento de la delicadeza, una disminución de la conciencia, una degeneración moral.

Para investigar las causas hemos estudiado, en primer lugar, la moral bajo el punto de vista de las religiones, de las filosofías y de la economía política y social. Hemos reconocido que este relajamiento de las costumbres, que esta extinción progresiva de la virtud son debidas a la preponderancia de las doctrinas utilitaristas. Entonces nos hemos esforzado en encontrar un remedio a esta degradación del espíritu público.

Nos hemos encontrado de frente con las doctrinas nuevas. Ellas nos han dicho: tenemos en las manos todo lo necesario para satisfacer las necesidades de la sociedad actual y de la humanidad por venir.

<sup>11</sup> Deraismes, Maria, *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869, «Lo antiguo frente a lo nuevo», cuarta conferencia, pp. 145-179.

Inmediatamente, nos hemos prestado solícitos a estudiarlas con cuidado, a examinarlas con imparcialidad y a escrutarlas en sus menores detalles. Hemos comenzado por los sistemas basados sobre la ciencia; los hemos colocado bajo el título general de positivismo, pensando que esta expresión caracterizaba muy bien el objeto y el sentido de todas las teorías que reposan sobre la experiencia. Hemos visto que estas doctrinas, sin excepción, afirman que el hombre es una transformación de la materia, y que siendo materia física y moralmente, sufre el yugo de las leyes necesarias y fatales de la materia. Más aún, un ser que está sometido a leyes *fatales* y *necesarias*, no es un ser libre<sup>12</sup>; desde que no es un ser libre, el no es responsable y cuando no es responsable, cesa inevitablemente de ser moral.

De otro lado, hemos remarcado y señalado que estas panaceas filosóficas están inacabadas e incompletas; carecen de materiales en la parte más importante, la más esencial.

Están en la imposibilidad de explicar los fenómenos de la vida moral, es decir la vida de la conciencia<sup>13</sup>.

Las ciencias biológicas que tienen la pretensión de ocuparse de ello, están ellas mismas apenas esbozadas. Tenemos, pues, el derecho de responder a las afirmaciones dogmáticas de estos temerarios doctores: vosotros no tenéis más que tramos de doctrina, fragmentos de argumentos, llegáis a nosotros con enunciados de problemas, volved cuando los tengáis resueltos y nos veremos después.

Por otro lado, hemos pasado a la moral independiente. Hemos declarado que la moral independiente nada ha inventado, que hace sonar en nuestros oídos un axioma de justicia convertido en banal a fuerza de ser repetido por todas las filosofías.

¿Por qué titularse doctrina nueva, cuando no se está en posesión de una fuerza nueva y de un argumento nuevo? En suma, todas estas concepciones son insuficientes. El positivismo basado sobre la ciencia no tiene los medios para llegar a sus fines, y la moral independiente, ella, toma el fin por los medios.

Me parece, además, que el objeto, el principio de una doctrina es conducir a sus adeptos a la virtud por la evidencia de sus principios y la profundidad de sus argumentos, mientras que en estos nuevos sistemas, haría falta primero la virtud para llegar a la doctrina.

De este examen, debemos concluir que una moral, no presentando una compensación a los sacrificios que exige, no puede responder a las aspiraciones de la humanidad.

12 «N'est plus un être libre».

13 «Vie de conscience», literal «conciencia».

En vano se ha sostenido que es posible reunir dentro de una misma vida el trabajo y la recompensa; la experiencia nos demuestra que el autor del acto, el autor de la obra es raramente quien recoge el fruto. El hombre no puede, no debe estar puesto en obligación de aceptar un mercado que consiste en dar todo a riesgo de no recibir nada. Este mercado es profundamente injusto, y la moral está íntimamente ligada a la justicia.

La justicia es una ley fundamental necesaria; por consecuencia es absoluta. Si ella no fuera absoluta, no sería sino relativa.

Llevamos todos dentro de nosotros mismos un tipo perfecto de justicia. Sin duda seguimos desde muy lejos este ideal, pero no existe por eso menos para nosotros. Es una medida, un metro espiritual, sobre el que venimos a ajustar nuestros actos y los de los demás, para juzgar ahí el mérito y el valor. Y decimos: Esto está mal, esto está mejor, un poco mejor, bastante bien, y así sucesivamente.

Nadie puede pasarse sin justicia, pues si alguno pudiera pasarse, toda la humanidad podría pasar también; la justicia entonces no tendría razón de ser, no sería una *ley fundamental, esencial, necesaria*. Ninguno puede privarse de la justicia, ninguno puede tener el derecho. Pero si para ser justo hacia el otro se está obligado a ser injusto hacia sí mismo, si para practicar el bien hacia alguno, nos ocasionamos el daño y el dolor, en nada se sirve a la causa de la justicia; la injusticia reina, ha tomado su parte, ustedes la han cambiado de dirección, es verdad, la han atraído hacia ustedes para preservar a otro, pero ella siempre tiene su víctima; que esta sea usted que esta sea Pedro, ¡poco importa! Hay una víctima y ella tiene el derecho de quejarse.

Ustedes dirán a esto, las cosas suceden así en vuestra sociedad porque vuestras leyes son defectuosas, vuestras instituciones malas; entre ustedes el provecho para uno es el perjuicio para el otro. Cambien su organización social, reformen los abusos y esta injusticia desaparecerá.

Admito perfectamente que se puede perfeccionar las instituciones y las leyes, y reducir la suma de injusticias sociales; pero no que se puedan expulsar completamente y que no quede más rastro.

Mientras tanto, dispuesta a hacerles todas las concesiones, supongo que no hubiese más injusticias sociales, lo que es absurdo, ¡eh bien! Se quedaría todavía bajo el golpe de las injusticias naturales, es decir de aquellas contra las que la voluntad no puede nada.

Hay gentes que nacen enfermas; y hay otras que nacen bellas, bien hechas, inteligentes; hay gentes que están dotadas de una salud herculina; hay otras entecadas, enclenques, miserables; hay quienes llegan a una edad muy avanzada y que se extinguen sin dolor y quienes mueren jóvenes y entre agonías indescriptibles; en fin hay gentes que conservan alrededor de ellas todas sus afecciones y otras que pierden todo lo que les es querido y quedan solas en el duelo y la tristeza.

La excelencia de vuestras leyes y de vuestras instituciones no puede nada contra esta desigualdad natural y este reparto inicuo. Es por esto que el hombre siempre ha concebido el pensamiento de una justicia absoluta y esta concepción no es solamente interesada, egoísta, es ante todo racional; pues, lo repito si la justicia no es absoluta no es nada. Así todas las doctrinas han afirmado siempre una justicia perfecta: tanto sea inmediata tanto sea ulterior».

Dejemos aquí a María Deraismes con su discurso. Era, como venimos viendo, una hija consecuente de la Ilustración: observadora infatigable de las realidades presentes, alumbrada por las experiencias recogidas de otros tiempos, trataba de llevar la razón al dominio de la justicia. Más allá de las frías arquitecturas susceptibles de levantarse al amparo de la razón ella mantenía la atención sobre otra capacidad humana menos cuantificable: el impulso ético que eleva a la humanidad en su devenir. La clave está en desarrollar una moral personal y social que sirva de basamento a las relaciones políticas. La idea de soberanía nacional va resonando progresivamente en su discurso. La soberanía ejercida desde el conocimiento y asumida como un compromiso humano con la vida social, eminentemente social.

Las conferencias continuaron dos años más entre 1869 y 1870. María Deraismes entró de lleno entonces en la cuestión feminista. Según acabamos de ver la salud le había obligado a recortar el programa en 1868. Midiendo sus fuerzas prefirió completar sobre lo que se había venido discutiendo que abrir esta nueva puerta, previsiblemente impactante y campo para nuevas discusiones. Mejor reservarse para desarrollar el tema meses después en profundidad. Los pronósticos sobre la duración de sus conferencias eran sobradamente buenos y, en efecto, una vez que se propuso impulsar a fondo la cuestión tuvo todas las condiciones para prolongar el ciclo durante dos años más.

No reproduciremos en este espacio aquellas conferencias. María Deraismes las dejó reunidas al final de sus días junto a otras intervenciones significativas sobre la emancipación de la mujer. Entre ellas la dura polémica sostenida por entonces con Alejandro Dumas

hijo. El libro llevó por título *Eve Dans l'Humanité*, y hace unos meses ha quedado traducido al castellano dentro de esta misma aportación editorial que está haciendo la Fundación Maria Deraismes desde España<sup>14</sup>.

El éxito de las conferencias, inicialmente impulsadas por el Gran Oriente de Francia, duró, pues, cuatro temporadas seguidas. Fueron factores externos a las capacidades expositivas de Maria Deraismes y también a la voluntad receptiva de su auditorio, los que pusieron el punto final.

El avance de los alemanes poniendo cerco a París cortó esta secuencia de la vida de Maria Deraismes. La salud que siempre permaneció cual espada de Damocles sobre sus energías, aconsejaba no exponerse a soportar los rigores del sitio. Así se marchó de París con su hermana Ana, la señora viuda, Fêresse-Deraismes a la casa que alquilaron a un familiar en la costa de Bretaña. Previamente habían dejado funcionando una ambulancia que dotaron económicamente y que continuó activa durante todo el periodo de la guerra. Era esto a la vez un deber social y una obra patriótica a la que no quisieron faltar. Así mismo lo expresaba Jean-Bernard en la introducción al primer volumen de las *Obras Completas*.

Pero, veamos mejor de que manera este biógrafo dejó una recreación bien expresiva de cómo ella fue recibida en su nuevo domicilio:

«En Saint Malo, Maria Deraismes no era una desconocida: su reputación de conferenciante le había precedido en la pequeña ciudad bretona. Desde su llegada el consejo municipal republicano le pidió tomar la palabra en una gran reunión en el teatro. La conferencia tuvo lugar en medio de un público impactado y sorprendido de este espectáculo al que asistía por primera vez. El consejo municipal, el alcalde y el subprefecto, Señor Merlin, a la cabeza, rodearon a la oradora sobre el escenario. Maria Deraismes había elegido como tema "República y Monarquía". El éxito fue considerable.

<sup>14</sup> No cabe entrar aquí en este punto ya que la obra está traducida y el texto por tanto recogido en Deraismes, Maria: *Eva en la Humanidad*, prólogo de María Viedma García, traducción de Manuela Garijo, Fundación Maria Deraismes, Madrid, 2010.

Un periódico de la localidad de opiniones indecisas, dio cuenta de esta velada en un artículo que terminaba con estas dos líneas: “Viendo a Mlle Maria Deraismes avanzar, con su belleza triste, en su vestido negro, nos ha parecido ver la estatua de la patria en duelo”».

Y es que la seriedad y profundidad con que ella tomaba su cometido social en no pocas ocasiones estaba acechada por la enfermedad. El periódico local *Le Phare de la Loire* entusiasmado del talento de la oradora le pidió una serie de artículos que ella aceptó gustosa, pero las fuerzas no le respondieron. Se desencadenó una nueva crisis de la enfermedad pulmonar que padecía.

Según explicase gráficamente su biógrafo Jean-Bernard: «Ella pagó este éxito con un vómito de sangre y su salud quebrantada le obligó a guardar silencio durante cuatro años». Las dos hermanas volvieron a París y retomaron la vida de la gran ciudad sufriendo el doble sitio de los alemanes y de la guerra civil interior<sup>15</sup>.

Maria Deraismes en cuanto se vio restablecida volvió a subir a la tribuna. Cuidó dejar bien expresada la razón de no haberse encontrado en tanto tiempo con sus interlocutores, con el público que ya formaba parte de su propio compromiso vital. Era el 21 de enero de 1875 y sucedía de nuevo en la Sala de los Capuchinos, en París:

“Antes de comenzar, tengo que decirles absolutamente que si he guardado silencio durante cinco años no ha sido ni por indiferencia, ni por desaliento, ni por pusilanimidad sino simplemente porque una bronquitis aguda me impedía hablar en público. Sin este imperioso motivo la conferencia que van a escuchar esta tarde la dejé preparada para ustedes en 1872, ante la aparición de cierta pieza con la que enseguida les voy a entretener”<sup>16</sup>.

15 Jean-Bernard «Maria Deraismes. Notice», Deraismes, Maria: *Oeuvres complètes*, op. cit., 1895, T.I., pp. XVIII-XIX. Ver también Brault, Eliane: *La Franc-maçonnerie et l'émancipation des femmes*, op. cit., p. 79.

16 Deraismes, Maria: *Le théâtre de M. Sardou. Conférence faite le 21 janvier 1875, à la salle des Capucins*, París, E. Dentu Editeur, 1875.

## **Llegada a la época militante de su vida política apuesta por la República y la Laicidad como camino hacia el progreso**

### **Jamás un pueblo ha degenerado ni perecido por el espíritu revolucionario**

Durante aquellos años de silencio Maria Deraismes continuó con su tarea en la misma línea emprendida, reflexionando y argumentando sobre la forma mejor de establecer las relaciones dentro del Estado. Y así fue profundizando, a partir de sus convicciones iniciales, en las propuestas que pudieran articular el sano juego político recogiendo la voz y el criterio ciudadano. La presencia de una sociedad civil activa y organizada era fundamental para ella. La claridad de cometidos junto a la solvencia moral de los hombres que llevasen las riendas en la política y en la economía era no menos sustancial para la estabilidad y el progreso. También lo era, de manera complementaria, el posicionamiento de las diferentes clases sociales. La extensión de la instrucción y los medios para que se fuesen imponiendo las buenas costumbres se preveía como primordial en la educación de la nueva ciudadanía.

El segundo Imperio había tocado a su fin, pese a las resistencias legitimistas. A partir del 4 de septiembre de 1870 quedó fundada la Tercera República. Maria Deraismes tenía a este respecto las ideas bien definidas, nítidas, sin concesiones a cualquiera otra forma de gobierno. La República era para ella la fórmula adecuada, la representante de los nuevos tiempos, la que evidentemente mejor

podía conducir de una manera integral y duradera al progreso de la nación francesa, tal como ella lo venía concibiendo.

Maria Deraismes, en materia política es deudora también de una concepción ilustrada-liberal que había sustentado el cimiento de la República en oposición radical a la monarquía del Antiguo Régimen. La fórmula republicana quedaba considerada como un estadio superior de evolución en cuanto permite el aporte de las inteligencias y de las capacidades humanas en un espectro más amplio. Existe un aliento ético, como hemos venido viendo. El juego de las libertades es propicio a la ruptura de los círculos de privilegio. La estructuración de los nuevos poderes políticos debería llevar al gobierno a los más aptos. Según expresase Montesquieu: «Las leyes son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas». Resonaban, así mismo, en Maria Deraismes, otras sentencias complementarias: «La virtud del ciudadano significa someter su vida al bien público. (...) El principio está pues en el punto de encuentro de la naturaleza del gobierno (forma política) y la vida real de los hombres».

La disposición consciente, activa y solidaria que los ciudadanos pudiesen adquirir ante el avance de las libertades y la extensión de la instrucción aparecía como la piedra filosofal que asentaría las buenas relaciones y el progreso integral de las naciones.

La clave para descubrir estas corrientes, ciertamente humanistas, está en que tratan de salvar la dignidad humana. La persona es concebida por sí misma y no solo en cuanto medio para la producción, el poder, la salvación o el enriquecimiento de otro. Este eje es fundamental y paradigmático para diferenciarlas de otras corrientes moderadas o conservadoras cuya sensibilidad social era más cuestionable. No se pretende nivelar a las clases sociales, es verdad que quedan admitidas las diferencias, pero se trata de erradicar las carencias y las necesidades extremas en nombre de la humanidad y de la justicia.

Esta convicción de raíz promovió propuestas que contemplando de manera integral a la persona, ésta pudiera mejorar sus oportunidades



para participar mejor de los beneficios de la civilización. Estas propuestas, sin embargo, en los años centrales del siglo, estaban quedando en retroceso por el avance de otras líneas del liberalismo más positivistas y utilitaristas. El pragmatismo de las formas rápidas de enriquecimiento y acceso a los cargos políticos amenazaba con arrinconarlas o desplazarlas hacia el baúl de las utopías.

El anclaje de la filosofía política del Estado desde el despertar de las inteligencias y la elevación moral, de las costumbres venía preocupando a María Deraismes, como acabamos de ver, y en modo alguno creía conveniente marchar en otra dirección. A partir de esta disposición la hemos visto argumentar y combatir ardientemente al positivismo y continuará imperturbable en la misma línea. Es ésta actitud reivindicativa de pensamiento y acción social la que queda recogida en la base del ideal republicano. Está asentada desde un trípode compuesto por la separación Iglesia-Estado desde el laicismo, la actividad política plural y la igualdad de oportunidades para ambos factores de la especie humana.

El arte de la oratoria, la previa formación ante el público desplegada por María Deraismes, seguramente le había desarrollado la capacidad de síntesis, la expresividad, la claridad expositiva. Estando bien experimentada en atraer la atención del interlocutor emprendió por escrito su obra *Francia y progreso* que dejó concluida y firmada el 20 de octubre de 1873. Ha resultado ser esta otra de las piezas bien significativas en el conjunto de su obra que si bien no se refiere directamente a sus conferencias recoge muchas de las ideas y el tono con que las impartía. Quedó publicada ese mismo año e incluida más tarde en el tomo I de sus *Obras Completas*. Era la voz de una auténtica tribuna capaz de elevar el nivel, clarificando las ideas y remarcando la energía en las pasiones y en los corazones. La República, asentada sobre la separación de la Iglesia y el Estado y el ejercicio de los derechos y libertades ciudadanas, era para ella la expresión más evolucionada como podía establecerse el sistema político.

La obra queda dividida en tres libros. Una nota a pie de página al reeditarla con las *Obras Completas* en 1895, explicaba: «Esta obra

ha sido publicada en 1873. Algunos progresos reclamados por el autor, notablemente el establecimiento definitivo de la República, la obligación, la gratuidad y la laicidad de la instrucción, han sido conseguidos». La nota rubricaba el esfuerzo y tesón con que María Deraismes había venido pronunciándose. Dejaremos recogidas en este espacio algunas de sus preocupaciones y apuestas en firme<sup>1</sup>.

El libro I comprende las 82 primeras páginas. Es una presentación sobre cómo se había venido evolucionando hacia la forma actual del gobierno. Ella sobre todo argumentaba a partir de las acusaciones que se estaban haciendo en los últimos años y una vez proclamada la república. Las cinco principales acusaciones que se cernían sobre las propuestas revolucionarias, según las dejase recogidas María Deraismes en el capítulo segundo, quedaban cifradas en: exceso de lujo, corrupción, desprecio del principio de autoridad, espíritu revolucionario y falta de religión. Así fue analizando y desarrollando sus argumentos encaminados a la defensa de las nuevas ideas desde la filosofía política y con el aparato experimental de los hechos históricos. Llegada al capítulo XIII: «Sobre el espíritu revolucionario», manifestaba claramente<sup>2</sup>:

«Jamás un pueblo ha degenerado ni perecido por el espíritu revolucionario. Es, por contrario, remarcable que el atavismo a las viejas instituciones ha sido más funesto a los Estados que las tentativas de innovación y de cambios sobre los que hemos demostrado la necesidad más alta. La obstinación de Esparta por sus leyes adelantó su caída. Montesquieu nos demostró, pruebas en mano, que el mecanismo político que había llevado a Roma a ser poderosa debió un día contribuir a precipitarla. La pérdida de Bizancio, tampoco, no fue en absoluto engendrada por las revoluciones, sino por una multitud de circunstancias, una complejidad de acontecimientos todavía más externos que internos, en medio de los cuales hay que constatar la formación del imperio Turco.

El ideal, ciertamente sería realizar el progreso sin desorden, sin conmoción. Nada más triste, más lastimoso, que las revoluciones; cuestan demasiadas víctimas y ponen en nada demasiados trabajos de los siglos precedentes.

1 Deraismes, María: *Oeuvres complètes: France et progrès*, París, Felix Alcan editeur, T. I., 1895, pp. 1-248.

2 *Ibid.*, traducidas pp. 69-72.

Pero si, por horror a ellas, no hubiera habido jamás recursos, no se hubiese producido ninguna mejora. Los gobiernos tal como hemos hecho observar son los responsables de estos cataclismos. Su obstinación a conservar, a mantener las leyes antipáticas, su descaro a transgredir aquello que les desagrada, su cuidado único a robar su administración del control público, pone a las naciones en la cruel necesidad de acudir a la fuerza.

¿Está el bien de los pueblos en soportar, a pesar de todo, un poder arbitrario y malas leyes, bajo el pretexto de que el orden es el principal de los bienes? ¿Qué entienden ustedes por orden? ¿Es esta calma aparente, esta tranquilidad exterior, esta ausencia de reclamaciones, de lamentos, con cuya ayuda se ejercen impunemente los abusos, las exacciones? Este orden se ha obtenido momentáneamente bajo los gobiernos más despóticos y los más arbitrarios. Para conseguir este brillante resultado, basta simplemente con disponer de una fuerza compresiva.

Este orden en cuestión ofrece al pueblo, como compensación de su servidumbre, la facultad de sufrir con toda seguridad, de ser explotado, de morir en la miseria sin que a nadie turbe este estado. ¡He aquí ciertamente una gran ventaja!

¡Ah!, sin duda, si el orden político representase una organización normal donde cada cosa y cada individuo tuviesen el lugar que corresponde a su naturaleza, aquel que perturbase el orden sería un gran criminal. Pero como nosotros sabemos que las sociedades, las constituciones políticas, organizan a menudo el desorden a modo de orden, es decir que una muchedumbre de cosas están ahí arregladas de cualquier manera, sucede que desorganizar este orden ficticio, artificial, es rendir servicio a la causa del orden.

Santo Tomás que no pasa generalmente por un revolucionario, escribió en plena edad media, en pleno feudalismo:

“La sedición contra la justicia y la utilidad de todos sería un crimen digno de ser castigado con muerte; pero el hecho de combatir y resistir por el bien público no merece ese nombre.

Un gobierno tiránico, es decir aquel que se propone el contentamiento personal del príncipe en lugar de la satisfacción común de los sujetos, deja de ser legítimo, y no es sedición abatirlo, con tal que no se haga con un desorden tal que ocasiones males peores que la tiranía”.

Santo Tomás, pues, ha avanzado a Rousseau y el famoso: “La insurrección es el más santo de los deberes”; lo que prueba que los genios escalan siempre por algún lugar los límites de su siglo.

Da un buen consejo, sin duda, recomendando renunciar a un cambio de poder, si los inconvenientes de la crisis son más funestos para la nación que las ventajas recogidas le son saludables. Desgraciadamente, esta opinión

prudente está desnudada de fuerza. Cuando se mete el pie en una revolución, se entra en lo desconocido en lo que concierne a las fases y las vicisitudes que se es susceptible de atravesar. No queda más elección que los medios; los procedimientos varían y las circunstancias se imponen. La ley del progreso gira muy a menudo dentro de los cambios. Esta verdad es todavía demasiado oscura para muchas gentes. Pocos están penetrados de ello. Su idea dominante es que la salud de las sociedades y de los pueblos está en la estabilidad de las instituciones y de las costumbres. Esta forma de ver no es en nada extraña a un sentimiento de egoísmo. Todos aquellos que tienen provecho de una cierta disposición social son los apóstoles más ardientes de la estabilidad a pesar de todo. En el dominio civil como en el dominio político, ustedes encontrarán las mismas oposiciones, las mismas resistencias; están dictadas todas ellas por el sentimiento de la personalidad más extrema».

El libro II comprende desde la página 83 hasta la 146. Tratava sobre todo de la influencia de la cristiandad erigida en religión del imperio y sustentando el Antiguo Régimen. Encerrada en los mecanismos del poder había abandonado la vía por la que hubiera podido contribuir al progreso liberando las conciencias y esclareciendo las verdades. Cifrabas los problemas que le habían llevado al camino contrario en los términos siguientes: despego de la vida; desprecio por la razón sobre la fe; una moral sobrenatural y la preponderancia de la casta sacerdotal.

El libro III queda comprendido entre las páginas 147 y 248, que pone fin a la obra. Lleva por título simplemente “Conclusión” pero va desarrollando todo un alegato hacia las reformas sociales de una manera integral y exponiendo algunos principios sobre los que dejar asentada la República. Según contextualizaba al introducir este tercer libro:

«Hasta aquí mi objetivo ha sido poner en evidencia la inanidad de las acusaciones dirigidas contra Francia; demostrar con ayuda de los hechos que lo que se le reprocha siendo común a todos los pueblos, no puede consecuentemente ser motivo especial de su ruina; probar, en fin, que los síntomas que nos alarman entre nosotros se manifiestan en el mismo grado en Europa entera y que nuestras recientes desgracias son solo las razones que los agravan.

Ahora me queda señalar las verdaderas causas de las conmociones y de los desmoronamientos políticos y nacionales tanto del presente como del pasado y buscar que es lo que hay que hacer para prevenir el retorno».

Maria Deraismes fue analizando y exponiendo las principales causas de los males a continuación y en sucesivos capítulos: «La ignorancia del principio social es la única causa de la ruina de los pueblos; insuficiencia de la revolución para reglamentar las relaciones sociales; preponderancia de la industria, debilitamiento del prestigio militar, complicación del problema social; influencia especial de los ferrocarriles, coalición del capital, sometimiento del trabajo; salario insuficiente para el ahorro, paro, enfermedad, miseria». A continuación escribió bellas páginas sobre «La solidaridad» y continuó considerando la aparición de los sistemas socialistas. Ella se posicionaba claramente, a partir de Saint-Simón y Fourier, hacia una vía reformadora. Siempre con su estilo oratorio decidido y contundente<sup>3</sup>.

«Lo que nos importa, es hacer surgir de las sociedades un solo y mismo interés, es destruir el antagonismo de las clases y esforzarnos para organizar las cosas de tal suerte que la prosperidad de una de ellas corresponda con la prosperidad de todas. Pues esta oposición de intereses crea forzada una política múltiple, heterogénea, engendrando inevitablemente el desorden y la perturbación. Lo que nos importa es hacer una cruzada persistente contra la miseria, la peor de las consejeras y de las corruptoras, es situar al individuo en las condiciones más favorables para su desarrollo físico, intelectual y moral. Para obtener este resultado ¿se trata de volver la sociedad en desorden, descolocar las injusticias, llevando en alto lo que está debajo y viceversa? En absoluto. Se trata de introducir sucesivamente, tras un maduro examen, estudio profundo y experimentación parcial de las modificaciones, de las reformas, donde son indispensables y las más legítimamente reclamadas. Por lo demás, la naturaleza de estas reformas lejos de turbar, de volver del revés la sociedad, no puede más que consolidar y asegurar el porvenir. Pero, ¿por donde comenzar? ¿Qué orden se seguirá para operar estas reorganizaciones? Muchas de entre ellas piden ser hechas simultáneamente, pues son recíprocas auxiliares las unas de las otras».

3 *Ibid.*, pp. 187-188.

Entre las reformas a tener en cuenta, María Deraismes introdujo la cuestión de la mujer en el capítulo noveno. Continuaba, abordando la autoridad paternal, la educación de la infancia y de las diferentes clases sociales en general, así como la necesidad de tomar en cuenta la situación del proletariado de una manera integral desde las relaciones en el trabajo y en su modo de vida. Conocía bien los trabajos de algunos reformadores sociales europeos junto a quienes se sentía en la misma onda. En definitiva, quedaba posicionada dentro de las páginas escritas en una vía de avance democrático y posibilista que enraizaba en algunos de los planteamientos que atribuimos a los socialistas utópicos y forman parte de un sustrato republicano francés, con identidad y personalidad propia, dispuesto a caminar mediante las libertades hacia la igualdad de oportunidades.

Era consecuencia lógica y buscada que al llegar a este punto de su tercer libro, concretamente en el capítulo XIII, pusiera a la República como el sistema «favorable a las reformas sociales». Así María Deraismes fue analizando, exponiendo y disertando sobre las diferentes formas posibles de República. Dejaremos aquí recogida la última de ellas y llegaremos hasta el final de este libro<sup>4</sup>.

“Nos queda por ocuparnos de la República democrática. Esta última ha precedido con mucho a la República radical. Lejos de instalarse sobre la negación religiosa, declara que *la voz del pueblo es la voz de Dios*. He aquí, pues, las conciencias tranquilizadas. Pero mientras que en nada se apresura a regocijarse el espanto vuelve por otra puerta. Se razona así: la democracia no es más que el gobierno de la mayoría. Pues, la mayoría representa la cantidad y en ningún modo la calidad; reconocerle entonces la supremacía es poner la dirección de los asuntos en las manos de los menos capaces; pues los espíritus de élite, las inteligencias distinguidas no forman, en todos los países del mundo, más que una débil minoría.

A primera vista este argumento parece invencible; reflexionando sobre él, se reconoce vacío.

En el gobierno, el sentido común es más necesario que el genio. Las masas tienen el sentido común para ellas. Cuando digo masas, no entiendo la muchedumbre, es decir una aglomeración de individuos repentinamente agrupados sobre la plaza pública bajo la inspiración de una pasión que

4 *Ibid.*, pp. 241-248.

se quiere satisfacer a grito pelado, hablo de las masas tomadas en la sangre fría de la vida ordinaria, y pretendo que son aptas, ayudadas de los primeros elementos de la instrucción, para elegir fructuosamente a sus representantes.

Las minorías compuestas de inteligencias de élite tienen tendencia a dejarse llevar por el espíritu de sistema. Habitadas a estudiar todas las cuestiones, a pronunciarse sobre cada una de ellas, enorgullecidos de su espíritu, de su saber, están dispuestas a no remitirse más que a sí mismas y a no consultar a nadie. Adoptan particularmente ciertas formas de ver las cosas hasta el punto de cegarse completamente a pesar de sus luces. Es entonces cuando la intervención de las mayorías resulta saludable. No teniendo formulado nada definitivo, vivarachos ante todo, no teniendo, permítaseme la expresión, desflorado sus juicios por el estudio de opiniones diversas, de una pieza en sus impresiones y sus apreciaciones, sienten instintiva y espontáneamente todo lo que un argumento tiene de falso, sin por ello ser capaces de decir el porqué. No obstante dirigen los poderes por la vía simple.

Este atributo de las mayorías está tan bien reconocido que los grandes genios no se encuentran satisfechos en tanto que sus talentos y sus trabajos no han sido consagrados por la adhesión y el favor populares. Es pues, en medio de este flujo vivificante, que las superioridades no deben en modo alguno desdeñar remojarse. La forma republicana es esencialmente democrática, sin la cual la República no existe.

Convenido esto, no podemos disimularnos que, si nos proponemos levantarnos por la República, como solo gobierno posible, nos incumbe una pesada tarea: tenemos mucho que estudiar, mucho que aprender, mucho que hacer.

Si Francia no ha merecido toda la reprobación que se le abate, no es tampoco ejemplo de culpas, y las consecuencias de sus culpas, centuplicadas por los estremecimientos de que ha sido víctima, podrían, si se prolongasen, conducirlo hacia una ruina próxima.

Debemos en primer lugar imitar, sobre bastantes puntos, a las naciones que, fuertemente probadas, se han levantado y reafirmado. No se trata más de dejarnos llevar por la vida fácil para la cual no se está demasiado dispuesto a abandonarse, cuando una nación está llena de prosperidad, cuando se imagina que el mecanismo social está hábilmente organizado, y el movimiento general tan bien comprometido que no queda nada por hacer, sino respirar, vivir, y cuidar de sus asuntos.

Inspirémonos en los republicanos florecientes; examinemos sus constituciones, sus leyes y cuales tienen sus aspectos ventajosos o perjudiciales. Movidos por este pensamiento de solidaridad universal, cesemos de separar nuestros intereses personales de los intereses del otro.

La urgencia de reformas inmediatas se impone por la situación misma. Nuestra Francia está material y moralmente atacada. Dos ricas provincias de menos y una abundante sangrada de diez mil millones, tanto en gasto de guerra como en pagos de rescate, nos han debilitado singularmente. Un genio cruel pesa sobre el mercado, las posiciones precarias se multiplican. De un lado, la realización de ciertas reformas exige fondos; del otro, hay necesidad de economías. Afortunadamente, para realizar los proyectos menos de engrosar el despacho que de repartir mejor. En suma, a fin de no perder en modo alguno la paciencia y de no pedir para nada lo imposible, necesitamos comprender que Francia está demasiado profundamente dañada como para reparar sus pérdidas inmediatamente.

Qué habilidad y qué actividad se necesita, no podemos anular, de un día para otro, las consecuencias de un hecho tan desastroso como el de nuestra campaña con Alemania. No existe en modo alguno genio ni capacidad que puedan espontáneamente, por una gestión excepcional, cubrir este inmenso déficit. No tenemos salvador que esperar, está en nosotros salvarnos por las buenas instituciones y las leyes sabias susceptibles de corresponder a las exigencias del presente y de satisfacerle ahí. Quienes son bastante necios para imaginar que un rey puede operar este milagro, deberían decirnos si este rey nos traerá como donativo de *dichoso advenimiento* Alsacia y Lorena, si se encargará de pagar, de su joyero particular, los intereses de los numerosos préstamos a los que nos ha hecho falta recurrir y que saldrá de su cabeza la solución de los problemas sociales.

Los monárquicos se creen bien fuertes cuando dicen que la República despertaba temores en el extranjero y rompía todas nuestras alianzas, mientras que el restablecimiento de la monarquía las reconstruía. La realidad nos prueba lo contrario. Se ha encontrado una coyuntura bastante extraordinaria para desmontar todos estos famosos raciocinios. ¿Quién hubiera dicho, hace solamente veinte años, que la perspectiva de una restauración legitimista en Francia encontraría los adversarios más temibles en los soberanos extranjeros? ¿No se hubiera imaginado bastante que todos estos príncipes, interesados en impedir la instalación de una República y en sostener los derechos del trono, hubieran sido los aliados naturales de los restauradores de la monarquía? Punto: es lo contrario lo que se produce. ¿Por qué? Hoy en Francia, la realeza representa la preponderancia del catolicismo y que esta preponderancia molesta a la política de la diplomacia extranjera. Guillermo y Víctor Manuel no sabrían acomodarse. Evidentemente ninguna cabeza coronada tiene ventaja en que se funde una República; pero en el caso presente, los intereses más directos desbancan a los otros. Y para Prusia e Italia, es cierto que la influencia ultramontana es el gran peligro a conjurar. Así las diversas



consideraciones gubernamentales se encuentran enredadas de tal suerte que, en acuerdo sobre ciertas cuestiones de fondo, se convierten en antagónicas sobre el resto.

(...)

El ilogismo de los monárquicos ha llegado a su último límite; pues en fin hemos llegado, y ellos están obligados a convenir, de buen o mal grado, salvo un pequeño número de *barones anquilosados*, a pensar que el ideal de la realeza yace en la reducción progresiva del poder real y en su extensión cada vez más marcada mediante las asambleas electivas, esto equivale a pretender que una monarquía es más recomendable a medida que parece más una república. Entonces esta confesión estaba hecha, ¿a qué propósito no dirigirse a la república misma? ¿De donde viene esta inconsecuencia, cual es el motivo de esta restricción, de esta reticencia?

¿Es porqué el rey es inamovible y el presidente no tiene más que una duración pasajera? ¿Se concluye que es una ventaja para la nación tener por jefe un individuo en el que el poder se eterniza? ¿Sobre qué está fundado tal juicio? ¿Un largo ejercicio del poder perfecciona a aquellos que han sido investidos? ¡Cuántos ejemplos prueban lo contrario! Uno se gasta de prisa en la cumbre de los asuntos públicos, además se embriaga ahí y se corrompe ahí. Todo marcha mejor al comienzo de un reinado; las dificultades se van produciendo en el transcurso y van aumentando hacia el final. Por otra parte, el individuo no tiene más que una suma de actividad práctica y tiene todo el beneficio hacerle dejar su puesto antes de que halla tenido el tiempo de rebajarse.

Se dice que un periodo de cuatro años de autoridad no sería suficiente para desarrollar un plan político y ponerlo en ejecución: pero se olvida que en República el gobierno pertenece sobre todo a las asambleas, que, ellas mismas se someten a la Constitución que ningún cambio de presidente puede modificar.

Así pues, toda la diferencia que se tiene entre una monarquía constitucional, tal como sería deseable, y la República, consiste en la inmovilidad de un jefe y la transmisión del poder a sus descendientes. En República, el jefe es electivo y temporal. Nada hay de exagerado en esta aserción, puesto que bajo las realezas constitucionales, la nación tiene tendencia a encaminarse de libertades en libertades hacia el estado republicano.

Pero dice un viejo proverbio que no hay peores sordos que quienes no quieren oír. Y, en este momento, Francia entera, gobernada por una débil minoría, está en relación con estos incapacitados voluntarios. A buen seguro, si tuvieran la lealtad de observar, verían tal como nosotros, que nuestra patria tiene más necesidad de un sistema nuevo que de un restablecimiento del orden antiguo, puesto que es precisamente este el que tuvo que sufrir.

En cuanto al estado económico que hemos hecho mención hace un instante, no puede reconfortarse y mejorarse más que con la confianza pública, y esta confianza no podrá reanimar los corazones más que el día en que la nación vea a la asamblea, que la representa, organizar las leyes y las instituciones en relación con las necesidades actuales, y, partiendo de ahí, conforme a una república democrática. Entonces recuperara paciencia al mismo tiempo que coraje.

Hoy, 20 de octubre de 1873, termino este trabajo sin conocer cual será el desenlace de la crisis que atravesamos, crisis que, por las circunstancias en las que sucede, no tiene precedente en la historia. La mayoría republicana que a penas puede constituir la Cámara, existe formidable en este país; y si, por las intrigas, los embustes, y las maniobras desleales, una solución contraria a la voz general fuera adoptada, la guerra civil con todos sus horrores no tardaría en estallar.

Los tiempos están maduros para la República; fuera de ella todo serán revueltas y desastres.

¡Haga el cielo que el buen sentido público nos ahorre nuevas pruebas!

Los Maturinos, 20 de octubre de 1873».

### **El salón se queda pequeño mientras la voz y las relaciones de Maria Deraismes, se prolongan por el césped del jardín**

La fecha de 1876, resulta fundamental para la vuelta de Maria Deraismes a la presencia pública. Restablecida su salud le esperaban años brillantes. Las conferencias, las reuniones en sus salones, la multiplicación de sus actividades y de sus palabras alcanzaron eficacia y resonancia entre los medios de difusión periódicos. Maria Deraismes estaba iniciando una nueva etapa, plena de energías, en la que dio un impulso a la cuestión feminista y en la que su compromiso político: republicano y anticlerical, tomó su forma definitiva junto a una fuerte proyección social.

Recurriremos una vez más a las escenas que su biógrafo Jean-Bernard dejó descritas<sup>5</sup>:

5 Jean-Bernard, «Maria Deraismes. Notice»; Deraismes, Maria: *Oeuvres complètes*, op. cit., 1895, T. I., pp. xxv-xxvi.

«Ella había llegado a la época militante de su vida política. En este momento de nuestra historia, un puñado de ambiciosos sin escrúpulos, el residuo de todos los viejos partidos dinásticos, se había colocado en cabeza para <<hacer marchar a Francia>>, según una expresión célebre. Pero Francia rehusó marchar por esta vía, y todos los republicanos unidos en un mismo movimiento de protesta, obligaron a las facciones insurgentes contra la voluntad popular a someterse y a dimitir.

Maria Deraismes fue una de las más valientes en lanzarse dentro de la pelea, y su nombre, ya célebre en París, llegó a ser popular en todo el departamento de Sena-et-Oise. Los hombres del 16 de mayo que habían formado este equipo miserable, habían debutado para prohibir el derecho de reunirse. Maria Deraismes obvió la autorización; ella invitó a los habitantes de Pontoise en el gran salón de su bella propiedad de los Mathurins; el señor de Broglie bien hubiera querido impedir a una propietaria invitar a sus vecinos a ir a tomar una taza de té, pero no osó hacerlo.

Después del té se charlaba y Maria Deraismes improvisaba conferencias familiares en las que el éxito fué tal que vinieron de todos los departamentos; a menudo se encontraban varias centenas; estos días el salón era demasiado pequeño y se pisoteaban las prohibiciones del señor de Broglie y el césped del jardín. Abiertas las ventanas se escuchaban magníficos discursos contra las tentativas del poder personal. Los oradores, escuchados por las muchedumbres, venían también de vez en cuando a hacerse oír en el salón de los Mathurins, y Hubbard padre, Ernest Lefèvre, Pascal Duprát, Deschanel, Lapommerade, Ernest Hamel, Lockoy, Naquet, fueron los huéspedes de Maria Deraismes.

Esta propaganda se extendió por los principales cantones, y, en las elecciones, el resultado probó que la infatigable propagandista no había perdido su tiempo; por primera vez, un republicano, señor Senart, era elegido en Sena-et-Oise».

No es posible acceder directamente a aquellas reuniones recuperando la energía y el estilo con que se estaba manifestando Maria Deraismes. Tenemos, sin embargo, un texto interesante que refleja, lo que ella estaba diciendo por entonces en su finca de los Maturins. La «Conferencia sobre la nobleza», recogida por vez primera en sus *Obras Completas*, ha resultado ser otra interesante pieza de referencia. A fin de recoger en este espacio, en la medida de lo posible, la progresión en las ideas y la decisión con que se manifestaba Maria Deraismes por estas fechas, preocupada por el establecimiento y consolidación de la República, dejaremos aquí esbozadas algunas secuencias.

La «Conférence sur la noblesse», quedó estructurada mediante cuatro apartados. I. Entusiasmo de los franceses por los títulos de nobleza. Lugar que ocupan hoy los nobles en el gobierno de la república Francesa; II. La aristocracia basada sobre la herencia; III. Del papel histórico de la nobleza en Francia; IV. Conclusión.

Estamos, en realidad, más que ante una conferencia, ante un libro entero que forma parte del primer volumen de las *Obras Completas* ocupando desde la página 269 hasta la 348. Comienza trayendo al escenario a un amigo *yankee* que en los veinte años que lleva viviendo en París no deja de sorprenderse de la afición por esgrimir un título nobiliario. Es esta una especie de «señal» que está prendida en las redes de la Administración pública. Unos a otros no se referían por su nombre de pila si no quedaba apoyado en algún título. El manierismo y la superficialidad de las formas cada vez más desprovistas de energía vital amenazaban extenderse como mancha de aceite. Esta actitud, como ya hemos visto, había sido una de sus preocupaciones centrales en las conferencias anteriormente pronunciadas bajo la cobertura del Gran Oriente de Francia. Escribía claramente ahora:

«Esta disposición de los espíritus es antirepublicana; es la negación de todo sentimiento de igualdad, de autonomía y de responsabilidad. La escuela democrática prepara a los individuos para no contar más que sobre sí mismos, no esperar fortuna, consideración, reputación, honores, más que de su propia capacidad y su propio mérito. Es esto lo que constituye la fuerza de las Repúblicas»<sup>6</sup>.

Quedarán recogidas aquí algunas otras consideraciones y con ellas nos trasladaremos ya a la parte final del libro<sup>7</sup>.

«Bajo Luis XV, rey y nobleza rivalizaban en desenfrenos, derroches e infamias. Entre ambos organizaron el sistema del hambre. Malissent, el famoso Malissent fue el jefe de la empresa. Luis XV supervisaba la faena: ellos escribían en su carnet el precio de los granos en los diferentes mercados.

6 Deraismes, María: *Oeuvres complètes*, «Conférence sur la noblesse», París, Felix Alcan editeur, T. I., 1895, pp. 269-348. Ver. p. 272.

7 *Ibid.*, pp. 331-348.

«Era como el reloj por segundos en medio del cual el rey, que tenía la mano puesta sobre el corazón de Francia, contaba las pulsaciones para saber hasta donde, sin morir, el pueblo podía tener hambre». El Almanaque real de 1774 tenía puesto en el rango de los oficiales de la corona al *tesorero de los granos a la cuenta de Su Majestad*. Así pues, el soberano y sus acólitos se transformarían en acaparadores.

Como se sabe, estaban cerca del fin.

¿Cuál había sido pues la evolución aristocrática situada a una gran distancia del punto de partida? Podemos apreciar la naturaleza de su recorrido. ¿Hemos constatado mejoras y progresos? ¡No! Sus agitaciones han sido siempre en sentido inverso de los intereses sociales. En su último día como en el primero, siempre fue así de perjudicial. Ella fue la que llevó a la monarquía a la bancarrota. La corte consumía todo y no producía nada. Lejos de promover el comercio y la industria dando facilidades y libertades, los oprimían y presionaban, a semejanza del campesino de La Fontaine que mata a la gallina de los huevos de oro.

La casa de los príncipes costaba al rey antes de 1789 de ocho a nueve millones, y mientras tanto sus herencias, que equivalían a la séptima parte del territorio francés, le daban a cada uno cerca de un millón de rentas. Es necesario doblar estas cifras para tener el valor del dinero hoy. Esto no era todo: esto son las cifras más o menos conocidas; pero los príncipes tenían todavía los recibos al contado, que les daban los medios para cubrir todos los gastos que les placía hacer, sin contar las pensiones, las gratificaciones pagadas directamente por el Tesoro, las gracias, los mandamientos, los privilegios, los honores!

(...)

¿Cuál era la causa de estas hambrunas? La mala distribución del cultivo de los cereales, la falta de comunicaciones, la ausencia de libertad de comercio de los granos, los peajes sobre las carreteras, sobre los ríos, a la entrada de las diferentes provincias, la insuficiencia de los medios transporte y una legislación despótica y molesta que se inmiscuía en todo y lo paralizaba todo; pero más que todo esto, la desatención que había por la organización interior, la costumbre de saber al pueblo en el desamparo sin nada en que ocuparse; la concentración de los esfuerzos hacia la realización de cosas más brillantes que sólidas, una aidez insaciable por consumir todo, por absorberlo todo. Jamás comprendieron los gobernantes que el bienestar del pueblo es una garantía política y una condición de seguridad. Richelieu, este ministro tan alabado, como lo hemos visto, se imaginaba lo contrario. Parecía que aliviar al pueblo de algunas de sus cargas hubiera sido una medida subversiva, atendiendo a que el orden social estaba establecido sobre el agobio del pueblo: disminuir este agobio, esto hubiera sido liberarlo.

Por otro lado, esto que entendemos hoy por administración era absolutamente desconocido, la diversidad de funciones no existía y no estaba establecido ningún control. El gobierno mismo ignoraba a Francia, su extensión, su población, sus recursos”.

A lo largo de su exposición Maria Deraismes había ido dejando bien expresados los modos y maneras como la nobleza, atribuyéndose privilegios que eran contrarios al bienestar de la nación, había entorpecido cualquier atisbo de progreso. No satisfecha con ello, como solía ser su estilo, pasó a cerrar el círculo insistiendo en los rasgos fundamentales que pretendía quedasen grabados a fondo. Es una razón para fijar la atención en estas páginas finales pues resultan expresivas y una clara síntesis de directrices fundamentales en su pensamiento.

«Hemos visto pues que sólo la historia nos permite juzgar exactamente el valor y la cualidad de la acción colectiva de la nobleza, dicho de otro modo la suma de sus obras; y cuando hablamos de la suma de sus obras, hacemos, bien entendido, una reserva para algunas individualidades integra y honorables, raramente sembradas aquí y allá en esta casta.

Así hemos constatado de una manera irrefutable, que jamás esta nobleza ha blandido la espada por la causa del progreso y de la civilización; no ha batallado y conspirado más que a la vista de su inconmensurable vanidad y de su interés particular; la vitalidad, la savia regeneradora le ha venido de todo lo que no era ella; presunción, ignorancia, superstición, rapacidad, crueldad, insolencia, perfidia, forman su divisa; todas las veces que ha tomado parte a medias en los movimientos populares y se ha asociado a la burguesía reclamando sus derechos, no ha sido para prestar un apoyo a los oprimidos y servir de causa a la justicia, sino únicamente para recoger una ventaja personal, sea cambiando un rey en el que podía vengarse, sea arrancando al soberano fragmentos de su poder; en cuanto había obtenido lo que deseaba, abandonaba a sus antiguos aliados sin ninguna preocupación de sus promesas, aplicándose a recuperar las franquicias con que les había gratificado para atraerlos a su campo; en caso de fracaso, las libraba con gusto al vencedor, a fin de tirar mejor del negocio; el temor de desgarrar y de arruinar al país jamás le impidió provocar la guerra civil; fue la plaga más temible de la agricultura, del comercio y de la industria; no tuvo jamás culto a la patria. Los hechos nos autorizan a concluir que nuestro progreso social se desarrolla a medida que ella pierde su terreno.

(La nobleza) no podía de otro lado engendrar otra cosa que lo que ha producido; como clase, como cuerpo, reposaba sobre bases anormales; formaba una ciudad dentro de la ciudad, declarando sus derechos imprescriptibles, elevando una barrera entre ella y el pueblo, rechazando toda similitud, toda analogía de sentimiento con las masas; su organización era diametralmente opuesta a las leyes económicas; pues, propietaria del suelo y poseyendo, con el clero, todos los bienes, estaba dispensada por su cualidad de toda participación pecuniaria en las cargas del Estado, mientras que la parte de la nación esencialmente productiva, en la que la función es crear riqueza, estaba preferentemente agobiada bajo la carga de las cargas, cánones, impuestos, tasas y sobretasas. Pensaba que si soltaba la brida y hacía el juego más ligero disminuyendo lo que llamaba sus derechos, dejaría constituirse otra fuerza a su lado, fuerza muy capaz de hacerle competencia y, lo que es peor, de excluirle un día; instintivamente reafirmó todo lo que tenía de falso en su preponderancia. El carácter de su institución era tan falso que la ponía en la triste alternativa o de reducirse ella misma y anularse o de presionar al pueblo y reducirlo a la impotencia; la prosperidad del gran número era contraria a sus intereses. La riqueza, en efecto, da la independencia y la potencia. ¡Cuántas cosas se compran con dinero! Es por esto que la realeza y la nobleza dudaban siempre de dar al trabajo un gran impulso. No ignoraban que el burgués no era otro que el comerciante o el industrial enriquecido, y sabían por experiencia, que la burguesía era la clase revoltosa, la clase cuya resistencia tenía que temer más. Acordar más libertad a sus negocios, más extensión a las transacciones, era proporcionar armas a los villanos. La realeza no se aproximó a la burguesía más que para ir en contra de la aristocracia; el día que creyó pasar de su apoyo y elegir sola, rompió una alianza interesada y pasajera.

(...)

Se dice: pero la nobleza hoy no es la de otro tiempo, todo ha cambiado. Se ha conducido bien en 1870; la nobleza de Bretaña, sobre todo, se ha sacrificado por la defensa de la patria. ¿Qué tiene de sorprendente? La guerra es lo que la nobleza sabía hacer mejor. La nobleza bretona, es decir legitimista y clerical, ha hecho su deber en esta circunstancia. Ciertamente, no discutiré sobre las raras circunstancias en que esta casta ha podido mostrarse útil. Pero Bretaña no ha aportado tan solo nobles a nuestra armada, ha dado un gran número de villanos, de plebeyos, de gentes como yo que se han batido fuerte por la defensa de la patria. He tenido uno de mis primos que ha marchado por su propia voluntad, pues su administración le retenía, y que ha hecho buena presencia ante el enemigo; dos villanos, sus compañeros de armas, han caído a sus lados; es la casualidad o la providencia, lo que prefieran, quien le ha salvado. A pesar de todo, entre nosotros, la

invasión ofendía tanto, yo diría mejor más a los nobles que a los villanos; pues los nobles eran grandes propietarios.

Esta nobleza de Bretaña que se ha conducido bien, es la misma que en este momento *se bate en guerra* contra el espíritu moderno; es la misma que brinda el Syllabus, al rey, que conspira en fin bajo toda forma por la extinción de la República y de los republicanos. No hacerse ilusiones: de un solo golpe se esfuerza por retomar todo y por erradicar un periodo histórico de casi de cien años.

También no es vergonzoso ver una burguesía (digo una burguesía y no la burguesía, lo que sería una acusación colectiva, mientras que no es cuestión más que de una fracción reaccionaria, desvirilizada, que no enrojece de romper con las tradiciones del pasado, tradición de progreso y de libertad que han hecho lo que ella es), no es vergonzoso, digo, ver a esta burguesía disparatada convertirse en campeón de un sistema que antaño la atropelló, y olvidando que ha sido emancipada por el siglo XVIII con Voltaire, Rousseau y d'Alembert, renegar de su educación liberal y desterrarse de la ciencia fingiendo a la luz del día las teorías de la credulidad más inepta.

Estamos en República: es tiempo de tener un juicio ilustrado sobre cualquier cosa, de recordar las lecciones del pasado, de barrer los últimos prejuicios. Desgajémonos en fin de todas nuestras costumbres serviles. Sepamos porqué estimamos y porqué no. Pongamos a cada uno en su sitio. La República tiene necesidad de republicanos sinceros e ilustrados. Busquemos los fervientes desinteresados ahí donde se encuentren: rechacemos los fervores sospechosos o hipócritas. ¡Viva la República!».

Ahí ponía el punto final. La energía de María Deraismes estaba en plenitud, no cabe duda. Estaba nuevamente volcada en el arte de la oratoria y en su capacidad organizativa. Legitimismo político y clericalismo religioso van apareciendo insistentemente y afirmándose en su pensamiento como el enemigo de la República. Es evidente, en cuanto a la construcción política, y también en cuanto al desarrollo de una moral social dentro de la ciudadanía. El reducto último de la conciencia de cada ciudadano cuando quedaba aprisionado en la fe ciega, estaba imposibilitado para tender hacia otras posibles expectativas más racionales y naturales.

El Congreso Anticlerical de 1881 resultó ser otro de los hitos en la actividad pública de María Deraismes. Era la vicepresidenta y fue adquiriendo un protagonismo creciente a lo largo de las



sesiones. Una vez más Jean-Bernard puede introducirnos en aquel panorama<sup>8</sup>:

«Sus esfuerzos se dirigieron entonces al lado del librepensamiento y, con Victor Poupin, ella organizó el primer congreso anticlerical que fue celebrado en el hotel de la calle Cadet, en el seno de la franc-masonería.

He conservado un recuerdo muy preciso, pues la composición de la mesa era: el señor Schoelcher, senador, presidente, Maria Deraismes vicepresidente y el que escribe estas líneas, secretario.

El día de la sesión de apertura, el 15 de mayo de 1881, Louis Blanc, Madier de Montjau, Gagneur, Germain Casse, V(ictor) Poupin, Ernest Hamel, Jules Roche, Laisant, Le lièvre, senador de Algeria, de Lacretelle, Gastu, Bizarrelli, la señora Féresse, M.L. Gagneur, los Ingleses, los Suizos, los Americanos tomaron sitio a nuestros lados.

El señor Schoelcher venía poco, presidía raramente, y era, en suma, Maria Deraismes quien dirigía los trabajos con tanto tacto como autoridad. Más de quinientos miembros siguieron con asiduidad estas discusiones, generalmente muy animadas, y donde, después de un discurso muy neto del señor Jules Roche que encontramos de todos modos un poco avanzado, ¡quantum mutatus!, adoptamos la proposición de la separación de las Iglesias y del Estado, con todas sus consecuencias, notablemente: la abolición del concordato, la supresión del presupuesto de Cultos, la libertad de cultos sin privilegio alguno y el derecho común para todos.

Con el señor Naquet reclamamos el divorcio.

Estudiamos la libertad de reunión y asociación examinada bajo el punto de vista de las asociaciones y de las congregaciones religiosas. El Congreso declaró que era necesario distinguir entre las congregaciones religiosas y las asociaciones que son esencialmente diferentes por su principio, su organización y sus resultados y se pronunció por la libertad absoluta de asociación y por una legislación especial aplicable a las órdenes religiosas.

Debimos también preocuparnos de los medios prácticos y eficaces de asegurar la ejecución de nuestras últimas voluntades, y, sobre mi proposición, adoptamos la fórmula testamentaria siguiente:

“Quiero ser enterrado civilmente. En el caso de que, por cualquier motivo, mis voluntades no fueran obedecidas, doy a las Escuelas laicas de X..., al Orfeón laico de X..., y a la Biblioteca popular de X..., la cotización que la ley me permita disponer y nombro a los ciudadanos Y... y Z... mis ejecutores testamentarios”.

8 Jean-Bernard, «Maria Deraismes. Notice»; Deraismes, Maria: *Oeuvres complètes*, op. cit., 1895, T.I., pp. xxvi-xxviii.

Fueron todavía examinadas las cuestiones de la educación, de las fiestas laicas, de la propaganda anticlerical, de la organización del servicio hospitalario y de la asistencia laica; en fin, terminamos o se terminó por el estudio de los “Medios de sustraer a la mujer de la influencia clerical”.

Sobre la proposición de Maria Deraismes se adoptó el voto siguiente:

“El Congreso emite el voto que los hombres y sobretodo los librepensadores, hagan de sus mujeres sus compañeras en sus reuniones, círculos, comicios y trabajen por hacerlas reconocer legalmente como sus iguales.

Está entendido que el derecho político está comprendido dentro de la fórmula: Igualdad”.

El Congreso terminó con una gran reunión de más de cuatro mil personas en el circo Fernando. Louis Blanc pronunció ahí uno de sus últimos, pero de sus más admirables discursos.

Después del gran historiador de la Revolución francesa, cuya palabra enérgica había literalmente transportado a la sala, obligamos a hablar a Maria Deraismes; su discurso no figuraba en el programa y ella no había podido prepararlo; así solía suceder al eminente orador por entonces en toda su popularidad, era un gran peligro; para decir verdad, es necesario reconocer de antemano que hubo en aquella multitud todavía estremecida por los acentos de Louis Blanc, un momento de sorpresa; no fue más que una impresión enseguida disipada, pues Maria Deraismes improvisó ese día un discurso magistral sobre el papel de la mujer en la sociedad, y a la postre, los espectadores encantados, arrastrados, seducidos y cautivos, renovaron las mismas salves y aplausos que habían prodigado a Louis Blanc.

Todo el mundo le felicitó con fuerza diciéndole:

“¡Oh! Señorita, usted posee la verdadera elocuencia, aquella que va de corazón a corazón”.

Aquel solemne «Congreso Anticlerical» había tenido lugar en los salones de conferencias del Gran Oriente de Francia. *Le Droit des Femmes* dio puntual cuenta de él, haciendo resonar el nombre de Victor Schoelcher, francmasón en los espacios interiores de las logias, y senador en los espacios públicos, que era también muy conocido en aquellos medios feministas y, naturalmente, el nombre de Maria Deraismes, su vicepresidenta.

El congreso se ocupó de la «educación moral y cívica» que «en la escuela debían «tener un carácter exclusivamente laico y científico»,

explicaba *Le Droit des Femmes*, por entonces. Y continuaba remarcando: «Considerando que la libertad de conciencia del niño, así como su derecho a una instrucción imparcial y científica deben estar garantizadas y respetadas tanto por la familia, como por la comunidad, la escuela y el Estado» se propuso «que las familias cesen de imponer a los niños prácticas y una instrucción religiosa que pueden ser peligrosas para la inteligencia, la salud y la moralidad»<sup>9</sup>.

Este año de 1881 ciertamente resultó una fecha clave en la vida de Maria Deraismes. A raíz de la apoteosis desprendida de este Congreso se abrieron ante ella dos puertas infranqueables para el resto de las mujeres: la posibilidad de ser elegida en una candidatura política o, por lo menos, figurar en ella y la de penetrar en lo profundo de la iniciación masónica mediante el Rito Escocés Antiguo y Aceptado<sup>10</sup>. No eran precisamente opciones habituales para el elemento femenino, ambas se le presentaron al mismo tiempo y fueron resueltas con rapidez. Ella eligió consciente y libremente rechazando la primera vía y solicitando entrar por la segunda.

### **La igualdad civil y política de las mujeres estrechamente ligada al sostenimiento de la República**

La negativa de Maria Deraismes a figurar en una candidatura política levantó polémica. Muchos pensaron que si Maria Deraismes estaba dispuesta a promover la participación política de las mujeres no tenía por qué volverse atrás cuando le proponían ser ella misma

9 *Le Droit des Femmes*, París, 5 junio 1881, nº 199, p. 93.

10 Es interesante como aparecen ligadas estas dos opciones en un estudio reciente en tono periodístico de síntesis y ágil exposición: Aurejac, Cécile: *Les femme dans la franc-maçonnerie*, Cahors, L'hydre éditions, 2003, p. 50. «La eclosión de una franc-masonería mixta en Francia está ligada al concurso personal de Maria Deraismes. Bien conocida en el mundo intelectual francés de finales del siglo XIX, ardiente combatiente en el anticlericalismo, al lado de sus numerosos amigos franc-masones, tenía su salón y se batía en el terreno político por el derecho de las mujeres. En 1881, por el hecho de su notoriedad, algunos intentaron persuadirla de presentarse a las legislativas, pero ella prefirió pedir su entrada en masonería».

la que ocupase tal lugar. Léon Richer mismo parece que razonase de esta manera cuando manifestó su desconcierto por la actitud de Maria Deraismes en este punto.

Entre quienes la han estudiado se tiende a percibir la actitud mostrada respecto al «voto» o más en concreto ante la posibilidad de poder ser ella misma elegida como una «contradicción» en su trayectoria o acaso que no tuviese clara la participación política de las mujeres. Tratando de discurrir desde donde ella estaba y no atrayéndola a donde nos gustaría encontrarla, por mi parte no veo contradicción alguna. Maria Deraismes, sobre este punto, dio muestra de tener las ideas bastante claras. La fuerza de su personalidad y de sus convicciones se impuso aquí como en tantas otras ocasiones. La aceptación tan solo aparecía a sus ojos como un golpe de efecto que más que el avance podía atraer el retroceso de la causa feminista. No cedió ante lo que entendía que no debía hacer, por más que fuese presionada y expuesta a ser malinterpretada.

Maria Deraismes puso interés en dejar bien expresada su postura, dentro de sus convicciones y lo hizo mostrándose a sí misma como «demasiado republicana, demasiado patriota» para ceder a presiones que preveía contraproducentes no solo para sí misma sino para el movimiento feminista en general. Era una mujer práctica y bien consciente de la realidad que le rodeaba. Ella venía apostando por conquistas factibles y fundamentales para dar los primeros pasos de la emancipación, para asentarlos en las costumbres y en las leyes. Aunque contemplase la conquista de los derechos políticos, sabía bien que estos no iban a ser inmediatos.

Es imprescindible reproducir aquí aquellas cartas ya que terminan de perfilar su imagen y ayudarán a quienes pretendan realizar posteriores aproximaciones a su obra. Devolvemos de nuevo la palabra a Maria Deraismes<sup>11</sup>:

11 Carta de Maria Deraismes al Redactor Jefe de *Le Rappel*, recogida por Jean-Bernal (*Obras Completas*, p. xxxix. Reproducida por Krakovitch, Odile: *María Deraismes, ce que veulent les femmes, articles et conférences de 1869 à 1891*, Paris, Syros, 1980. Indica que el original está conservado en la Biblioteca Marguerite Durand, pp. 128-129.

«Señor Redactor Jefe del *Rappel*,

Permítame recurrir a la publicidad de su estimable periódico para dar algunas explicaciones acerca de una nota que circula en este momento en la prensa, a fin de que no pueda producirse en el futuro ninguna confusión sobre lo que concierne a mis actos.

La agencia Havas ha anunciado hace algunos días que a consecuencia de las resoluciones votadas por el Comité anticlerical, resoluciones a favor de la igualdad política de las mujeres, se había formado un Comité para promover mi candidatura en las próximas elecciones legislativas. Esta nota ha sido reproducida por un gran número de periódicos, notablemente aquellos de provincias, y recibo a este propósito cantidad de cartas.

En efecto, un grupo de electores librepensadores, habiendo asistido al Congreso Anticlerical y habiendo tomado parte en las deliberaciones, así como al voto, queriendo ser consecuentes con sus principios, se han constituido en comité y me han comprometido con insistencia para presentar mi candidatura para las elecciones de octubre, se encargarán de sostenerla con celo y entrega y de no descuidar nada para hacerla triunfar.

He dado gracias a estos señores por la iniciativa generosa que ellos querían tomar y del honor que ellos me hacían eligiéndome, pero les he declarado que yo no aceptaba su proposición, les he hecho conocer los motivos de mi rechazo. Y helos aquí:

Ciertamente, desde hace quince años he tomado de mi mano la causa de la mujer, y yo he hecho revivir esta importante cuestión sepultada después de la revolución de 1848.

En toda circunstancia he pedido la integridad de los derechos femeninos, tanto políticos como civiles.

Desde entonces, el movimiento está generalizado, la idea no ha cesado de caminar; incluso ha llegado hasta las Cámaras. Pero como a pesar de los progresos cumplidos en los espíritus y en las conciencias, nada ha cambiado todavía en la ley, que el término francés, empleado en los códigos y en las constituciones no implica siempre el de francesa y que incluso la excluye en más de un caso; que en consecuencia mi candidatura no puede ser más que una candidatura de protesta, en la que el resultado inevitable, mismo si hay éxito, es la invalidación, yo me niego.

Pues esta vana tentativa no traería más que retrasos. El tiempo es una materia demasiado preciosa, y no disponemos de él más que en demasiada débil medida (como) para que lo prodiguemos sin consideración.

Una candidatura en tales condiciones tiene un carácter de reclamo personal que no sabría convenirme. De otra parte, yo soy demasiado republicana, demasiado patriota para añadir a las dificultades inesperadas que se presenten una nueva turbación. Tal es hasta nueva orden mi determinación.

Y yo creo servir mejor a la causa de las mujeres rehusando esta honorable proposición que aceptándola. He prometido en provincia mi concurso activo y desinteresado en este gran trabajo preparatorio de las elecciones, tendré mi palabra. Reciba señor Redactor jefe, la seguridad de mi sincera estima».

La coherencia con que Maria Deraïsmes mantenía su actitud no pudo quedar más clara desde sus propias palabras. Era no menos evidente el cálculo realista que ella había hecho: resultara lo que resultase de la votación no habría escaño político para ella. ¿Para qué correr el riesgo gratuito de que tras los debates y las polémicas levantadas pudiera retroceder el movimiento emprendido hacia la igualdad de derechos? Ella no dio la oportunidad histórica de comprobar que es lo que hubiera pasado.

Hubertine Auclert era una de las promotoras más destacadas de esta corriente. Era una táctica política: introducir mujeres de talento en las candidaturas a modo de protesta, reivindicación y dar ocasión a que el electorado pudiera manifestar su respaldo. Era la directora de *La Citoyenne* y tanto ella como el periódico estaban comenzando a cobrar notoriedad<sup>12</sup>. Maria Deraïsmes también escribió por entonces otra carta para insertar en *La Citoyenne*, explicando su postura. No llegó a publicarse, por lo menos ahí. El original está guardado también en la Biblioteca de Marguerite Durand<sup>13</sup>.

«Ruego de insertar a la Señora Redactora en Jefe de la “Citoyenne” (s.d. corriente 1881).

Mé entero por su estimable periódico que la sociedad El Derecho de las mujeres en su sesión del 8 de junio ha emitido el siguiente orden del día:

“La sociedad de El Derecho de las mujeres considerando que la señorita Maria Deraïsmes ha rehusado la candidatura a la diputación lamenta su resolución;

12 Evans, Richard: *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia (1840 - 1920)*, Madrid, s. XXI, 1980 (Primera edición, Londres, 1977), pp. 158-160.

13 Krakovitch, Odile: *María Deraïsmes, op. cit.*, 1980, la transcribe, pp. 125-127. Interesa pp. 21-31, sobre el derecho al voto como el gran dilema de María Deraïsmes, y pp. 120-140.

según ella es un acto tanto de progreso como de coraje, para las mujeres a las que se ofrezca la candidatura, aceptar”.

Existe aquí, permítaseme decírselo, confusión. El coraje no está para nada en juego en esta circunstancia. Dar prueba de coraje es sinónimo de afrontar el peligro. Ahora bien, aceptando la proposición que me ha sido hecha no correría ninguno. El comité se encargaría de pegar los carteles, de la organización de las reuniones públicas en las que yo tomaría la palabra. Este es un hecho que me resulta familiar. He visto de cerca, sin emocionarme, las cábalas reaccionarias, notablemente al día siguiente del 16 de mayo, y después durante los periodos electorales, cuando he sostenido ante los partidos hostiles un candidato republicano; y actuando así, no creí en absoluto que yo hubiera testimoniado una energía excepcional.

Donde he tenido acaso un cierto coraje que desplegar, es durante el reinado (subrayado en la carta) mac-mahoniano; en esta época, a pesar del sistema de persecución que utilizaba la administración hacia la nación, mi hermana y yo hemos organizado reuniones privadas en nuestro domicilio que no contaban menos de quinientas a seiscientas personas; evidentemente desafiábamos al tribunal correccional con multa o prisión. Además, si la reacción se lo hubo llevado en el 14 de octubre, nos hizo pasar un mal partido, pues en el Departamento de Sena-et-Oise, mi nombre estaba en primera línea sobre la lista de los sospechosos.

Así pues, si esta perspectiva de penalidades y de peligros no me ha impedido mostrar a menudo mis convicciones, ¿cómo retrocedería hoy en un caso que no me hace correr ningún riesgo? Para rehusar esta candidatura, me hicieron falta buenas razones, y de estas razones yo no he hecho misterio alguno. Para mí, es evidente que la proclamación de la igualdad civil y política de las mujeres está ligada estrechamente al sostenimiento de la República, porque la democracia laica no puede pasar de nuestra aportación; no llegará a desembarazarse de su enemigo clerical y reaccionario más que confirmando a la mujer los derechos que la iglesia y el cristianismo siempre le han negado. Y es, además, esta consideración la que ha devuelto a nuestra causa a gran número de republicanos en el género de Chaumette y Proudhon que no comprendían el derecho más que para la mitad de la humanidad, excluyendo a la otra como indigna. Así pues, en la situación presente, todo aquello que trava la marcha normal de la República, todo aquello que crea embarazo, todo aquello que produce agitaciones estériles, retardará más que adelantará la solución favorable que esperamos con impaciencia.

La conducta que debemos seguir me parece claramente indicada: sostener la obra de nuestra reivindicación mediante una acción continua y sólida, dar prueba de tacto, de sangre fría y de sentido político. Es, en definitiva,

el método de la naturaleza que no procede ni por bote, ni por salto. Entre dos puntos la línea recta es todavía el camino más corto, y el viejo adagio todavía tiene razón.

Actuando de este modo, daremos una buena lección, al mismo tiempo que un ejemplo, a más de un hombre político que tiene a menudo necesidad. Por favor, acepte, Señora directora, la expresión de mis sentimientos más confraternales».

Pese a la firmeza mostrada Maria Deraismes fue requerida nuevamente cuatro años más tarde para figurar en otra candidatura política. La señorita Louise Barberouse junto al señor Jules Allix habían fundado una Federación socialista e implícitamente republicana y retomaron la idea de llevar señoras en la lista electoral. La propuesta llegó a Maria Deraismes estando en su finca de los Maturinos en el verano. Su postura continuaba basada en las previsiones y los razonamientos ya dados. Pero se ve que había reflexionado bastante sobre las reacciones anteriormente suscitadas y esta vez se posicionó de una manera menos frontal y, si cabe, más inteligente.

La carta con su respuesta recibió inmediatamente el eco desde *Le Droit des Femmes*<sup>14</sup>.

«De los Maturinos a Pontoise, lunes 31 agosto 1885,  
a la señorita Louise Barberouse.

Señorita,

Tres candidaturas me han sido ya ofrecidas. La primera en 1881, por un grupo de electores parisienses; la segunda esta primavera última, y la tercera por usted misma.

Tras maduras reflexiones, me permito decirle en qué condiciones podría aceptar una proposición parecida a la vuestra. Y abordaré aquí la cuestión con toda franqueza.

Lejos de alegar que las mujeres francesas no están todavía suficientemente preparadas para ejercer sus derechos políticos, afirmo, por la experiencia, que ellas están infinitamente más que lo estaban la mayor parte de los hombres en 1848, cuando fue proclamado el sufragio universal. Además *fit fabricando faber*.

<sup>14</sup> *Le Droit des Femmes*, París, 20 septiembre 1885, n° 258.



Sé que, para muchos, es discutible que la mujer sea llamada por su naturaleza y por su misión familiar, a participar en los asuntos públicos. Es este un error que los espíritus imparciales, capaces, únicos, de poner la verdad científica e histórica por encima de los prejuicios, están destruyendo.

En realidad la política no es más que una faceta de la vida. La vida humana es, al mismo tiempo, individual y colectiva, privada y social, y es viviendo bajo estos dos modos como el individuo adquiere todo su desarrollo psíquico y moral, sin excepción para las mujeres; pues los intereses del hogar están íntimamente ligados a los intereses de la patria.

Así, lo repetimos, la mujer francesa está, en la hora presente, perfectamente capacitada para elegir a un mandatario y para ser, ella misma, elegible, según su grado de saber y de capacidad. Pero no importa solamente que las mujeres se presten, desde hoy, a beneficiarse de la igualdad política, es necesario sobre todo que esta idea haya penetrado profundamente en los cerebros.

Queda, pues, asegurarse bien donde está la opinión a este respecto.

Pues, las mujeres, no siendo electores, no pueden darse apenas cuenta del estado de espíritu que reina y de la importancia de los grupos favorables a sus legítimas reivindicaciones.

Hemos ya señalado las serias divergencias, ya que una federación de grupos socialistas no admite en su programa, en lo que concierne a las mujeres, más que sus derechos civiles.

No es pues a las mujeres, sino a los electores convencidos de la necesidad de esta reforma a quienes incumbe llevar en las listas uno o varios nombres femeninos entre los que les parezcan deber reunir los mayores votos posibles.

Esta tentativa sería siempre honorable, incluso que no se reuniese más que una minoría de adhesiones. Las mujeres habiendo obtenido los sufragios sin solicitarlos, encontrarían fortificada su causa.

En caso de éxito, la candidata elegida no se ocultaría.

He aquí, señorita lo que me parece práctico. Yo no rechazo, pero no propongo. Es en el sufragio universal que hay que pronunciar.

Acepte recibir, señorita, mi agradecimiento por el honor que ha querido hacerme y admita la expresión de mis más distinguidos sentimientos».

Leon Richer, que ya había mostrado sus discordancias con la postura de María Deraismes, se sintió obligado a añadir su propio comentario que aparece a continuación en el mismo número de *Le Droit des Femmes*:

«Aceptando la candidatura y comprometiéndose, si es elegida, a no eludir los deberes que le serían impuestos, la señorita Maria Deraismes ha hecho

conocer que no tomará ninguna parte en la lucha electoral, que no asistirá a ninguna reunión pública, que no hará poner ningún cartel, distribuir ningún boletín, en una palabra que se abstendrá de todo el proceso. ¿No les parece que una candidatura tal es platónica? ¿Aceptar en tales condiciones y bajo tales reservas, es aceptar? Por nuestra parte, hubiéramos deseado un rechazo neto y categórico».

## Capítulo 4

# La admisión del elemento femenino como principio de rejuvenecimiento y de longevidad en Francmasonería

### La puerta que habéis abierto no se cerrará detrás de mí, y toda una legión me seguirá

«Agradezco a la logia *Les Libres Penseurs* de Pecq que me ha hecho hoy el honor de recibirme entre sus miembros (...). La puerta que habéis abierto no se cerrará detrás de mí, y toda una legión me seguirá. Habéis dado una prueba, mis hermanos masones, de sabiduría y energía. Para vosotros, un prejuicio está vencido. Sin duda sois una minoría, pero una minoría gloriosa, a la que pronto deberán adherirse la mayoría de las logias de la masonería. La presencia aquí de hermanos eminentes es para mí un seguro de garantía. (...)

Si es necesario explicarme con toda franqueza, os diré que comprendo menos que nunca las resistencias obstinadas de la Franc-masonería a la admisión de mujeres. El mantenimiento irracional de la exclusión del principio femenino no se funda sobre ninguna razón válida.

¿A qué título la Francmasonería nos ha eliminado? ¿Tiene el monopolio de verdades superiores accesibles solamente a las inteligencias de élite? No. ¿Trata de cuestiones abstractas, transcendentales que exijan previamente estudios preparatorios? No. Ahí se es recibido sin certificado. ¿Encierra secretos, arcanos, misterios que no deban ser comunicados más que a un pequeño número de elegidos? No, pues ya ha pasado el tiempo de los misterios, los secretos, los arcanos. La ciencia se enseña a pleno día y no hace exclusión de nadie».

Añadía más adelante:

«Habéis asestado un gran golpe, Hermanos míos, rompiendo con viejas tradiciones consagradas por la ignorancia. Habéis tenido el coraje de afrontar

los rigores de la ortodoxia masónica. Vosotros recogeréis los frutos. Hoy sois considerados como heréticos porque sois reformadores. Pero, como por todas partes, la necesidad de reformas se impone, no tardaréis en triunfar».

Y concluía párrafos después:

«La Francmasonería será una escuela donde se formarán las conciencias, los caracteres, las voluntades; escuela donde se persuadirá de que la solidaridad no es una vana palabra, una teoría fantástica, sino una realidad es decir una ley natural irrefutable, mediante la que todo individuo tiene el mismo interés en cumplir sus deberes que en ejercer sus derechos.

Preparareis así una verdadera democracia.

Permitidme una palabra para terminar.

Es de suponer que la ortodoxia francmasónica nos prohibirá algún tiempo todavía la entrada en sus templos y continuará considerándonos como a un profano. Esto no será capaz de conmovernos. Trabajareis activamente para que retroceda de su error. En suma, lo que se dice en ella, lo diremos nosotros: “Estamos bien aquí, aquí permaneceremos”<sup>1</sup>.

María Deraismes, mujer eminentemente racionalista, anticlerical y práctica, hizo su entrada en la Francmasonería desde sus más sinceras convicciones. No podía ser de otro modo. Es el debate científico y la formación de los caracteres, apuntando hacia una moral natural, desarrollando los deberes y los derechos, lo que ella esperaba encontrar dentro de la institución fraternal. No menos significativo de su sobriedad resulta que en esta primera toma de contacto en el camino de la iniciación masónica haga notar que hubiese “pasado el tiempo de los misterios, los secretos, los arcanos”. Una vez más la razón y el corazón aparecen bien templados en ella, desde una onda donde no se desbocan ni los afectos ni las imaginaciones transcendentales. Es, efectivamente, el mismo tono

1 Discurso en el banquete que siguió a la iniciación de María Deraismes en la logia *Les Libres Penseurs* de Pecq, el 14 de enero de 1882. Recogido en varios estudios. Ver por ejemplo: Boyau, Rémy: *Histoire de la Fédération Française de l'Ordre Maçonnique Mixte International. Le Droit Humain*, Fédération Française du Droit Humain, París, 1976, pp. 46-51; Klejman, Laurence (Preface): *Eve dans l'Humanité*, Paris, Côté-femmes, 1990, pp. 200-210. *Grands Maîtres, vous avez la parole*, Ordre Maçonnique Mixte International «Le Droit Humain», Zaragoza, 2002, pp. 17-27. Estos dos últimos libros tienen traducción al castellano.

en el que la hemos visto venir desarrollando su discurso en la vida pública. Latía también en aquellos momentos su sentido republicano de ciudadanía y su apertura desde la integridad humana hacia el desarrollo de la Humanidad.

«La admisión del elemento femenino será para la Francmasonería un principio de rejuvenecimiento y de longevidad», había hecho notar, y completará más adelante:

«La familia masónica se asemejará a la privada, alargará sus vías, ensanchará sus horizontes; podrá extender la luz, expulsar el fanatismo; pues la mujer es clerical más por ociosidad, desaliento, que por temperamento. La mujer Francmasón (sic) transmitirá a los suyos las impresiones recibidas en las logias; inoculará a sus hijos los sentimientos de la vida colectiva, pues la familia es el grupo inicial, la sociedad en principio, la ciudad elemental. (...) Pero no es conveniente que sus sentimientos de fraternidad terminen en el umbral del hogar. Es necesario que comprenda que los intereses de la familia están ligados a los intereses de la comunidad, que los intereses de la comunidad están ligados a los intereses de la ciudad, que estos últimos se confunden con los de la patria y que todos en conjunto están comprendidos en esta vasta síntesis que se llama humanidad».

*Le Droit des Femmes*, se prestó a recoger inmediatamente la iniciación de Maria Deraismes en la Francmasonería, dejando claro que había sido en indiscutible igualdad con los hombres. Traslucía la aprobación por este hecho y el reconocimiento a su valía personal. Veamos como quedó difundida la imagen en el radio de expansión que tenía este medio. Firmaba el artículo Léonie Rapt<sup>2</sup>.

“La ortodoxia masónica está en gran sobresalto. Un acontecimiento hasta el presente único acaba de llevarse a cabo en la logia de *Los Librepiensadores de Pecq*, a la cabeza de la cual se encuentran los hombres más preocupados por mejora y por el progreso. El elemento femenino ha sido introducido a título de igualdad por primera vez.

La señorita María Deraismes, por su iniciación, ha abierto la puerta a todas las mujeres; toda una legión le seguirá. A esta ceremonia, celebrada el 14 de enero último, asistieron buen número de diputados y de consejeros municipales, entre los cuales hemos de destacar a los señores Laisant,

2 *Le Droit des Femmes*, París, 5 fevrier 1882, nº 207, pp. 18-19.

Bauquier, de Hérédia, Germain Casse, Cernesson, Auguste Desmoulins, Georges Martin, Paul Viguier, Francolin, Germain Cornille, Cinqualbre, etc. Fueron leídas y calurosamente aplaudidas cartas de excusa de Louis Blanc, Delattre, Engelhard, Yves Guyot.

Por la tarde, en el banquete donde asistieron más de 300 personas, la nueva recipiendaria Mlle Maria Deraismes tomó la palabra. En un discurso que ha suscitado las más entusiastas aclamaciones, ella ha demostrado con la lógica más concisa, más justa, la urgencia de la admisión de la mujer en la Francmasonería.

¿Como se sostiene –ha dicho ella– que la Francmasonería, cuerpo organizado, asociación gigantesca sin equivalente en el mundo, salvo la sociedad católica a la que solo ella es capaz de hacer concurrencia, no haya comprendido que le incumbe la misión de liberar a la mujer introduciéndola en las logias?

Por esta sabia reforma, la Francmasonería ha renovado su espíritu y acometido la más grande revolución de los tiempos modernos. La familia masonica, arrancando a la mujer del clero, se asemeja a la familia privada, alarga sus vías, extiende sus horizontes. Propagando la luz expulsa la superstición. Es extraño que los Francmasones, enemigos del error, consecuentemente del clericalismo, y en el odio a la Iglesia, no hayan sentido antes que tenían en sus manos los medios más seguros de reducir y vencer a esa fatal potencia. La mujer Francmasón produciría un golpe terrible al dogmatismo, a la leyenda. Ella transmitiría a los suyos las impresiones recibidas en logia y comunicaría a ésta sus impresiones.

El orador ha continuado el desarrollo de este pensamiento con gran satisfacción de los auditores. Algunos que estaban todavía dudosos, han entrado en el impulso general.

El señor Houbron, el Venerable de la logia de los *Librepensadores* de Pecq, antes de dar la palabra a la señorita Maria Deraismes, había pronunciado un excelente discurso en el que las ideas más liberales, las más democráticas, las más emancipadoras han sido desarrolladas de una manera excesivamente remarcable. El señor Francolín y el señor Desmoulins han dicho, en su turno, algunas palabras de calurosa adhesión. Desgraciadamente, muchos discursos anunciados no han podido ser escuchados visto lo avanzado de la hora.

Esta fiesta tendrá, no lo dudamos, un dichoso resultado, a pesar de las oposiciones que se han elevado. La rutina, el prejuicio deberán ceder el lugar en un futuro más o menos próximo.

Que nos sea permitido, a este propósito, recordar la vigorosa campaña llevada por el director de este periódico, en la prensa y en el seno de las logias, en tres impulsos diferentes: en 1864, en 1875 y en 1876. Por fin hemos llegado. Será lo mismo para el resto de nuestras reivindicaciones. El lugar de la mujer está por todas partes».

Este acto ciertamente marcó un antes y un después. Maria Deraismes no debió ser la primera iniciada en un ritual propiamente francmasónico, pero sí quien una vez dado el paso adelante dejó marcada la huella con mayor profundidad. Maria Deraismes fue ya desde entonces un primer emblema. El tiempo la ha convertido en un todo un símbolo y referencia. Y sin embargo, el camino que quedaba por delante no iba a resultar rápido ni sencillo de recorrer.

Los francmasones dispuestos a abogar por la iniciación de las mujeres y por su progresión masónica dentro de las logias, llegando incluso con el tiempo también al capítulo de los altos grados, aunque minoritarios, existían. Esta corriente que se está poniendo de relieve cada vez con más claridad dentro de la historiografía francesa, tuvo también interesantísimos ejemplos dentro de la realidad española, que tenía puesto un pie mirando hacia el mundo anglosajón y otro hacia el francés, además de una idiosincrasia propia<sup>3</sup>.

La masonería francesa estaba colocada, ya por estas fechas, en tesitura de irregularidad, de sospecha, de ruptura de vínculos y relaciones de reconocimiento, frente a las restantes masonerías que permanecían fieles a la tradición iniciada por la Gran Logia de Londres entre 1717 y 1723 cuando quedaron fijados los land-marks por Anderson y Desaguliers. La creencia, de base ilustrada, en un referente trascendente, un Ser Supremo, bajo la fórmula de Gran Arquitecto del Universo y la ausencia del trabajo femenino dentro de las logias, habían aparecido entonces como los límites incuestionables para la buena cimentación de ese simbólico e ideal edificio a construir a la gloria de Dios y del progreso de la Humanidad.

3 Ha quedado bien explicitado en su doble visión francesa y española por: Randouyer, Françoise: «Les franc-maçonnnes (1868-1898)», en Bussi Genevois, Danièle (dirección): *Les espagnoles dans l'histoire. Une Sociabilité démocratique (XIX-XX siècles)*, Presses Universitaires de Vincennes, 2002, pp. 127-144. Para quien quiera meterse por estos complicados laberintos remito a: Lacalzada de Mateo, M<sup>a</sup> José: *Mujeres en Masonería. Antecedentes históricos entre las luces y las sombras (1868-1938)*, Premiá de Mar - Barcelona, Clavell, 2006. Este libro, reconociendo las oportunas voces de autoridad en la misma línea, marca una diferencia sustancial respecto a otros que aunque parece que tratan de lo mismo están contruidos sin dominio profundo de la materia y corroborando ciertos prejuicios de partida.

El Gran Oriente de Francia, en 1877, había transgredido el primer límite. Estando claro ya el asentamiento de la República quedó reformada la Constitución de esta Obediencia en el sentido de dejar opcional y no obligatoria la mención al Gran Arquitecto del Universo. Y ahora, a partir de 1882 con la iniciación de María Deraismes en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, se estaba madurando traspasar el segundo límite: el de la masculinidad, entendiendo la especie humana desde su propia entidad antropológica. Estaba sucediendo esto también en Francia.

Cuando María Deraismes pronunciaba en la tarde de su iniciación aquello de que «una legión me seguirá» desconocía hasta que punto ella misma iba a ser fundamental para el cumplimiento de tal profecía, y de la misma manera podríamos asegurar que no le resulta fácil imaginar que aquella «puerta que se había abierto», si no cerrada, iba a permanecer todavía entornada unos 11 años más.

El señor Georges Martin, presente en el mismo acto, tampoco se había percatado de cómo él mismo acabaría viéndose comprometido por cierto guiño del destino. Georges Martin era joven diputado y miembro de la Comisión ejecutiva de la Gran Logia Simbólica Escocesa, es decir, uno de aquellos asistentes bien cualificados. El intervino en el banquete a título personal, no como representante de La Gran Logia, calificando de «hombres de progreso» a los de la logia de *Les Libre Penseurs* de Pecq, poniendo generosamente en sus manos todo el protagonismo; según él estaban siendo los fundadores de una «francmasonería mixta». Se explicaba de estas maneras<sup>4</sup>:

«Este paso llamará a un segundo, después a un tercero, y el ejemplo, estoy convencido, será pronto seguido y sobre todo, como espero, dará los resultados que buscáis (...). Os felicito una vez más por la iniciativa que acabáis de tomar y del ejemplo que estáis dando hoy a los demás talleres. El porvenir pertenece a los hombres de progreso; vosotros sois de ellos: el porvenir es vuestro, de la Francmasonería Mixta que acabáis de fundar».

4 Grosjean, Marc: *Georges Martin franc-maçon de l'universel*, París, Detrad, 1988, T. I., pp. 63-64.



Esto no tuvo lugar, ya que aquella logia hubo de abandonar su propósito de recibir a otras señoras más. Georges Martin comenzó a resultar a partir de entonces otro de los hombres interesantes que se entrelazó en la vida de Maria Deraismes. El era, igualmente sensible a la idea de la complementariedad humana y fue trabajando en ello desde el nivel filosófico y también en el práctico, apoyando los pasos hacia la igualdad de derechos de las mujeres desde sus cargos públicos y es evidente también que desde lo más recóndito de la logia.

Maria Deraismes y Georges Martin unieron su suerte en la francmasonería y fueron quienes tuvieron que arrostrar los numerosos inconvenientes, en vida y a título póstumo, para que pudiera afianzarse aquel primer cimiento del entendimiento fraternal entre el elemento masculino y femenino dentro de las logias, cuyo arranque y existencia estaban dando ya por supuesto prematuramente aquel 14 de enero de 1882<sup>5</sup>.

Maria Deraismes había dejado firmada, presumiblemente con toda la solemnidad requerida, la siguiente «Declaración de Principios» que llevaba el sello de la logia *Les Libres Penseurs* de Pecq:

«La franc-masonería tiene por base la solidaridad humana. Tiene por principio el perfeccionamiento moral de la humanidad, por medios la mejora constante de su situación material e intelectual y por divisa, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Es la escuela práctica, el templo de enseñanza de estos tres principios fundamentales de toda asociación, la institución que quiere justicia y progreso. La franc-masonería no impone ningún límite a la búsqueda de la verdad, y es para garantizar a todos esta libertad completa del pensamiento en todas las direcciones del espíritu, por lo que exige la tolerancia de todas las opiniones.

5 Sobre la iniciación de Maria Deraismes y la temprana relación de la primera logia de *Le Droit Humain* con algunas logias españolas, así como las restantes conexiones posteriores dentro de las ligas mediante las que fue avanzando el feminismo internacional, están recogidas sólidas indicaciones para futuros estudios en: Lacalzada de Mateo, M<sup>a</sup> José: *El Derecho Humano en España (1893-1963). El cimiento mixto en la masonería*. Madrid-Zaragoza, Fundación María Deraismes, 2007.

Está abierta a todos sin distinción de nacionalidades, de razas, y de todas las creencias, y no pide a sus adeptos más que ser libres y de buenas costumbres. Llama a todas las buenas voluntades y acepta el concurso de todos aquellos que creen que los esfuerzos aislados no pueden producir nada fecundo. Pensar bien, decir bien, hacer bien, perseguir la búsqueda de la verdad. Aprender en los templos la práctica de las ideas de libertad de igualdad de fraternidad, para ponerlas en acción en la vida profana. Ayudar al desarrollo progresivo de la humanidad por el estudio teórico de todos los grandes problemas sociales y morales, por la propaganda masónica, por los escritos, por los libros. Tales son los deberes que la franc-masonería prescribe a todos sus miembros.

Prohíbe toda discusión política, toda inmiscusión en la marcha de los asuntos públicos, toda crítica de los actos de la autoridad y de las diversas formas de gobierno.

Prescribe a todos sus adeptos como ciudadanos y como masones estar dispuestos a todos los sacrificios que pida su país».

*Le Droit des Femmes* no dejó de lado la cuestión de las mujeres en la francmasonería durante los meses siguientes. El «prejuicio» que se creyese destruido con ocasión de la iniciación María Deraismes, o por lo menos así ella misma y el periódico feminista lo habían afirmado convincentes, iba a continuar planeando durante bastante tiempo. Transcurrido más de un año, *Le Droit des Femmes* se hacía eco de ciertos movimientos dentro del Gran Oriente de Francia que no habían llegado a culminar<sup>6</sup>.

«El boletín del Gran Oriente de Francia de agosto último, página 283, contenía la proposición siguiente, que apresurémonos a decirlo, no ha sido adoptada por el Convento masónico:

“Las mujeres pueden formar parte de la Franc-masonería, sea dentro de las logias especiales, sea a título de miembros libres o asociados”.

Esta proposición emanaba de la logia parisina *L'Ecole Mutuelle* y de la logia española *La Sagesse* de Barcelona. Estos dos grupos están bajo la Obediencia del Gran Oriente de Francia, que había llamado a todas sus logias a formular sus votos sobre las modificaciones a introducir en la Constitución. Hasta el presente no hay más que una sola logia, la de Pecq cerca de París, que se haya declarado en este sentido. Actualmente se contarían al menos tres que

6 *Le Droit des Femmes*, París, 7 octubre 1883, nº 227, p. 158.

no serían muy hostiles al progreso femenino. Tal vez pronto conozcamos la formación de una nueva logia mixta, probablemente independiente».

Era en realidad la otra Obediencia, la Gran Logia Simbólica Escocesa, el referente donde incidir, ya que a logia de *Les Libres Penseurs* de Pecq, que había dado el paso iniciando a Maria Deraismes, pertenecía a ella. Las vicisitudes seguidas en el entorno de la iniciación de Maria Deraismes y la polémica levantada posteriormente tienen, por tanto, su mejor caja de resonancia desde el *Bulletin maçonnique de la Grande Loge Symbolique Écossaise*. Para equilibrar estas páginas con aquel boletín daremos aquí voz a otra historiadora francesa, Françoise Jupeau Réquillad, que ha centrado su estudio a partir de esta revista masónica, visibilizando bastantes datos en el sentido que buscamos.

Las logias acogían hombres nuevos, según hace notar. Eran las personalidades sobresalientes al llegar la República, la élite política e intelectual ya presente en los talleres: Léon Gambetta, Louis Blanc, Frédéric Desmons, Paul Armand Challemel-Lacour, Jean Macé, Alfred Naquet que, como podemos reconocer, algunos de ellos estaban en los mismos espacios que frecuentaba Maria Deraismes. El positivismo triunfó con la muy brillante iniciación de Honoré Joseph Chavée, Émile Littré y Jules Ferri en 1875.

En el Gran Oriente de Francia, el pastor Frédéric Desmons hizo votar, por el Convento de 1877, la supresión de toda referencia al Gran Arquitecto del Universo, es decir, de toda referencia metafísica, en la Constitución. La vanguardia republicana pretendiendo ir más lejos, pidió al Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado la reorganización de la Obediencia según los principios democráticos, exigiéndola implicarse en la vida civil y sostener las luchas políticas. No habiendo obtenido la aprobación estos hermanos se escindieron y crearon el 12 de febrero de 1880, la Gran Logia Simbólica Escocesa.

Y así fue dentro de ella, según explicaba Françoise Jupeau, donde «fue un pequeño grupo de franc-masones de esta Obediencia

–Georges Martin, Auguste Schäffer, Paul Gourmain-Cornille entre los principales instigadores– el que va a dar una vuelta capital a la cuestión de la presencia de las mujeres en los talleres iniciando a Maria Deraismes»<sup>7</sup>.

Según esta autora, y siguiendo como fuente el *Bulletin maçonnique de la Grande Loge Symbolique Écossaise*:

«En un trabajo subtítulo “La admisión de las mujeres en la franc-masonería” el hermano Schäffer, en julio de 1880, publicó una *Observación sobre el proyecto de Constitución* en discusión en la Gran Logia Simbólica Escocesa. Se apoya en la historia, las tenidas de adopción del Antiguo Régimen, la aproximación social operada por estos talleres antes de la Revolución de 1789. Su demostración se fundamenta en el deseo de una mayor puesta en coherencia de los principios de base de la franc-masonería y los de la democracia. El niega a cada cual el derecho de elegir por otro y de pronunciarse en su lugar. Y afirma alto y fuerte: no existe la fatalidad de la naturaleza para las mujeres, no más que para los hombres. El *Bulletin maçonnique de la Grande Loge Symbolique Écossaise* siguiente presentó la modificación del parágrafo 2 del artículo 4 del proyecto de Constitución que proponía introducir en ella la presencia femenina dentro de las logias. Pero el texto redactado pareció timorato y sobre todo ambiguo. “Por el momento, y siendo dada la necesidad de estudiar de la manera más profunda las condiciones particulares que deben asegurar el éxito de nuestra proposición, la presente demanda de modificación de la Constitución de la Gran logia Simbólica Francesa (sic) se limita a un solo punto: afirmación positiva del derecho de la mujer dentro de la Franc-masonería bajo los auspicios de la Gran Logia Simbólica Escocesa de Francia”. La fórmula desgraciadamente y sujeta a diversas interpretaciones, no está más clarificada por el parágrafo adicional. La igualdad de los sexos no está proclamada. A pesar de los artículos para apoyar esta proposición, los dirigentes de de la Gran Logia Simbólica Escocesa no recogieron la idea de los firmantes».

El papel de Maria Deraismes para el impulso decisivo a la emancipación de la mujer, vinculado con la lucha por la instauración y sostenimiento de la República junto a la laicidad, viene siendo

<sup>7</sup> Jupeau Réquillard, Françoise: *L'Initiation des femmes*, París, ed. Rocher, 2000, pp. 120-135.

prácticamente un lugar común dentro de la historiografía. Françoise Jupeau Réquillard también lo ha reflejado de esta manera: «Por su talento de periodista, de conferenciante, de escritora polemista, Maria Deraismes lleva la cuestión de la situación de las mujeres al espacio público. Las acciones individuales de las feministas o sus libros recibían poco eco. Tomando la palabra en público Maria Deraismes da un impulso sin precedente al movimiento». Y añade: «Su segundo mérito consiste en ligar sus convicciones feministas a la lucha por la instauración de la República y de la laicidad»<sup>8</sup>.

*Le Droit des Femmes*, por su parte, continuaba bastante pendiente del desenlace que pudiese tener la cuestión de las mujeres dentro de la Francmasonería. Publicaba por entonces algunas otras reflexiones «Sobre la educación de la mujer bajo el punto de vista masónico»:

«M. Champury, orador de la Logia *Libre Conscience*, ha desarrollado esta tesis con calor y lucidez: ha hecho valer las razones favorables para la cooperación de los dos sexos al punto de vista masónico: pero reconociendo que en el presente, según él, pocas mujeres estarán bastante liberadas de todo prejuicio para convertirse en fervientes adeptas.

Si los partidarios de una edad madura, ha dicho en sustancia, obedecen ciegamente a las injerencias papales, la última encíclica atraerá sobre nosotros la atención vigilante de las mujeres no afiliadas al clericalismo. Los protestantes, los judíos, los librepensadores desearán asociarse a los masones, excomulgados como ellos.

Es incluso probable que el marido, hostil o indiferente a las obras masónicas, cederá casi todo a la influencia femenina y será atraído a la corriente liberal»<sup>9</sup>.

Y es que la Francmasonería francesa era proclive al fortalecimiento de la República asentada desde un sentido renovado del hogar. El discurso de Maria Deraismes adquirió un papel central en el impulso de esta corriente, visible a los ojos de sus contemporáneos y reconocido así por los historiadores. Esta unión de objetivos

8 Jupeau Réquillard, Françoise: *L'Initiation des femmes*, París, ed. Rocher, 2000, pp. 120-127.

9 *Le Droit des Femmes*, París, 1 junio 1884, n° 235.

entre republicanos y feministas quedó sellada desde el sentido de la familia. La mujer de la estructura patriarcal era idónea para prolongar y alimentar las tendencias monárquicas. La revisión del Código civil y la posibilidad del divorcio junto a un nuevo sentido de la educación más desenredada de ataduras religiosas quedaba en el origen del establecimiento de la República y contribuía a su consolidación<sup>10</sup>.

No cabe duda que Maria Deraismes venía estando rodeada desde años atrás de notables francmasones, tanto del Gran Oriente como de la Gran Logia Simbólica Escocesa de Francia. Le concedían autoridad, apoyaban sus empresas y le hacían participar en las de ellos. No es extraño, pues, que algunos vieran un paso natural compartir trabajos con ella dentro de las logias. Una vez desvanecido el prejuicio, era consecuencia lógica que quienes así pensaban estuvieran dispuestos a continuar extendiendo la sociabilidad fraternal con otras mujeres de inteligencia y empuje que también estaban próximas.

Tal como se llegó a decir por entonces, aunque fuese escrito en un libro antifeminista con tono jocoso, Maria Deraismes se venía manifestando como «más Francmasona que el Gran Arquitecto, transportaba consigo los secretos del Gran Oriente y no fue ni mujer ni hombre»<sup>11</sup>.

10 Interesante el planteamiento de: Nord, Philip: «Utopistes, radicaux et universalistes...», *op. cit.*, 2000. Ver pp. 72-75.

11 Tenroc: *Féminités*, París, 1902. Se refería también a que fue presidente de la *Société pour la Revendication des Droits de la Femme*: «Fue rica y de muy hermoso semblante bajo el Imperio, y aprovechó para abrir su salón a todas las descerebradas del feminismo». Olvida, por cierto, la mayoría masculina que los frecuentaba.

## **La emancipación del factor femenino de la especie humana y su integración activa en la ciudadanía de pleno derecho**

### **Hay entre el hombre y la mujer diferencia formal e identidad esencial**

«Mi querido redactor jefe y amigo:

Leyendo, en el último número del periódico *Le Droit des Femmes*, la carta de Thomas Grimm a la señora Angélique Arnaud he encontrado una objeción que me resuena en los oídos pasados algunos días.

Como compete al derecho de nuestra eminente colaboradora responder a la epístola del espiritual cronista, me contentaré con decir dos palabras a propósito de esta famosa cuestión, invariablemente conocida en los términos siguientes: “Por qué las mujeres no hablan más que de sus derechos y guardan silencio sobre sus deberes”.

La razón es bien simple.

No hablamos de nuestros derechos sino para reclamarlos. Se reclama lo que no se tiene.

Hemos estado desde tiempos inmemoriales en posesión de nuestros deberes; nadie nos lo niega; incluso tomamos el cuidado de ocuparnos de ellos hasta el exceso; estamos tan ricos de este lado como indigentes del otro.

No nos queda pues que hablar de nuestros derechos porque es lo que nos falta.

Yo no sé que la generación del 89 haya actuado de otro modo. Y si ella ha hecho mención de sus deberes ha sido por encontrarlos desorbitantes. Entonces ella ha reclamado sus derechos, y, como se les han negado siempre ha terminado por tomarlos»<sup>1</sup>.

1 *Le Droit des Femmes*, París, 26 junio 1869, nº 12.

A falta de derechos y sobradas en el cumplimiento de los deberes, el diagnóstico de María Deraismes no tenía vuelta. Quedaba formulado con claridad meridiana, exento de cualquier tipo de prejuicio, desde la entidad humana tal como era el eje de su discurso. El temperamento extrovertido y apasionado, esa especie de compromiso contraído hacia la clarificación de ideas, la había impulsado una vez más a intervenir en el debate público. Era una de aquellas escaramuzas rápidas y contundentes con las que impactaba a sus seguidores: directa al fondo, sin perderse en circunloquios. Angélique Arnaud estaba trabajando junto a ella en la «Société pour la revendication des droits de la femme».

Así pues, hemos retrocedido en el tiempo y quedamos situados de nuevo a finales de la década de los sesenta, los años en que María Deraismes estaba comenzando su andadura ante el público, para retomar ahora de manera específica su contribución a la causa de las mujeres.

La mencionada «Sociedad para la reivindicación de los derechos de la mujer» había quedado constituida en la casa de Andrée Leo en 1866. El objetivo inicial estaba enfocado a proporcionar una enseñanza dirigida para las niñas. Esta llamada tuvo la virtud de reunir para la causa común a mujeres que procedían de medios políticos diferentes. Podemos dejar expresamente recogidos aquí los nombres de Mme Mauriceau, Louise Michel, Paule Mink, las hermanas Réclus, María Verdure y Mme Vicent<sup>2</sup>.

Este año de 1869 Léon Richer y María Deraismes llegaron a un buen entendimiento afianzando las bases para una nueva asociación, que llevó por nombre «Société pour l'amélioration de la femme», para la mejora de la mujer, y que el 16 de abril de 1870 se fusionó con la arriba mencionada, para la reivindicación los derechos. Esta unión dará lugar a la que llevó por título: «Association pour le droit des femmes». La nueva asociación, para el derecho de las mujeres, nacía

2 Hivert-Messeca, Gisèle et Yves: *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes. Deux siècles de Franc-Maçonnerie d'adoption féminine et mixte en France 1740-1940*, París, Dervy, 1997, pp. 228.



ya con un buen asiento mediático, pues Léon Richer tenía fundado previamente el periódico *Le Droit des Femmes* que había tirado su primer número el 10 de abril de 1869 e inmediatamente se convirtió en el órgano oficial de expresión. El Derecho de las Mujeres, por tanto, comenzaba a elevarse, a cobrar fuerza y entidad.

El nombre de Maria Deraismes era ya habitual en el recién fundado periódico semanal *Le Droit des Femmes* y, desde luego, todo indica, a la vista de sus colaboraciones, que se iba convirtiendo en una voz de autoridad en él. Ella, recordemos que estaba bastante ocupada por entonces en sus actividades como conferenciante. También muy receptiva y pendiente tanto de los movimientos políticos que pudieran ser factibles como en la formación de la opinión pública. Esta última le preocupaba de manera militante, considerando que fuese un atributo fundamental para el ejercicio de la democracia. No cabe duda que aquella mujer, ilustrada desde las entrañas, creía profundamente en la fuerza de la razón ensamblada con el sentido de la justicia.

Maria Deraismes, por entonces, preparó un artículo que bien podemos calificar de incisivo, lúcido y provocador. La pluma aparecía bien suelta. Recogía el mismo estilo que manifestaba en sus conferencias atrayendo la atención, haciendo entrar en el razonamiento del discurso, al tiempo que traslucía e imponía su criterio como una evidencia natural. Llevaba por título «La grandeza de los pequeños hombres». Y lo dejaremos recogido a continuación. Veamos<sup>3</sup>:

«No nos confundamos, los enemigos más encarnizados de la causa que sostenemos, son los pequeños hombres.

Estos últimos se muestran intratables, porque basan su grandeza sobre el rebajamiento de la mujer.

Si ella se atreve a enderezarse, a poner en juego sus facultades, es a costa de la preponderancia de estos señores; (pues) quedarán reducidos a sus minúsculas dimensiones.

Bajo el régimen actual –*potentia barboe*–, cada pequeño hombre tiene al menos asegurado el ser grande ante alguno: grande ante la mujer en general, grande ante la suya en particular. El día que él va a las elecciones se siente

3 *Le Droit des Femmes*, París, 13 mayo 1869, nº 6.

superior a la Señora Georges Sand y a todas las mujeres de impulso<sup>4</sup> de su tiempo; el es hombre en fin, esto le dispensa de lo demás.

Dentro de su casa él es soberano, es arrogante, impone el silencio, da golpe de tacón (pega del talón), blasfema, jura, hace temblar todo en torno a él; casi se puede creer que tiene al de los *yo quiero* Napoleónicos. A veces, se entrega a pantomimas adorables; Trata de oscurecer su frente estrecha, imita la preocupación y la sonrisa. Su mujer le interroga tímidamente. El responde por monosílabos: las inquietudes políticas le devoran; teme por su patria. Ah!, exclama él, ¡las mujeres están bien felices de no ocuparse más que de trapos! Nosotros, otros pilotos vigilantes, ¡estamos en el timón! Es para partirse de risa.

En fin, que un hombre sea el último de los pequeños hombres, es decir, el más inepto y el más ignorante, representa siempre y a pesar de todo, la razón y la autoridad en la humanidad y en su unidad familiar.

(...)

Todo el prestigio de los grandes señores venía de que tenían el privilegio de llamar a millones de hombres: cámpesinos y villanos. En fin, por exaltar la grandeza de algunos se sacrificaba la dignidad de todos.

Para justificarse, la aristocracia comprendió bien pronto con un tacto maquiavélico, que era manifiestamente contradictorio mantener la desigualdad donde las capacidades alcanzan el mismo nivel, y ella se hizo una ley para no ilustrar en modo alguno a quienes quería sujetar. De este modo, se crea una inferioridad real, aunque ficticia.

Este proceder ingenioso, antes de ser empleado en política y en arte social, ha formado parte del plan inicial de la humanidad: quiero hablar de la pareja. Desde el principio, la fuerza muscular ha prevalecido. El hombre ha considerado a la mujer como su conquista, y la ha esclavizado. Le ha permitido brillar bajo la relación de la gracia y la belleza: él obtenía demasiados agrados y demasiado placer para regatearle esta concesión. En cuanto al resto, le impuso la inferioridad prohibiéndole la ciencia y la libertad. Ha condenado a la mujer a la ignorancia para tener cien veces por día la ventaja de reprochárselo.

Y es así que los calificativos de macho, de viril, son garantía de nobleza entre los hombres. Queriendo ellos rebajar a las gentes y a las obras, les arrojan dignamente a la cara el epíteto de *afeminados*. Hoy, Dios sea alabado, la vieja teoría de la grandeza se derrumba por fragmentos. Se reconoce sin duda un poco tarde que los individuos y las naciones se extravían constituyendo su grandeza sobre la pequeñez del otro; que este cálculo es deplorable; que es perjudicial a cada cual como a la humanidad completa, y que es infinitamente más ventajoso utilizar las facultades de sus semejantes que destruirlas.

4 «D'esprit».

Además, se pone como principio que no existe prosperidad sólida alguna mientras no sea más que parcial: que una nación no se afianza en su libertad más que si las naciones limítrofes disfrutan de su independencia.

Para resumir, el egoísmo generalizado no tiene garantía más que en la satisfacción del egoísmo general.

Sobre este punto el consentimiento es casi unánime. Se hace desear todavía cuando se trata de la mujer.

Lo acabamos de decir, y lo repetimos, la resistencia viene de los pequeños hombres. Ellos no sospechan por un solo instante que el estado ínfimo de su espíritu pudiera depender de la ignorancia de sus madres. Ignorancia transmitida de generación en generación, y por consecuencia multiplicada.

Que el hombre se penetre de esta verdad: él absorbe a través de la mujer<sup>5</sup> los principios de la vida física e intelectual; él no se alimenta de una fuente especial, y, reduciendo uno de los elementos que la componen, trabaja en disminuirse a sí mismo».

En definitiva, la preponderancia masculina había quedado construida desde la fuerza bruta y el obscurecimiento de las capacidades intelectuales y sensitivas de ambos sexos: masculino y femenino. La interdependencia de los dos factores de la especie humana forma la entraña de la humanidad. El paso de la barbarie a la civilización se produce en la medida que mejora en el entendimiento entre los géneros. Vemos aparecer aquí ya, por tanto, los dos rasgos que formarán el núcleo del pensamiento feminista de Maria Deraismes: la injusticia radical que supone el privilegio por razón de sexo y el perjuicio a la identidad humana que este supone.

Pero todavía podremos ahondar a continuación un paso más profundo. Entraremos en el punto de anclaje fundamental desde el que Maria Deraismes construye su discurso feminista en particular, y bien podemos decir humanista en general. Traeremos otro artículo resultará significativo para ello. Este mismo verano entró también en polémica con el periódico *La Démocratie*.

Veamos ella como fue esgrimiendo sus razones y argumentos en algunos de los párrafos<sup>6</sup>.

5 Literal: «Il puise chez la femme», la idea sugiere «sacar desde dentro».

6 *Le Droit des Femmes*, París, 14 agosto 1869, nº 19.

«El periódico *La Democracia* no permanece indiferente a la cuestión de las mujeres; y el señor André Lefèvre, uno de sus redactores se ocupa especialmente. El señor André Lefèvre me parece ser semi-adherente, semi-adversario y sus reservas han levantado las reclamaciones de dos celosos partidarios del derecho femenino, el señor Sentinon y un abonado anónimo, que, ambos, afirman la igualdad absoluta de los sexos. El señor André Lefèvre, movido por una imparcialidad digna de elogio ha publicado las dos cartas y ha preparado una respuesta en la cual declara, con mucha cortesía por lo demás, que él estaría desolado de pasar por enemigo de las mujeres; que desea por el contrario que la justicia y la libertad no hicieran restricción a su respecto; que desea que ellas tuvieran el libre ejercicio de sus facultades; solamente él cuestiona el valor de estas mencionadas facultades. Y juzgándolas diametralmente opuestas a las del hombre, sobreentiende que son inferiores.

Como mi nombre se encuentra mezclado en esta discusión, a propósito de una opinión emitida por mí en una conferencia o en un artículo, no sé exactamente, me creo, por así decirlo, autorizada a intervenir en el debate.

He dicho y lo repito: hay entre el hombre y la mujer *diferencia formal, identidad esencial*. Esta fórmula aprobada por uno de los contradictores del señor André Lefèvre, se ha encontrado vacía del todo o por lo menos demasiado metafísica por este último. Está equivocado, está establecida sobre los hechos empíricos.

La fórmula no es por tanto otra cosa que positiva y puedo aportar la prueba. Ya que la unión física del hombre y de la mujer se basa sobre los contrastes exteriores, la unión moral se constituye sobre las similitudes, las analogías, las semejanzas. Toda la felicidad de la pareja está ahí: la paridad de los gustos, de las opiniones, de los sentimientos.

Juntad, por el contrario, las diferencias morales con las diferencias físicas, romperéis enseguida la armonía e introduciréis en el entendimiento de la pareja la confusión, la discordia, la desgracia.

Hoy está en uso, cuando se quiere inferiorizar a la mujer recurrir a la fisiología. Ella cumple entonces el oficio de *magister dixit*. Ella parece el mayor obstáculo a la nivelación de los dos sexos, vista la preponderancia del peso cerebral del hombre sobre el de la mujer. Pero para acordar tanta fe en la fisiología, sería necesario primero saber en qué lugar está y de lo que está segura.

Yo abogo por que la fisiología tiene excelentes intenciones y que tiene porvenir, lo que no me impide reconocer que las intenciones no son los hechos y que el porvenir no es el presente.

No quiero en absoluto hacer aquí el juicio de la fisiología; sostengo solamente que se tienen extrañas ilusiones sobre sus hallazgos. Añadiría incluso que la fisiología es una de las más grandes charlatanerías del siglo.

(...)

Así, después de haber admitido una causa primera del organismo, los fisiologistas se quedan reducidos a callarse sobre ella, a guardarse de asignarle tal o cual puesto, a atribuirle tal o cual cualidad, a hacerle jugar tal o cual papel, porque esto es lo desconocido.

Parecería que esta impotencia de la fisiología ha aumentado la confianza de los fisiologistas. Actúan en esto como un escolar que, en geometría, no llegando al comienzo del teorema más elemental, abordase temerariamente el más complicado.

Un cierto número se ha puesto a la cabeza de basar la psicología sobre la fisiología. Ellos trabajan sobre el aparato cerebral.

Aquí las opiniones están singularmente repartidas; las condiciones del pensamiento varían con cada sabio. Los unos invocan la capacidad del cráneo, el peso, el volumen; los otros han establecido una topografía nueva del cerebro. Mantienen que el peso y el volumen no tienen en absoluto influencia sobre la extensión de las facultades; que estas últimas emergen de la sustancia gris alojada en una región circunscrita al cerebro, donde vienen a converger todas las ramificaciones nerviosas oblicuas. No queda a partir de ahora más que estudiar la sustancia gris y la naturaleza de las circunvoluciones. No es, pues, a partir del peso como debemos juzgar la superioridad o la inferioridad intelectual. Además, desde hace tiempo los trabajos zoológicos nos demuestran claramente que los animales dotados del encéfalo más considerable, no son siempre los más inteligentes.

Es necesario entonces inferir que la inteligencia está bajo la dependencia de otras condiciones, acaso la justa proporción del cerebro con el resto del organismo.

No admito por nada del mundo que la potencia cerebral esté en razón de la fuerza muscular, como tiene aspecto de pensarlo el señor André Lefèvre; pues una larga experiencia conduce a un formal desmentido de esta opinión: Moises era pequeño y delgado, Espinosa era raquítico y enclenque, Voltaire tenía una salud débil; ninguno de ellos hubieran podido levantar un peso de quinientos libros.

Es también por la enumeración de los caracteres que él cree particulares para el sexo femenino, que el honorable redactor mantiene la semejanza de los dos sexos y la divergencia de sus aptitudes.

No hay más que un inconveniente, es que estos caracteres, llamados distintivos, son generales y pertenecen a todos los miembros de la humanidad según la influencia de los medios en los que están situados.

Movilidad de impresión, ardores súbitos, postración, lágrimas así como risas fáciles, coquetería, son comunes tanto al hombre como a la mujer.

(...)

Bajo Augusto la juventud aristocrática del Latium rizaba sus cabellos y llevaba sortijas hasta las uñas.

El condestable de Saint-Pol tan famoso por su crueldad como por su valentía, se revestía de honor de llevar los jubones más suntuosos y de atraer las miradas de las señoras por las gracias exquisitas de su desenvoltura. El color de los vestidos de Buckingham desaparecía bajo los encajes y las perlas. En pleno sans-coulotismo, Robespierre y Saint Just hacían alarde de elegancia.

Coster de Saint-Victor, cómplice de Cadoudal, la mañana misma de su ejecución, preguntó al carcelero si habría mujeres en la plaza. Bajo la respuesta afirmativa de éste último, hizo su barba y dispuso sus cabellos con cuidado.

Cuando un hombre tiene el pie bonito, aunque sea tan fiero como un Andalusí, aprovecha todas las ocasiones de hacerlo valer.

Examinad éste que respaldándose en la chimenea rodeado de un círculo de jóvenes mujeres, se endereza para poner de relieve la elegancia de su talle, posando tan pronto sobre un pie como sobre el otro, pasando la mano entre su cabellera a fin de exhibir la finura de sus dedos, aplicando sus impertinentes y rechazándolos por turno con un desdeñoso golpe de cabeza.

Y entre hombres de mundo, qué rivalidad, qué envidia! ¡Como se destrozan unos a otros! Que una mujer a la moda preste más atención a uno de ellos, he aquí todos unidos contra el preferido. Recurren a un arsenal de artificios, de manejos, para poner al rival en ridículo y suplantarlo.

No conozco a un hombre serio que haya estado exento de estas pequeñeces. Después de estas consideraciones sobre la naturaleza de la mujer, consideraciones que acabo de combatir, el señor André Lefèvre se detiene y termina sobre nuestros derechos políticos, a pesar de que nuestra hoja no reivindique en este momento más que los derechos civiles. Sobre este terreno se burla, naturalmente; no es el único.

Una mujer arrojando un escrutinio en la urna, una mujer hablando a la Cámara, ¡qué enfermedad!

Se invoca el embarazo y la *lactancia*, aunque se pueda suponer que si las mujeres llegasen un día a la diputación, esto no sería por lo menos que a la edad en que llegan ahí los hombres mismos, cuarenta o cuarenta y cinco años lo más pronto.

Nada más curioso que esta llamada a las funciones especiales de la mujer: *madre y nodriza*. Una mujer ha abandonado a su hijo en la cuna para subir a la tribuna, ¡horror! Ella lo abandona mil veces para ir al teatro, al baile, a las carreras, nada se encuentra ahí para replicar. Mujeres en un estado muy avanzado de gestación arrastran una carreta en las calles o ceden bajo la carga de un cuévano sobrecargado, ¿quien se indigna de ello? (...)».

Las diferencias, tal como son entendidas aquí no indican superioridad ni inferioridad sino la diversidad de las facultades, encaminadas

a la complementariedad. Hombres y mujeres, por lo demás, participan de las mismas condiciones humanas, no sólo en lo relativo a la razón y la inteligencia sino también en cuanto a las pasiones y la emotividad. Si las leyes físicas pueden contemplar las diferencias, la ley moral, sin embargo, prospera en la medida en que los derechos y deberes quedan repartidos por igual. La identidad humana, dentro de la diferencia entre sus sexos, es un axioma fundamental, una evidencia natural y demostrable a todas luces, siempre que se trate de discurrir sin prejuicios opresivos por ninguna de las partes.

Maria Deraismes, según vemos, no contribuye estrictamente a la construcción del sujeto femenino de una manera específica, sino en la medida que está reconocido desde la entidad humana. Es desde este punto de percusión, la naturaleza perfectible dentro de la identidad y dignidad humana, desde el que Maria Deraismes eleva su sensibilidad, afectividad e inteligencia con lucidez sobre la mayoría de los hombres y de las mujeres de su tiempo. A partir aquí puede ser entendida, comprendida y valorada su aportación al discurso para la emancipación de las mujeres y su contribución para el acceso a la ciudadanía de pleno derecho.

Ya tenemos bien conformado, por tanto, desde este verano de 1869, entre el primero y el segundo ciclo de sus conferencias, el núcleo del discurso feminista que caracterizará a Maria Deraismes: la unidad de la especie humana que se perfecciona o destruye dentro de sí misma en función de la relación entablada entre sus géneros, entendido el término, naturalmente, en el sentido de la construcción cultural que pesa sobre cada uno de los sexos. Es la misma especie que en su proyección social conforma los sistemas sociales y políticos.

### **Agitación legal y propaganda activa para la reivindicación progresiva de los derechos inherentes a toda persona humana**

El movimiento feminista francés, al finalizar el Segundo Imperio, no cabe duda que recogió el impulso de Maria Deraismes. Así quedó indiscutiblemente gravado desde el primer momento en la

memoria histórica y lo reconocía Jules Tixerant años después en el marco solemne de la celebración de los cincuenta años de actividad de la Liga francesa para la emancipación de las mujeres. Merece la pena que lo dejemos recogido aquí<sup>7</sup>:

«Pero es al empezar 1869 cuando la acción feminista comenzó a organizarse en Francia.

Esta acción se inaugura por las conferencias de Maria Deraismes en la Sala de los Capuchinos, conferencias que continuará al invierno siguiente. Maria Deraismes emprendió exponer la cuestión de las mujeres bajo sus diversos aspectos y rebatir las múltiples objeciones presentadas contra su emancipación. Ella lo hizo con un talento y una autoridad que le valieron un éxito casi inesperado ante su auditorio».

Una vez que han ido avanzando los estudios sobre el feminismo se ha seguido el mismo patrón y los mismos reconocimientos para Maria Deraismes, ya desde los años setenta del siglo xx<sup>8</sup>. «El pensamiento de la escritora filósofa Maria Deraismes ilumina el feminismo de entonces», se ha dicho recientemente con toda propiedad<sup>9</sup>. Era la región de París donde ella vivía y donde más resonancia podían tener las presiones ejercidas para transformar las leyes. Maria Deraismes fue dejando marcada una sólida y nítida huella.

Recordemos que Maria Deraismes había sufrido una de sus habituales crisis de salud en 1868, cosa que le obligó a suspender por un tiempo la serie de conferencias emprendida. A punto de finalizar la temporada ya hemos visto que impartió una cuarta conferencia: «Lo antiguo frente a lo nuevo», evitando entrar en la cuestión femenina tal como estaba previsto en el programa inicial. Al reunir

7 *Cinquante Ans de Féminisme 1870-1920*, Edition de la Ligue Française pour le Droit des Femmes, 1921, pp 57 -60.

8 Son ya clásicos: Albistur, Maïté; Armogathe, Daniel: *Histoire du féminisme française du moyen âge à nos jours*, París, Des femmes, 1977, «Les precurseurs», pp. 368-369 y «Les temps héroïques», pp. 376-378. pp. 350-356. Evans, Richard: *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia (1840-1920)*, Madrid, s. XXI, 1980 (Primera edición: Londres, 1977).

9 Ripa, Yannick: *Les femmes, actrices de l'histoire. France, 1879-1945*, París, Armand Colin, 2004, pp. 74-75.



para la publicación las cuatro conferencias pronunciadas en 1868, ella misma explicó en el prólogo lo que había sucedido y su interés por abordar el tema de una manera más específica. Quedará aquí recogido, con sus propias palabras, cómo se había comprometido al finalizar el año para impartir en la próxima temporada un ciclo en exclusiva:

“Hace dos años, el progreso social por el perfeccionamiento del individuo es el objeto de mis trabajos.

Persuadida de que para efectuar una renovación moral es necesario, he estudiado esta interesante evolución en todas sus fases privadas y públicas.

En este momento, la discusión se dirige particularmente sobre la mujer y sobre su situación actual. Sospechamos, en fin, que esta cuestión está íntimamente ligada a los fenómenos más considerables de la sociedad.

El año último, yo debía tratar este vasto sujeto, incluso estaba anunciado en mi programa, pero los desórdenes que se produjeron en mi salud me obligaron a suspender mi proyecto.

Muy incesantemente, yo cuento con comenzar una serie de conferencias bajo el título general: “Las obreras del porvenir”<sup>10</sup>».

Este verano de 1869 recogió una solemne reunión bajo la forma de banquete preparada por Léon Richer y bien secundada por Maria Derarismes. Aquellas sesiones tenían el cariz de serios encuentros de trabajo formalizados de una manera lúdica y amable. El altavoz de la prensa pública acababa de dar realce y configurar su entidad y responsabilidad democrática. Allí se pronunciaron sucesivos discursos mediante los que se pusieron de manifiesto los valores de fondo y fueron apuntando las posibles directrices a seguir para afianzar en las costumbres y en las leyes el movimiento hacia la igualdad entre el elemento masculino y el femenino de la humanidad.

Eran los anfitriones en equidad, Léon Richer y Maria Deraismes que pronunciaron los dos primeros discursos. Este Banquete del «Derecho de Mujeres» tuvo lugar el 11 de julio de 1869 y fue inmediatamente recogido, para su difusión, desde *Le Droit des Femmes*. Aunque todos los discursos no llegaron a la redacción del periódico

<sup>10</sup> Deraismes, Maria: *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie nationale, 1869, pp. 33-34.

sí que se publicaron algunos y, naturalmente, los de Léon Richer y María Deraismes<sup>11</sup>. La apertura de la sesión, a cargo de Léon Richer, dejó bien centrado el objetivo en los términos siguientes:

«En una carta reciente, que se ha hecho pública por su inserción en *Le Droit des Femmes*, mi excelente amigo M. Fauvety nos hacía notar con justa razón que el tiempo de las discusiones vanas ha pasado y que le parecía llegado el momento de hacer resolutamente la agitación legal. Tal es también mi opinión, y estoy en disposición de creer que todos nosotros estamos aquí de acuerdo en este punto. Sin duda la teoría tiene algo de bueno pero la práctica vale aún más. La teoría es el boceto, la práctica es la acción. (Aplausos)

Y bien, señores, este banquete es un primer paso en la vía sobre la que es aconsejable marchar. La mesa entorno a la que estamos reunidos, no es más que un pretexto; no es para comer –incluso en buena compañía– para lo que nos hemos dado cita en este lugar. Hemos venido para afirmar pública y solemnemente un derecho desconocido, para intercambiar las ideas, para iluminarnos mutuamente con nuestros consejos, para rebuscar en una palabra, los medios más adecuados para realizar el principio al que tienden todos nuestros esfuerzos.

Es, pues, un acto el que cumplimos, un acto serio, importante y que da principio a la agitación legal.

Es la primera vez que en Francia se hace una manifestación de tal carácter en favor de las mujeres. Se ha escrito mucho sobre la cuestión, sobre todo se ha hablado mucho; pero hoy, por primera vez, los hombres y las mujeres, pertenecientes a todas las condiciones sociales se reúnen en un pensamiento común, para proclamar a la faz del mundo moderno la proximidad de la emancipación (...).

Dejaremos aquí cortada la voz masculina de Léon Richer una vez que ha quedado de manifiesto el paso sustancial emprendido: centrar las energías en reformar las leyes. Efectivamente el debate estaba pasando de la exposición y de los convencimientos teóricos a la acción práctica. Llegados a este punto es necesario notar la presencia en este movimiento de hombres comprometidos por la causa femenina desde su influencia política. Eran ellos, en definitiva, quienes tenían en sus manos el poder legislativo, la autoridad y la posibilidad de batirse para obtener las reformas.

11 *Le Droit des Femmes*, París, nº16, 24 julio 1869.

Pero, volvamos a la sesión, estamos a tiempo de recoger la voz femenina que intervenía a continuación. Era la de Maria Deraismes:

«Estoy verdaderamente confundida de ser una de las primeras en tomar la palabra cuando hay aquí voces más autorizadas que la mía. Pero las funciones de presidente con que se me ha querido honrar, así como el objeto de esta reunión me supone un doble deber. En el fondo, tendría escrúpulo de absorber una larga suma de tiempo, mientras que los oradores más distinguidos han prometido hacerse entender, me limitaré a dos consideraciones en los términos más breves, más sucintos.

En primer lugar debemos felicitarnos. La marcha que toma nuestra obra es de las más satisfactorias. A pesar de todo no perdamos de vista que el éxito de una empresa está siempre subordinado a los medios y a los recursos de que se dispone; ahora bien, nuestros recursos son modestos y hasta el presente no somos ricos más que en buena voluntad. No dudamos (sin embargo) que, en un corto espacio de tiempo, no poseamos todos los elementos indispensables para un completo éxito.

Si afirmamos que la idea de la que somos los órganos ha progresado, es porque juzgamos por comparación. A buen seguro la cuestión que nos preocupa en este momento no data de ayer; ha sido debatida en diversas épocas; tiene sus precedentes en la historia. Solamente que todas las veces que se ha puesto en discusión el movimiento no se ha producido más que de manera parcial. Hoy es general. Era local, se está convirtiendo en universal.

No existe un lugar en el mundo donde a nadie le preocupe el Derecho de las mujeres. Además, este movimiento está despojado de todo carácter especial, es decir, que no depende de una cierta doctrina, sea religiosa, sea filosófica, sea política, y contamos entre nuestros adherentes con una muchedumbre de gentes pertenecientes a todas las condiciones, a todas las opiniones. Por otro lado tenemos que registrar la conquista de espíritus serios, de hombres importantes, que, hasta el momento todavía no se habían pronunciado.

En fin, nos está permitido esperar entrar en un futuro próximo por la vía fructuosa de la realización, voto<sup>12</sup> muy elocuentemente expresado por el señor Charles Fauvety, en una carta dirigida a nuestro periódico.

Deseando activar, acelerar la hora de esta realización, hemos querido, considerando la necesidad, presentarla como la expresión de un consentimiento unánime. Hemos hecho una llamada a las mujeres; les hemos pedido a ellas su adhesión, su firma.

12 «Voeu», literal «voto», como promesa hecha a una divinidad; expresa el sentido de un deseo profundo de suerte para su realización. Hacer votos por algo también lo empleamos en castellano.

Sin duda estas adhesiones nos llegan en un número muy satisfactorio; aunque a decir verdad, podría ser más considerable. Algunos de nuestros colaboradores se inquietan y yo no sabría compartir en esto enteramente sus preocupaciones».

Un escollo en el movimiento de emancipación femenina, sobre el que no acostumbramos a incidir, venía de la resistencia ejercida por las propias mujeres. El lastre educacional, unido a ciertas disposiciones intimistas de la naturaleza y a un resignado sentido práctico de adecuarse a lo existente, inducía a que las señoras en disposición activa, dispuestas a transgredir las normas, a asumir un compromiso en el camino de la propia emancipación, a arros-trar el resultado de las transformaciones, no fuesen precisamente numerosas.

No solemos tampoco llevar la atención sobre la posibilidad de que hubiese por lo menos algún hombre que, comprometido por la causa feminista, fuese él quien convenciese a su propia señora, parientes y conocidas para implicarse en el movimiento o que él mismo se comprometiese gustoso en apoyo de las mujeres. Esta tendencia a invisibilizar a los hombres que estuvieron del lado de la emancipación de las mujeres debería ser corregida. Esta disposición masculina aparece con toda claridad en los dos últimos párrafos que acabamos de leer arriba. El núcleo mixto promotor, para reclamar y consolidar los derechos de las mujeres, estaba cuidando de ampliar las adhesiones femeninas como estrategia para iniciar consistentemente este pretendido paso adelante.

María Deraismes ahondaba en la segunda parte de este discurso, poniendo de relieve el convencimiento de estar apoyados en «un principio de justicia». No era, en cierto modo pues, una actitud política sino moral, de hacer valer sanas y buenas costumbres, la que estaba impulsando a reclamar la revisión del Código civil. Era, en definitiva, una necesidad en el camino del progreso humano y consecuentemente en el social. Ya hemos conocido en las páginas precedentes como eran estos los rasgos con los que ella estaba asentando su discurso feminista. Así continuaba su inter-

vención, incitando al diálogo reflexivo, según era su estilo, en los términos siguientes:

«Este principio de justicia incontestable está admitido por nuestros adversarios, lo aceptan como una verdad fundamental.

¿Cómo se entiende entonces que procediendo del mismo principio, partiendo del mismo punto, llegamos a conclusiones opuestas? La causa es bien fácil de encontrar.

Nuestros adversarios, basándose en el principio de justicia, no quieren más que una aplicación parcial, y nosotros exigimos una aplicación integral; nosotros comprendemos que la justicia no hace ni reserva ni excepción, sin lo cual cambiaría de nombre y se convertiría en su contrario (Muy bien)

Lo que hay de curioso, es que todo esto que decimos y escribimos, nuestros adversarios lo repiten en los periódicos, en los folletos, en las reuniones públicas, en la Cámara de Diputados. Exclaman sin cesar: el ser humano es autónomo; la sociedad debe colocarle en condiciones favorables al libre desarrollo de sus facultades; todo pueblo debe intervenir en la gestión de los asuntos del Estado, puesto que le conciernen por una parte, y como ningún poder es infalible, impecable, el poder tiene necesidad de control.

De este justo argumento deducimos esta consecuencia: lo que es verdad para una sociedad de muchos millones de individuos es verdad para la sociedad más restringida. El matrimonio es una sociedad. La mujer debe ahí encontrar el libre ejercicio de sus facultades, intervenir en la gestión de sus asuntos y velar por sus intereses.

Entonces, como el Código en este asunto tiene una forma que desmiente la justicia, pedimos que se reforme el Código. Nuestras pretensiones están pues conformes a la verdad, a la justicia, a la razón.

A partir de estas simples reflexiones, ¿quiénes son los locos, quiénes son los sabios?

Yo creo que formular la cuestión es resolverla. (Vivos aplausos)».

La «Association pour le Droit des Femmes» quedó bien constituida con Léon Richer como su más sólido puntal y la firme adhesión de Maria Deraismes junto a su hermana Anna Feresse-Deraismes. Resultará útil recoger aquí cómo quedaron cifrados inicialmente los principios y cómo quedaron contemplados los primeros frentes de lucha. La redacción de este documento posiblemente no debiera ser atribuida en exclusiva a Maria Deraismes, pero es una nítida radiografía de su pensamiento y resultó un referente muy completo

que mantuvo su vigencia durante años. Es una razón para dejarlo recogido aquí. *Le Droit des Femmes* publicó la Exposición de motivos y los Estatutos el 24 abril 1870, de la manera siguiente<sup>13</sup>:

«Exposición:

La grave cuestión de la emancipación de las mujeres hace a nuestro alrededor progresos considerables y rápidos. En América, en Inglaterra, en Alemania, en Suiza, en Italia, en Holanda, pero sobre todo en Inglaterra y en América. Los espíritus más eminentes se pronuncian a favor de los derechos de la mujer y se forman en todas partes crecientes asociaciones para apoyar este movimiento.

Francia, hasta aquí indiferente y muda, no podía permanecer más tiempo parada.

Es pues, urgente que todos aquellos que en nuestro país reconozcan el principio de la igualdad de los dos sexos ante la ley, se unan alrededor y concierten los esfuerzos.

En consecuencia, los firmantes proponen formar una asociación cuyo propósito será organizar la agitación legal y hacer una propaganda activa para preparar los espíritus tanto masculinos como femeninos para comprender la legitimidad de una reivindicación progresiva de los derechos inherentes a toda persona humana, pues nuestras leyes y nuestras costumbres han desheredado a las mujeres. Realicemos este gran pensamiento de Pascal: “No pudiendo hacer que quien es fuerte sea justo, hagamos al menos que quien es justo sea fuerte”.

La asociación está basada sobre las consideraciones siguientes:

- La mujer, en cuanto persona humana, debe de ser libre y autónoma.
- Debe de ser libre puesto que es responsable.
- Debe ser autónoma puesto que se le ha reconocido una conciencia y una razón.
- No hay responsabilidad sin libertad.
- No hay dignidad sin autonomía.

La mujer debe ser considerada si no idéntica al hombre, por lo menos como su equivalente en la humanidad: es la igualdad dentro de la diferencia.

El hombre y la mujer ¿no pertenecen a la misma familia y al mismo mundo? ¿No ocupan el mismo peldaño en la escala de los seres?

<sup>13</sup> *Le Droit des Femmes*, París, 24 abril 1870. Recogido en: *Cinquante Ans de Féminisme 1870-1920*, Edition de la Ligue Française pour le Droit des Femmes, 1921, pp, 129-134.

Las funciones de los dos sexos en el medio social y en la familia pueden ser distintas, según las aptitudes o las vocaciones de cada uno, pero no sabríamos pretenderlas superiores o inferiores las unas de las otras. Los que incumben especialmente a la mujer son tan útiles, tan nobles, tan elevadas como las que realiza habitualmente el hombre. Es la igualdad dentro de la diversidad.

Los deberes morales deben ser los mismos para el hombre y para la mujer.

No hay en modo alguno dos morales: una moral masculina y una moral femenina. Solo el prejuicio ha podido crear semejantes distinciones.

Bajo esta relación, todavía el hombre y la mujer son iguales: es la igualdad en la moralidad.

Hay pues lugar para proclamar altamente la igualdad de los dos sexos ante la ley y ante la moral.

Los abajo firmantes entienden hacerlo y convocan a ello a todas las personas de buena voluntad que quieran secundar sus esfuerzos.

Apoyándose en las declaraciones que preceden, aprueban entre ellos los estatutos cuyo texto queda expresado a continuación».

Este acto de constitución, en París el 16 de abril de 1870 y la redacción de los primeros estatutos quedó avalado por varias firmas femeninas: la señora de Léon Richer, en primer lugar seguida de Maria Deraismes, viuda de Feresse-Deraismes, Amelie Bosquet, E. Garcin, Nelly Lieutier, Camile Perier, Anaïs Tiranty, De Bovet (Louise Audebert), Condesa de Guyon, etc., etc. Y el señor Léon Richer.

«La regeneración de Francia», al entender de Maria Deraismes, pasaba por la igualdad del hombre y la mujer ante la ley moral. *L'Avenir des Femmes*, que le publicó un artículo bien expresivo donde desenvolvía su razonamiento en esta línea, estaba dispuesto a defenderlo asimismo. Eran momentos políticamente delicados estando de fondo la guerra entre Francia y Prusia. Seguramente debió resultar polémico y por lo menos sorprendente ya que entraba de lleno en el tema de la prostitución<sup>14</sup>.

«Es urgente establecer las verdaderas condiciones de la moralidad, es decir derogar ciertas leyes y crear otras nuevas, en fin, actuar de tal suerte que

14 Artículo «La regeneración de Francia» publicado en *L'Avenir des Femmes*, 5 noviembre 1871. Reproducido en Krakovitch, Odile: *Maria Deraismes, op. cit.*, 1980, pp. 55-57.

no haya más que un código de moral igualmente aplicable cualquiera que sea el sexo de los individuos.

Se nos asegura que los Alemanes nos han combatido porque son más morales que los Franceses; que entre ellos el matrimonio es más respetado y que la familia tiene mayor lugar en su vida que en la nuestra.

(...)

Toda sociedad que admite como necesidad la prostitución es una sociedad minada en su base; lleva en sus flancos un virus, está marcada de antemano para la caída.

Solamente, esta caída es más o menos tardía. La prostitución, bajo sus múltiples facetas, no es más que la poligamia disfrazada.

Cuando los hombres se entregan a una inmoralidad sistemática, la disolución no tarda en deslizarse en todos los rangos.

El vicio está lejos de quedar circunscrito a los límites designados por la policía; se insinúa por todas partes donde hay una joven chica sin experiencia, sin supervisión, y sin protección. Aprendices, obreras, señoritas de comercio, sirvientas, artistas, son tantos elementos favorables a la prostitución latente. Más tarde estas jóvenes chicas, convertidas en cortesanas, siembran a su alrededor el escándalo y la desvergüenza. De día en día el círculo de la virtud retrocede, y está próximo el instante en que una sociedad floreciente se corrompe y está irremisiblemente perdida, si algunos remedios heroicos no la purifican de arriba abajo.

He aquí los remedios:

1. La búsqueda de la paternidad;
2. Separación o divorcio obtenido por la mujer, en caso de adulterio del marido, sin que haya necesidad de que la concubina habite bajo el techo conyugal.
3. Reconocimiento de los derechos civiles de la mujer.
4. Igualdad de salario a trabajo igual; admisión de la mujer en todas las profesiones liberales desde el momento que es capaz de ejercerlas.

En cuanto se promulguen estas leyes la moralidad ganará el cien por cien; y se operará entonces la regeneración de Francia».

Así, pues, la regeneración de Francia partía desde un eje de la moral personal y de la ciudadanía pero tocando fondo desde la zona más marginal y cenagosa a la sensibilidad, donde los prejuicios construidos socialmente penalizan, degradan y abandonan a la deriva a la mujer prostituida, sobre todo si pertenece a clases bajas. El hombre, sin embargo, sale más disculpado. María Deraismes gira y centra de



otra manera el discurso. La prostitución es un indicador de miseria en la moral social. Una vez puestos en ella, es el hombre quien puede desatar el mecanismo para la prostitución y no al revés. La mujer es la víctima por falta de otros recursos espirituales, morales y materiales.

Recordemos que Maria Deraismes ya había expuesto esta idea en sus conferencias unos meses atrás. Tras este breve artículo se perfila de manera integral el plan de reconocimiento de la mujer dentro del hogar y en la toma de posiciones dentro del espacio público: social y laboral. Maria Deraismes estaba siendo la promotora de una línea de vanguardia para la reforma: la autonomía de la mujer dentro de la pareja, unido al control legal sobre sus hijos y bienes. Era este un primer y sólido enclave sobre el que suele pasar desapercibida la fuerza revolucionaria que tuvo en su momento. Ya aparece también desde este momento el lema: «A trabajo igual, salario igual» difundido por Jules Simon y que se mantendrá recogido en las posteriores reivindicaciones desde *Le Droit des Femmes*.

Francia recuperó un periodo de estabilidad una vez pasados los años críticos de la guerra con Prusia y las disensiones habidas entre los partidarios de las tendencias reconstruidas bajo el Imperio y los de la República. La República fue restablecida y también intentó reavivarse la tendencia feminista. Los lazos con el mundo Anglosajón quedaron ya bien establecidos desde estos momentos. La Declaración de Séneca Falls en 1848 había significado un hito referencial y los movimientos protagonizados por las mujeres iban en aumento. Elisabeth Cady Stanton resulta ser un indicador significativo que sella la unión entre los feministas de uno y otro lado del Atlántico.

Hace años que conocemos esta relación. Ella estaba dispuesta a defender, de la misma manera que Maria Deraismes: «Nuestra idea protestante, el derecho de la conciencia y la opinión individuales; nuestra idea republicana, la ciudadanía individual». El ser madre, esposa, hija o hermana eran, a su entender, «relaciones incidentales», que no debían mediatizar el desarrollo de las facultades de la mujer como persona humana. Théodore Stanton, su hijo, vivió algunos años en París donde tomó contacto con los círculos de Léon

Richer y Maria Deraismes, llegando a participar en el congreso Internacional del «Droit des Femmes» convocado en 1878<sup>15</sup>.

Maria Deraismes, por entonces, como presidente de la «Société pour l'amélioration du sort des femmes» respondió inmediatamente a la llamada de Joséphine Butler para fundar la Federación Británica y Continental para la Abolición de la reglamentación de la Prostitución por parte del Estado, al finalizar 1875. *L'Avenir des Femmes* se hizo eco en cuanto comenzaron las actividades<sup>16</sup>. La voz de Maria Deraismes se puso a servicio de la causa aportando argumentos como conferenciante y fue también conocida y bien valorada en estos medios. Era el cometido salvar la dignidad de la prostituta, posibilitarle educación y otras maneras de ganar el sustento. *Le Droit des Femmes* y *Le Bulletin Continental*, órgano en prensa de la Federación Británica y Continental, entablaron relaciones de apoyo mutuo que se hicieron duraderas<sup>17</sup>.

Los años setenta, sin embargo, no resultarían propicios para las reivindicaciones feministas en Francia. La década que comenzaba iba a ser complicada. El Establecimiento de la República en sus años iniciales hubo de soportar fuertes tensiones. Los sucesos de la Comuna de París en 1871, que tanto miedo desataran entre la burguesía europea, no en vano habían tenido aquí su escenario y epicentro. Estas tensiones repercutieron directamente sobre el movimiento feminista que hubo de mantenerse en latencia hasta poder recuperar de nuevo su centro de gravedad y la oportunidad para proyectarse en las reformas exteriores.

15 Evans, Richard: *Las feministas...*, op. cit., 1980, pp. 50-53. Y sobre la aportación de Léon Richer - Maria Deraismes vinculados a esa primera etapa impulsora del movimiento desde el vector del anticlericalismo que él califica de moderado, ver pp. 152-157.

16 Referencia de periódicos afines, por ejemplo: *Le Bulletin Continental*, 15 diciembre 1876, nº 13, p. 99.

17 Señalemos, a modo de indicación, la conferencia pública organizada por la Asociación en Defensa de los Derechos Individuales, con el título «La reglamentación de la prostitución y la Academia de medicina», que intervinieron entre otros: Maria Deraismes, Caroline de Barrau e Isabelle de Bogelot, *Le Bulletin Continental*, 15 marzo 1888, nº3, p. 18.

Fue al comenzar los años ochenta y lograr fundar la Liga Francesa para el Derecho de las Mujeres cuando el movimiento pudo tomar el impulso definitivo. La cuestión quedó claramente expresada años después por un contemporáneo a los hechos con motivo de la celebración del cincuenta aniversario de la fundación<sup>18</sup>:

«Desgraciadamente, en sus comienzos la III República se mostró menos liberal que el Imperio. A fin de no asustar a los espíritus timoratos, y de no enajenarse al gobierno, *Le Droit des Femmes* (El Derecho de las Mujeres) pasó a llamarse, en setiembre de 1871, *L'Avenir des Femmes* (El Porvenir de la Mujeres) y la Asociación para el derecho de las mujeres decidió, el 5 de julio de 1874, llamarse a partir de entonces “Société pour l'amélioration du sort des femmes” (Sociedad para la mejora de la suerte de las mujeres). Esto no le impidió a pesar de todo estar puesta, poco después, en la obligación de disolverse.

En diciembre de 1875, Señor Buffet, ministro del Interior hizo llamar a Léon Richer, le hizo saber que la sociedad que él presidía debía ser disuelta, rehusó enviarle ningún escrito, pero le declaró que le hacía personalmente responsable de la ejecución de esta orden verbal. El periódico *Le Droit des Femmes* a pesar de todo continuó apareciendo y la propaganda también.

Aprovechando la exposición de 1878, organizó en París el Congreso Internacional del Derecho de las Mujeres. El éxito de este Congreso llevó al gobierno a modificar su actitud. Por Orden Ministerial de 3 de agosto de 1878, notificada a Léon Richer el 13 de agosto la “Société pour l'amélioration du sort des femmes” era autorizada. Esta se organizó rápidamente, pero habían surgido algunas diferencias entre Maria Deraismes que era presidente, y Léon Richer, este último se mantenía un poco a distancia. En noviembre de 1882 el fundador de la Asociación para el Derecho de las Mujeres retomó su antiguo título y sus antiguos estatutos e hizo revivir definitivamente la Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres.

El 21 de enero de 1883, la asamblea general decidió ofrecer la presidencia de honor a Victor Hugo. Ese mismo día Léon Richer se personó en casa de Victor Hugo que aceptó que la liga fuera colocada bajo su alto patronato.

A Victor Hugo sucedió en primer lugar Victor Schoelcher, después René Viviani. Gracias al apoyo de estos hombres eminentes y a la actividad de sus presidentes y presidentas: Léon Richer, Maria Pognon, Marie Bonneval,

18 *Cinquante Ans de Féminisme 1870-1920*, Edition de la Ligue Française pour Le Droit des Femmes, 1921, pp. 3-4. También he dejado bastantes otras referencias en para seguir la reconstrucción de estas relaciones dentro del feminismo internacional en *El Derecho Humano en España (1893-1963)*. *op. cit.*, 2007.

Maria Véronne, la liga se ha desarrollado prodigiosamente en toda Francia y ha franqueado fronteras; la Liga Francesa ha estado siempre estrechamente ligada a la Liga Belga para el Derecho de las Mujeres fundada en 1892; ha ayudado en la fundación de la Liga Rumana en 1910 y la Liga Helénica en 1920; se está empleando actualmente en organizar una liga española. Festejando sus cincuenta años de existencia, la Liga tiende sobre todo a rendir homenaje a sus fundadores, a aquellos que lucharon en las horas difíciles, y que no tuvieron la fortuna de ver la realización de su ideal».

### **La eclosión del feminismo francés en el entorno de la creación de la Liga Francesa para el Derecho de las Mujeres**

La unión inicial entre Léon Richer y Maria Deraismes, efectivamente, se bifurcaba a comienzos de los años ochenta. Este hecho, a mi entender, no representa sorpresa alguna. Era la manera de que ambos pudieran tener su propio espacio y protagonismo. Los dos tenían personalidad y recursos para encabezar un grupo. Visto en positivo, no se restaron sino que en la práctica se sumaron las dos fuerzas. No olvidemos que hacen falta varias asociaciones para constituir una Federación. La «Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres» en cierto modo, precisamente pudo nacer a partir de esta disidencia y quedó fortalecida ya que ambos supieron situarse de la manera inteligente y elegante que les caracterizaba. Léon Richer tuvo la presidencia en la nuevamente llamada «Société pour le Droit des Femmes» y Maria Deraismes en la otra sociedad que mantuvo el nombre de «Société pour l'amélioration du sort des femmes». El periódico *Le Droit des Femmes* que había pasado a denominarse *L'Avenir de Femmes* en 1871, recuperó su título inicial a partir de 1879.

El grupo que sostenía *Le Droit des Femmes*, encabezado por Léon Richer, tenía abierta una línea también hacia posiciones socialistas en apoyo de Hubertine Auclerc, otra disidente de las reuniones iniciales. La revista continuó haciendo de altavoz de los debates y las resoluciones de los congresos obreros socialistas que abordaban la cuestión femenina. Tenían muchas reivindicaciones en común. Así, en el cuarto congreso obrero en 1881 en el Havre se debatió la

situación de la mujer en cuatro aspectos: dentro de la familia, en la industria, sus derechos civiles y sus derechos políticos. Las resoluciones habidas entre los puntos que consignaron se dedicaron varios expresamente a la mujer, en este sentido<sup>19</sup>:

12. El congreso pide para las mujeres los mismos derechos civiles que para los hombres, los derechos políticos están reconocidos como derechos, pero limitados durante un periodo consagrado a la educación política de las mujeres, educación que la legislación deberá desarrollar.
13. Reclama el derecho pleno al salario a partir de la fórmula: a trabajo igual salario igual al de los hombres.
14. Las mujeres tendrán voz consultiva y deliberativa en el consejo comunal para todo lo que concierne a las cuestiones de educación y de instrucción.
15. La mujer no debe salir de su entorno para su trabajo más que cuando depende de sus propios recursos, es decir cuando es viuda o soltera.
16. Cada sexo debe abordar exclusivamente los trabajos para los que tiene aptitud.
18. El trabajo de las mujeres no debe jamás sobrepasar las ocho horas, con un intervalo de una hora por lo menos.
19. El Congreso quiere la supresión inmediata de la policía de costumbres, como una institución bárbara e inmoral.
21. La mujer debe poder competir en todos los concursos que tengan por objeto la obtención de un certificado de capacidad.

La Liga Francesa para el derecho de las Mujeres dejó publicado sus objetivos, programa y estatutos en *Le Droit des Femmes*, el 5 de noviembre de 1882. Tiene también sentido dejar recogida aquí una buena parte de aquellos textos que son muy expresivos sobre cómo estaba orientado el esfuerzo para la transformación de la mentalidad y de las leyes<sup>20</sup>.

«Preámbulo:

La cuestión de la igualdad civil y cívica de las mujeres está planteada por todas partes.

19 *Le Droit des Femmes*, París, 2 enero 1881, n° 194, p. 6. Los debates donde se examinó la cuestión fueron publicados en el número siguiente *Le Droit des Femmes*, París, 6 janvier 1881, n° 195, pp. 26-28.

20 *Le Droit des Femmes*, París, 5 noviembre 1882, n° 216 pp. 163-166.

Hace progresos rápidos y considerables en Inglaterra, en Suecia, en Italia, en América. Francia no puede quedarse atrás.

Nuestros más eminentes pensadores, nuestros escritores más renombrados, nuestros hombres políticos más considerables, se pronuncian a favor de una inmediata revisión de las leyes restrictivas que pesan de un peso tan pesado sobre una mitad de la especie humana, particularmente sobre las esposas y sobre las madres.

Es evidente que la mujer no ocupa ni en la sociedad ni en la familia el lugar que se le debe legítimamente.

Por todos lados está *rebajada*, por todos lados está *sacrificada*.

El código hace de ella una menor y una incapacitada; las costumbres hacen casi una esclava.

Incluso ante el trabajo, este deber para todos, esta suprema necesidad para el pobre, lo encuentra para sufrir la inferioridad de su sexo.

Desigualdad en la elección de profesiones, desigualdad en el salario –tal es su premio–.

Pero la desigualdad es la injusticia.

Todo ser humano debe poder vivir del producto de su trabajo.

Todo ser humano –sea hombre o mujer– debe disponer libremente de su voluntad y de sus actos.

La aristocracia de sexo, no es más justificable que la aristocracia de sangre. Los prejuicios sobre la superioridad o inferioridad de los sexos están condenados a desaparecer, como han desaparecidos los prejuicios de superioridad o inferioridad de las clases.

La mujer, en cuanto persona humana debe de ser libre y autónoma.

Debe de ser libre puesto que es responsable.

Debe ser autónoma puesto que se le ha reconocido una conciencia y una razón.

No hay responsabilidad sin libertad.

No hay dignidad sin autonomía.

A fin de prevenir todo equívoco sobre el sentido y la aportación real de las reivindicaciones que se trata de defender. Los promotores –miembros fundadores de la presente liga– decretan el programa siguiente:

Programa:

La ley dice:

La chica a partir de los quince años es la única responsable de su virtud;

La seducción no es un delito.

La corrupción, incluso de una menor, no es un delito.

La búsqueda de la paternidad está prohibida.

La búsqueda de la maternidad está permitida.

Los hijos naturales están a cargo de la madre sola.

Toda promesa de matrimonio es nula, sea seguida del abandono del niño.

El hombre en el matrimonio ejerce solo él la autoridad paternal;

Para casar a los hijos basta con el consentimiento del padre, si la madre reusa el suyo no pasa anda.

El marido tiene la administración de los bienes personales de su mujer.

El marido puede vender si quiere el patrimonio familiar.

El puede disponer de todos los efectos, mobiliarios, valores, muebles, joyas, etc., sin consultar a su mujer, y esto tanto a título gratuito como en provecho de una *tercera persona* (léase: de una *concubina*)

La mujer no puede ni hacer ni recibir una donación, aunque fuera esta de un miembro de su familia, sin el consentimiento de su marido

No pueden ser tutores ni miembros de un consejo de familia, *los menores, los impedidos, los hombres de una mala conducta notoria, los individuos condenados a una pena infamante...* y ¡las mujeres!

El adulterio del marido, perpetrado fuera del domicilio conyugal, no es castigable.

El adulterio de la mujer en cualquier lugar que sea consumado, es castigable.

El asesinato cometido por el esposo sobre la esposa así como sobre el cómplice, en el instante donde ellos sean sorprendidos en flagrante delito dentro de la mansión conyugal, es excusable.

El asesinato cometido por la esposa en las mismas circunstancias, *no es excusable*.

La mujer no puede ser admitida como testigo en los actos del estado civil, los testamentos, los arrendamientos, ventas, repartos de familia u otros actos públicos; ¡su firma no es hecho de fe!

He aquí lo que dice la ley –y una muchedumbre de otras cosas no menos humillantes–, que las mujeres ignoran o no aprenden más que demasiado tarde, cuando la desgracia misma se encarga de abrirles los ojos (...).

En fin, queremos:

Que toda mujer pueda vivir honradamente del producto de su trabajo sin estar obligada a recurrir a los recursos inmundos de la prostitución pública o clandestina.

En resumen:

1º Identificación completa del hombre y de la mujer desde el punto de vista de la posesión legal y del ejercicio de los derechos civiles, en espera de la posesión legal y el ejercicio de los derechos políticos.

- 2º Conservación para la mujer de la plenitud de estos derechos dentro del matrimonio. No más subordinación de la esposa al esposo; derecho de la madre igual al derecho del padre
- 3º Restablecimiento del divorcio.
- 4º Iniciación progresiva de la mujer a la vida cívica.
- 5º La misma moral para ambos sexos.
- 6º Abolición de la prostitución reglamentada; cierre inmediato de todas las casas de libertinaje; supresión de la policía impropia llamada bajo el nombre policía de costumbres morales”.
- 7º Derecho absoluto de la mujer de desarrollar su inteligencia por el estudio, de cultivar su razón, de extender el círculo de sus conocimientos, sin otros límites que aquellos que resulten de sus aptitudes o de su voluntad.
- 8º Libre acceso de las mujeres a todas las profesiones y a todas las carreras en las que justifiquen en el mismo grado que los hombres y después de exámenes semejantes, las capacidades y aptitudes necesarias.
- 9º Aplicación rigurosa sin distinción de sexo de la fórmula económica: *A producto igual, salario igual*”.

La revisión del Código civil colocando en pie de igualdad a los hombres y a las mujeres constituía un primer jalón básico, desde luego fundamental, pero no era el único frente desde el que luchar. Efectivamente, la incorporación a la vida laboral en equidad constituía una reivindicación paralela en la que se emplearon muchas energías y se diferenciaron niveles entre las capas burguesas y las obreras. La dinámica hacia la igualdad no podía parar hasta lograr la consecución de los derechos políticos. María Deraismes parece que tuviese muy claro este panorama así descrito de una manera integrada en su cabeza y fue desplegando también por las mismas fechas cierta actividad en pro de los derechos políticos, aunque consciente, según parece dijese en alguna ocasión, de que este triunfo correspondería lograrlo a sus «sobrinas», a la siguiente generación.

Llegados a este punto podemos reproducir el análisis que hizo Odile Krakovitch, hace ya dos décadas, ahondando en los lugares comunes unánimemente expresados por otros muchos historiadores. Según explicaba: «Aborda todos los temas: económicos, políticos y anticlericales. Su generosidad la pone del lado de la “proletaria del proletariado”, la mujer, todas las mujeres desde las “petroleras” hasta las madres solteras, pasando por los niños abandonados



y los animales sometidos a la vivisección». Está siempre de relieve «la generosidad desbordante de esta mujer que cedía siempre a la indignación que suscitaba en ella el espectáculo de todas las injusticias; además, de salud bastante débil, ella pagaba a menudo de su persona y siempre de su fortuna». Su moral era «muy fuerte y muy rígida, descansaba sobre una idea de Dios muy volteriana y sobre una fe profunda en el ser humano y en sus derechos, en la justicia y en la fraternidad».

Un feminismo «inseparable de sus convicciones republicanas y anticlericales» que resultaba un «puro producto de la clase política en la oposición», de ese «radicalismo de izquierda» que debería ir tomando cada vez mayor importancia durante la Tercera República. La generación a la que pertenecía Maria Deraismes era la de los grandes burgueses ilustrados que luchaban por la igualdad de derechos civiles y sociales «dejando para sus sobrinas» la obtención de los políticos y cuyos trabajos por la emancipación femenina quedaban encuadrados en la constitución de una sociedad «democrática, republicana y laica». En definitiva: «Maria Deraismes gracias a sus talentos como periodista y oradora tuvo el mérito de sacar el feminismo de los salones para llevarlo sobre la vida pública»<sup>21</sup>.

A lo largo del mes de noviembre de 1882 fueron llegando las cartas de adhesión a Léon Richer que fue cobrando todo el protagonismo en la constitución de la Liga Francesa para el derecho de las Mujeres mientras Maria Deraismes iba pasando a ocupar un lugar más discreto de reconocimiento, no podía ser menos, y honorario. Veamos como se expresaba Léon Richer las condiciones en que nacía la liga Francesa por el Derecho de las Mujeres<sup>22</sup>.

«No nos parece que las cosas vayan demasiado mal para comenzar. Muchas sociedades que han llegado a ser muy importantes han tenido los comienzos modestos. La acogida que acaba de hacérsenos prueba, según nosotros, dos cosas: en primer lugar que la opinión pública está mejor

21 Krakovitch, Odile, Maria Deraismes, *op. cit.*, 1980, pp. 11-21.

22 *Le Droit des Femmes*, París, 3 diciembre 1882, nº 217 en portada y páginas siguientes.

preparada de lo que se cree generalmente para aceptar las reformas que pedimos; en segundo lugar que se encuentra entre el cuerpo político elegido, hombres de corazón y de convicciones fuertes dispuestos a sostener nuestras justas reivindicaciones.

Las cartas siguientes que estamos autorizados a publicar harán comprender mejor que todas las explicaciones posibles la importancia real y el lado práctico de nuestra empresa».

La liga nacía con buenos augurios, no cabe duda. Estaba asentada sobre los mejores apoyos que se pudieran desear: la opinión favorable y las adhesiones de los políticos. Ambas estaban creciendo. Este mismo número de *Le Droit des Femmes* incluía a continuación varias cartas de adhesión. Entre ellas elegiremos una que nos interesará especialmente dejar recogida en este espacio. La carta estaba fechada 19 de noviembre de 1882:

«Mi querido Léon Richer:

Estoy feliz de ver que usted impulsa muy activamente la campaña para llegar a hacer obtener a la mujer los derechos civiles que debería tener desde hace mucho tiempo.

Usted funda la liga Francesa por el Derecho de las Mujeres; inscríbame como miembro de la liga, estoy enteramente con usted.

Reciba, mi querido Léon Richer, con la expresión de mis mejores sentimientos, mi más cordial apretón de mano.

Dr. Georges Martin, Consejero municipal de París».

Efectivamente el doctor Georges Martin, cuyo nombre comenzaba a resonar en los círculos políticos parisinos, se encontraba entre los convencidos para abrir estos caminos hacia la igualdad a las mujeres. Georges Martin recordemos que había asistido meses atrás a la iniciación de María Deraismes en la francmasonería en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado por la logia de *Les Libres Penseurs* de Pecq.

La lista de los miembros fundadores de «Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres», tal como habían llegado sus cartas de adhesión era bastante esperanzadora para la consolidación del movimiento.

Tenían bastante peso dentro del engranaje político. Estaba encabezada por un miembro del Senado, algunos diputados y consejeros municipales:

Señor Emile Deschanel, profesor del Collège de France,  
senador inamovible.

Cámara de Diputados:

Señor A. Laisant, diputado del Loira Inferior

Señor H. Couturier, diputado del Isera

Señor Ch. Boudeville, diputado del Oise

Señor Louis Guillot, diputado del Isera

Señor de Hérédia, diputado de París

Señor Clovis Hugues, diputado de Marsella

Señor Tony Revillon, diputado de París

Señor Ernest Lefèvre, diputado de París

Consejo Municipal de París:

Señor doctor Louis Fiaux

Señor doctor Georges Martin

El soporte político estaba bien trazado para recoger el coraje, el compromiso y la perseverancia de las señoras que dieron entidad al movimiento. La liga, ya hemos dicho, inicialmente contaba con dos asociaciones fundadoras: la encabezada por Léon Richer y la que encabezaba Maria Deraismes. La Ligue pour le Droit des femmes, meses después de su constitución tuvo una «primera Conferencia pública», el 7 de diciembre de 1883 en la Sala de las Fiestas del Gran Oriente de Francia. El acto en cierto modo estaba convocado para sellar una relación de apoyo con la ya mencionada Federación Británica y Continental que fundase Josephine Butler en 1875 y se estaba extendiendo internacionalmente.

La sesión estuvo presidida por el Señor Laisant, diputado y vicepresidente de la Liga. Y según quedó descrito el cuadro de composición de la mesa: «A sus lados, sobre el estrado, se destaca: Señora Chapman, presidente de la Rama francesa de la Federación Continental y general para la abolición de la prostitución reglamentada» (por el Estado); Señor doctor Louis Fiaux del Consejo Municipal

de París; señor Jean-Bernard de la Corte de Apelación, Señorita Maria Deraismes; Señor doctor H. Couturier, diputado del Isera; director del *Droit des Femmes*". El discurso corrió a cargo esta vez de la señora Emile de Morsier. La intención era poner de relieve la obra iniciada por Josephine Butler<sup>23</sup>.

Poco después, el domingo 17 de febrero de 1884, tuvo lugar la Asamblea General de la Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres donde se realizó el primer balance anual. Los organizadores –principalmente Léon Richer-, mostraban su optimismo basado sobre todo en el compromiso creciente que estaban adquiriendo los hombres políticos sensibilizados por la causa.

Se hizo notar la trayectoria de Victor Hugo a quien cabía ser presidente de honor. Junto a él se notaba la proximidad de otros hombres influyentes dispuestos a sostener la empresa. Según se fue explicando desde *Le Droit des Femmes*<sup>24</sup>:

«En el Senado, junto a Victor Hugo, tenemos la buena fortuna de contar con dos adherentes sinceramente vinculados a la causa que defendemos: los Señores Victor Schoelcher y Emile Deschanel.

“La Cámara de Diputados nos proporciona un contingente muy numeroso”, decían. Concretamente eran trece en aquella fecha los diputados que se habían manifestado públicamente como miembros de la liga. A los ocho nombres que hemos dejado registrados anteriormente tenemos que añadir los de: E. de Lacroix, diputado de Mâcon; Frédéric Passy, diputado del Sena; Gustave Rivet, diputado del Isera; Germanin Casse, diputado de París; Georges Laguerre, diputado de Vaucluse.

(...)

Podemos pensar que esta lista no está definitivamente cerrada. Otras adhesiones son esperables. Añadamos que la señorita Deraismes, está mujer de gran espíritu, este corazón abnegado por la defensa de todas las causas justas, y el eminente director del *Rappel*, señor Auguste Vacquerie, han tenido a bien aceptar el título de miembros honorarios de nuestra liga».

23 *Le Droit des Femmes*, París, 6 enero 1884, nº 230, pp. 8-12.

24 *Le Droit des Femmes*, París, 2 marzo 1884, nº 232, pp. 37-38.

## Capítulo 6

# **La liberación de la mujer producirá la renovación completa del individuo, de la familia, de la sociedad, dentro del perfeccionamiento indefinido de la humanidad**

### **Más artículos y actividades de Maria Deraismes desde la Sociedad para la Mejora de la suerte de las Mujeres**

La «Société pour l'Amélioration du sort des Femmes» era el reducito de Maria Deraismes desde el que canalizaba su aportación feminista y donde contribuía económicamente a su sostenimiento. La muerte de Angélique Arnaud, antigua y fiel militante de la asociación de Maria Deraismes tuvo sentida resonancia en estos medios del feminismo parisino.

La presidente, Maria Deraismes, envió una carta a todos los periódicos de París en la que trazaba el perfil de la finada a modo de homenaje póstumo y permanencia de su recuerdo. *Le Droit des Femmes* se hizo eco enseguida de su transcripción. Complementaba así otras necrológicas aparecidas en el mismo número. La recogemos también en este espacio pues, además de los datos que aporta sobre Angélique Arnaud, parece reflejarse bastante bien en ella la complacencia mostrada por la propia Maria Deraismes en la trayectoria seguida y los valores de fondo encarnados. Escuchemos nuevamente su voz<sup>1</sup>.

1 *Le Droit des Femmes*, París, 4 mai 1884, n° 234, p. 77.

«Señor Director,

Una mujer destacable por el talento y el carácter acaba de morir. Su vida encierra una lección y un ejemplo. A pesar de que su avanzada edad la aislaba del mundo y la obligaba al retiro, ella no ha cesado de producir obras sanas y fuertes.

Esta mujer se llama Angelique Arnaud.

La prensa, distraída por los ruidos cotidianos, los eventos aparentes, apenas se ha preocupado de esta desaparición súbita. Permitidme pues, Señor Director, en nombre de la confraternidad literaria que me unía a Mme Arnaud y en nombre de la *Société pour l'amélioration du sort des femmes*, de la que era miembro, dirigir un último homenaje a su memoria: tiene más de un título a nuestro reconocimiento.

Podemos afirmar aquí, sin exageración alguna, que no hay movimiento generoso y humanitario del siglo al que Mme Arnaud no se haya asociado. Su espíritu estaba sediento de lo bello, de lo bueno, de lo justo.

Supo cumplir integralmente los deberes de hogar como esposa y como madre y una vez conocidos los afectos y las ternuras exquisitas, no se limitó a los sentimientos de la familia, que degeneran a menudo en egoísmo de muchos; ella fue más allá. Vivió de la vida social, de la vida colectiva, impulsada por esta necesidad de solidaridad que la inquietaba.

Ella ha sido el apóstol de todas las grandes reivindicaciones. Es así que se convirtió en la defensora elocuente de la causa femenina colaborando en el periódico *Le Droit des Femmes* fundado por Léon Richer y que ha sido nuestra colega en nuestra Asociación.

Ella, en fin, ha participado, en la medida de sus medios, de su pluma, de su dinero, en todas las obras de libertad y de progreso.

En sus obras, que no son demasiado conocidas, ha dado muestra de facultades psicológicas superiores. Observadora sagaz, llevaba el análisis hasta los detalles más minuciosos, hasta los matices más delicados con un gran acierto en las expresiones, sin negligencia para reconstruir la síntesis, su espíritu era generalizador y filosófico.

Ella ha estudiado todas las cuestiones bajo diversas formas: novelas, noticias, artículos de periódicos, folletos. Pero su libro más remarcable es sobre la filosofía del arte. Ahí ha tratado de la estética, con maestría, a propósito del célebre Delsarte, de su teoría y de su método.

No nos apresuraremos en decir que ella lo ha acrecentado considerablemente; en una palabra, ahí ha puesto de sí misma. Ella ha tenido el extraño mérito de hacer salir una doctrina de un montón confuso de enseñanzas diseminadas y sin ligazón. Ella ha concentrado en su obra todas sus aspiraciones y las ha formulado con un estilo claro y elevado.

(...)

Hemos hablado todavía solo del talento; pero ¿qué diremos del carácter? Tenía el valor de la antigüedad. Su perfil dantesco, de contornos finos y enérgicos, acusaba bien la inflexibilidad de sus principios y la tenacidad de su voluntad. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias y las crisis que haya atravesado ha permanecido inquebrantable en sus convicciones. Las arrugas plegaban su frente, la vejez avanzaba sin que su alma firmemente templada sufriese ninguna alteración: no ha cesado de ser una protesta viviente contra los desfallecimientos, las vacilaciones y las palinodias de nuestra época.

Ella no ha modificado sus opiniones; ha sacrificado a ellas, llegado el caso, sus intereses más directos. Siempre se la reencontraba en lo que ella había sido: librepensadora, republicana y socialista en la más alta acepción del término».

Sin que terminemos de transcribir aquí este elogio fúnebre redactado por Maria Deraismes se ve con toda claridad cómo ella misma se iba proyectando en los ideales y valores en que creía, los que constantemente estaba poniendo de relieve en sus discursos, los que implícitamente constituían la tácita norma y velado referente hacia la elevación humana. La integridad y fuerza moral, la racionalidad y solidez en las convicciones considera que están en la base de las corrientes novedosas con las que ella misma simpatizaba: el librepensamiento, la república, el socialismo.

La «Asociación para la mejora de la suerte de las mujeres» había hecho un interesante llamamiento meses atrás abogando por el arbitraje entre las naciones en una oportuna coyuntura política. Este, constituye todo un documento pacifista que dejaremos recogido en estas páginas. Lleva consigo el estilo de Maria Deraismes. La conciencia humana debe comenzar a abrirse camino frente a las prácticas bárbaras que en otros tiempos de opresión y dominación han marcado las relaciones dentro de los pueblos y frente a sus vecinos. Estaba firmada por la presidente Maria Deraismes y las dos vicepresidentes: Louise David y V. Griess-Traut.

Es esta una pieza bastante sugerente e interesante que está en la órbita de la elaboración de ciertas «alianzas de humanidad» que fueron tomando forma internacional a partir de movimientos como

el de la fundación de la Cruz Roja en 1864. La creación de un Tribunal de Arbitraje Internacional venía configurándose desde los años setenta. Resultaron ser trazados internacionales, basados en la fuerza de la razón y el consuelo de sufrimientos a la humanidad, en los que estuvo presente también la acción de las logias de la Francmasonería.

La «Carta» dirigida al «Señor Presidente y Señores miembros del Consejo de Ministros», quedaba firmada en París el 11 de octubre de 1883 y exponía lo siguiente:

«Permitidnos expresar el sentimiento de dolor y profunda tristeza que nos causa la vía beligerante en la que el gobierno de nuestro país está comprometido.

Contemplamos con terror la eventualidad amenazante, ya realizada acaso, de una guerra en el extremo Oriente que puede convertirse en el punto de partida de una conflagración general, terrible, y ciertamente fuera de proporción, pese a las ventajas que ustedes esperan.

Los instrumentos de destrucción que la ciencia y el arte sacados de su misión bienhechora, han convertido de día en día más perfectos y por consecuencia más mortíferos, amenazan diezmar a los pueblos.

La guerra no es un hecho inevitable, fatal, es el resultado de la voluntad de los hombres, un abuso de la fuerza, una violación flagrante de la autonomía individual y de los derechos de la humanidad; es como medio de reglar las diferencias entre naciones civilizadas, un medio indigno de ellas.

Pertenece a Francia otra clase de iniciativa generosa e inteligente de progreso, de poner en valor el arbitraje internacional, un instrumento pacífico con el que la eficacia maravillosa ha prevenido ya tantas veces la efusión de sangre.

Está a vuestro alcance. Está en vuestras manos este instrumento. Señor Presidente y señores Ministros, depende de vuestra voluntad, de vuestra política, serviros de él, lo podéis, lo debéis, el sentimiento nacional os lo reclama como deber.

Nosotros, que estamos en la impotencia de actuar, a las que la ley priva de derechos imprescriptibles, consagrados por la naturaleza en la íntima dependencia del ser respecto a la que le ha dado el día con peligro de su vida... Pedimos la adopción definitiva del arbitraje internacional inscrito en nuestros tratados de comercio, para regular a partir de ahora pacíficamente todas las diferencias que puedan sobrevenir entre nuestro gobierno y los de las otras naciones.



La conciencia pública comienza a despertarse. Se inicia poco a poco en este grave problema de los derechos recíprocos de los gobernantes y de los gobernados. Ella ve en este derecho de disponer casi a destajo de los recursos de la nación hombres y dinerario, un abuso.

La experiencia le ha demostrado que la guerra no resuelve nada, siempre tiene que empezar de nuevo, sea para el vencedor para defender su conquista, sea para el vencido para retomarla. Que las consecuencias calamitosas que la guerra entraña no pesan más que sobre el pueblo.

En fin, ella (la conciencia pública) se apercibe igualmente que las causas de las diferencias, a menudo difíciles a definir, son además muy a menudo o extrañas o incluso opuestas a los verdaderos intereses de la nación.

Permítannos, pues, Señor Presidente y Señores Ministros, esperar que en razón de estas altas y numerosas consideraciones, ustedes querrán reconocer que el Arbitraje Internacional se impone a todas las naciones civilizadas bajo pena de perecer por el hierro o bajo la presión exasperada de los pueblos Bárbaros.

Si el Arbitraje es una necesidad para todos los gobernantes, es para la República Francesa un deber, y permítannos añadir, la más hábil de las políticas.

Perdónennos, Señor Presidente y Señores Ministros, la energía de nuestro lenguaje, es la expresión de nuestras vivas y patriótica percepciones.

Y quieran agregar la seguridad de nuestros sentimientos muy distinguidos y profundamente comprometidos hacia la patria».

Hemos de notar la impactante precisión con que está redactado el texto. Parte de evidencias, pasa por el sentido de la mujer generadora de la vida, cosa que refuerza la voz de autoridad para la cuestión que se está tratando y termina ensamblando esta actitud pacifista, elevadora del destino humano, con la función política que cabe realizar a la República.

Maria Deraismes venía sosteniendo desde los años setenta la «Sociedad para la Mejora de la suerte de las Mujeres» y paralelamente aquella otra que también ella había contribuido a fundar en 1866, ya mencionada en su lugar correspondiente, pero que estaba en situación crítica por entonces. La solución era fusionarlas. Así la nueva «Société pour l'Amélioration du sort des Femmes et la Reivindication de ses droits» tuvo su año de nacimiento en 1886. La renovada asociación recogió la convergencia de ambos legados

tanto por los fondos económicos como por las experiencias y actividades prácticas que una y otra venían realizando.

El artículo primero de sus estatutos redactados y aprobados en 1887 consignaba tener por principio:

«La reivindicación pacífica de los derechos de la mujer, a fin de hacerle salir por todos los medios legales de la condición de inferioridad en la que le han situado los códigos de todos los tiempos –inferioridad contraria al derecho, a la justicia, al progreso de la humanidad–. Se propone también la fundación de obras diversas útiles a las mujeres en todas las condiciones sociales donde sus propios intereses o los de sus hijos estén puestos en causa».

Art. 2. «Los medios de acción de la Sociedad son las Conferencias, los Cursos, las reuniones, sean públicas o privadas, las pensiones, bolsas y concursos que pueda crear, los premios, recompensas y socorros que pueda acordar, los congresos que pueda tener, las memorias, publicaciones, folletos y boletines que pueda querer publicar, en fin, todos los medios de propaganda y de publicidad a los que pueda querer recurrir para obtener y garantizar el éxito de su objetivo. Igualmente la fundación y mantenimiento de obras duraderas tales como Guarderías, Asilos, Círculos de lectura y de conversación, y Gabinetes de consultas diversas, de socorros de todos los géneros para interés particular de las mujeres y consecuentemente de los niños».

María Deraismes en estos años puso empeño para conseguir que se admitiese por ley la búsqueda de la paternidad y para que la Sociedad fuese declarada de utilidad pública. No llegó a ver realizados ninguno de estos dos propósitos durante su vida. La Société, a su muerte continuó trabajando en ellos. Anne Feresse-Deraismes asumió entonces la presidencia y volvieron a intentar ambas cosas. La memoria redactada en 1894 como apoyo a la petición para obtener el reconocimiento como Sociedad de utilidad pública retrocedía a este año de 1887.

Así que, gracias a este documento nuevo, podemos situarnos en las actividades de la «Société pour l'Amélioration du sort des Femmes et la Reivindication de ses droits» durante estas fechas en que

todavía vivía Maria Deraismes. La memoria quedaba explicada en los términos siguientes<sup>2</sup>:

«La Sociedad para la Mejora de la suerte de la Mujer y la Reivindicación de sus Derechos» es, por su origen, una Sociedad que remonta a 1886. Es justo decir que su título actual es el resultado de la fusión de dos sociedades anteriores a ella misma: la sociedad fundada por nuestra llorada Maria Deraismes, bajo el título *Sociedad para la Mejora de la suerte de la mujer* y la sociedad más antigua llamada *la Reivindicación del derecho de las mujeres*, que había sido fundada en 1866 bajo el cometido de establecer en París escuelas laicas, las cuales ahora están establecidas por todas partes.

En 1886, los acontecimientos políticos habían, en este intervalo, diseminado a los miembros de la *Sociedad de la Reivindicación del derecho de las mujeres*, quienes quedaban se reunieron con vistas a la liquidación de esta Sociedad.

Es necesario decir que el capital social adquirido para el objetivo de la fundación de las escuelas laicas había sido depositado en la banca Arlès-Dufour, y que la sucesión del banquero de la sociedad pedía descargarse del capital que detentaba.

La suma depositada se elevaba entorno a 6.000 francos. Con los intereses de este capital llegaba entonces a 9.000 francos más o menos.

Los miembros de la *Sociedad de la Reivindicación del derecho de las mujeres*, que recibieron de la sucesión de Arlès-Dufour el capital en cuestión, en lugar de votar la liquidación de la Sociedad, votaron por contrario su continuación, declarando que puesto que había un capital adquirido para la obra de reivindicación del derecho de las mujeres, era necesario llegar a conservar este capital para su primer destino.

Este primer voto para la continuación (conservación) de la Sociedad del derecho de las mujeres condujo enseguida a la fusión con aquella fundada por Maria Deraismes para *la Mejora de la suerte de la mujer*, la cual tenía también un pequeño capital en torno a 1500 francos y existían entonces para fortalecimiento de ella misma<sup>3</sup> dos autorizaciones ministeriales en fechas de 3 de agosto de 1878 y 17 de mayo de 1881.

Así pues, es de esta fusión operada en 1886, de donde data precisamente la Sociedad actual, como puede verse por los estatutos impresos en 1887, y adoptados precisamente con vistas a la nueva autorización ministerial

2 *Bulletin de la Société pour l'Amélioration du sort des Femmes et la Reivindication de ses droits*, n° 2, juillet, Août, septembre 1894, Memoire expose pour la demande de reconnaissance d'utilité publique, pp. 49-66. La memoria estaba firmada por Louise Barberouse (Secretaria Archivera) y Jules Allix (Secretaria adjunta para la Administración).

3 «Existait alors forte pour elle-même de deux autorisations».

que solicitó y en la que la orden que aprueba los estatutos está fechada el 16 de marzo de 1887.

El título y el origen de nuestra Sociedad está claramente explicado, deberemos hablar ahora de su desarrollo a partir de esta época de 1887, después de sus obras y de los servicios que ella ha podido desempeñar»

(...)

«Pero debemos hablar de las obras de la Sociedad después de 1887.

¿Qué hacer con un capital asegurado de 12 a 1.500 francos por año? Obras de propaganda, de enseñanza, de socorros mínimos.

La Sociedad de Maria Deraismes había fundado dos bolsas en una escuela de niñas para dos alumnas a las que ella pagaba la educación. Naturalmente la nueva sociedad continuó su patrocinio a estas jóvenes, que ambas dos pasaron sus exámenes de institutrices, y, de la misma manera, una de ellas, posteriormente continuó sus estudios como alumna de farmacia.

A partir de 1887, la Sociedad resolvió para propagar sus ideas, establecer cursos y Conferencias regularmente de interés para las mujeres, y para el progreso general intelectual con vistas a las instituciones útiles para las mujeres. Elaboró dentro de este objetivo, un programa general que tenemos el honor de adjuntar aquí en apoyo de lo que decimos. Establecido el programa, la Sociedad se puso en comunicación con todos los Municipios de París, e incluso también con algunos municipios del departamento del Sena. Debemos decir que todos los Municipios respondieron de una manera favorable a nuestras intenciones. La primera conferencia se hizo con algún éxito en Saint-Maur-les-Fossés en 1887, y enseguida se quiso regularizar este movimiento.

En primer lugar debió limitarse a algunos de los municipios de París, aquellos que se mostraron más favorables; pero las salas disponibles de los ayuntamientos estaban ya ocupadas, y fue forzoso remitir la ejecución de este proyecto al año siguiente, al momento en que se hacía en los ayuntamientos la programación de los cursos del año.

Al año siguiente, en 1888, debimos ocuparnos de preparar el Congreso que tuvo lugar en 1889, por el Centenario.

Entre tanto, la propia Maria Deraismes hacía de vez en cuando conferencias públicas y diversas en las que el éxito estaba asegurado de antemano. Ella no escatimaba su gran talento de palabra y lo ponía a disposición de todas las obras útiles y buenas. Después ella empleaba su ocio en la publicación de sus libros o en la composición de aquellos que se proponía publicar.

De tal manera la Sociedad estaba siempre activa; aunque muchos miembros hubiesen querido más precisión en la organización de su acción; más aún hasta en sus operaciones.

Se respondía siempre que no era necesario presionar nada y que todos los gastos que hubieran podido contraer las obras útiles se recogerían un

día, cuando se pudiera obtener el reconocimiento de utilidad pública, lo cual se convirtió en objetivo una vez que habíamos adquirido un capital de 15.000 francos –puesto que, en 1887, había sido dicho que nos hacía falta poseer para ello un capital mínimo de 20.000 francos–.

La Sociedad, mientras tanto, no desaprovechaba jamás ocasión alguna que pudiera parecerle favorecer el éxito o el progreso de sus ideas. Se interesaba directamente en todas las tentativas que fueran hechas en favor de las mujeres, se abonaba a los periódicos, suscribía a los Congresos, se hacía ahí representar casi siempre, y, en estos últimos tiempos notablemente, tuvo una representante en el Congreso de las mujeres en la Exposición de Chicago.

Además, desde 1888, ella misma emprendió para París el Congreso francés e internacional del derecho de las mujeres, que debía tenerse en París, durante la Exposición Universal del Centenario de 1889.

Nosotros defendimos siempre ante las Cámaras el voto de la ley a favor de las mujeres comerciantes. Es un hecho que en nuestro mismo Congreso de 1889 fue aportada la esperanza del voto que se efectuó después».

La estela de Maria Deraismes continuaría dentro de la «Société pour l'Amélioration du sort des Femmes et la Reivindication de ses droits», más allá de su muerte en 1894. Aquel mismo año fue transcurriendo, como si dijéramos, prolongando sus últimas voluntades y trabajos emprendidos. Así insistieron en hacer llegar a la Cámara de Diputados la modificación de la ley a favor de la investigación de la paternidad, aunque fue frenada. También seguía su trámite el reconocimiento de utilidad pública para la Asociación. Estaban apunto de conseguir el «electorado de las mujeres comerciantes».

La asociación acudió también al Congreso sobre la Moral Pública tenido en Lyon, presentando un informe en la sesión del 28 de setiembre de 1894. Estaba basado en unos apuntes históricos sobre cómo las mujeres habían tenido capacidad legal y cómo se les había incapacitado en los últimos años. Terminaba haciendo resonar de nuevo la voz Maria Deraismes:

«Desde hace veinte años, Maria Deraismes, Presidente de la «Société pour l'Amélioration du sort des Femmes, no ha cesado de reclamar el voto de las mujeres comerciantes, para Jueces los en los Tribunales de Comercio; esta ley ha sido votada por el Senado el 21 de febrero de 1894.

Para terminar nuestra exposición. Sometemos a la aprobación del Congreso el texto de la última petición firmada por nuestra llorada Maria Deraismes, que es la misma fórmula de nuestras reivindicaciones.

“Considerando que la mujer debe ser igual al hombre en la sociedad y ante la ley, que ella paga los mismos impuestos, que ella está sometida a las mismas cargas que, en el estado actual, la mitad de la nación francesa está excluida del derecho de elegir a sus mandatarios;

Considerando que la Francia republicana no puede permanecer inferior a los países monárquicos, desde el punto de vista de las libertades, y que los derechos reclamados no son en parte más que una restitución.

Emite el voto siguiente:

Los Franceses y las Francesas son iguales ante la ley”<sup>4</sup>».

### **El Congreso Feminista de 1889: en el centenario de la revolución que había proclamado los derechos del hombre y del ciudadano**

*Le Droit des Femmes* hizo una primera llamada finales de 1888 para la convocatoria del congreso Francés-Internacional por el derecho de las mujeres. La Comisión de iniciativa estaba compuesta por: el señor Léon Richer; el señor René Viviani, abogado en el Tribunal de Apelación de París; el señor Georges Martin, Senador; el señor Colfavru, Diputado; el señor R. Davenne, publicista; Doctor H. Thulle, Antiguo Presidente del Consejo Municipal de París; el señor Auguste Dietrich, hombre de letras; la señorita Z. Blandin, Vice-presidente de la Liga francesa por el Derecho de las mujeres; las señoras Isabelle de Bogelot, Emilie de Morsier, Christin, J. Richer y Amélie Ragon; la señorita Jeanne Perrot y la señora H. Wild.

Según explicaron: «Ya la “La Société pour l’Amelioration du sort des Femmes et la revindication de ses droits” ha publicado su manifiesto tenemos motivos para pensar que esta sociedad unirá sus esfuerzos a los nuestros. ¡Nada de división! ¡Unión estrecha! ¡Que

4 Rogaron que el Congreso emitiera un voto sobre esta resolución y lo aprobó por unanimidad: *Bulletin de la Société pour l’Amelioration du sort des Femmes et la Reivindication de ses droits*, n° 2, juillet, Août, septembre 1894, «Rapport présenté au Congrès de la Morale Publique, tenu à Lyon, seance du 28 setembre, aun nom de la Société pour l’Amélioration du sort de la Femme, par Mme Vincent, pp. 75-80.

tal sea nuestra divisa!»<sup>5</sup>. La «Ligue pour Le Droit des Femmes» y la «Société pour l'Amelioration du sort des Femmes» efectivamente prepararon juntas aquel congreso feminista Internacional previsto para tener lugar en la onda de muchas otras reuniones científicas promovidas con ocasión de la Exposición Universal de París de 1889.

La Comisión Mixta para el reparto de cargos y responsabilidades quedó constituida de la manera siguiente: la señorita Maria Deraismes; M. Léon Richer, presidente de honor; las señoras Christin y Griess-Traut, vicepresidentes; la señora Louise Kopp, Secretaria General; MM René Viviani, abogado en el Tribunal de Apelación de París, y Léon Giraud, secretarios adjuntos; la señora Feresse-Deraismes, tesorera.

Aquellos pasos conjuntos del movimiento quedaron gravados en la memoria de otros más jóvenes que dejaron constancia escrita pasado el tiempo, pero aún vivos los recuerdos. Años después, al celebrarse el cincuenta aniversario de la fundación de la liga, se preparó una publicación en la que se reunieron diferentes aportaciones. El testimonio de René Viviani en aquella conmemoración a la altura de 1920, como presidente de Honor de la Liga Francesa por el Derecho de Mujeres, resultaba muy expresivo. Hacía revivir los inicios sencillos y voluntariosos del movimiento bajo la sombra protectora de Léon Richer y aquella imagen resuelta y generosa que Maria Deraismes tenía bien ganada y reconocida por entonces<sup>6</sup>.

«*El Derecho de Mujeres* era una pequeña y modesta revista y Léon Richer, ayudado de redactores benévolos, se bastaba cada semana para animarla de su impulso, que el tiempo, las privaciones, ¡desgraciadamente! cada día venían a atenuar. Me acuerdo de su pequeña casa de la calle de Deux-Gares muy cerca de la Estación del Este donde nos reuníamos una vez por mes, el sábado después de cenar. Éramos bien poco numerosos quienes

5 *Le Droit des Femmes*, París, 18 novembre 1888, n° 334, pp. 253-255.

6 *Cinquante Ans de Féminisme 1870 - 1920*, Edition de la Ligue Française pour le Droit des Femmes, 1921, pp. 5-7.

estábamos por entonces alrededor de un hombre de justicia que empleaba las últimas fuerzas de su vida en el combate donde tantas mujeres, todavía ignorantes, se desentendían.

Fuera de nuestro pequeño círculo, otro, más vivo y también más rico se había fundado hacía tiempo. Tenía por apóstol a una noble mujer. La señorita Maria Deraismes. La conocí en 1889 en el momento en que la Exposición había reunido en París a muchos extranjeros. El Congreso Internacional de El Derecho de las Mujeres, donde yo era uno de los secretarios, se tuvo en la Sociedad de Geografía. Existía al contrario de una rivalidad natural una unión estrecha para la acción y una comunidad de visiones perfecta. La señorita Maria Deraismes, que había comenzado las conferencias hacia el fin del Imperio era una mujer de una gran cultura. Republicana de 1848, siempre iluminada de un alto ideal moral y social, desprendía a su alrededor una influencia benéfica. Los feministas de hoy no podrán jamás olvidar lo que deben a Léon Richer, el austero y pobre artesano del pensamiento que preso de la medianía de la vida y de la enfermedad, desde el fondo de un hogar modesto, ha luchado, y a la noble mujer que hizo de su fortuna el más generoso empleo, cuyo espíritu y corazón estuvieron lejos del egoísmo que sugiere a menudo la riqueza y que ha dado su vida por sus ideales».

Entramos así en la sesión de apertura del Congreso francés e internacional del derecho de las mujeres que tuvo lugar el 25 de junio de 1889. El Discurso central pronunciado por Maria Deraismes en medio de una indudable expectación y solemnidad, resultó ser otra de sus interesantes y expresivas aportaciones. Estamos a tiempo de escucharla, nuevamente, en todo su esplendor<sup>7</sup>:

«Mis señoras, Señores,

Teniendo el honor de abrir este Congreso, debo traer a vuestra memoria que es el segundo Congreso francés e internacional del derecho de las Mujeres tenido en París. El primero tuvo lugar en 1878 con ocasión de la Exposición Universal, y era la primera vez que en Europa un Congreso especial se ocupaba exclusivamente de los intereses femeninos. Había sido organizado por mi excelente amigo Léon Richer, de quien no destacaré,

<sup>7</sup> Este discurso que se publicó en la *Revue Internationale* está recogido por Krakovitch, Odile; *María Deraismes ce que veulent les femmes, articles et conférences de 1869 à 1891*, París, Syros, 1980, pp. 101-109.



aquí, la devoción por la causa de la que nos hemos hechos los abogados y los campeones.

Este año, el centenario del 89 nos ha parecido una época totalmente indicada para una gran manifestación femenina y, en esto, nuestra opinión se encuentra de acuerdo con el sentimiento público.

(...)

Después de haber expresado nuestro reconocimiento a aquellos y aquellas que nos han dado su apreciado apoyo, me queda dar algunas explicaciones para las personas que se han sorprendido de que nuestro Congreso no sea oficial. No es oficial porque no hemos creído deber aceptar las condiciones que nos imponía la dirección de la gestión de la Exposición. En parecida circunstancia parece que la dirección se reserva el derecho de elegir a un presidente. Acontece que el presidente que nos ha sido designado es ciertamente una notoriedad, yo diría más, es toda una ilustración por su doble cualidad de senador y académico –sin desplazar al señor Alphonse Daudet- y sobre todo por su incontestable talento oratorio; pero, existe un pero, este personaje ilustre no enfoca la cuestión de la mujer como la enfocamos nosotros<sup>8</sup>.

Ninguno de ustedes ignora que en todas las cuestiones se produce entre quienes se interesan por ellas divergencias notorias.

Mientras se lleven sobre el detalle, son insignificantes, y está permitido, sin desbaratar, entrar en composición. Pero cuando se llevan sobre el fondo mismo, la concesión es imposible, pues se convertiría en deserción.

En lo que concierne a la mujer, los partidarios de ciertas reformas se dividen en dos campos: los liberales y los proteccionistas. Los liberales son aquellos que parten del derecho, que declaran integral, irreductible; es decir aquel que nada se puede quitar, aquel que nada se puede añadir; y ellos afirman que el derecho es la prerrogativa de todo ser humano consciente y responsable.

Los proteccionistas, al contrario, se basan sobre sus privilegios, y conservando su carácter de privilegiados, ellos entienden delimitar el campo de acción de aquellos o aquellas a quienes protegen, les prescriben lo que deben o no hacer. Es en el espíritu que se encontró una mayoría de

8 Odile Krakovitch explica que este Congreso marca una etapa importante en la reflexión de María Deraismes reconociendo explícitamente una división dentro del movimiento feminista entre quienes llaman los «liberales» y los «proteccionistas». El presidente propuesto por los organizadores y rechazado por ella y Léon Richer se trataba de Jules Simon. Este reformador social había abogado por medidas protectoras como la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres. Un mes después en julio de 1889 se convocó bajo la presidencia de Jules Simon el Congreso des Oeuvres et institutions féminines. Ver pp. 101 y 102.

la Cámara para votar la prohibición del trabajo de noche de las mujeres en las industrias y fábricas.

(...)

Sin duda, la intención es buena. Es bonito decir, en un sentido opuesto al de Bossuet, “dormid vuestro sueño”, pero sería igualmente práctico poder añadir: “comed vuestra hambre”. Este detalle ha sido omitido.

Este género de protección parece más una restricción, una opresión, que una ventaja concedida. Nosotros sabemos, además, por experiencia, que protección y libertad son dos términos que, recíprocamente, se excluyen. Y, de otra parte, ¿no conocemos la inanidad de esta protección más declamatoria que efectiva?

Así pues, como el presidente que debíamos subir es proteccionista, lo hemos rehusado en las formas más corteses y hemos preferido que nuestro Congreso fuese libre. Es que ante todo, hemos querido abordar la cuestión desde sus raíces más profundas y no superficialmente. Todas nuestras reclamaciones sacan su fuerza sólo desde los principios de justicia, de igualdad y de libertad, donde se cumple<sup>9</sup> el derecho. Y como acabamos de decir, el derecho es indivisible; lo que no nos impide proporcionar nuestras peticiones de reformas conforme a la mentalidad del tiempo<sup>10</sup>.

Nuestro Congreso siendo libre, cada cual puede expresar en él su pensamiento completo, y con ello nosotros nos adaptamos, además, a la alta significación del centenario.

El pensamiento fecundo que determinó la Revolución del 89 es un pensamiento de libertad. La libertad es fecunda porque engendra toda iniciativa, todo desarrollo, todo progreso. La libertad es la primera necesidad de los seres; instintiva en las especies inferiores, es racional en la nuestra.

(...)

Es así que en nuestra democracia francesa, nos conmocionamos a la vista de una extraña antítesis, antítesis monstruosa, nos muestra de una parte, instalada en gruesos caracteres sobre nuestros monumentos públicos, esta soberbia y orgullosa divisa: libertad, igualdad, fraternidad; y de la otra “Artículos del Código 442 y 443”: son excluidos de la tutela los menores, los impedidos, las mujeres y aquellos que hayan sufrido una condena infamante.

Esto es el desprecio más profundo grabado en todo su cinismo. Esta asimilación a un ser que no tiene todavía toda su razón o a un ser degradado o criminal, es el colmo del insulto.

(...)

9 «D’où ressort le droit», literal: donde sale de nuevo el derecho.

10 «À l’état d’esprit du temps», literal: al estado del espíritu del tiempo.

A pesar de los desarrollos de la ciencia y de los milagros que lleva a cabo cada día, a pesar de la difusión de las luces y de la divulgación de las verdades en todos los ordenes, dos caracteres destructores quedan permanentes: el uno pertenece a la barbarie: la guerra; el otro a la decadencia: la corrupción.

He aquí los dos virus que roen las sociedades, gérmenes mórbidos que la altura cultural no ha logrado aún extirpar, y a los cuales ninguna civilización escapa, bien (sea por) que cada una de ellas encuentra en ellos la fuerza de resistir e incluso la de triunfar.

Pero esta fuerza lejos de ser reconocida, se complacen en aniquilarla. Esta fuerza reside en la mujer. La mujer es por su constitución y la naturaleza de su mandato, el agente moral y pacífico por excelencia. Y no es la primera vez que yo enuncio esta verdad. Se bien que se ha recriminado y que las objeciones no han parado.

(...)

¡Ah! habéis creído invalidar impunemente a uno de los principios constitutivos de la humanidad; ¡Ah! habéis arbitrariamente marcado a la mujer de incapacidad, habéis comprimido su cerebro; le habéis impuesto durante siglos la ignorancia sistemática; le habéis impedido llegar por la línea derecha, y ¡os sorprendéis de que tome la vía contraria! Pero sabed que a pesar de todo no se destruye una fuerza natural, y que comprimida de un lado, estalla con mayor violencia del otro.

Tenéis en las manos una fuerza de cohesión inmensa, una fuerza armónica apta para hacer nacer en la familia y en la sociedad el acuerdo y el entendimiento, y la habéis convertido en elemento de disgregación. Ya sea que la mujer, empujada por las fatalidades de la miseria, lleve la vida irregular; en este caso ella es el disolvente más activo de la familia, de la sociedad y de la fortuna privada y pública; ya sea que permanezca en la regularidad, por la causa inversa, se convierte en disolvente por la concentración exclusiva de sus afecciones domésticas; ella crea entonces el egoísmo familiar, egoísmo de muchos, que no es menos temible, y que, bajo la denominación de nepotismo, produce por si mismo deplorables consecuencias en política.

Yo sé bien que, a pesar de esta acción compresora ejercida sobre la mujer desde innumerables siglos ésta ha dado frecuentemente pruebas de su valor intelectual y moral. En todas las épocas de la historia que caracterizan un progreso conseguido o un peligro conjurado, vemos surgir estas grandes figuras femeninas que comunican por todas partes el movimiento y la vida y convierten en acto lo que la víspera no era más que aspiración, discurso, teoría.

Es así cómo el patriotismo más entregado, el más puro, el más heroico se encarnó en una humilde campesina, he nombrado a Juana de Arco.

Vuelvo al punto de partida; sí, la mujer es el elemento pacífico, lo he dicho muchas veces y lo repito hoy; la verdad no es variable. Ella es el elemento pacífico porque es la gran generadora y conservadora de su obra; ella conoce el precio de la existencia, ella que la transmite a riesgo de perder la suya.

Y puesto que ella es conservadora de su obra es necesariamente educadora y moralizadora; la moral que es una ley de orden, es en consecuencia de conservación.

La mujer es la educadora genial, entiendo por ello que ejerce su influencia modificadora sobre el niño antes de su nacimiento; ella le penetra de su propia vida, ella le impresiona de sus impresiones. Durante este largo periodo de la gestación su acción es incesante, y aun cuando las circunstancias de la vida social no le permiten cumplir integralmente su mandato que es, para todo ser viviente, macho y hembra, el de transmitir la vida, ella conserva los caracteres indelebles.

A la hora presente. El día comienza a hacerse en los espíritus, esto no es demasiado temprano. Las sociedades están cansadas de tornar en un mismo círculo y de recular cuando creen avanzar.

Ellas se preguntan con asombro: ¿de dónde viene el obstáculo? Y entonces, siguiendo la rutina de la tradición, se lo achacan a la mujer. Cuantas veces ustedes no han oído a nuestros hombres políticos durante los periodos electorales, por ejemplo, cuando se trata de hacerse con un cantón o un distrito recalcitrante, exclamar con el acento más desolado: “Pero son las mujeres las que están contra nosotros, ¡ellas son reaccionarias, ellas están con nuestros enemigos!”. Sí, Señores, ustedes están sorprendidos, escandalizados; pero ustedes están recogiendo justamente los frutos de la educación que ustedes les han dado. Son ustedes quienes han trazado el plan de esta enseñanza, ustedes quienes han redactado los programas; si las consecuencias no son mejores, asúmanse con esto a ustedes mismos<sup>11</sup>.

En fin se comienza a sospechar la verdad. La ciencia encaja el mismo paso, repudia las viejas teorías de la inferioridad cerebral de las mujeres y del elemento masculino en la obra de la generación. Sin duda grandes naturalistas se han revelado ya contra ellas, pero persisten en ciertos cerebros

11 «Prenez-vous en à vous-mêmes» literal, «tomen/soporten ustedes (en este hecho) a ustedes mismos». Es esta otra de esas expresiones contundentes propias de María Deraismes mediante las que cierra el círculo. Es una consecuencia lógica que cae a plomo, sin dejar escapatoria. Forma parte de esa idea directriz en su pensamiento por la que ambos factores de la humanidad tienen ligada su suerte inexorablemente. Podríamos traducir también por: «tengan su propia obra», «recojan sus propios frutos» o «véanse en su propio espejo»... etc.

académicos; y la ciencia en las confesiones sinceras que hace actualmente en la escuela de antropología y en otros lugares, está sometida al testimonio de los hechos. Una vez que las mujeres están admitidas en los cursos y en los concursos, se les ve conquistar todos los grados, y esto en las más brillantes condiciones. Es bajo el imperio de la experimentación diaria como se han conseguido reformas muy importantes en favor de las mujeres en la legislación de muchos países, notablemente en América.

(...)

¿Qué hemos obtenido nosotros? Relatemos los avances que hemos podido adquirir; están en número restringido. La enumeración será vivamente hecha. En primer lugar, la instrucción, la admisión en los cursos y en los concursos, la obtención de los grados de bachiller, de doctor en medicina. Una mujer ha sido aceptada como interna en los hospitales, después de numerosas réplicas<sup>12</sup>, pero la causa no está ganada, hace falta tanto. Una mujer ha sido nombrada igualmente miembro del Consejo superior de instrucción pública. Esto es mucho y es poca cosa, porque no está definitivamente contemplado por la ley. El Código no ha cambiado; permanece inmutable en su expresión formal. De tal modo lo que ha sido conferido ayer por pura complacencia, por tolerancia, puede ser retirado mañana. *Nada será hecho en tanto que el Código no sea modificado en el sentido de la igualdad de los sexos».*

Ya una vez pasada la fase de argumentar y de exponer el nudo de las reivindicaciones para conseguir la reforma del Código civil, el discurso estaba por concluir. Maria Deraismes, con buen sentido oratorio, parece que hiciese una nueva recopilación de energías para esta parte final, que se creciese, dando estos últimos toques con uno de sus arranques magistrales:

«Se prepara en este momento la más grande, la más considerable de las revoluciones que jamás se hayan cumplido en la humanidad; no habrá otra parecida. Esta revolución será eminentemente fecunda, porque será pacífica. Para que se produzca, no hay necesidad de barricadas, ni de pólvora, ni de dinamita, ni de efusión de sangre; se hace en las conciencias y se sancionará por las leyes que le darán su fórmula definitiva.

Esta revolución es resolutive porque es radical. Se remonta a la fuente primordial de la mayor parte de nuestros males. Ataca directamente la iniquidad inicial que se acusa desde el primer agrupamiento humano, donde

12 La expresión francesa literal es «après bien des contestations».

las relaciones establecidas entre los dos factores para la perpetuidad de la especie se hicieron jerárquicamente en lugar de ser igualitarios. De aquí resulta la confusión, en una palabra, la falsa distribución de los derechos y de los deberes, así como de las responsabilidades, esto que en sus propios términos se llama el desorden.

¿Qué es el orden?

El orden reina a medida que cada ser, cada individuo ocupa la plaza que le ha asignado la naturaleza, que en ella encuentra la condición de su desarrollo y los medios de cumplir su destino. Cuando hay orden en la base de las sociedades, hay armonía y consecuentemente paz.

Más aún, cuando reivindicamos enérgicamente que los derechos de la mujer deben equivaler a los del hombre, esto no es solamente para que ella tenga la satisfacción de ejercer su control sobre los asuntos públicos como sobre los asuntos privados; esto no es solamente para que ella se convierta en elector, consejero municipal, diputado, senador; esto no es solamente para que ella persiga ciertas carreras que le han sido largo tiempo prohibidas; no, nosotros tenemos a la vista un objetivo superior. Se trata, en efecto, del porvenir social, de la garantía del progreso. Restituyendo a la mujer lo que le es debido, restituyéndole la dignidad humana de la que le han privado injustamente leyes arbitrarias, proporcionaríamos al mundo civilizado un aporte nuevo, no por la introducción de una fuerza nueva sino por un mejor empleo de las que existen.

Por el solo hecho de la liberación de la mujer se obtendría la renovación completa del individuo, de la familia, de la sociedad, en una palabra, el perfeccionamiento indefinido de la humanidad».

María Deraismes, como vemos, una vez más trazaba el discurso desde la perspectiva de la entidad primigenia de la especie humana, tomada como una evidencia natural. Estamos ante una constante fundamental en su pensamiento. La idea de que las mujeres puedan liberarse de atavismos pertenece al orden de la naturaleza. Enraíza, pues, en lo más profundo. Contemplado en el aspecto interior, individual, atañe a las posibilidades de desarrollar las capacidades y visto en la proyección exterior, familiar y social, a la manera de emplearlas.

Así pues, la emancipación de las mujeres forma parte de un proceso natural en medio de las armonías complementarias que el género humano se va trazando dentro de sí mismo tanto en un tiempo concreto dado como en su progresión evolutiva a lo largo de la historia. La emancipación no es un problema exclusivamente

femenino, por tanto, sino que está suscitado y verbalizado dentro de las relaciones de intercambio entre los sexos.

No es tan sólo a la mujer a quien beneficia el proceso de emancipación propuesto, es el hombre quien se empequeñece y distorsiona sus capacidades, oprimiendo, controlando, temiendo el desarrollo de las de la mujer. El hombre mientras continúe subyugando a la mujer, recibirá el efecto del mal que hace, devuelto por el espejo de simetría de la ley de la naturaleza, sobre su propia entidad humana. Será el hombre quien primero entre por la senda real de su engrandecimiento humano, a medida que se reconcilie con la parte que ha dejado proscrita de su propia entidad, a través del reconocimiento y la aceptación de su propia parte mutilada en la mujer.

Es muy importante, a mi entender, tener en cuenta este punto de mira desde donde está centrado el sentido humanista integral de Maria Derasimes. Es el que constituye el núcleo y la originalidad de su aportación dentro del discurso feminista: la unidad de la especie humana entendida dentro del entendimiento y equilibrio complementario, intelectual, moral, afectivo y sensitivo de ambos sexos.

*Le Devoir*, la revista fundada en 1878 por André Godin, a su vez fundador del familisterio de Guisa estaba pendiente de este discurso. La asociación sostenida por su mujer a la muerte del fundador, estaba colaborando y mostrando una fuerte preocupación social en los Actos del centenario de la Revolución. Aquella sesión de apertura Congreso francés e internacional del derecho de las mujeres quedó resumida con estas atractivas y bien elegidas palabras:

«Se prepara una gran revolución, la más grande, la más fecunda que se haya visto y se hará sin insurrección en la calle, sin barricadas, sin dinamita. Se hace en este momento en las conciencias, se hará pronto en las leyes. Para esto bastará restablecer la ley del orden: que los dos factores de la humanidad sean igualitarios y no jerárquicos. Este es el precio del desarrollo continuo e indefinido del progreso de la humanidad»<sup>13</sup>.

13 *Le Devoir*, Guisa, 1889, p. 106 y p. 424.

## **La Exposición Universal en 1893: lo que no ha germinado dentro del cerebro femenino solo está en la superficie del cerebro del hombre**

La ciudad de Chicago albergó una Exposición Universal en 1893. También en la onda del acontecimiento se convocó un Congreso Internacional orientado sobre todo a la cuestión del trabajo de las mujeres. La «Société pour l'Amelioration du sort des Femmes» y su presidenta Maria Deraismes fueron invitadas a participar. La salud de Maria Deraismes, minada meses atrás, no era previsible que le permitiese el desplazamiento. Así que ella preparó el discurso por escrito y lo envió. Le puso por título: «La mujer y la política». Ciertamente estaba componiendo su última intervención. Ella que venía sobreponiéndose siempre a sus crisis de salud posiblemente no lo supiera. Meses después abandonó este mundo.

Esta pieza resulta un testimonio bien expresivo de cómo Maria Deraismes mantuvo la lucidez y el compromiso hasta el último momento de su existencia, haciendo un alarde final de la responsabilidad, fuerza y constancia que siempre mantuvo durante su intensa trayectoria vital en el espacio público.

«La mujer y la política» recoge la proyección escrita de sus palabras con la misma fuerza que tenían una vez habladas. Será también la última voz que hagamos resonar en estas páginas, dándole la ocasión de entrar por esa otra dimensión siempre viva que percute en los espíritus atentos, en las almas permeables, en las inteligencias despejadas. La fuerza de la palabra hablada queda en equilibrio con la permanencia de la palabra escrita. Estamos una vez más ante el legado constante e indefinido de la comunicación humana<sup>14</sup>:

«La eliminación de la mujer de los asuntos públicos es la consecuencia lógica de una falsa concepción política.

14 Este discurso fue publicado ese mismo año con las otras intervenciones. El discurso está recogido y contextualizado por Krakovitch, Odile; *María Deraismes ce que veulent les femmes, articles et conférences de 1869 à 1891*, París, Syros, 1980, pp. 114-120.



La política no es una ciencia especial en la que el estudio y el ejercicio no deban ser reservados más que a una minoría, llamada élite. Es la ciencia de la asociación en su más elevada expresión. No puede constituirse más que con el concurso de todos. Siendo su objeto la dirección general de los intereses, cada asociado debe ser iniciado en ella desde la edad de la razón (que tiene uso de la razón), antes de aportar su contingente de actividad y de compromiso a la colectividad organizada a cambio de ciertas ventajas. También la política es la ciencia más general después de la filosofía; ella pide prestadas sus luces a las diferentes ramas de los conocimientos humanos cuyo conjunto abraza. Es, en una palabra, la puesta en juego de las fuerzas individuales reunidas: sentimiento, pasión, ideas y razón se amalgaman, se combinan, para atender a un objetivo determinado: la felicidad por el desarrollo y la extensión del ser físico y moral.

Cuando Aristóteles dijo que el hombre es un animal político, señalaba por este solo atributo el carácter específico que distingue a la humanidad de las demás especies.

La política resurgiendo de la sociabilidad, es la condición indispensable para la entera eclosión de los individuos que la componen, los cuales no pueden alcanzarla más que cuando la existencia de cada uno de ellos se efectúa bajo el doble modo individual y social.

(...)

Nada puede ser considerado separadamente. La política es una síntesis, es necesario tener en cuenta todos los factores y entre ellos descubrir cuales son los más influyentes, es decir aquellos que en un instante dado ejercen sobre la conducta humana la presión más decisiva.

Dígame lo que se diga y hágase lo que se haga, la mujer es de aquellos. En todos los peldaños de la escala social, en todos los peldaños del parentesco, cualquiera sea la naturaleza de las relaciones, la mujer imprime una acción penetrante más o menos visible, más o menos latente, pero que no es menos positiva.

Ella inspira al sexo que no es el suyo una violencia tal de sentimiento que tiene de su parte, en un momento dado de la vida, una toma de posesión del hombre que se cree el más independiente y el más fuerte. Subyugado por la pasión, el espíritu más orgulloso, el más dominador puede perder en pocos minutos su autonomía moral y consentir a los actos reprobados por la conciencia y por la razón.

Hay también otros modos de influencia de los que usa la mujer que por ser menos espontáneos no son menos influyentes: tales son la repetición, la costumbre. Esto que avanzamos aquí no es del dominio de la opinión, pero si del de los hechos, esto debería dar a reflexionar a quienes tienen la pretensión de hacer las leyes y de imponerlas.

Para justificar la exclusión de la mujer en materia gubernamental, se ha creído esgrimir un argumento irrefutable afirmando que ella representa el sentimiento y el hombre la razón.

Esta distribución de las facultades es absolutamente imaginaria. La universalidad de acción de los sexos en la obra creadora está reconocida desde hace mucho tiempo por los sabios, se deduce que las mujeres, al igual que los hombres, están dotadas de energía, de voluntad y de razón. Y, admitiendo que el sentimiento sea la nota dominante en el organismo femenino respondemos a quienes pretenden que en política no se trata de llevar el sentimiento<sup>15</sup> que dicen una tontería. La política será tanto más racional en cuanto mejor se adapte a los seres que está llamada a dirigir.

Excluir el sentimiento de la política es dejar de lado la mitad de la persona humana; es arrojar fuera la fuerza impulsiva que determina nuestros actos. Así no tenemos lugar para sorprendernos mientras vemos que ninguno de los sistemas políticos practicados hasta el presente no ha sido viable, cualquiera haya sido el genio del Jefe del Estado; porque todos sin excepción han violentado la naturaleza humana en sus más legítimas y más imperiosas aspiraciones. Los grandes movimientos sociales, los grandes hechos históricos tienen por generadores a parte igual, el sentimiento y la razón.

(...)

Entre algunas mujeres que las casualidades del nacimiento han puesto a la cabeza de los gobiernos, bien que no siendo ni el objeto de un designio ni de una elección (democrática), muchas han dado prueba de capacidad e incluso de genio. Isabel de Inglaterra sobrepasa por su vasta inteligencia y su entendimiento de los asuntos de Estado a sus predecesores y a sus sucesores. Catalina II de Rusia, María Teresa de Austria, Blanca de Castilla, sin olvidar a Ana de Beaujou que, durante su regencia, dio prueba de una habilidad diplomática excepcional. Inglaterra supo algo sobre eso.

En pleno feudalismo, la mujer acusa cualidades de primer orden, energía, valentía.

En el siglo XVI, nos encontraremos con mujeres que por el valor de sus caracteres y de sus actos igualan a los hombres mejor dotados.

En Francia los ejemplos de inteligencia y de heroísmo femeninos pululan en las épocas de lucha. Ellos demuestran de una manera resplandeciente la igualdad mental de los dos sexos. Si el espacio nos lo permitiera ¡cuantos nombres no pudiéramos citar aquí!

A parte de las facultades superiores entre las que las mujeres, tal como los hombres, pueden dar prueba si llega el caso, hay una que gustosamente caracteriza a todo el sexo, es la sagacidad.

15 «Il ne s'agit pas de faire du sentiment».

La mayor parte de las mujeres están dotadas de una perspicacia sorprendente. A primera vista, ellas diagnostican los caracteres y acusan un justo desafío; ellas ven también dentro de las cosas el lado positivo, esto es a considerar en la política.

Lo curioso es que ninguna República basada por tanto sobre el derecho, no haya reconocido a las mujeres las prerrogativas políticas, mientras que las monarquías, excepto Francia, las han admitido al ejercicio del poder supremo.

Contamos con mujeres reinas, emperatrices, regentes; no vemos presidentes, ni incluso elegibles. ¿Es porque la monarquía sea más consecuente con sus principios? Lejos de ello, pues si admite una mujer soberana jamás la admite ministro. Aquí el interés dinástico ha primado sobre el prejuicio. A pesar de todo, ¿el privilegio o es la arbitrariedad?

La incongruencia reina por todas partes.

(...)

Es que en verdad, tan pronto como se viola la ley natural ésta tiene sus recuperaciones. No reina más la norma, es el abuso. Tal es la revancha de la justicia ultrajada.

Pero lo que es necesario remarcar y sobre todo retener, es que la inferioridad legal de las mujeres, las restricciones de sus derechos, no han podido destruir, ni siquiera reducir su influencia. Que ella se abstenga o que indirectamente intervenga en la política, que se interese o que permanezca indiferente, ejerce a pesar de todo, sobre los acontecimientos y la marcha de las cosas, una acción considerable. He aquí la explicación.

La mujer privada de participación en la dirección de los intereses sociales, excluida de los consejos y de las asambleas, no se preocupa de iniciar a sus hijos en las necesidades sociales, que para hacerles mejor comprender que su plano de conducta debe ser trazado sobre todo con vistas a sus intereses particulares y profesionales. Resulta la ignorancia completa de las obligaciones de la vida colectiva; en fin, la ausencia de toda educación cívica.

Es que en efecto es dentro del grupo familiar donde las primeras semillas de la cultura política deben ser echadas. Es ahí donde la aplicación de la solidaridad se impone ante cualquier noción ulteriormente adquirida. Es ahí donde el desarrollo y la conservación de los individuos por la protección y la ayuda recíprocas que ellos se prestan, se demuestran, así como la necesidad de la seguridad del medio en el que este grupo está situado. Este medio es la sociedad no es siempre sino lo que ha hecho la ciencia política. Esta ciencia debe pues formar parte de la enseñanza diaria. El hogar es pues el lugar donde las primeras lecciones deben ser dadas; y el papel educador superior vuelve a la mujer. Pues, ¿qué sucede? Es que la mujer declarada incapaz, a pesar de las pruebas contrarias, de elevar su

espíritu hacia altas cuestiones, le ha dado la vuelta tomando en desprecio la política misma.

La mujer, que se siente apta, acaba por dudar del valor de las cosas que se le prohíbe conocer.

(...)

La conclusión a extraer de lo que aquí precede es ésta: en tanto que la mujer no participe, como el hombre, en la cuestión de los asuntos públicos, en tanto que no tenga voz deliberativa y facultad para controlar los actos del gobierno, el sufragio universal no será más que un «trompe-l'oeil»; y la política, sin preparación educadora en la familia, sin raíz en los individuos, estará entregada a los azares de las codicias ambiciosas y de los errores de la imaginación y de los sentidos. Tendrá los principios escritos en las Constituciones solemnemente proclamadas; pero nada de eso estará grabado en las conciencias. Todo lo que no ha germinado, todo lo que no está desarrollado dentro del cerebro femenino no está más que en la superficie del cerebro del hombre».

## Epílogo

La «identidad esencial» del ser humano en diálogo inevitable y constante con sus «diferencias formales», es el eje del discurso de Maria Deraismes. Los «principios» y las «costumbres» están en la base de las relaciones familiares, sociales y políticas que van tomando forma en la medida que van recogiendo la aportación al conjunto de cada uno de sus individuos. El pensamiento de Maria Deraismes enraíza así en la dimensión más integral de la Ilustración: existe cierta armonía preestablecida donde penetrar mediante las leyes de la naturaleza, de la razón y de la justicia, encontrando así la guía para la elevación humana.

El hombre cercenando las capacidades de la mujer, impidiendo o desviando su desarrollo, se impide a sí mismo alcanzar la posible plenitud humana. Es ésta una ley inexorable de la naturaleza. Estamos simplemente ante un «principio de justicia» dentro de la entidad humana. Así de directo y sencillo. Y de la misma manera, el tipo y nivel de moralidad alcanzado dentro de los intercambios sociales tiene su reflejo en los sistemas políticos. Llegado el advenimiento de la República en el último tercio del siglo XIX, el arte en las relaciones políticas, en consonancia con lo arriba indicado, debiera encaminarse a «hacer surgir de las sociedades un solo y mismo interés». Era la tarea «destruir el antagonismo de las clases y esforzarnos para organizar las cosas de tal suerte que la prosperidad de una de ellas corresponda con la prosperidad de todas».

La libertad respetable desde el último reducto de la conciencia individual y dejándose manifestar en los diferentes intercambios humanos es nuclear. La capacidad de elegir es la que confiere la responsabilidad sobre los actos. El conocimiento es, por tanto, imprescindible y deseable que se extienda cuanto más mejor. El principio ético es la antorcha capaz de guiar a los seres humanos en el camino de su emancipación, cuyo devenir presumiblemente ha partido de otros estadios inferiores en su evolución. La perfectibilidad humana está presente siempre en este discurso.

Esta clase de aportación a las ciencias antropológicas, sociales, políticas y también, por tanto, jurídicas, ha venido adquiriendo rasgos de universalidad a través de las culturas y a través de los tiempos históricos hasta la fecha.

Los referentes deben ser tratados siempre con un escrupuloso cuidado. Ideas que resuenan parecido no necesariamente son iguales. El discurso de María Deraismes, al igual que sucede con el de otros humanistas y reformadores sociales, que rompiendo con las cadenas del obscurantismo y confiando en la Razón-ética y en la sensibilidad humanitaria pretendieron ir mediante las libertades hacia la igualdad de oportunidades, ha quedado en cierta zona en penumbra para algunas de las corrientes interpretativas que han tomado relieve en los últimos años.

Este tipo de discurso no se adecua fácilmente con algunas construcciones hechas por la teoría feminista desde una sola parte del género y tampoco con algunas otras hechas desde la perspectiva marxista teniendo en cuenta tan solo la dialéctica entre las clases sociales; simplemente porque sus claves de comprensión, como vemos, son otras. Una vez más es importante dejar hablar al personaje, escucharle, entablar el diálogo desde su propia perspectiva, antes de imponerle moldes que han servido para otros. Es esta la mejor manera de aprender, de ampliar los horizontes de los discursos y de las aportaciones a las ciencias humanas y sociales que forman parte del legado intelectual dejado por nuestros mayores.

Afortunadamente esta vía, que lleva implícita un sentido integral del ser humano y de sus intercambios en sociedad, va hoy teniendo también su espacio en el discurso científico dentro de las ciencias políticas, sociales y jurídicas.

El periodo comprendido entre 1871 y 1914 supuso en Francia –como en otros países en la misma órbita– crear el fundamento filosófico, sensibilizar a la opinión pública, extender una moral social equitativa en las relaciones entre ambos factores de la humanidad, ejercer las primeras presiones para obtener la igualdad ante los códigos, impulsar las asociaciones y establecer las primeras redes sociales. Esta secuencia, por tanto, está unida a la figura de Maria Deraismes tal como nos hemos podido ir acercando a ella y conociendo a lo largo de las páginas precedentes. Así, ciertamente, han quedado reconocidas sus aportaciones en esta consistente línea dentro de los anales del feminismo internacional.

A partir de 1918, en el periodo entreguerras, podemos distinguir una nueva etapa que supone la consolidación de los niveles previamente conseguidos, su asentamiento jurídico junto al reconocimiento de los derechos políticos. Existía entonces una red internacional de sociabilidad bastante potente para ello que había sido tejida, precisamente, a modo de proyección póstuma en el entorno del núcleo feminista y de la Francmasonería mixta que dejó fundada Maria Deraismes. El Consejo Nacional de Mujeres Francesas quedó constituido en París en 1901. Siendo sus principales artífices Jules Siegfried y Marie Bonneval, que llegó a ser la Grande Maestre de Le Droit Humain entre 1914 y 1919.

El Consejo Nacional de Mujeres españolas se constituyó en 1919. Las relaciones no venían por entonces directamente desde Francia sino a través de otros Consejos con los que tenían relaciones paralelamente como el Consejo Nacional de Mujeres Portuguesas donde estaba implicada Adelaida Cabete y la logia *Humanidade* del Derecho Humano y el Consejo Nacional de Mujeres de Uruguay cuyo referente era Paulina Luisi y tenía también relación directa con el de Francia, pero esto son ya historias posteriores.

«Entre todas las mujeres ilustres, Maria Deraismes tiene derecho a una de las primeras plazas –decía Jean-Bernal–, y esto no es un elogio de conveniencia, sino la expresión sincera de la verdad, opinión por otra parte compartida por todos aquellos que hayan conocido sus trabajos y por todos aquellos que, queriendo reflexionar y pensar, lean las obras completas que el cuidado piadoso de su hermana, Mme Féresse-Deraismes, va a reunir tanto como un homenaje a la mujer valiente con la que ella ha compartido su vida, como una enseñanza para aquellos que estudien el movimiento feminista de los últimos cincuenta años».

No demos ya más vuelta a este libro. Concluycamos estas páginas dejando que sea Maria Deraismes quien ponga un hipotético punto final. Una vez más que sea la fuerza de su palabra la que termine resonando nuevamente. Y tal vez pudiera decir algo así como...

Es imposible «invalidar impunemente a uno de los principios constitutivos de la humanidad», imbricados desde la naturaleza lo que se ha comprimido de un lado «estalla con mayor violencia del otro».

Pues

«se trata, en efecto, del porvenir social, de la garantía del progreso. Restituyendo a la mujer lo que le es debido, restituyéndole la dignidad humana de la que le han privado injustamente leyes arbitrarias, proporcionaríamos al mundo civilizado un aporte nuevo, no por la introducción de una fuerza nueva sino por un mejor empleo de las que existen.

Por el solo hecho de la liberación de la mujer se obtendría la renovación completa del individuo, de la familia, de la sociedad, en una palabra, el perfeccionamiento indefinido de la humanidad».



**Obras de las que se han traducido  
las conferencias, artículos y textos  
que componen este libro**

Bernard, Jean; «Maria Deraismes. Notice», en Deraismes, Maria;  
*Oeuvres complètes*, París, Felix Alcan editeur, 1895, T.I., pp. v-LV.

Deraismes, Maria; *Nos principes et nos moeurs*, París, Michel Levy,  
freres, Libraires-Editeurs, 1868.

Deraismes, Maria; *L'Ancien devant le nouveau*, París, Librairie  
nationale, 1869.

Deraismes, Maria; *Oeuvres complètes: France et progrès*, «Confèren-  
ce sur la noblesse», París, Felix Alcan editeur, T. I., 1895.

*Cinquante Ans de Féminisme 1870-1920*, Edition de la Ligue Françai-  
se pour le Droit des Femmes, 1921.

*Le Bulletin Continental: Revue mensuelle des intérêts de la Moralité  
publique*, Neuchâtel, Directeur M. Aimé Humbert. (Colección  
Biblioteca Sainte Genevieve. París)

*Bulletin de la Société pour l'Amélioration du sort des Femmes et la Rei-  
vindication de ses droits*, París. (Biblioteca Nacional de París)

*Le Devoir*, Guise, Familistère de Guise, Fundador André Godin.  
(Colección Biblioteca Sainte Genevieve. París)

*Le Droit des Femmes: Revue mesuelle, politique, littéraire et d'econo-  
mie sociale*, París, Director Leon Richer. (Colección Biblioteca  
Sainte Genevieve. París)

Fundación María Derasismes - España - [fmd.es](http://fmd.es)  
Edición no comercial

## Breve bibliografía que asienta referentes en el pasado y sugiere voces de autoridad para futuras aproximaciones

Albistur, Maïté y Armogathe, Daniel; *Histoire du féminisme française du moyen âge à nous jours*, París, Des Femmes, 1977.

Aurejac, Cécile; *Les femme dans la franc-maçonnerie*, Cahors, L'hydre éditions, 2003.

Boyau, Rémy; *Histoire de la Fédération Française de l'Ordre Maçonique Mixte International. Le Droit Humain*, Fédération Française du Droit Humain, París, 1976.

Brault, Eliane, *La Franc-maçonnerie et l'emancipation des femmes*, París, Dervi, 1953.

Deraismes, Maria; *Eva en la Humanidad*, prólogo: María Viedma García, traducción: Manuela Garijo, Fundación Maria Deraismes, Madrid, 2010.

Evans, Richard; *Las feministas. Los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia (1840-1920)*, Madrid, S. XXI, 1980 (primera edición: Londres, 1977).

Gaspard, Françoise; «Donne e massoneria. Massoneria femile-massoneria femmista? Il caso della Francia», Ferrer Benimeli, José A. y Mola, Aldo (coord.); *La Massoneria Oggi*, Actas del curso Universidad de Verano de El Escorial (1991), Colección Massoneria, nº 4, Bastogi Editrice Italiana, Foggia, 1991.

Grosjean, Marc; *Georges Martin franc-maçon de l'universel*, París, Detrad, 2 tomos, 1988.

Hivert-Messeca, Gisèle et Yves; *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes. Deux siècles de Franc-Maçonnerie d'adoption féminine et mixte en France 1740-1940*, París, Dervy, 1997.

Hivert-Messeca, Yves; voz «Deraismes, Maria» recogida en *Encyclopedie de la Franc-Masonería*, dirigida por Eric Saunier, París, La Pochothèque (1ª edición 2000)

Jupeau Réquillard, Françoise; *L'Initiation des femmes*, París, ed. Rocher, 2000.

Klejman, Laurence (preface); *Eve dans l'Humanité*, París, Côté-femmes, 1990.

Krakovitch, Odile; *Maria Deraismes, ce que veulent les femmes, articles et conférences de 1869 à 1891*, París, Syros, 1980.

Lacalzada de Mateo, M<sup>a</sup> José; *El Derecho Humano en España (1893-1963). El cimiento mixto en la masonería*. Madrid-Zaragoza, Fundación Maria Deraismes, 2007.

Mariel, Pierre; *Les Francs-Maçons en France. Leur rôle et leur influence dans la vie politique et sociale*, París, Bibliothèque Marabout, 1969.

Nord, Philip; «Utopistes, radicaux et universalistes. Les Franc-maçons aux origenes de la IIIème Republique», Martin, Luis P.; *Les Francs-maçons dans la cité*, Rennes, PUF, 2000, pp. 59-76.

Orden Masónica Mixta Internacional *Le Droit Humain - El Derecho Humano; Grandes Maestres tenéis la palabra*, Fundación Maria Deraismes, Madrid-Zaragoza, 2010.

Prat, Andrée (et alius); *Regards sur Maria Deraismes. La liberté de pensée*, París, Conform Edition, 2010.

Randouyer, Françoise; «Les franc-maçones (1868-1898)», en Busi Genevois, Danièle (dirección); *Les espagnoles dans l'histoire. Une Sociabilité démocratique (XIX-XX siècles)*, Presses Universitaires de Vincennes, 2002.

Ripa, Yannick; *Les femmes, actrices de l'histoire. France, 1879 – 1945*, París, Armand Colin, 2004.

Saunier, Eric (director); *Enciclopedia de la Franc-Masonería*, París, La Pochothèque, 1ª edición, 2000.

Fundación María Derasismes - España - fmd.es  
Edición no comercial

Fundación María Derasismes - España - [fmd.es](http://fmd.es)  
Edición no comercial

## Otros libros editados por la FMD

### El Cimiento Mixto en Masonería. El Derecho Humano en España (1894-1963)

Edita: Fundación María Deraismes  
Autora: María José Lacalzada  
I.S.B.N.: 978-84-935508-1-3

La Profesora **María José Lacalzada**, investiga en este libro la implantación de la Masonería Mixta en España. Llevándole esta investigación a profundizar en pensamiento masónico del cambio de siglo y las relaciones de género en una Masonería que entra en la modernidad del siglo xx. Toma como base para este viaje la implantación, a partir de 1915, de la Orden Masónica Internacional Mixta *Le Droit Humain* - El Derecho Humano, desvelando, tras un profundo estudio en archivos y bibliotecas, las ideas y personas que estaban detrás de una Masonería que integra los dos géneros y con un marcado carácter universalista. El libro finaliza en 1963 cuando, en el exilio mejicano, fallece el último representante del Derecho Humano español, Mateo Hernández Barroso.



### Eva en la Humanidad

Edita: Fundación María Deraismes  
Autora: María Deraismes  
ISBN: 978-84-935508-6-8

**Marie-Adélaïde Deraismes** (1828-1894) ya a mediados del XIX había afirmado que ser mujer es producto de la educación diferencial de los géneros, además de una construcción social conformada para garantizar el privilegio masculino. Toda su obra es una defensa del estatus ontológico de igualdad que la sociedad y la cultura niega a las mujeres, y una denuncia constante del papel subsidiario que les ha sido impuesto. «La inferioridad de las mujeres no es un hecho de la naturaleza, es un invento humano, es decir, una ficción social. [...] La mujer no es un ser auxiliar, subordinado; no es sólo un ser complementario, es un ser completo. Es la igual al hombre».

En su dilatada vida de conferenciante, periodista y activista, fue presidenta de la Federación de Librepensadores y creó, junto a Georges Martin, enérgico defensor de la integración de las mujeres en masonería, la Orden Masónica Mixta Internacional Le Droit Humain.

***Eva en la Humanidad*** es una selección, realizada por ella misma, de sus conferencias públicas en favor de los derechos de la Mujer y la igualdad entre sexos.



### Páginas web recomendadas

- Fundación María Deraismes: [www.fmd.es](http://www.fmd.es)
- Librería Masónica Trisquelion: [www.trisquelion.com](http://www.trisquelion.com)
- Masonería Mixta Internacional: [www.eldrechohumano.org](http://www.eldrechohumano.org)

Fundación María Derasismes - España - [fmd.es](http://fmd.es)  
Edición no comercial